
WikiLove
la guía infalible del amor
MARINA LÓPEZ GARCÍA

WIKILOVE,
la guía infalible del amor

Marina López García

© Marina López García, 2026
Instagram: @marinalopgar
TikTok: @marinalopgar

Twitter: @marinalopgar

Título: WikiLove, la guía infalible del amor
Ilustraciones de cubierta: Juan Fernández López (@porrodraws)
Ilustraciones del interior: la propia autora

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

A mis padres, por enseñarme Florencia aquel invierno.
A la literatura, por ser refugio.
A las locuras que se hacen por amor, sin importar las consecuencias.

PRIMERA PARTE: «LA CIUDAD QUE FLORECE»



DÍA 1



1. MATEO. «FLECHAZO»

Cada vez se infravalora más el sueño, pero yo no entiendo esa tendencia. En mi oficina, algunos de mis compañeros aparecen cada mañana con cara de extra de *The Walking Dead*, alegando que apenas han dormido cinco horas, pero «que no pasa nada, ahora me tomo un café doble y andando». Y ninguno se queja; proceden a cumplir sus tareas del día fingiendo que están frescos como una lechuga y que el insomnio no va a acabar con ellos. Yo, por el contrario, no soy así. Por muchos cafés que tome durante el día, soy incapaz de quitarme de la cabeza la idea de tener por fin un sueño reparador.

Son las tres de la mañana, y desearía estar durmiendo en mi blandito colchón viscoelástico en vez de hacer cola en el control de seguridad del aeropuerto de El Prat, Barcelona. Sin embargo, en una

hora sale un vuelo que me temo que no puedo perder bajo ningún concepto: si lo hiciera, sería el fin de mi carrera laboral y de mis aspiraciones como profesional en las finanzas. Adiós apartamento dúplex, adiós restaurantes de lujo.

Soy consciente de que se me ha hecho tarde, pero ha sido justo por culpa de estas dichosas ganas de dormir que llevo arrastrando desde que acepté la tan ansiada ascensión de puesto. Hace unos meses dormía mis ocho horas como un campeón. Ahora, duermo unas cinco con suerte y a pesar de haberme podido permitir el colchón más caro de la tienda. Pero ¿de verdad tenía que ser hoy cuando se me pegasen las sábanas, y mi cuerpo me traicionase ignorando los tres despertadores que había dejado programados? ¿Justo cuando mi empresa me da la oportunidad de demostrar mi valía para el nuevo cargo que me acaban de asignar?

Ay... Necesito unas vacaciones urgentemente. Apagar el teléfono. Desconectar. Y... dormir.

Mi madre ya me avisó de que el dinero no siempre trae la felicidad, y creo que ahora lo estoy comprobando de primera mano. Pero no seré yo quien le dé la razón. No en esta ocasión, desde luego, mientras me está llamando en medio de mi caos mental para hacerme un interrogatorio ansioso sobre asuntos a los que ahora mismo no puedo otorgar importancia. Me considero alguien bastante resiliente, así que paso de seguir lloriqueando sobre mis miserias. Ya recobraré fuerzas durante el vuelo.

Mi móvil vibra con tanta fuerza que creo que me va a taladrar el muslo. Le había quitado el sonido la tarde anterior para concentrarme mejor en mis tareas a ordenador, y se me ha olvidado volver a activarlo. Igualmente, no importa. Me doy cuenta de que estoy recibiendo una llamada entrante porque, además, mi reloj inteligente de última generación se une al despiadado aviso. Suelto el agarre de mis maletas relucientes, y, sin guardar la tarjeta de embarque, saco el móvil del bolsillo (un dispositivo que me costó una fortuna el mes pasado) para responder. Realiza la misma función que el viejo, pero me apetecía darme un capricho y lo compré sin planteármelo demasiado.

— ¿Qué haces despierta a estas horas? —pregunto incrédulo, al ver de quién se trata.

En realidad, estoy acostumbrado a que mi madre me llame a deshoras, pero no recuerdo haberle hablado sobre esto. Creía que, para ella, yo estaría ahora mismo en mi pisito. Apuesto lo que sea a que Pau, mi hermano, se lo ha soplado; le encanta soltar chismes por ahí, sin permiso. Me anoto mentalmente la tarea de llamarlo (en cuanto tenga un hueco, quizá dentro de diez años) para echarle una buena regañina.

Ella me contesta con su característica voz aguda y temblorosa. La pobre es un manojo de nervios.

— No podía conciliar el sueño, ¡sabiendo que esta noche cogerías un vuelo hasta tan lejos! —me dice, y tengo que apartar el oído del móvil porque creo que me voy a quedar sordo—. Dime, ¿te queda mucho para subir al avión?

Suspiro y seguidamente me froto los ojos surcados de ojeras.

— Pues no, pero al ritmo al que voy tendré que hacer un *sprint* para llegar a tiempo. Esto pinta mal. Estoy esperando en el control de seguridad, y aún me queda llegar a la puerta de embarque, que a saber dónde está.

Dando un paso a un lado, echo un vistazo nervioso al final de la sinuosa cola. ¿Por qué avanzará tan lento? Me deben de quedar unos quince minutos para que llegue mi turno, pero eso no me tranquiliza. Aunque, eso sí, soy consciente de que mi situación podría ser aún peor de no ser por la generosa propina con la que soborné antes al taxista para que se diera prisa... Fue increíble lo que aceleró.

— ¿Has probado a pedir paso? —sugiere—. ¡Llevas poco peso, y vas solo!

— Esto no es el supermercado, mamá. No por llevar menos cosas van a tener la amabilidad de cederme su lugar — respiro hondo, pasándome una mano por mi pelo despeinado. Ni siquiera me he mirado en el espejo antes de salir; menudo desastre—. Lo siento, pero tengo que colgar.

Es incómodo charlar con tanto ruido y sin poder despegar el ojo de mis cosas.

En realidad, eso ha sido una excusa para dejar de hablarle. Estoy demasiado cansado y estresado como para más cháchara. Y creo que ella, con su sexto sentido, lo ha adivinado. Tratando de ganar más tiempo, procede entonces a hacer nuevos comentarios de madre sobreprotectora, aunque yo los corto rápido; sé lidiar con ellos perfectamente.

— Que sí, mamá, que en cuanto aterrice te llamaré. Que sí, que no se me ha olvidado coger nada y desayunaré en el hotel en cuanto llegue. Me voy solamente dos semanas, no para siempre, así que ¡no es para ponerse tan histérica! Soy un adulto y no es la primera vez que viajo por trabajo, ¡por favor! Además, ¡es Italia, no Tailandia! ¡Está aquí al lado!

— Siempre tan indescifrable, hijo —se queja mamá, por último—. ¡Qué difícil es sonsacarte información! Ya no hablamos como antes. ¡A ver si en la próxima cena familiar te traes por fin a una amigui...!

Cuelgo antes de que termine la frase. «Amiguita». De verdad que a veces no entiendo a mi madre. Lo intento, pero en ocasiones se me hace extremadamente difícil. Y es que tampoco creo que ella me comprenda a mí. Como si la vida tan acelerada que llevo y mi reducido círculo social fuera del trabajo me facilitasen encontrar a mi media naranja. Creo en el amor, pero no en los superpoderes.

Ya se me hace una odisea buscar un hueco para echarme una siesta o para cocinar algo saludable (pido demasiado a domicilio), así que ni se me pasa por la cabeza encajar un hueco para enamorarme de alguien. Me parece difícil, no me considero alguien que irradie atractivo (a no ser que mi *sex-appeal* se pueda medir con las matrículas de honor de la universidad) y me da pereza tener que esforzarme tanto en algo en lo que no tengo garantías de éxito. Al contrario que mis queridos números, el camino hacia el amor es inexacto y engañoso.

Se me da bien mi trabajo, en eso soy extraordinario. Pero en las relaciones interpersonales (especialmente cuando se trata de alguien que me atrae) soy horrible. Un cero. Así que paso de

exponerme al fracaso cuando aún tengo tantas otras facetas de mi vida desordenadas e inestables. Estoy muy cómodo sin haber tenido pareja en los veintitrés años que llevo de vida, muchas gracias. Aunque sea un incordio que mi madre me lo recuerde semanalmente.

Ya habrá tiempo de hacer el ridículo. Aunque... ¿y si ese día es hoy? *¿Como no. Me suba. A ese. Avión?* Debería ir pensando en excusas que ponerle a mi jefe, que, por cierto, es mi padre. Y no es que me trate de forma especial en comparación con otros empleados. ¿Cómo ganarme un perdón cuando se trata de mi primera tarea en este nuevo puesto? Cruzo los dedos para que no me despida.

A no ser, que...

— Disculpe, ¿le importaría dejarme pasar, si fuese tan amable? Mi vuelo despega en treinta y cinco minutos. —Le digo al hombre de delante impulsivamente. Decido hacer caso a mi madre solo por esta vez.

Y gracias al cielo, el extraño cede sin pensarlo. Le sonrío con mi mejor sonrisa de hombre acostumbrado a hacer negocios y estrechar muchas manos y le doy las gracias repetidamente.

Bien, solo quedan unas veinte personas más.

Ahora me toca pedirle permiso a una familia de cuatro miembros, que charla animadamente sobre algo que parece hacerles especial ilusión a los niños. También me responden amablemente haciéndose a un lado. Creo que estoy teniendo una suerte de película.

Estoy planteándome escribirle un mensaje a mi madre para decirle que su idea ha sido un éxito, cuando alcanzo a la siguiente víctima.

Es una muchacha de estatura media y un cuerpo lleno de curvas agradables a la vista. A juzgar por la forma en la que gira la cabeza de izquierda a derecha, como un faro en medio de la noche, parece tan impaciente como yo. Le toco el hombro con quizás demasiada brusquedad, porque se eriza como un gato sobresaltado. Al girarse, descubro el rostro más bello que he visto en años.

Y digo años, porque la he visto antes, justo hace todo ese tiempo.

Su pelo, negro como mi futuro en la empresa, parece moverse a cámara lenta en las milésimas de segundo que le lleva a la chica encararme. Advierto que algunos mechones rosas (fucsia, creo que es) se ocultan entre su melena espesa. Angela Bianchi (sí, creo que su nombre se escribía sin tilde, en italiano) está diferente, algo que no juzgo porque es lo normal, la vida misma; la última vez que nos vimos fue en cuarto de la ESO, y la gente cambia de la adolescencia a la edad adulta. Lo raro sería no hacerlo.

Pero ha tenido un cambio de *look* radical, y eso no puede evitar resultarme chocante. Espero que eso no se refleje en mi cara, la cual debe de ser un cuadro ahora mismo. Antes, ella vestía en tonos pastel, llevaba gafas rosas y reía a carcajadas enseñando toda su dentadura, incluso las encías. Ahora va totalmente de negro, con una camiseta estrecha que ensalza toda su figura, unos pantalones apretados y unos botines de charol de plataforma. Para rematar, una chaqueta de cuero color vino con tachuelas. Además, veo que ha reemplazado la lectura por los videojuegos, a juzgar por la consola que lleva encendida en la mano. Y está muy, pero que muy maquillada. Sus labios, pintados en un color a juego con su abrigo, tienen forma de corazón y están entreabiertos por la sorpresa.

Guau, es casi irreconocible. Y digo «casi» porque sus ojos, a pesar de estar adornados con capas de rímel y sombras de ojos oscuras, conservan el mismo brillo, la misma ilusión escondida de antaño. Siempre había pensado que en sus pupilas se encerraban estrellas. No obstante, creo que ese es el único reminiscente de la personalidad alegre y soñadora del instituto, porque su mandíbula me muestra sensaciones completamente opuestas: dureza, rigidez y tensión. Pero, a pesar de las vibras negativas que irradia, me maravillo con cada rincón de las vistas.

Oh, oh. Me parece que acabo de experimentar un flechazo.

Creo que me he quedado mirándola con demasiada fijeza, porque arquea una ceja con expectación. Su expresión es rígida y fría como el mármol. Impenetrable. No parece quedar rastro de la niña risueña que me sonreía en clase. Sacudo la cabeza. Mateo,

céntrate. Ciertamente, ahora no es el momento para recordarle quién soy; tengo una meta clara y la voy a cumplir, por el bien de mi futuro.

Además, no sabría qué decirle de todas formas. ¿Que estuve en su clase del instituto, hace casi ocho años? Si no me recordara, sería tremendamente vergonzoso.

Carraspeo. *No tartamudees, Mateo. Mantente firme.*

— ¿M-me podrías dejar paso, por favor? —le pido, y no puedo evitar que la voz me salga más débil. Eso es inusual en mí, salvo si una persona me genera atracc... Mateo, céntrate—. Voy a perder el vuelo…

Su respuesta es inesperada. Frunce el ceño y enrojece; parece que esté a punto de entrar en erupción. Debí haber notado que estaba de mal humor, pero, como ya he explicado antes, no suelo captar al vuelo las emociones ajenas.

— Te crees que yo no tengo prisa, ¿eh? —sisea, y por un momento temo que pueda escupir veneno—. Que eres el único con aviones a los que subirse. Pues que sepas que llevo aguantando en esta cola un largo rato, así que no pienso ceder mi puesto a NADIE. ¡Haber venido con más tiempo de antelación!

Se da la vuelta, indignada. Y parece que su espalda es lo único que voy a ver de ella en el tiempo restante.

Ha sido una réplica tan firme que me da miedo volver a intentarlo. Me rindo. Es como si se me hubieran olvidado todas mis técnicas de persuasión; me ha desarmado completamente. Lo único que hago en lo que queda de cola es cerrar el pico, mantenerme callado y cruzar los dedos para que todo acabe saliendo bien.

A ambos nos toca casi a la vez, aunque en cintas transportadoras diferentes, cada una a un extremo de la zona establecida para el control de seguridad. Pierdo de vista a Angela, que se aleja a paso rápido y seguro, incluso apresurado. Y yo acepto que nuestros caminos se hayan vuelto a separar, sin esperanzas de un reencuentro. Que no es que desee uno, qué va. Mi agenda está demasiado apretada como para tener tiempo para conversaciones

con viejos conocidos. Aunque estén tan... irresistibles. Aunque desee averiguar si me ha reconocido. Y aunque me pregunte qué habrá sido de ella todos estos años, por qué su mirada es hielo. Aunque me intrigue… tanto.

Entonces, la vuelvo a encontrar en medio de la muchedumbre. Advierto que me está echando una última mirada de reojo, mientras deja su maleta en una bandeja y coloca sus dispositivos electrónicos en otra. Me doy cuenta de eso porque yo estoy haciendo lo mismo, claro. Por culpa de la lejanía interpreto su seriedad como desdén y rechazo hacia mi persona, pero una parte de mí desearía que fuese interés. ¿Por qué? Y ¿por qué me arden las mejillas de repente? A veces no hay quien me comprenda. Es prácticamente una desconocida; ni siquiera es que fuésemos muy amigos en el insti. Sacudo la cabeza y me obligo a centrarme en pasar por la puerta de detección de metales.

La alarma, estridente, suena cuando la traspaso.

— Mierda —maldigo por lo bajo, cerrando los párpados.

— Apártese hacia un lado, por favor —me pide un guardia, preparado para cachearme.

Hago caso, impotente. Mi subconsciente me lleva a buscar con la mirada a Angela Bianchi, otra vez. Para mi sorpresa, ella está traspasando la puerta correspondiente sin despegar la mirada de donde yo me sitúo. Consciente de que este contratiempo me va a retrasar aún más, muestra una sonrisa gatuna, triunfal. Quizás incluso se esté riendo con malicia. Está presumiendo de que ella podrá llegar a su destino sin problema, en un afán de venganza incomprensible para mí. Vuelvo a sentirme interesado por la forma en la que se comporta, y por la extraña atención que me acaba de dar. Eso... *me intriga.*

Tras apartarse con descaro unos mechones de su pelo sedoso, se esfuma como si su presencia tan solo hubiera sido fruto de mi imaginación.

2. ANGELA. «COSA DEL DESTINO»

Respira hondo, Angela. Respira. Me repito eso mentalmente una y otra vez, como si de un mantra hindú se tratara. Pero ¿cómo calmarme, si acabo de tener el encuentro más inesperado con la persona más inesperada? Mi yo de quince años, hormonal y adicta a las novelas románticas, estaría chillando ahora mismo declarando que eso ha sido cosa del destino. Y mi yo de veintitrés... bueno, un poquito también.

Porque Mateo Ruiz se ha puesto cañón. Dios... qué difícil ha sido apartar la mirada de su cuerpo, todo musculado bajo una fina camisa remangada y unos pantalones chinos a juego con su americana gris. Y qué difícil ha sido hacer como si no lo conociera y mantener la compostura. Que estuviera cañón no significa que fuese a mostrarme simpática con él, mucho menos después de lo que pasó en el instituto y de que encima pretendiera colarse en la fila del control de seguridad. Desde que tomamos caminos separados, he tratado de olvidarlo hasta el punto de creer tenerlo superado. Y hoy me he demostrado a mí misma de que es así definitivamente.

Porque he tragado saliva, me he concentrado en mirarle fijamente y le he ofrecido la cara más aterradora que soy capaz de producir, aunque los nervios me electrocutasen por dentro. La habilidad de poner las mejores caras de póker es uno de mis mayores orgullos. A pesar de que admita que me haya agradado verle, Mateo me ha parecido más un fantasma del pasado que acudía a mi encuentro para atormentarme con la visión de su atractivo «yo» adulto, que una persona palpable que simplemente me hacía una pregunta insignificante con, si os soy sincera, buena educación.

El universo me ha puesto a prueba, y yo he actuado con la mayor naturalidad posible..., exceptuando el detalle de no querer decirle que le reconocía. Pero menos mal que no lo hice, porque ¿y si él realmente no se había acordado de mí? Lo cual es normal, porque estoy segura de que fui insignificante en su vida estudiantil. Dios, si yo hubiera intentado entablar conversación y él hubiera sido incapaz de entender nada, me habría entregado seguidamente al hoyo de tierra más cercano para que este me tragase viva. Estoy convencida de que hice bien en escudarme tras una coraza de hielo.

Ahora, procederé a seguir con mi vida y asimilaré que no volveré a verle jamás. Qué bien me sienta la idea, ¡qué satisfacción! Cómo se nota que he pasado página.

¡Argh!, pero ¡¿a quién voy a engañar?! Por supuesto que no me negaría a tenerlo ante mí otra vez. Como si una olvidase fácilmente a su *crush* platónico de la adolescencia del que estuvo colada durante toda la ESO. Y al que se le confesó de la forma más extraña y vergonzosa posible. Se me está escapando mencionar algunos detalles extra, pero ahora mismo no me apetece rememorarlos. Pero, en fin, como dice el dicho inglés: *Fake it 'till you make it*. «Fíngelo hasta que lo logres», ¿no?

Miro cada pantalla que aparece sobre las distintas puertas de embarque, a medida que avanzo a toda prisa por el amplio pasillo. Este aeropuerto es inmenso; espero no perderme y dar con mi destino pronto. Como pierda ese avión, será mi ruina; con la compra de este billete ya he gastado casi todos mis ahorros. Además, dejaría a *Gusto* desatendido un día más, y eso sería imperdonable... Diez minutos después, me detengo cuando leo «Florencia» en grande y en negrita. Suspiro de alivio, jadeando. Los últimos pasajeros están enseñando su documentación a las azafatas de tierra. Me uno a ellos con ansiedad y luego celebro estar dentro, sana y salva. Sonrío; volvemos a casa.

Sin embargo, la sonrisa permanece sólo hasta que me acomodo en mi asiento. Reservé el último, al final del avión y justo delante del baño, porque era el que quedaba y, además, era el más económico. Al menos es el que queda junto a la ventanilla y tendré buenas vistas. Una parte de mí no puede evitar preguntarse si a Mateo le habrá dado tiempo a coger su vuelo. Sean cuales sean las emociones contradictorias que la imagen de su rostro me genere, en el fondo no le deseo ningún mal. En el fondo.

Sacudo la cabeza, reprendiéndome por volver a pensar en ese chico, y me pongo los cascos para aislarme del mundo. Los enchufo a mi Nintendo, con la idea de disfrutar de una buena sesión de *Animal Crossing*. En serio, estoy enamorada de este juego. También me he puesto mi antifaz con cara de gatito a modo de diadema, preparada por si me apetece echar una cabezadita en

algún momento puntual. Tengo todo lo que necesito para relajarme. Con el cinturón abrochado y lista para despegar, tengo la certeza de que nadie me va a interrumpir en la próxima hora y cuarenta y cinco minutos.

Pero, entonces, se me presenta un imprevisto. Un gran imprevisto. A cinco minutos del despegue.

El ruido que hace al aparecer se oye en toda la cabina de pasajeros. Hasta yo, que estaba ya con la música del videojuego a todo volumen, oigo el zapatazo que da contra el suelo. El *Innombrable* ha aparecido por la puerta trasera, con su maleta de mano llevada por el asa lateral y con la frente perlada de sudor. Pero eso, sorprendentemente, no le queda nada mal: su rostro brilla bajo los focos del techo y sus músculos se marcan un poco más en su camisa color carmesí. Debe de haberse tropezado con el último peldaño de las escaleras de acceso, porque por poco se choca también con la azafata que estaba a punto de cerrar la entrada. No se caen ambos de milagro.

Me llevo una mano a la boca (que está abierta de par en par) en un acto inconsciente. La devuelvo a su sitio casi al momento, tratando de que no parezca obvio mi asombro. A pesar de la comicidad de su entrada, mi cerebro se ha quedado tan paralizado que ha sido incapaz de generar ninguna carcajada. Pero ¿qué hace en mi avión? Y ¿para qué? No vivirá en Florencia también, ¿no? Eso sería ya demasiada casualidad…

No despego los ojos de Mateo Ruiz mientras le hace una pregunta a la azafata, quien le hace ojitos evidentemente atraída por él. Seguidamente, ella toma su billete y lo lee con atención. Intuyo que está buscando su asiento. Entonces, alza la mano con gravedad, y, como si estuviera sentenciando a muerte, señala en mi direcc... Oh, no. No puede ser. Aquí no, aquí no…

Cuando vuelvo a pestañear, él ya se encuentra caminando hacia mi posición, con la vista fija en el asiento vacío a mi lado. Como soy relativamente bajita, no debe de haberme visto aún; lo único que asoman de mí son mi frente cubierta por el antifaz y mis ojos curiosos. No puedo evitar echarle un nuevo vistazo a su cuerpo mientras camina, deleitándome con la mirada. No hago daño a

nadie, ¿no? Tan solo lo hago por... curiosidad, sin perversión alguna. Alucino con lo alto que es ahora, en comparación con ocho años atrás; deberá medir casi un metro noventa, y es esbelto y de piernas largas. Su torso es más estrecho por la cintura, pero ensancha a nivel de los hombros. Me recuerda al cuerpo de un nadador olímpico, y entonces me pregunto si realmente será uno. Quizás esa es su profesión ahora; así entendería mejor la razón por la que viaja a mi ciudad natal: por una competición. Se pasa una mano por su pelo, ondulado y tan pelirrojo como lo recordaba, y al hacerlo enseña la piel desnuda de su esculpido antebrazo, además de un reloj de oro enorme con una correa azul marino. Conozco la marca, y sé que le ha costado una fortuna. Si de verdad es nadador, debe de ser muy bueno en lo suyo.

Camina con soltura, de una forma tan fluida que parece estar sobre una pasarela de moda. Que el traje de chaqueta le quede tan bien contribuye a que me imagine eso. Detiene el paso ante mi fila, porque, de todas formas, no puede ir más lejos que esto. Ya he asumido lo peor y al menos ya estoy más o menos mentalizada para lo que se viene. Aún sin echar un vistazo hacia la ventanilla, Mateo sube su maleta al compartimento como si fuera tan ligera como una pluma. Observo sus manos grandes y su cuello en tensión, y es entonces cuando advierto en un lado el principio de un tatuaje que asoma por el cuello de la camisa. Una cadena de acero también le adorna a la altura de las clavículas.

Cuando termina de descargar sus cosas, se sacude las palmas de las manos, entrechocándolas para retirar polvo y suciedad por haber tocado las ruedas de la maleta. Después, desliza la mirada hacia abajo. Se encuentra, irremediablemente, conmigo y con mi mirada embelesada. Abre los párpados de par en par, probablemente tan sorprendido por la coincidencia como yo, salvo que yo puedo ocultar mejor las sensaciones que me remueven por dentro y ya llevaba viéndolo desde su entrada dramática. Me esfuerzo por elevar de nuevo mis defensas y otorgarle una actitud tan glacial que seguramente sea capaz de bajar la temperatura del avión. Aunque no esté segura de ello, si él sigue queriendo jugar a hacerse el sueco yo lo haré muchísimo mejor. Incluso si sus ojos, de un hipnotizante

verde y ligeramente rasgados, me hagan recordar de sopetón por qué estuve tan colada por él en el instituto.

El aviso de un azafato de que vamos a despegar, instándole a sentarse de una vez, interrumpe nuestro silencioso cruce de miradas. Compruebo que, ahora, Mateo no finge no reconocerme (aunque simplemente me conozca como la chica de la fila), porque señala la plaza vacía justo a mi izquierda con extremo cuidado. No puedo evitar arquear una ceja, expectante por lo que vaya a salir de sus labios, aunque paso de quitarme los cascos para darle la satisfacción de creer que soy toda oídos.

— M-mi asiento e-es este. —Murmura, como si sintiera la necesidad de darme explicaciones.

Su voz es sorprendentemente suave, como el terciopelo. Es raro: debería estar molesto conmigo por contribuir a su llegada con retraso, ¿no? Y, sin embargo, me dirige la palabra con una especie de timidez incomprensible para alguien que, a juzgar por su coraza exterior, parece tan seguro de sí mismo. Tan al mando de su propia vida. Yo, si fuera él, me daría la espalda lo máximo posible y me fulminaría con unas cuantas miradas de odio, pero, para mi completo estupor, tan solo me mira con curiosidad y delicadeza. No entiendo nada.

Definitivamente, demasiada casualidad el tenerlo también aquí. El universo se ha empeñado en castigarme por alguna razón. ¿Será porque no le hice a Bianca una tarta de queso con Oreo como regalo de cumpleaños, tal y como me había pedido mientras me hacía pucheritos? ¿O porque mentí a Damiano sobre la ilusión que me hacía ir a su fiesta de cumpleaños? Asiento con sequedad, y dirijo la vista al frente.

— M-muy b-bien.

A pesar de la indignación hacia su persona, tartamudeo y no sueno tan imponente como pretendía. ¡Angela, concéntrate! Es algo que me suele pasar, y veo que esta vez no ha sido una excepción: aunque me dedico a una profesión en la que estoy acostumbrada a conversar con todo tipo de personas que vienen y van, siento una debilidad inexplicable cuando me tengo que comunicar con alguien

que... Bueno, alguien que me atrae. Porque Mateo me atraía antes y se ve que la nueva versión adulta también, siendo la prueba definitiva el ligero tembleque que me ha salido en la voz al responderle. Al menos doy gracias porque no me haya quedado muda, como me ha pasado también en incontables ocasiones.

Se sienta tal y como me había avisado, y no vuelve a pronunciar palabra. Yo me dedico a fingir que mi atención solo está enfocada en pescar peces en mi amada Nintendo, cuando en realidad le sigo estudiando con el rabillo del ojo. Su mandíbula está definida y tiene la barba minuciosamente afeitada; su nariz es recta y sus pómulos, marcados; sus cejas, fruncidas, le dan un aire misterioso. Ahora mismo está mirándose en el reflejo que le da el móvil apagado, el cual, por cierto, es casi tan grande como mi robot de cocina. Cuando termina, les da un repaso visual a sus pantalones en busca de pelusas, las cuales se quita una a una con minucioso cuidado. Todo en él se ve recién salido de una revista, pero no solo por su físico: también por la perturbadora carencia de arrugas en la ropa, lo ceñida que le queda y lo pulcro que se le ve en general. Sé que es un perfeccionista de manual y no lo he tenido más de cinco minutos al lado. De esa faceta suya no me acordaba; será algo reciente. O quizás nunca tuve la oportunidad de fijarme, por culpa de la burbujita rosa en la que me tenía suspendida el enamoramiento más profundo. A decir verdad, de lo único que me acuerdo sobre el «antiguo Mateo» es que no era muy comunicativo, que tenía una mente prodigiosa y que su voz salía débil cada vez que (extrañamente) me dirigía la palabra, aunque con sus amigos tuviera potencia e incluso el timbre más grave.

El hombre que tengo a mi lado es, en pocas palabras, un extraño.

Advierto que saca un portátil de la pequeña bolsa que había dejado a sus pies. Al abrirlo, aparece un fondo de pantalla sobrio, el que viene de fábrica al comprar el dispositivo: un prado verde bajo un cielo azul celeste. Inserta una contraseña de más de veinte dígitos y accede a su escritorio, donde todos los archivos están dentro de carpetas ordenadas una junto a la otra. «Conque hasta tal punto llega su obsesión con el orden», concluyo, incrédula. Después,

pulsa una carpeta llamada «informes» y selecciona un documento Word que ya lleva más de media página escrita. No llego a leer el título del encabezado, porque, entonces, Mateo gira su torso e inclina su cabeza hacia mí.

Me obliga a cruzar miradas con él, con sus grandes ojos verdes. Está tan cerca que puedo admirar las minúsculas y favorecedoras pecas que cuajan su rostro pareciendo polvo estelar. Ay, me ha pillado. Vuelvo la cabeza hacia la ventana al instante, deseando que no vea mis orejas rojas por la vergüenza. Con este movimiento, se me caen los auriculares de los oídos. El avión ha entrado ya en pista y está cogiendo velocidad; en unos segundos, se elevará del suelo.

— Te he pillado. Estabas espiándome. —Comenta Mateo de pronto, en tono acusador. Suena demasiado cerca de mí; su aliento a menta me roza la nuca y me estremece entera. Es como si no le fuera suficiente ver mi comportamiento de persona arrepentida y le apeteciera poner el dedo en la llaga.

Me muerdo el labio inferior. Quizás se ha ofendido con mi intromisión; ciertamente, estaba invadiendo su privacidad. Me giro lentamente, a la vez que el avión se separa de la pista y asciende a toda velocidad. Iba a replicar algo improvisado, pero de pronto me topo con un rostro cargado de un miedo irracional que ya no tiene nada que ver conmigo; Mateo está mirando de un lado a otro, nervioso, y seguidamente pasa a fijar su atención en la ventana tras mi cabeza. ¿Le tiene miedo a... volar? Guau, esto era inesperado. Carraspeo, y al hacerlo aparta la mirada asustada de las nubes y la posa sobre mí, como si recordase mi existencia de repente. No hace nada por ocultar su nerviosismo; el pobre está aterrorizado. Se ha olvidado de mi espionaje por completo. Eso, curiosamente, me divierte.

— ¿Qué, es tu primera vez en uno? —inquiero, haciendo un leve movimiento de cabeza en un amago de señalar el lugar donde estaremos atrapados, el uno junto al otro, por casi dos horas.

— N-no. ¿Por qué lo dices?

— Porque has empezado a temblar como un flan desde el momento en que abandonamos tierra firme —le digo, y no puedo evitar sonreír levemente, con malicia. Hay algo en él, quizás debido a su desagradable recuerdo de mi pasado, que hace que me apetezca burlarme un rato de su fobia. Ay, ¿y yo era la que decía que lo tenía más que superado? Me decepciono a mí misma por momentos.

— Pensaba que no se notaría. —Confiesa, confirmando mis sospechas.

No puedo evitar sonreír ligeramente, con malicia. A pesar de mi timidez, estoy logrando ejecutar mi papel de chica desagradable a la perfección, y sería un desperdicio parar justo cuando acabo de empezar. ¿Me da vergüenza dirigirme a él y me está costando un esfuerzo titánico? Sí. ¿Deseo indagar más sobre él a la vez que me aprovecho un rato de sus inseguridades, para vengarme, aunque sea un pelín, del amor platónico que me rechazó de la forma más cruel posible? También. Una no sabe cuándo volverá a tener la oportunidad de reunirse con fantasmas de la adolescencia. Sobre todo, si estos resultan ser tan agradables a la vista.

— Eres un libro abierto —declaro. Decido apagar la Nintendo, porque algo me dice que la conversación no se quedará aquí y no me gustaría quedarme sin batería para después. Me doy cuenta de que Mateo no pierde detalle de ninguna de mis acciones, y eso me pone de los nervios. ¿Nadie le ha contado que recorrer así con la mirada es de mala educación?—. Si quieres un consejo para calmarte, tú solo piensa en que ya no hay forma de que puedas salir de aquí. Que, si se rompe alguna turbina, caeremos en picado y nos estrellaremos contra el duro suelo a unos 900 kilómetros por hora como mínimo, y tú y yo quedaremos fundidos uno con el otro como papilla humana…

Mateo se queda paralizado unos segundos, posiblemente visualizando la (quizás demasiado) gráfica imagen que le acabo de regalar. Segundos después, hunde los hombros en gesto

apesadumbrado. Me dedica unos ojos de cordero degollado, que me parecen, aun así, espeluznantemente sugerentes. En conjunto no se puede decir que su cara sea precisamente guapa; no es una belleza griega según los cánones de belleza del Clasicismo, pero sí posee un magnetismo romántico, fiel al movimiento del mismo nombre que destacaba por sus personajes perfectamente imperfectos. Lo que sí que entra por los ojos es su cuerpo y, si sigue siendo como en el instituto, su personalidad e inteligencia. Su cerebro era muy, muy sexy. Lo que me lleva a pensar, ¿a qué se dedicará? Siento la imperiosa necesidad de averiguarlo, aunque sea para confirmar que nadar es lo suyo. No volveré a verlo nunca más, ¿no? Pues no perderé la oportunidad de cotillear un poco, de entrometerme en los rincones más oscuros de su mente para luego aplastar sus sueños y…

Bueno, quizás no tanto; solamente la parte de cotillear. *Venga, Angela, no seas tímida. Solo por hoy. Es un simple mortal.*

— ¿T-tienes mucho curro? —le pregunto, señalando el portátil con la mirada.

Noto en su expresión de alivio que agradece el cambiar de tema. Hablar de asuntos banales le servirá como distracción, aunque sea por unos minutos. Suspira, echándole una ojeada a su misterioso informe.

— Pues sí, aunque no era mi intención ponerme con él durante el vuelo.

— Ah. ¿Qué querrías hacer si no?

— Dormir —responde, y pronuncia la palabra como si fuera algo inalcanzable e increíble. Como la Atlántida.

— ¿Y por qué no lo haces?

Me mira unos largos segundos. Me siento extrañamente expuesta ante su escrutinio. Al parecer, aunque siga siendo de frases precisas y carentes de relleno, la madurez le ha ayudado a no dudar en sostenerle la mirada a nadie, aunque sea una extraña como yo. Porque sí: ya tengo asumido que mi existencia fue borrada de su disco duro hace mucho, mucho tiempo. Si es que alguna vez tuvo un hueco en él.

— Porque, entre una cosa y otra, se me ha quitado el sueño. —Dice, y por alguna razón siento que no solo se refiere a la aerofobia. ¿A qué, si no?

— Creo que te entiendo —asiento torpemente. Mateo me estudia con un brillo curioso en los ojos—. A veces, estoy tan estresada que se me olvida dedicarme tiempo a mí misma. No descanso bien, en muchas ocasiones porque yo misma me lo impido. Poco a poco, estoy aprendiendo a compartimentar mi día en diferentes trocitos, uno dedicado a cada faceta esencial en mi vida, para no darle la espalda a ninguna de ellas. Aunque trabajar me sea necesario para tener un techo sobre mi cabeza y ser una mujer independiente y empoderada, acabaría completamente saturada si no dejara todo a un lado, aunque sea una hora al día, para cuidar de mí misma y disfrutar de las pequeñas cosas. Pasear. Ver una película. Meditar. Cocinar a fuego lento…

Cojo una bocanada de aire. Guau, me sorprende el haber hablado tan de seguido, sin tartamudear. Luego siento una oleada de vergüenza, porque es muy posible que Mateo se esté preguntando por qué he asumido cosas de él sin más, y por qué le he contado además sobre mis estrategias de organización sin que él me lo haya pedido. Estoy a punto de disculparme por mi despliegue de sabiduría cuando él mismo mata el silencio haciéndome una pregunta:

— ¿A qué te dedicas?

— ¿Yo? —me sorprende que le interese eso—. Soy pastelera. Regento una de las mejores confiterías de Florencia, muy cerca de la iglesia de San Lorenzo. Tengo el Sello de Excelencia de TripAdvisor y todo, ojo. Me especializo en dulces típicos toscanos, como los *cantucci*. ¿Los conoces? —Él niega con la cabeza, con los ojos muy abiertos, y me vuelvo a reprender mentalmente por querer ir de maestra por la vida. Sin embargo, Mateo se ha quedado boquiabierto, por razones que escapan a mi entendimiento.

¿Qué hay tan sorprendente sobre mi profesión? Vuelvo a elevar los muros helados que, hacía unos minutos, se habían derretido un poquito; frunzo el ceño y compongo una expresión que espero que sea terrorífica—. Qué, ¿crees que no me pega? ¿Qué te esperabas, si no?

Gira su torso hacia mí completamente, con un ímpetu que me hace retroceder intuitivamente. Pero ¿qué...?

— ¡A-al contrario, Angela, sí que lo hace! Nunca olvidaré el sabor de aquel trozo de bizcocho que me regalaste una vez, en un recreo. ¡Se te daba muy bien la repostería! Es sólo que me alegro muchísimo de que hayas cumplido un sueño, de que triunfes siendo tan joven…

Asiento, conforme con su respuesta. Seguidamente, pienso que eso ha sido lo máximo que me ha hablado nunca, incluyendo cuando éramos compañeros de instituto. Han sido muchas frases seguidas, ¡y encima alabándome! Me ruborizo inconscientemente, sintiéndome estúpidamente especial. Hasta que, por supuesto, me doy cuenta.

Un escalofrío me recorre toda la espina dorsal, poniéndome los vellos de punta y electrizando todas mis articulaciones. Porque ha dicho mi nombre. Porque se acordaba de quién era, hasta el punto de saber que hacer dulces siempre se me dio bien. Porque está orgulloso de la persona en la que me he convertido. Además, ¡recuerda el bizcocho que le di una vez! Recuerdo ese día: había madrugado muchísimo para hornearlo antes de ir a clase, solo con la meta de ver su reacción al probarlo. Esta no resultó ser nada espectacular, y me llevé un chasco tremendo: Mateo sólo asintió casi imperceptiblemente y siguió hablando con sus amigos, sin darme las gracias siquiera.

Sin embargo, ahora sé que el bizcocho significó algo para él. No cayó en el olvido. Noto cómo la Angela de quince años se ilusiona, rogándome que le dé una tregua al rencor que me carcome por dentro, que sonría y chille de alegría. Mateo, por fin, me ha prestado atención, aunque sea años más tarde. Pero yo estoy demasiado aturdida como para pensar en cambiar de estrategia, en

abandonar el dolor que me da tener al lado a mi fantasma del pasado. Eso implicaría decirle adiós a los esfuerzos que hice de adolescente para pasar página.

Trago saliva, nerviosa. Y entonces me quedo muda, justo como a veces me ocurre cuando alguien me saca de mi zona de confort; con las orejas a punto de echar humo del rubor que me asciende y los ojos paralizados en un punto fijo, no puedo articular palabra alguna. Menos mal que Mateo sigue hablando, ignorante del nudo que se me ha formado en la garganta. Cuando reúno las agallas necesarias para volver a mirarlo, advierto que él también tiene los ojos abiertos de par en par, y parece casi tan pasmado como yo por lo que ha dicho.

— V-vaya, el cerebro me ha jugado una mala pasada —dice, y suelta una carcajada suave que me pilla desprevenida. Tiene una risa preciosa—. No quería decir tu nombre por miedo a que, para ti, yo solo fuese un extraño. En fin, supongo que ya da igual. Aunque tú no te acuerdes de mí, en la ESO estuve en tu clase. Me llamo…

— M-mateo Ruiz. Sí, sé quién eres.

Gracias por resucitar, voz. «Como para olvidarme de ti», completo en mi cabeza, de pronto algo entristecida. Instantáneamente me obligo a animarme; me niego a fabricar negatividad gratuita por culpa de los recuerdos de unos acontecimientos pasados hace años. Me concentro en seguir ofreciéndole una mirada severa, inquebrantable. De verdad que no sé cómo lo hace para actuar con tanta normalidad frente a semejante careto de muerta viviente.

Noto cómo se le ilumina el rostro; sus ojos brillan con luz propia y veo asomar el principio de una sonrisa.

— Vaya, qué alivio.

Una chispa revolotea en mi estómago, tratando de llenar de calidez un cuerpo hasta entonces aletargado y gris, pero apago la llama rápidamente, sin anestesia. No; Mateo no logrará sacar de su cómoda cueva a la antigua Angela, aquella joven inexperta que babeaba al verle pasar. Este viaje acabará más pronto que tarde, y,

en cuanto nos mezclemos entre el alboroto del nuevo aeropuerto, no lo volveré a ver jamás. Tan solo quedan... una hora y quince minutos de tortura. Ya está. Me da igual que le haya preocupado la idea de que yo no lo reconociese, me da igual que se acordase del estúpido bizcocho. Todo de él me da absolutamente igual; simplemente estoy dando conversación porque soy curiosa por naturaleza.

— ¿Y tú en qué trabajas? —contraataco.

— Soy director de una de las sucursales de Ziuriz, en Barcelona. Estudié económicas en la UB, una de las universidades de allí, y en cuanto me gradué me dieron un puesto de trabajo rápidamente.

— Espera... ¿Ziuriz? ¿El banco?

— Sí, el mismo —se pasa una mano por su pelo. Es tan brillante, y parece tan suave... —. Aunque no empecé en la cúspide del poder, qué va. Empecé en el puesto más bajo y luego fui ascendiendo poco a poco, con mi esfuerzo. Hasta que ahora, un año después, me han contratado como director.

Vaya, pues no es nadador. Simplemente irá mucho al gimnasio. O tendrá cuerpo de escultura griega por naturaleza.

— Guau, qué bien. Es impresionante. Y lo digo de verdad, no solo para salir del paso. Has llegado a la cima más rápido de lo que normalmente se tarda en lograrlo.

— Gracias. Estoy orgulloso de mi evolución —responde, y su tono de voz ha adquirido profesionalidad repentinamente. Parece que, al hablar sobre su trabajo, gane seguridad y resurja su perfil de empresario nato. Es como si tuviera dos personalidades opuestas, una blandita y otra dura—. ¿Tú te quedaste a estudiar en Barcelona, también?

— Qué va. Después de la ESO regresé a Italia con mi familia. No sé si te acuerdas de que dejé Las Hayas antes de comenzar el Bachillerato.

— Sí.

Asiento, esforzándome por pasar por alto la seguridad con la que ha afirmado.

— Bueno, pues los dos últimos años de instituto los cursé en Florencia. Toda mi familia era de allí, pero se habían tenido que instalar en Barcelona por varios años por cuestiones de trabajo y, mientras tanto, me tuvieron en ese instituto —me muerdo la lengua para no agregar «horrible» como adjetivo calificativo de Las Hayas, ni llamarlo «cárcel»—. Cuando se lo pudieron permitir, nos reinstalamos en nuestra ciudad natal. La echábamos mucho de menos. Desde entonces, he vivido allí. Estudié en la Escuela Culinaria de Florencia y más tarde me especialicé en Repostería. La semana pasada fue la primera vez en años que he pisado Barcelona. Y España, ya puestos.

— Guau —murmura Mateo, con la vista completamente fija en mí. Me aguanto las ganas de bajar la mirada porque paso de ser intimidada—. ¿Y qué te hizo volver, pues?

— Una masterclass. De vez en cuando doy clases magistrales de cocina en el extranjero, en especial sobre postres italianos. Están bien pagadas.

— Guau —repite él.

Frunzo el ceño. No sé por qué está alucinando tanto conmigo; ¿es que no se esperaba que fuese a tener éxito en lo mío? ¡Él también lo tiene, y no me quedo boquiabierta al mirarle! (De milagro, ya lo sé, pero ¡aun así estoy marcando la diferencia!).

— ¿Y tú, por qué viajas? —le pregunto, interrumpiéndole antes de que añada nada más.

— Ziuriz abre su primera sucursal en Florencia, cerca de la Galería de la Academia, y debo asistir a su apertura y supervisar las obras y retoques finales que se están haciendo. No debería encargarme de esto, pero estoy haciéndolo por mi jefe a modo de favor. También estoy en la lista de asistentes a un congreso internacional de inversión y emprendimiento. Me han invitado a que dé una charla.

Abro mucho los ojos, y reprimo las ganas de sonreír. Este hombre va ganando atractivo por momentos, y yo no sé dónde voy a meterme para que no note que empiezo a suspirar como una

colegiala. Jamás pensé que oírlo hablar sobre su éxito en el mundo laboral, y saber que ahora es un referente en el mundo de la economía, me revolvería tanto el estómago. En el buen sentido.

— Ah —murmuro, con la vista al frente. Como si las instrucciones sobre evacuación en caso de emergencia que hay pegadas al asiento de delante fueran interesantísimas—. Y ¿cuántos días estarás?

No porque pretenda hacer nada con esa información, ojo.

— Catorce.

— Y después, ¿qué?

— Volveré a la sucursal de Barcelona y seguiré con mis tareas habituales.

— Humm.

Nada que no me esperase. «Pues claro que regresará por donde ha venido, tonta. Has leído demasiadas comedias románticas, Angela». Esto no ha sido ningún encuentro del destino, ninguna alineación cósmica que nos ha hecho tropezar para vivir felices y comer perdices. Tengo a mi lado tanto a un extraño que me hace sentir tremendamente incómoda por las sensaciones que despierta en mí (pero a las que soy incapaz de poner una etiqueta) como al recuerdo de un niño que siempre me hizo sentir diminuta; y lo cierto es que no podemos ser polos más opuestos. Él, enamorado de los números y del dinero, y yo, adicta a la decoración con *fondant* y al *frosting* de chocolate blanco. Él tan... inalcanzable, tan profesional. Y yo... tan... No sé ni cómo describirme en dos palabras. Supongo que tan caótica y tímida a la vez. Y dramática, muy dramática. Me estoy montando una película en mi cabeza mientras tengo al pobre chico a la espera de que diga algo con más sustancia.

Señalo su reluciente reloj con el mentón.

— Si eres rico, ¿por qué no viajas en primera clase?

Sonríe un poquito. Cuando lo hace, siento que voy a sufrir una combustión espontánea.

— Porque era el asiento que quedaba. Además, da igual; no son tantas horas de trayecto. Y no soy tan rico.

— «Tan rico». El típico comentario humilde que haría una persona forrada de dinero.

Esta vez, suelta una carcajada que me retumba en el pecho y hace palpitar mi corazón con más intensidad.

— Sin filtros, como siempre. —Comenta, y me vuelve a mirar con esa intensidad incomprensible. El verde en sus ojos parece ondular y retorcerse, y su mirada me parece líquida e inabarcable. Me da vértigo y a la vez me da ganas de saltar en ella.

Sin embargo, lo que ha dicho no me ha sentado bien. ¿Por qué hace alusiones al pasado que compartimos, como si este hubiera sido uno significativo? Ambos sabemos que mi presencia en su día a día no fue ningún antes ni después en su vida de estudiante de cuarto de la ESO. Me duele que hable así, porque sus comentarios me dan esperanza por mucho que trate de luchar contra el efecto que provocan en mí. Mis labios se convierten en una fina línea, vuelvo a construir mi cara de póker. Le hago un tour por la mismísima Antártida.

— ¿Qué sabrás tú? No me conoces.

La sombra de la confusión cruza la cara de Mateo.

— S-supongo que tienes razón —se explica—. No pretendía ofenderte. Tan sólo me refería a que tu forma de contestar me ha recordado a cómo hablabas en Las Hayas. Al menos con los profesores, o con tus amigas. Nunca tenías pelos en la lengua.

— Es raro que te acuerdes de ese detalle.

— A mí no me lo parece. Siempre admiré tu facultad de decir lo que pensabas con exactitud; ni una palabra más, ni una menos. Y sin miedo a la reacción de nadie. Yo mismo aún trabajo en ello, hoy en día.

— ¿Tú? —arqueo las cejas, incrédula. Pero si ¡parece un tío con una confianza arrolladora! Y yo, al revés: soy tan solo una chica introvertida tratando de encajar en un mundo hecho para extrovertidos—. Si admiras eso de mí, es que

tienes una imagen muy distorsionada de la realidad. Deberías ir al médico a que te lo miren.

— No, no hace falta. Sé lo que digo. —Responde con una lentitud aplastante. No sé por qué, pero sé que está siendo sincero. Y que sigue mirándome con fijeza. Todo eso me aturde y nubla mis sentidos.

Asiento con la cabeza torpemente y, con miles de pensamientos dándome vueltas en la cabeza, me pongo de lado y doy la espalda a Mateo. Encaro la ventanilla y decido dedicarme a observar las nubes que vamos dejando atrás. Daría lo que fuera por poder caminar sobre ellas. El sol las acaricia con sus cálidos rayos y las atraviesa en distintos puntos, dejando halos de luz con cada roce. Son unas vistas preciosas y relajantes, y de pronto se me ha antojado aprender a hacer algodón de azúcar en cuanto vuelva a mi estudio. Ay, no tengo remedio; todo lo que me parece bonito me tienta a querer convertirlo en un dulce.

Él no comenta nada sobre mi repentino aislamiento. Suelta un gruñido bajo que me da a conocer su decepción, pero respeta mi espacio. A pesar de que sé que, sin poder entablar ningún diálogo que le distraiga, Mateo volverá a temblar de miedo ante el vértigo de volar a metros y metros del suelo. Aunque a una parte de mí (la vengativa, la que desea hacerle pagar por acciones del pasado) le trae sin cuidado, a la otra parte (una que no logro comprender) siente el impulso de aliviar su fatiga de alguna forma. Me cruzo de brazos, mordiéndome el labio inferior. Paso de alargar una conversación durante tantas horas seguidas; sería insostenible. E insufrible. Y, además, ha quedado perfectamente claro que pertenecemos a mundos muy diferentes. Siento sonar egoísta, pero prefiero que él esté estresado todo el tiempo por miedo a que caigamos en picado, a estarlo yo. Si no nos vamos a ver más, ¿para qué alargar la tortura?

Cuando me canso del paisaje, me bajo mi antifaz con forma de gato y, con la frente pegada al cristal, hago el amago de dormirme. A pesar de tener a tremendo tío a solo unos centímetros de distancia. Respiro hondo para relajarme, pero luego me

arrepiento; me he llevado todo el aroma de su perfume a mis fosas nasales. Procedo a respirar normal y contar ovejitas. Por suerte, ahora que mis ojos están tapados, al menos puedo fingir que Mateo solo ha sido una ilusión. «Angela, tú puedes. Cuando despiertes, será como si te hubieras teletransportado al final del viaje».

Lo hago después de un largo rato. No sé cuánto tiempo ha pasado. Lo primero que detecto es una nueva oleada de aroma a perfume masculino, de características profundas, intensas y con toques de cítricos. Es... delicioso. Y sensual. Me remuevo un poquito en mi sitio, sintiéndome muy a gusto, y bostezo. Me quedo unos segundos deleitándome en él, y me acomodo aún más en mi reposacabezas... Hasta que se despiertan algunas de mis neuronas y me dan la alarma de que aquí hay algo raro. Tengo la cabeza ladeada, y no recordaba el asiento tan duro. Además, tampoco me probé ningún perfume de hombre en el Duty Free del aeropuerto. Me quito el antifaz de un tirón, despeinándome por completo.

Me había. Quedado. Dormida. En su hombro.

— Tu antifaz... es adorable. —Comenta Mateo, nada más ver que me he despertado.

Estoy tan cerca de él que las pulsaciones se me aceleran. Sus labios, gruesos, unos labios que tantas veces me había preguntado a qué sabrían, se encuentran en primer plano de visión, entreabiertos y ligeramente sonrientes. Irresistibles.

Me aparto con brusquedad.

— Yo... yo... ¡Lo siento!

— No importa —se ríe suavemente—. Todo sea por viejas amistades, ¿no? Estabas tan frita que me daba pena moverte a tu sitio; ya desearía yo echar una cabezadita con tanta facilidad como tú. Además, ya estamos llegando. No me he atrevido a mirar por la ventanilla, pero lo ha dicho el piloto por megafonía. Dice que habrá una temperatura de 20 grados cuando aterricemos.

Me obligo a respirar hondo. Como no reduzca el ritmo de mis pulsaciones, mi corazón va a sufrir los daños colaterales del buen susto que me he dado. Siento vergüenza y un hormigueo

recorriéndome el cuerpo, pero lo peor es que no sé si me arrepiento totalmente de haber descansado arrimada a Mateo. La Angela del pasado chilla entre las paredes de mi cerebro por haber cumplido un sueño reprimido, dejándome cada vez más y más sorda. O quizás solo es la presión por la altitud y se me han taponado los oídos. En cualquier caso, no debo (ni puedo) sentirme así, así que me ocupo de pisotear cualquier pensamiento infantil y le respondo con una sola palabra:

— OK.

Deseaba que mi mirada de depredadora a punto de abalanzarse sobre su presa le asustase por fin, pero me llevo un chasco. Al contrario, me mira con una ternura que hace que aparte la vista por la vergüenza. ¿Por qué hace eso? Es desconcertante. De pronto, me vuelve a hacer sentir diminuta e indefensa, y lo detesto.

El avión aterriza sin turbulencias. Cuando los azafatos abren las puertas de salida, nos desabrochamos los cinturones y nos ponemos en pie. Mateo baja su maleta del compartimento el primero, y, cuando ve que voy a hacer lo mismo, se ofrece a hacerlo por mí. Coloca mi equipaje, que es de estampado de Hello Kitty e imposiblemente rosa, junto a la sobriedad y oscuridad del suyo.

— Gracias —murmuro. Ni siquiera sé si me ha oído.

— Buen trayecto de vuelta. —Me desea con una pequeña sonrisa.

Alzo la cabeza. A su lado, compruebo de primera mano lo alto que está. Le llego a la altura de los pectorales, los cuales ascienden y descienden lentamente al ritmo de su respiración acompasada. Me pregunto cómo se verá sin camise… *Angela, concéntrate.*

— Estás muy cambiado —comento entonces, sin más. Las palabras se me han escapado de la garganta sin mi permiso.

Me recorre con la mirada, de arriba abajo. Me siento desnuda unos segundos mientras lo hace, pero aguanto bien el impulso de girarme para darle la espalda como antes. Me niego a hacerle saber lo que un simple movimiento de sus ojos por mi cuerpo puede provocar en mí. Le dejo estudiarme, a pesar de que su cercanía es embriagadora y entorpece mis reflejos. A pesar de que en este viaje

me ha hecho sentir más observada que en los cuatro años que estuvimos en clase juntos, y eso me hace sentir demasiado bien sin quererlo.

— Tú también —responde, pensativo—. Como debe ser. Te quedan muy bien las mechas rosas. —Añade, y alza una mano hacia mi pelo.

Me echo hacia atrás para impedir que me toque. Chasqueo con la lengua.

— Es fucsia.

— Eso pensaba.

Simplemente asiento, y me voy pasillo abajo en dirección a las escaleras. Los pasajeros ya han comenzado a descenderlas, uno a uno, y la tripulación de vuelo se despide con sonrisas radiantes. A paso decidido, me uno a la fila y me concentro en alejarme más y más de Mateo. Sin dejarle decir nada más. Decidida a no tenerlo nunca, jamás, ante mí.

Universo, hoy no te saldrás con la tuya: el fantasma no ha podido conmigo. Mi paciencia y temple siguen intactos. Seguiré con mi vida de ensueño, con mis pasteles y mis cursos de cocina en la ciudad más bonita del planeta, y nada podrá alterar el orden natural de las cosas.

3. ANGELA. «TRAUMA DEL PASADO»

Se supone que le detesto.

Porque se ganó mi confianza, mi admiración, y mi amor, para después echarlo todo a un vaso y triturarlo para hacerse un *smoothie*.

Empecemos por el principio. En Barcelona, Mateo y yo fuimos a un instituto súper pijo durante los cuatro años de enseñanza secundaria obligatoria (ESO). Mis padres pudieron permitírselo a duras penas durante el primer año, porque aún no habían construido el enorme imperio gastronómico que les enriquece ahora. Coincidimos en la misma clase, de apenas veinte alumnos porque la enseñanza por grupos reducidos era uno de los orgullos de Las Hayas. Por lo tanto, inevitablemente lo tuve cerca desde el principio.

En mi campo de visión. Tenía una sonrisa radiante, sus ojos verdes eran enormes y, sus pestañas, larguísimas y preciosas; me recordaba a un muñeco de porcelana, sin imperfecciones en el rostro mirase por donde mirase. Además, era listísimo. Aparte de mí, era el que mejores notas sacaba en toda la clase. Sobre todo, en matemáticas y economía. Apuntaba maneras de empresario desde renacuajo. Su inteligencia era lo que más la atención me llamaba, y empecé a sentir que tenía un alma gemela en versión masculina. El resto de los compañeros parecían tener la cabeza hueca, así que mis ojos solo apuntaban en su dirección.

A mediados de primero de ESO, nos sentaron juntos en clase de francés. No le había hablado aún. Tenerlo tan cerca por primera vez hizo que me galopase el corazón, que salivase en exceso y que me sudaran las manos. Debido a estas sensaciones físicas tan raras, concluí que estaba pillada por Mateo. Pero no porque hubiera experimentado una sensación de enamoramiento tan profunda anteriormente, sino porque estaba harta de leer descripciones sobre ello en novelas. Y es que adoraba la lectura. En esa época, devoraba unos dos libros por semana y, cuanto más románticos fuesen, mejor. Por lo tanto, ya me consideraba experta en detección de mariposas y otros cuerpos extraños en el estómago.

— Tu letra es muy bonita —le dije, en un hilo de voz.

Mateo me miró bajo los bucles pelirrojos que caían por su frente en auténtico desorden.

— G-gracias.

— Por cierto, tu pelo parece tener vida propia. Está despeinado y creo que necesita un buen corte para que no se rebele contra…

Me tapé la boca. Yo y mis meteduras de pata. Siempre he dicho cosas sin pensarlas bien en mi cabeza, por impulsividad. Creo que se debió notar mi arrepentimiento en la cara, porque él sonrió. Se le iluminó la expresión, y de pronto me pareció que no eran las lámparas del techo las que alumbraban los apuntes de mi pupitre. Solo con ese gesto, me colé un poquito más por él.

— Sí, es indomable.

— ¿Tienes alguna película favorita? —pregunté seguidamente. Quería cambiar de tema, en un intento de caerle bien.

— M-me gusta la ciencia ficción.

— ¿Y leer?

— Eso más. —Sonrió de nuevo, pero ya no me miraba.

Copiaba unas frases de la pizarra con su ordenada caligrafía. Seguramente no entendería a qué venía aquel interrogatorio desesperado. Su perfil era aún más sobrecogedor: su nariz era fina y pequeñita, adorable, y sus cejas se fruncían por la concentración.

— ¡A mí también! ¡Qué fuerte!

— ¡¡Angela, silencio!! —exclamó entonces la profesora, contrariada.

Creo que había mostrado más entusiasmo de la cuenta, porque no solo me había oído Mateo. Unas chicas soltaron carcajadas suaves. Agaché la cabeza, avergonzada.

— Ups.

Pero Mateo no calló, lo cual me sorprendió. Por aquel entonces lo veía como un ser inalcanzable que jugaba en otra liga.

— Oye, ¿quieres venir a mi cumple este sábado? —me preguntó al minuto siguiente—. Miriam y Cloe van a ir. El plan es ir al cine y luego cenar algo en algún sitio de comida rápida.

Debí de haberle caído en gracia por alguna razón. Reprimí todas mis ganas de gritar «¡claro!» por todo lo alto. Tan solo me pasé una mano por mi pelo trenzado, con parsimonia, y solté:

— Vale, veré si tengo esa tarde libre.

— C-claro, tú me confirmas. ¿Te doy mi número?

Tragué saliva. No daba crédito: un chico, y no uno cualquiera, me estaba dando su número de teléfono. Esto era insólito. Estaba al borde del colapso mental. Por suerte, tuve los reflejos de actuar de la forma más «guay» posible.

— Como quieras —respondí, haciéndome la interesante.

Seguidamente, le dejé que lo anotase en mi agenda con motivos de florecillas. Y me sentí realizada. Aún conservo esa libretilla; nunca fui capaz de tirarla.

Le regalé mi libro de ciencia ficción favorito aquel sábado, una pasada de historia: *Dune 1*, de Frank Herbert. Con una dedicatoria dentro y todo, que decía algo así como: «Espero que te guste :)». Muy original, lo sé. Y traté de darle mucha conversación durante toda la quedada, pero él no me daba ninguna de vuelta. Parecía que no tenía nada que contarme, lo cual me frustraba, porque con los otros invitados charlaba con normalidad. Yo veía algo en él que me hacía considerarlo alguien especial en mi vida, pero Mateo no parecía haberme tenido nunca en sus pensamientos. Y, sin embargo, luego existían unos pequeños momentos que me hacían preguntarme si yo le gustaba, como cuando me topaba con su mirada en clase o cuando me sonreía enseñándome toda la dentadura. O aquella vez en la que me preparó una lista de sus películas favoritas (de ciencia ficción), para que las viera cuando tuviese tiempo. Todo eso me confundía y continuaba alimentando mi ilusión a partes iguales.

Mis sentimientos no cambiaron durante los siguientes tres años. No me invitó a más cumpleaños, pero yo seguí creyendo que éramos amigos a pesar de que no hiciéramos cosas de personas que se tengan en alta estima: ni hablábamos apenas, ni quedábamos después de clases, ni tampoco nos reuníamos en el recreo. Alguna vez que otra le escribía por chat, porque se me hacía demasiado incómodo dirigirme a él en clase, y recibía tan solo unos emojis de risa que no venían a cuento. Yo ya estaba enganchada a él; o, mejor dicho, a la idea que tenía construida en mi mente sobre su persona.

Le escribía cartas anónimas en San Valentín, que metía en su mochila durante el recreo aprovechando que él estaba en el patio. En ellas había pistas bastante obvias sobre mi identidad; como, para empezar, mi letra. También le escribí un poema y todo y se lo dejé debajo de la mesa. Me lo sé de memoria, pero ahora mismo me da demasiada vergüenza compartirlo. Ah, y le di bizcocho casero en un recreo. Además, seguí intentando hablar con él, sobre cualquier cosa. Pero nada de eso pareció surtir efecto. Ninguno de mis conocimientos sobre el amor extraídos de novelas románticas, telenovelas y revistas para adolescentes me servían para causar una reacción significativa en su persona. Y eso era frustrante. Incluso

tenía recopilada una lista de trucos con los que podría enamorarle, pero... nada.

Estoy segura de que nunca se leyó ese libro. Pero bueno, no soy rencorosa. Creo.

— ¡¡Eh, mira por dónde andas!! —grita entonces alguien con indignación.

Desconecto bruscamente de mi hilo de pensamientos. Levanto la cabeza, asustada. Miro en derredor y me doy cuenta de que estoy en medio de un paso de cebra. Con el semáforo para peatones en rojo. La persona que ha exclamado ha sido un conductor de autobús, con la cabeza sacada de su ventanilla y haciendo gestos vulgares. Detrás de él suena el claxon de un coche, también.

Trago saliva, nerviosa. Agarro bien la maleta y me apresuro a correr hacia la acera a la que me dirigía. Una vez sana y salva, doy gracias a que no me hayan atropellado por accidente. A veces me meto tanto en mis propios pensamientos que mi cuerpo pasa a moverse por inercia, llevado por la corriente. Pongo el piloto automático y confío en la suerte. Eso puede ser realmente peligroso, por supuesto. Creía que ya no me pasaba tanto, pero por pensar en Mateo acabo de demostrar que he recaído en las viejas costumbres. Supongo que hay ciertos temas que es mejor recordarlos sentada, en la seguridad de una silla.

Por lo tanto, basta de mencionar a ese hombre. Centrémonos en el momento presente, olvidemos las miserias. Son las siete de la mañana y, aunque el aeropuerto Amerigo Vespucci sea pequeñito, de tan solo una pista de aterrizaje, no sé qué autobús coger para llegar a casa. Y eso me preocupa. Bianca me dejó aquí con el coche hace una semana, cuando empezó mi viaje a Barcelona, pero ahora está trabajando; además, esta ha sido la primera vez que viajo en años, precisamente desde cuarto de ESO. Así que es difícil que me acuerde de los medios de transporte del aeropuerto. Quiero quitarme los zapatos y desayunar de una vez, así que comencemos la investigación sin distracciones.

Abro el Google Maps en mi destartalado móvil y cruzo los dedos para que no se bloquee. Siempre va muy lento, y no es por la

calidad del internet ni nada de eso. Simplemente parece una cafetera, que se recalienta y parece que su contenido vaya a entrar en ebullición. Por suerte, esta vez se apiada de mí y me permite buscar la mejor ruta para llegar al punto más cercano a la basílica de Santa María Novella. Vivo en un punto intermedio entre ella y la iglesia de San Lorenzo, porque siempre es muy práctico estar cerca de mi local de trabajo. De todas formas, paso más tiempo allí que en el piso. El setenta por ciento de mi día consiste en hornear, un doce por ciento en comer, un diez por ciento en dormir y el ocho restante en jugar a videojuegos.

Bien; puedo coger un tranvía directo en la parada Peretola Aeroporto, a tres minutos de aquí. Tras doce paradas, llegaré a Unità, mi destino. Son sólo veintiséis minutos. Me deja realmente cerca del piso, a tan solo un paseo tranquilo de distancia. Activo el navegador y dejo que la aterciopelada voz de Google me guíe durante el viaje; esta vez prestando atención a los semáforos, por supuesto.

El tranvía (T2) está hasta arriba de gente cuando subo, pero me topo con el único asiento libre que parece haber en el vagón. Suelo tener suerte encontrando sitio para sentarme, no sé cómo lo hago. Hago hueco entre mis piernas para mi maleta, a pesar del gruñido de desaprobación que emite el señor que tengo delante. No hay razón por la que deba molestarle, porque hay medio metro de distancia entre sus rodillas y mi equipaje, así que le taladro con la mirada. Parece que he asustado al señor, porque gira la cabeza hacia la ventana y pasa a fingir que no existo. Sonrío satisfecha. Muy bien: acabo de recibir la confirmación de que sí que doy miedo cuando me lo propongo; la imperturbabilidad de Mateo había herido un poco mi orgullo.

Abro la funda de la Nintendo para rescatar los cascos que se habían quedado ahí atrapados. Me los coloco y los enchufo al móvil. Me pongo a mirar vídeos de preparación de tartas en internet los primeros diez minutos de trayecto. Me relaja muchísimo ver cómo se mezclan los ingredientes y el proceso para convertirlos en un apetecible pastel rosa con decoración de florecillas hechas con manga pastelera. Además, de paso recopilo ideas para la tienda. Os

sorprendería saber cuántas noches me he quedado dormida con el portátil encendido y el sonido de una batidora montando nata de fondo.

Después, mis ojos se desvían al paisaje, a los edificios de fachadas coloridas y ventanas verdes que dejamos atrás con rapidez. A los árboles frondosos y parques que se entrelazan con la encantadora arquitectura de mi querida ciudad. A las iglesias de piedra y mármol, cada cual más impresionante tanto por dentro como por fuera. Veo ciclistas, muchos de ellos, y niños con patines en los carriles bici, y coches y autobuses en atasco a ambos lados de la vía; mientras, en el centro de todo, el tren urbano avanza imperturbable conmigo dentro. También veo callejuelas estrechas con pequeños establecimientos iluminados, y el familiar empedrado del suelo que casa perfectamente con la estética medieval y Renacentista de las iglesias. Ah, cómo echaba de menos esto. Barcelona es preciosa, no me malinterpretéis, pero estoy cero acostumbrada a viajar y mi corazón empezaba ya a añorar las calles que tan familiares me son.

Me pregunto si le gustará Florencia a Mateo. La mayor parte de mí me lleva a suponer que sí, porque esta ciudad esconde siempre algo para todos los gustos, pero una nunca está realmente segura... Pero bueno, ¡¿qué hago pensando otra vez en ese?! ¡Como si me importara la calidad de su experiencia! Por mí, como si odia este sitio y no pone un pie más por aquí...

Respiro hondo. Ahora que estoy sentada, con la mente en blanco por fin, me vuelven a venir flashbacks desagradables del pasado. Me viene la imagen de él, con los ojos muy abiertos, retrocediendo lentamente y con las manos en alto. Se choca con un pupitre y camina hacia la puerta de espaldas, murmurando unas disculpas que apenas puedo entender. Tartamudea, y yo no lo entiendo; ¿qué le da tanto pavor para que se aleje así de mí? Es un insensible. Y me arrepiento de haberle ofrecido mi corazón en una bandeja de plata. Lo veo vívidamente, como si fuera ayer, escapando pasillo abajo sin mirar atrás. Dejándome rota.

En cuarto de ESO, mis padres me avisaron de que nos mudaríamos a Florencia para siempre. Era mayo, así que tan solo

faltaba un mes para que acabase mi curso en Las Hayas, Barcelona. Ese instituto era un infierno, así que por un lado me alegraba de poder escapar al fin de él. Sin embargo, por otro lado, me entristecía tener que alejarme de mis mejores amigas… y de Mateo. Aunque no éramos amigos cercanos y yo tenía asumido ya que nunca lo seríamos, detestaba saber que ahora me iba a ir sin saber jamás lo que él sentía por mí. Si es que sentía algo. Necesitaba mover ficha, y rápido. O, al menos, eso fue lo que me aconsejaron mis amigas de entonces cuando les conté el dilema. Así que lo hice, porque yo era valiente. Estaba dispuesta a todo por conseguir la atención de la persona por la que llevaba pillada toda mi adolescencia.

Le propuse ir a ver una película, al cine. La nueva de Star Wars por aquel entonces (la VII), para ser precisos. Porque teníamos eso en común, así que ¿por qué no aprovecharlo? La cita sería perfecta. Dios, me ruboricé muchísimo y tartamudeé al contarle mi idea... por Whatsapp. Porque hacerlo a la cara me parecía un reto imposible de superar. Nunca había intentado nada por un chico, así que tener que hacerlo de repente me daba miedo y ganas de meterme en la cómoda calidez de mi habitación repleta de libros. Por chat me resultó mucho más fácil preguntarle si tenía el sábado por la tarde libre, a pesar de que casi me desmayo de los nervios previos a su respuesta.

Me contestó que vale, que iría. Di saltos en mi colchón; no me lo creía. Claro que ahí no quedó la cosa. El mismo día de la quedada, mientras me pintaba los labios con mimo, me llegó un mensaje entrante suyo. Me decía que no podía. De forma inesperada, una tía que vivía en el extranjero se había materializado en su casa. Y claro, tenía que ser buen sobrino y pasar con ella la tarde, porque su familia se lo pedía. En vez de estar conmigo. Recordaba que él había dicho una vez que no tenía tías. Solo un tío, y encima trabajaba como profe en Las Hayas; nadie a quien no viese diariamente.

Mateo me estaba mintiendo.

Pero le perdoné el plantón. Porque, por si no ha quedado claro, estaba enamorada de verdad de aquel pelirrojo sabiondo.

Quizás le ponía demasiado nervioso tener que quedar conmigo, porque estaba pilladísimo por mí…

En junio, realicé la confesión amorosa más patética de mi vida.

Fue la única que llegaría a hacer hasta el día de hoy, a decir verdad. Como para hacer otras. Y fue bastante indirecta, he de admitir. No sé si la otra parte involucrada se enteró muy bien de lo que estaba pasando. Soy una chica a la que le van las... sutilezas. Agrego suaves toques de vainilla a mis *cupcakes*, no medio tarro. El problema es que también creo a veces que la gente tiene alguna especie de telepatía conmigo.

Me había puesto una diadema nueva y preciosa, plagada de perlitas blancas. Me eché litros del perfume que mi madre reservaba para ocasiones especiales, sin su permiso. Me había incluso puesto rímel, algo impropio en mí. Y me había pintado las uñas. Todo por hacer que Mateo me *viera* por fin, porque me parecía que siempre había sido un extra insignificante entre los muchos que actuaban de fondo en la película de su vida. Y yo quería pasar a ser, al menos, un personaje secundario. Mi esfuerzo merecía ese ascenso.

— ¡¿Te gusto?! —le pregunté, medio histérica.

Mateo se paró de sopetón al escucharme. Le había pillado desprevenido, justo cuando iba derecho a la puerta del aula de castellano con su sándwich en la mano. Seguía a dos compañeros más, unos chicos obsesionados con las conspiraciones sobre el espacio (afirmaban con total convicción que la Tierra era plana) y las charlas TED, y que no aceptaban a nadie más en su círculo de amistad. Más de nuestros compañeros nos rodeaban, empujándonos para salir de allí como si les fuese la vida en ello. Menos mal que nadie estuvo atento a mí cuando formulé la ansiosa pregunta.

Primero miró hacia abajo, hacia su antebrazo.

— Ay, ¡perdona!

No me había dado cuenta de que le había agarrado de la manga del jersey. Aflojé el agarre y aparté la mano, como si su contacto quemase. Pero eso no pareció restarle incomodidad a la situación. Después, Mateo frunció el ceño. Yo no sabía si estaba

enfadado o confundido. Acabé decidiéndome por lo último, así que repetí las mismas palabras, por si no las había captado con el ruido a nuestro alrededor. Ahora, estábamos solos. La profesora también nos había dejado atrás. Mi corazón latía con fuerza. Era mi momento. Tenía su atención puesta en mí por primera vez, sin distracciones.

— ¿Te... gusto?

— ¿Qué? ¡¡No!!

Ahora tenía el rostro descompuesto. Como si hubiese visto a su mismísima tía inexistente detrás de mí, una aparición espectral, en vez de a una simple chica que se sentía diminuta ante su mirada.

Poco después, salió corriendo. Y yo me quedé ahí quieta, inmóvil. Preguntándome qué habría hecho mal a lo largo de tantos años haciendo todo lo posible por resultar agradable. Con dulces, sonrisas, cartas, mensajes simpáticos, libros preferidos, y mucho más. Y lo peor era saber que no habría segundos intentos, porque me iría del instituto sin haberme podido despedir de él. Que se hubiera quedado para rechazarme de otra forma (como debía haber sido en el caso de que la respuesta hubiera sido negativa) me habría dejado más tranquila: habría significado el cierre de una etapa a la que tenía que dejar ir amablemente. Pero, en cambio, Mateo me había despreciado. A pesar de todo lo que yo le quería, ni siquiera me había regalado una respuesta razonada. Solo su cara desencajada por el horror y un «no» a gritos.

Y, por todo esto, nunca pude olvidarme de él. Aunque lo intentase con todas mis fuerzas. Aunque lo siga intentando, a mis veintitrés años. Justo el año pasado me tuve que enterar de que se enrolló, en la graduación de segundo de bachillerato, con una de mis mejores amigas de Las Hayas; hay que ver la de vueltas que da la vida. Verlo recientemente tampoco ha ayudado mucho, la verdad.

Lo detesto. Detesto a Mateo por cómo me hizo sentir. Como si fuera un bicho raro, un ser incapaz de sentir amor y expresarlo con naturalidad. Alguien incapaz de enamorar. Una chica a la que no tocaría ni con un palo. Me convirtió en alguien que no cree en el

amor, que abandonó todo lo colorido por la ausencia de color y reemplazó las novelas rosas por el Mario Kart y las pelis gore. Menos mal que no le cogí asco también a la repostería por su culpa, porque si no le habría sacado los ojos de cuajo en ese avión.

Detesto a ese hombre porque, pese a que no me permitió ponerle la tirita a mi corazón rebosante de amor..., no sentí odio cuando me desperté en su hombro. Y eso que tengo miles de razones para hacerlo.

Ay... Menudo lío.

4. MATEO. «ENCUENTRO CASUAL»

Un taxi me deja en la puerta del hotel en el que me estaré hospedando estos días. Se trata de un lujoso edificio de cinco estrellas, cuatro plantas, con una fachada decorada con detalles dorados y ubicado en pleno centro de Florencia. Unas calles más adelante se encuentra la catedral, Santa María de la Flor, así que está bastante céntrico. Desde fuera se ven pinceladas de enormes lámparas de cristal que resplandecen bajo los focos de un gran vestíbulo. Pago al taxista y, sin esperar a que me dé el cambio, me apresuro a entrar para hacerme con la llave de mi habitación cuanto antes.

La calefacción está tan alta que no puedo esperar a quitarme la chaqueta y me la desabrocho a medida que camino hacia el mostrador. Deberían apagarla ya; estamos en abril, y la temperatura ambiente ronda los dieciocho, diecinueve grados. Es un gasto de electricidad innecesario. Además, el aire está tan cargado que no se puede respirar con comodidad. Música jazz es reproducida por altavoces colocados en diferentes puntos del salón principal.

El recepcionista me da acceso a una suite inmensa, pero antes de irme le pregunto sobre puntos turísticos que visitar durante mi estancia. Tendré mucho trabajo aquí, pero tampoco me gustaría desaprovechar la oportunidad de ver (aunque sea lo principal) una de las ciudades con más arte en cada esquina. Es la cuna del Renacimiento italiano y por mucha gente llamada «*la più bella*»: «la

más bella». Quiero comprobar por mis propios ojos que esa opinión es merecida.

Recibo una descripción detallada sobre los medios de transporte que he de utilizar si deseo llegar a tal o cual sitio. Aquí no hay metro, pero sí autobús y tranvía. Si no, también puedo recorrer el centro a pie sin problema alguno. Doblo el mapa garabateado, lo guardo en el bolsillo del pantalón y me dirijo al ascensor. La suite está en la última planta y es impresionante. No tanto como mi ático en Gràcia, pero sigue siendo amplia y con una decoración impecable. A cualquiera le robaría el aliento. Desde las largas ventanas obtengo vistas del campanario del Duomo; es altísimo y tiene cientos de detalles esculpidos en mármol blanco, verde y rojo ladrillo. Abro los armarios y compruebo que hay perchas para colgar mi ropa. Aunque me da pereza, deshago mi maleta en el suelo y vuelco todo su contenido; no querría que se arrugase nada, así que lo mejor será que lo organice todo ya. Luego me tumbo en la cama, que es lo que realmente me importa. Buah, es súper blandita. Qué ganas de echarme una siesta de cuatro horas; en el avión no pude pegar ojo.

El avión. Angela Bianchi. En serio, ¿cuál era la probabilidad de que cayéramos en el mismo vuelo, y encima en asientos contiguos? Fue tanta casualidad que pensar en ello da hasta miedo. Nunca me había pasado algo así. Tan... de película. Me reconoció, a pesar de que creía que mi nombre llevaba años eliminado de su memoria. Y conseguí hablar un poco con ella; tenía muchísima curiosidad por saber cómo es su vida ahora. Encima, se me durmió en el hombro. Así, se me iba a hacer imposible conciliar el sueño; mi corazón latía a toda pastilla. Me avergüenza un poco admitir que su contacto fue el ancla que me mantuvo tranquilo, concentrado en algo diferente a la horrible sensación de estar volando, cuando no hablábamos..., pero así fue. Por mí, como si se hubiera arrimado más.

Doy una vuelta completa sobre el colchón, como si fuese una enorme croqueta y me estuviera rebozando en las sábanas. Fijo la vista en el techo color crema. Pero ¿qué estoy pensando? No sé por qué me pareció que estar al lado de Angela era como un paseo en el parque: cómodo, soleado y agradable. Sobre todo, cuando me miraba con tanto odio contenido. En serio, no sé qué le he podido

hacer para que sus palabras fueran tan ácidas. Y ¿no es un poco siniestro por mi parte que no quisiera que se marchase? Llevaba sin verla años, y de repente me atrajo y me daba igual que se arrimase más a mí. Creo que tengo problemas mentales serios. La voz de Angela irrumpe en mi cabeza de repente: «*Tienes una visión muy distorsionada de la realidad. Deberías ir al médico a que te lo miren*». Quizás tenga razón.

En mi defensa, creo que hay una muy buena excusa por la que me gustó tanto que nos hubiésemos reencontrado en el avión. Es más: creo que hay dos.

La primera, porque es obvio que me atrajo nada más verla en la cola del control de seguridad. No me importa decirlo, y creo que se notó. Llevo desde los diecinueve sin estar con ninguna mujer, porque había estado dándole prioridad a cosas que realmente se me dieran bien. Si pedirle salir a una chica o tomarla de la mano me resultaba tan incómodo, pero sentarme ante una hoja de Excel no, ¿por qué no dedicarse mejor a lo segundo? En mi opinión, eso es ser práctico. Por no hablar de la pereza que me da quedar con gente desconocida por Tinder… Sin embargo, cruzarme con Angela ha sido ese vaso de agua fría que te tira tu madre a la cara para despertarte porque llegas tarde a clase. Bueno, al menos mi madre me hacía eso. De pronto, he sentido la llamada para salir de mi caparazón y dejar de esconderme dentro.

La segunda excusa es que Angela fue la primera chica que me tocó la fibra sensible. Hace años, para ser precisos. Y en Las Hayas, el instituto elitista al que mis padres me apuntaron porque era el privado más cercano a mi casa. Tienen dinero hasta para empapelar con billetes las paredes de la casa, así que les pareció obvio apuntarme a uno. Cuando ella se fue (recientemente he aprendido que a Florencia), me dio mucha pena; no me había avisado. Pensé que su recuerdo se iría borrando poco a poco de mi memoria, pero no lo hizo nunca. Nunca me olvidé de ella realmente. Creo que me gustaba más de lo que yo quería admitir en esa época, y uno no valora lo que tiene hasta que lo pierde. Lo típico.

En cualquier caso, no la volveré a ver. Y creo que es mejor así, porque me asusta pensar en lo que se me pasaría por la cabeza

de llegar a encontrármela de nuevo. Seguro que querría aproximarme más a ella, sin pensar en las consecuencias, olvidando que soy torpe hablando con personas que me atraen y que soy literalmente un extraño para ella. Ahora que lo pienso, a lo mejor incluso tiene novio. Y si lo pienso fríamente, ahora mismo no tengo energías para el esfuerzo que supone tratar de enamorar a alguien. Encima, solo estoy aquí de paso; no quiero dramas en mi vida.

Me estiro hasta que los huesos de la espalda me crujen y bostezo; después, me impulso con las piernas para levantarme. Me daré una duchita rápida para refrescarme y luego, a la calle.

Cuando salgo es ya mediodía y el sol brilla con toda su intensidad. Me propongo dar una vueltecita para explorar la ciudad con mapa en mano. De camino, pillaré un café y un dulce en algún sitio. Sé que no queda nada para la hora de almorzar, pero no pude desayunar nada en el aeropuerto y tengo el horario de sueño trastocado. Como no me meta cafeína en vena pronto, seguiré pareciendo un zombi por el resto de la jornada. Después, me pasaré por la nueva oficina, saludaré a los empleados y les echaré un ojo durante un rato. Cenaré tempranito y ya está.

Mi subconsciente me lleva hasta la iglesia de San Lorenzo, en la plaza homónima, a unos cinco minutos a pie. Hay algo en el nombre de esa iglesia que no sé de qué me suena, pero continúo con mi camino sin darle demasiadas vueltas a eso. Es bellísima por dentro, con un estilo clásico y ordenado, Renacentista, que me hace sospechar que se inspiró en la antigua Roma para su construcción. De planta de cruz, cuenta con tres naves y capillas laterales; sobre el altar mayor, una cúpula cuadrada, y decenas de columnas corintias y arcos de medio punto. Se trata de un diseño fresco que juega mucho con la luz que llega desde los grandes ventanales, y basado en planos rectos y lisos que dotan a la arquitectura de una armonía apabullante. Alucino con las esculturas, que parecen tener vida propia. Al llegar a la sacristía Nueva leo un panel de información sobre Miguel Ángel, el artista; es entonces cuando me siento un poco inculto por no haber sabido que esta es una de sus obras maestras. Luego se me pasa, porque lo cierto es que sé más sobre historia del arte que cualquier persona promedio. Siempre me han

gustado los documentales. Mi cultura general es bastante satisfactoria, así que no pasa nada si desconocía esto.

No es hasta que salgo y dejo de pisar el último de los cuadrados blancos y negros que componen el suelo que se me enciende la bombilla. Recuerdo que Angela me había contado que su pastelería estaba cerca de aquí. Eso me emociona a niveles incoherentes. ¿Sería posible encontrarme con ella de nuevo? En vez de alejarme de la zona, decido callejear un poco más para tentar a la suerte. Quiero conseguir ese café; pero, si de paso veo esas mechas fucsias por casualidad, no me quejaré... *Mateo, estás como una cabra.*

Definitivamente, estoy echando por tierra mi anterior explicación sobre cómo el trabajo es lo único que ocupa mis pensamientos. Camino hacia la derecha y, antes de llegar al Palacio de los Médici, un edificio renacentista que perteneció a una poderosa e influyente familia florentina, la veo.

Está entre una pequeña tienda de souvenirs con figuritas del David de Miguel Ángel en su escaparate, y un local de *focaccia* para llevar. Una pastelería parece hacerme ojitos, con su escaparate repleto de dulces coloridos y mesas en el interior. Su fachada es de un color rosa pastel (nunca mejor dicho), y se lee «*Gusto*» en un enorme cartel con el logo de una galleta mordida. Me ruge el estómago. Hipnotizado, entro en ella. Sus puertas son automáticas y tan limpias que pensé que no había ninguna. Menos mal que se abren de par en par para mí, nada más pisar la alfombra de delante; no quiero tropezar dos veces en un día. Lo primero que detecto es el olor de esta tienda-cafetería; huele a bizcocho recién horneado, a chocolate derretido y a café recién molido. Es delicioso. Ojalá pudiera comprimir el aroma y convertirlo en ambientador.

Después, mi vista comienza a procesar el diseño del entorno, y me quedo boquiabierto. Creo que voy a vomitar arcoíris. Hay mucho espacio, y cada una de las cuatro paredes principales es de un tono pastel diferente; rosa palo, lila, limón y menta. Intuyo un quinto color azul cielo en la lejanía de un pasillo que debe de conducir a los baños. A mi izquierda, justo en la entrada, te topas con un mostrador larguísimo con decenas de opciones de postres

desconocidos, y después hay una barra con taburetes tapizados en charol blanco. Por ahí queda la caja, y una eterna fila de personas esperan para pagar o recoger sus encargos. Detrás del mostrador se encuentra la cocina, que no pretende protegerse de ojos curiosos como los míos; supongo que quieren presumir de que no tienen nada que ocultar. Dos reposteros amasan sobre enormes mesas metálicas con las manos hasta arriba de harina y auriculares en los oídos. En un horno se intuye la silueta de magdalenas dorándose.

A mi derecha hay cuatro mesas redondas en las que sentarse, llenas todas ellas de clientes en el proceso de recibir una sobredosis de azúcar. Y entre ellas hay globos con el logo de la galleta mordida, que se mantienen anclados al suelo por macetas naranjas. No sé a quién se le ha ocurrido la «brillante» idea de ponerlos ahí en medio, porque el camarero de turno debe de chocarse con ellos a todas horas. También hay unos sofás (mullidos y blancos, parecen nubecillas) al final del todo, uno al lado del otro, con una mesita baja y alargada colocada delante. Opto por sentarme en uno de los taburetes de la barra.

Miro de lado a lado mientras espero a que alguien me atienda. Hace mucho calor. Me quito la chaqueta y la dejo sobre mis piernas. Me llega un barullo de conversaciones, el ruido de máquinas en funcionamiento y de cajas registradoras. También hay mucho ruido, pero el caos no llega a ser desagradable. Supongo que es porque este sitio aturde tus sentidos de tal forma que acabas sonriendo embobado. De verdad que es como estar sobre un arcoíris; en cada rincón hay una explosión de color.

Por fin veo acercarse a una camarera. Intuyo que lo es porque lleva un delantal marrón con el dibujo gigante de la famosa galleta, un móvil para tomar notas colgado al cuello y varias bandejas bajo el brazo. Es altísima y se mueve con la gracilidad de una grulla. No lleva nada de maquillaje, y creo que es consciente de que no lo necesita para estar guapa. Se coloca al otro lado de la barra y me recorre con la mirada largamente bajo sus largas pestañas rubias. No sé qué encuentra tan interesante en mis brazos. Luego me dice algo en italiano con rapidez, de lo que no capto nada,

así que me imagino que me está diciendo «¿qué te pongo?» o algo por el estilo.

— Capuchino. —Pruebo a decir.

Se ríe, y no sé por qué. Su risa es aguda e irritante. Creo que esa no era la respuesta que ella andaba buscando.

— *English*? —me pregunta entonces.

Le respondo (en inglés) que sé hablar ese idioma, pero que en realidad soy español. Se le ilumina la cara al oír eso. Se da la vuelta corriendo y grita hacia el interior de la cocina:

— *Angela, ho bisogno del tuo aiuto!*

— «¿Angela?» —repito.

No me digas que…

Uno de los dos reposteros que amasaban como si les fuese la vida en ello se gira hacia nosotros. Ambos habían estado dándole la espalda al resto del local. En cuanto veo su cara angelical, dejo de parpadear. Y creo que ella también, porque se queda petrificada en su sitio, observándome como si fuese un espectro del más allá. Tiene pegotes de masa blanca entre los dedos, y el delantal (también marrón) manchado de sustancias varias. «Conque este era su negocio…», pienso. Lo cierto es que le pega toda esta estética. En el instituto, tenía todos los materiales de papelería de color pastel y llevaba diademas rosas todo el tiempo.

Alzo la mano para ondearla a modo de saludo. Angela se pone roja, pero rápidamente frunce el ceño. Sale corriendo en dirección contraria a donde estoy, hacia una pequeña puerta tapada por una cortina. Desaparece de mi vista. El otro repostero la sigue con la mirada, seguramente preguntándose qué mosca le acaba de picar.

La camarera se encoge de hombros y leo las ganas de disculparse en su rostro.

— Mi jefa es tímida a veces —la excusa—. Es bilingüe, por eso la llamaba. Vivió en España de pequeña. Supongo que tendremos que hablar en inglés.

— Sin problema. Nos comunicaremos bien así.

Ella sonríe de nuevo. Sin embargo, veo que echa un último vistazo hacia la cocina con preocupación.

— ¿*Cappuccino*, pues?

— Sí, por favor.

— Marchando. —Saca una taza y la coloca bajo una máquina de café enorme. Detecto que se muerde el labio inferior—. Oye, no quiero ser entrometida, pero ¿os conocéis? Normalmente, Angela se esfuerza por ser amable con la clientela.

Trago saliva.

— Sí, fuimos juntos al instituto.

— Ah. ¿Y no os llevabais bien?

— Yo creía que sí, pero, por lo que acabo de ver, estaba equivocado. —Frunzo el ceño. Ya debería haberme dado cuenta de eso en el avión; ¡parecía que perdía dinero cada vez que me hablaba! Pero, como siempre, no capté las indirectas—. Creo que debería irme ya; no quiero que se piense que la estoy persiguiendo modo acosador o algo así. No estoy pirado.

— ¡No, hombre! ¡Quédate el tiempo que quieras! Has entrado por casualidad, ¿no?

— S-sí.

— Pues ya está. Se le pasará, créeme. No es rencorosa. Por cierto, ¿vives por aquí? —Se atusa su pelo rubio trenzado, coqueta. Vuelve a pasar su mirada por mi cuerpo, pero aletea las pestañas esta vez. Alzo las cejas, sorprendido por la pregunta.

— No, solo he venido por dos semanas. Cosas de trabajo.

— ¡Vaya! Bueno, pues espero que disfrutes de tu estancia en Florencia. —dice. Coloca la taza humeante ante mí; huele genial. Después, añade una leche especialmente cremosa con una jarra—. Toma, espero que te guste.

— Gracias. —Le doy un sorbo, a pesar de que quema un poco. Madre mía, qué rico está. Creo que ya noto la cafeína revitalizándome y absorbiendo mis terribles ojeras—. Por

cierto, ¿qué me dijiste al principio? Era algo en italiano, pero no te entendí.

— ¡Ah! —la camarera se ríe, y niega con la cabeza—. No era nada. Un cumplido. Eres muy guapo. Me llamo Bianca, por cierto. —Entonces escribe algo en una servilleta doblada, y me la da con una sonrisa ladeada—. Si te apetece salir algún día, llámame. Sé de algunos rincones de Florencia que te podrían gustar. —Me guiña un ojo.

Carraspeo. Alucino con la seguridad que tiene en sí misma. Ojalá le pudiera robar un poquito y aplicarla en mis (nulas) relaciones amorosas. Estoy a punto de agradecerle su amabilidad, pero alguien habla por mí. En un inglés perfecto.

— Eso no será necesario. —Angela ha reaparecido sin que ninguno de los dos nos hayamos dado cuenta. No sé cuánto tiempo lleva ahí. Está asomada al enorme ventanal abierto de la cocina y me taladra con la mirada—. Deja de ligar, Bianca, y ve a la mesa dos. Te pidieron la cuenta hace siglos.

— ¡Tía, no me hables en inglés! —se queja la otra.

Ah, ¿que estaba ligando conmigo? Ni me había dado cuenta. Y yo que creía que estaba haciendo una amiga, sin más. Tengo que espabilar de una vez. Bianca resopla y mira al techo en gesto de derrota; segundos después, vuelve a encararme algo triste.

— *Ciao ciao*... —me dice, y arquea una ceja con los ojos entrecerrados.

— Mateo. —Completo por ella.

— *Matteo!* Me gusta. —Sonríe otra vez—. ¡Vuelve pronto!

No prometo nada, porque no sé si voy a poder cumplir eso. Cuando la camarera se va, me topo con la cara de Angela: seria, helada y capaz de matar con poderes psíquicos. Pero no me afecta, de verdad que no. Eso solo hace que me interese más por saber qué es lo que está pensando. Me temo que nada bueno. Sin embargo, cuando pensaba que diría algo, ella solo retrocede para volver hacia su mesa de trabajo.

— Angela, te prometo que ha sido casualidad —digo, antes de que se aleje más. Se para en seco. Su coleta alta, muy apretada y engominada, deja ver aún más los mechones teñidos de su nuca—. No sabía que esta pastelería fuese tuya.

— Ya.

— Muy bonita, por cierto.

— Lo sé.

— «*Gusto*» significa «sabor», ¿verdad?

— Correcto.

— Lo suponía. Algunas palabras italianas sí que las conozco.

— Enhorabuena.

Respiro hondo. Debería cerrar el pico; no va a beneficiarme en nada.

— Creo... que me voy ya —digo—. ¿Cuánto por el capuchino?

— Nada, déjalo. Invita la casa.

— Guau, ¿de verdad?

— Vete ya o me lo pensaré mejor.

— Vale, vale. Gracias. Adiós. —Me incorporo de la silla, pero entonces me llevo la mano a la frente. ¡Se me había olvidado pedir algo de comer!—. Ay, no, espera. Antes quiero comprar un dulce para llevar.

— Pues a la cola —señala la fila de personas que esperan en la caja de brazos cruzados. Un muchacho bajito les atiende uno a uno con una lentitud desquiciante.

— Eso provocaría que me quedase más tiempo, y me acabas de pedir que…

Angela entorna los ojos, furiosa. Cierra las manos en puños y por un momento creo que va a golpear algo. O a alguien.

— ¡¡Argh!! —exclama.

Después, sale de la cocina arrastrando los pies al caminar. Pasa de largo ante mí, sin dirigirme ni una sola mirada. Se detiene ante el mostrador y coge una bolsita y unas pinzas. Yo me levanto del taburete y me acerco con cautela.

— ¿Cuál quieres? —pregunta, abriendo y cerrando las pinzas sin parar.

— ¿Todo esto lo has hecho tú?

— Con la ayuda de un compañero. Pero sí.

— Qué fuerte. —Observo todas las baldas de dulces; son pequeñas obras de arte. Hay tantos que resulta agobiante—. Mmm, ¿cuál me recomiendas?

Menos mal que las miradas no han desarrollado la habilidad de estrangular. Si no, sería hombre muerto a estas alturas.

— Te daré unos cuantos *cannoli*, para que los pruebes. Son unos dulces sicilianos riquísimos.

— ¿Qué tienen?

— Pues los tengo de queso ricota (los clásicos), de crema pastelera de vainilla, de Nutella y de crema de pistacho. —Me contesta a la vez que mete tres de ellos en la bolsita. Tienen una forma alargada y tienen diferentes rellenos. Cuando acaba, estrecha el brazo para dármelos—. Ten, llévatelos.

— ¿Gratis, también?

— Sí. Venga, fuera.

— Okey, aunque me sienta un poco mal no pagarte. Te lo compensaré.

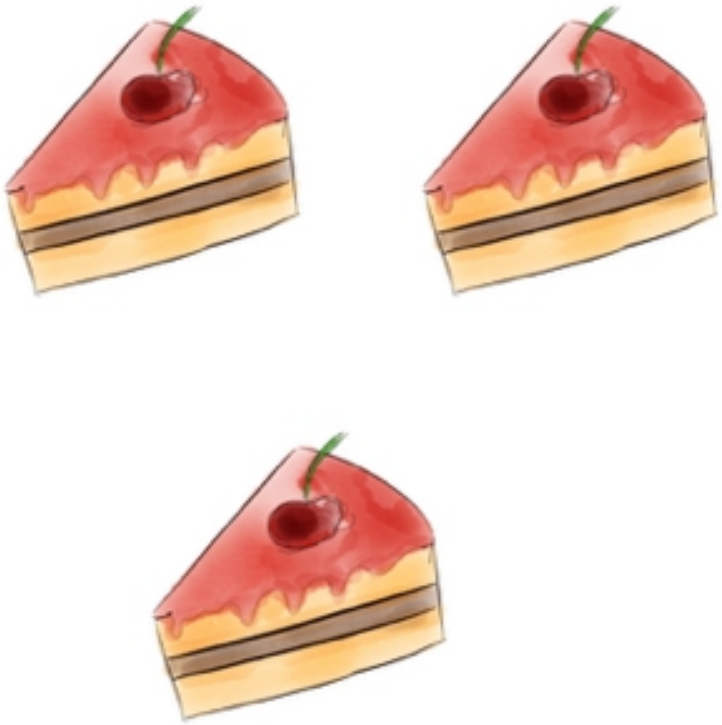
Ella aprieta los labios y mira al suelo. De pronto, parece haberse apagado un poco.

— N-no hace falta. —Contesta, en un tono algo melancólico.

Y se va, tan rápido como había aparecido. Sin despedirse, al igual que hizo en el avión. Me deja ahí, solo, con los *cannoli* recién hechos y haciéndome sentir como un pez fuera del agua.

— ¡A-adiós! —exclamo rápidamente, poniéndome de puntillas. Espero que me escuche, dondequiera que se haya teletransportado—. Y ¡gracias de nuevo!

No recibo respuesta alguna. Al menos no me ha ordenado que no vuelva más; eso me da esperanzas. Me pongo la chaqueta y salgo del local al fresco aire libre.



Abro el mapa, dispuesto a hacer un poco más de turismo por mi cuenta antes de ir a la oficina. Son las dos, y debería estar allí sobre las dos y media para que los trabajadores no estén demasiado tiempo sin supervisión. Me da tiempo a seguir paseando mientras disfruto de mi almuerzo improvisado. Decido ir hacia la izquierda, por Via de' Ginori, y paso por los jardines del Palacio Médici Ricardi. Las calles son estrechas, y lo que más me sorprende de ellas es que hay muy poca acera disponible para los peatones. Está hecha de adoquines de piedra desnivelados, por lo que es muy sencillo tropezarse con alguna protuberancia. También hay mucho tráfico, y cruzar por el paso de peatones requiere gran destreza. Me asomo a escaparates de perfumerías, tiendas con bolsas de cuero, papelerías y trattorias a rebosar de comensales. Los *cannoli* están de muerte, por cierto. Llenan bastante, pero me quedo con ganas de más.

Llego a la oficina a tiempo. Está muy cerca de *Gusto*, así que retrocedo un poco sobre mis pasos y, con la ayuda del mapa, aparezco ante el local sin problema. Me llega el ruido de taladros, radiales y grapadoras eléctricas. La fachada está prácticamente

terminada, aunque falta limpiar el polvo que se ha quedado incrustado en los carteles y en los dos cajeros automáticos. Se lee «Ziuriz» en grande, con letras metálicas y elegantes. Todo está nuevísimo. Los albañiles que hay dentro me han visto por las cristaleras, porque se remueven inquietos. Algunos de los que habían estado de pie descansando cogen cualquier herramienta para fingir que trabajan también. Me dispongo a entrar, pero me llega una llamada entrante. Mamá. Mierda, se me ha olvidado avisarle de que ya he aterrizado.

— ¡Mateo! ¿Cómo estás? ¿Te habías olvidado de mí? —exclama, agobiada, nada más descuelgo.

— Hola —exhalo lentamente—. Perdóname, tenía muchas otras cosas en la cabeza. Ya tengo habitación de hotel y he dado un paseo. Ahora empezaré a trabajar.

— Menos mal. ¡Estaba muy preocupada! Estaba a punto de llamar a tu padre para preguntarle si sabía algo de ti, pero ya sabes la pereza que me da tener que hablarle…

— Ya. —Digo, sin más.

Mis padres llevan divorciados más de ocho años, pero el tiempo no ha facilitado que exista una relación cordial entre ellos. Todavía no soportan estar juntos en la misma sala. Es complicado. No discutían, pero digamos que el amor que mi padre sentía por mi madre se acabó desvaneciendo, hasta que un día él le pidió el divorcio sin que ella lo hubiera visto venir. Fue un golpe muy bajo para mamá, quien nunca había dejado de quererle. Encima, tuvieron que pelear por mi custodia, aunque yo tuviera quince años por aquel entonces y me creyese autosuficiente. Mi padre acabó ganando y me llevó lejos de mamá, exceptuando algún que otro fin de semana en el que nos veíamos. Mamá, que había sido ama de casa y no tenía estudios, se tuvo que ir a vivir a un piso compartido mientras trabajaba de limpiadora en un colegio. Recientemente se ha sacado un módulo superior de turismo y ha conseguido curro en una agencia de viajes, por lo que ya puede permitirse alquilar un piso para ella sola. Sin embargo, no creo que haya perdonado el hecho de que papá no tuviera problemas en dejarla en la calle,

literalmente. Además, hace dos meses se enteró de que se ha echado una nueva novia. Eso tampoco debe de haberle sentado bien, por muchos años que hayan pasado.

Desde la separación, mi madre ha estado más encima de mí que cuando vivíamos todos como una familia. Aunque sea ya un adulto con trabajo estable y todo, ella sigue sintiendo la necesidad de supervisarme como a un bebé. Cuando cumplí dieciocho y tuve elección tampoco me mudé con ella, porque la universidad me pillaba más cerca desde la casa de mi padre. Pero no paró de llamarme, dos veces al día como mínimo. A veces incluso tres. Creo que teme perderme definitivamente; soy su único hijo y aborrece estar sola. No obstante, aún no se le ha pasado por la cabeza la idea de buscar un nuevo compañero de vida. O una mascota; siempre le han gustado los animales.

— Florencia... ¿es bonita? —pregunta entonces.

Sonrío.

— Es preciosa.

— ¡Qué envidia! —bromea—. ¿Y has almorzado ya?

— Sí, algo parecido. Luego comeré más.

— Bueno, como quieras. Tampoco es que insistir en que comas mejor vaya a darme resultados. Cuando vivías conmigo…

— Mamá —respiro hondo antes de continuar—, llevo ya ocho años sin vivir contigo. Y estoy vivo. Sé cuidar de mí mismo. —Suavizo un poco la voz, porque sé que la pobre lo ha pasado mal—. Te enviaré fotos, ¿de acuerdo? Y te escribiré por chat cuando tenga algún hueco. —Echo un vistazo a las cristaleras: los albañiles me están haciendo un escaneo completo con la mirada y cuchichean sobre mí—. Pero ahora tengo que colgar, el deber me llama.

— Como quieras —responde, algo entristecida—. Pero una cosa más: toma descansos, por favor. Pásalo bien. Aprovecha el viaje para conocer gente, probar cosas nuevas, y deja el portátil y la oficina a un lado cuando lo necesites.

— Sí. Lo tendré en cuenta.

Cuelgo. «Conocer gente», repito en mi cabeza. Claro, como si eso fuera tan fácil. Por el momento no estoy teniendo muy buena experiencia, teniendo en cuenta que una pastelera con cara de pocos amigos preferiría picar piedras a tenerme delante, y que su empleada (más simpática) ha sido apartada de mi vista tan solo cinco minutos después de que empezáramos a hablar. Pero bueno, supongo que es muy rápido todavía para tirar la toalla.

Entro en la oficina. Hay tres trabajadores terminando de poner un suelo de azulejos que imita a la madera. Las paredes ya están pintadas de blanco y los focos del techo están siendo colocados por dos mujeres subidas a escaleras. Queda tan bonito que me ilusiono al imaginarme cómo será el resultado final. Me presento con un apretón de manos y, como por arte de magia, la actitud de todos se torna más respetuosa. Hacen bien en tener cautela, y eso me conviene para que sean más eficientes con las obras. Les recuerdo que hoy es lunes, y que el sábado que viene (en doce días) será la inauguración. Por lo tanto, para el miércoles debería estar todo listo para que solo quede limpiar. Cuando veo que me han entendido, me aparto para dejarles seguir con su trabajo. Lo hacen sin pausa y ordenadamente. Bien.

Le echo un vistazo a la sala vacía. Los muebles tienen que venir todavía, el diseñador de interiores se está encargando de ello. Está esperando a que el suelo termine de arreglarse. Se trata de un local espacioso y luminoso, y se está realizando un gran trabajo con su puesta en marcha. Me siento en una silla de plástico que hay en una esquina, lejos del ruido de los albañiles, y abro Telegram en el móvil. «Hola, papá», tecleo. «Estoy ya en la nueva sucursal. Te notifico que las obras van según lo esperado, y que por el momento no hay contratiempos. Te escribiré diariamente para darte actualizaciones sobre el proceso, como habíamos acordado. Un abrazo, Mateo».

Le doy a «enviar», satisfecho con cómo ha quedado el mensaje. Sé que empleo un lenguaje más formal del que normalmente se espera para hablarle a un padre, pero es difícil encontrar el tono perfecto cuando él es, además, mi jefe. Es el CEO de Ziuriz, para ser precisos. Con mi ascensión de puesto ha

desaparecido esa línea divisoria que habíamos acordado entre «familia» y «negocio», siendo «negocio» lo único que ha quedado; ambos sabemos que tenemos que recuperar la estabilidad de antes, pero estamos demasiado ocupados ahora mismo como para preocuparnos de eso. Él lleva sin tener vacaciones no sé cuánto tiempo y está siempre estresado, y yo tengo demasiado miedo de que empiece a pensar que no tengo lo que hay que tener para ser director en Barcelona. Ah, y también estoy estresado. Hasta el punto de tener insomnio. Quiero demostrar a mi padre (y director ejecutivo) que soy un profesional en mi campo.

Me responde a los dos minutos. Si algo me ha enseñado, es que se deben responder a los mensajes de la empresa lo antes posible. A nadie le gusta esperar. «Hola, hijo. Estupendo. Saludos», leo en el chat. Hundo los hombros. Menudo chasco. Sé que no lo había hecho yo, pero me esperaba algún otro comentario que demostrase que se preocupa por mí. No por mi lado de director, sino por el del hijo por el que tanto había luchado cuando llegó el divorcio. Entonces me llega un nuevo mensaje que me llena de alivio. «Sé lo mucho que te estás esforzando. No cualquiera diría que no a un pase para subir a la cima directamente, pero tú lo hiciste. Estoy orgulloso, sigue así».

Sonrío, y tecleo un «gracias» muy sincero. Se refiere a que, cuando salí de la universidad, decidí que empezaría en el puesto más bajo de Ziuriz para demostrar que no necesitaba ningún enchufe, y que ascendería por mis propios méritos. «Llegaré a lo más alto en solitario», aseguré. No quise que mi padre me ayudase a escalar por los empleos de su banco, a pesar de que yo soy el heredero de este gran imperio. Detestaba la idea de que los trabajadores a mi alrededor no me respetasen nunca. Mi padre acaba de reconocer mi esfuerzo, y eso es muy valioso para mí. Me acaba de duplicar mi nivel de autoestima.

Cuando levanto la mirada, hay alguien asomado a las cristaleras. Es un hombre que tendrá uno o dos años menos que yo, de estatura media y un pelo negro y brillante que le llega a la altura de la mandíbula. Lleva una camisa de cuadros rojos y negros, unos pitillos apretados y unos botines oscuros. Desde lejos se puede

detectar que tiene las orejas agujereadas por piercings plateados, y un aro pequeño colgando de la nariz. Hace visera con las manos para inspeccionar el interior de la oficina con más facilidad. Me relajo; tan solo será un curioso, se irá pronto. Sin embargo, de repente se aparta, saca un teléfono de su bolsillo y se pone a sacar fotos de la fachada, en diferentes ángulos. Corro hacia él.

— ¡Eh! ¿Se puede saber qué haces? —pregunto, inquieto.

Entonces me doy cuenta de que he hablado en español, pero el hombre parece haberme entendido porque extiende su mano libre hacia mí. Su sonrisa me deja ciego. De cerca, aprecio que sus ojos brillan como si sus pupilas estuvieran hechas de purpurina, tal y como las de una chica de ojos gatunos a la que he visto recientemente…

— Soy Damiano, del equipo de redes sociales —se presenta, en un español perfecto—. Debes de ser el supervisor español, ¿correcto?

— Supongo —digo, mientras le estrecho la mano con cuidado. No me fío de este chaval—. No sabía que hubiésemos contratado a nadie para eso. No se me ha informado.

— Es lo último hoy en día. La publicidad digital es lo que más se consume. Y tenéis la suerte de que soy de los mejores en marketing en *Firenze*. ¿Ves? —le da la vuelta a su móvil y lo pone a la altura de mi cara. Cuando enfoco la visión, veo la página de inicio de una cuenta de Instagram. Se llama «Ziuriz Italia», y tiene ya unos mil seguidores—. Soy el administrador, no miento. Me encargaré de difundir noticias sobre la existencia de esta nueva apertura, y los clientes acudirán en mansalva. ¿Me dejas entrar?

Me hago un lado para que pase. Es cierto que en Barcelona tenemos un equipo de redes sociales, así que supongo que este tal Damiano dirá la verdad. Tampoco creo que esté trabajando gratis, así que le dejaré hacer. Pero papá debería haberme avisado, ¿en qué estaba pensando?

— Entonces, ¿tienes experiencia en esto? —le pregunto, para darle conversación.

— ¡Sí! —responde sobre el ruido de las radiales que cortan azulejos. No se da la vuelta para mirarme—. Llevo mi propia marca personal como creador de contenido, con unos 50.000 seguidores, y las redes sociales de varios negocios de la localidad. Todos los clientes están contentos con el trato que le doy a su marca. Además, este año acabo un máster en Marketing Digital.

— Estupendo —comento entre dientes, para ser simpático—. Bueno, ¿y cuál es tu plan de acción? ¿Cómo piensas promocionarnos?

Él hace fotos de cada rincón, incluso de los trabajadores en plena faena, a medida que camina. Todo parece resultarle interesante. Tiene un móvil incluso más grande que el mío, de esos que se pueden plegar para que ocupen menos espacio. Se gira y me mira con seriedad; por primera vez me da la impresión de que tengo un experto ante mí. Tiene una nuez prominente, de esas que captan toda tu atención cuando bajan y suben mientras su usuario habla.

— Primero, conseguiremos *followers* colgando vídeos cortos sobre las obras. El antes y el después del proceso, ronda de preguntas al supervisor (es decir, a ti) ... Cosas por el estilo. A la vez, publicaremos *stories* o historias, que son publicaciones temporales. El objetivo es que aparezcamos en el *feed* del seguidor cada vez que abra la aplicación, y no quedemos en el cajón del olvido. Cuando hayamos conseguido suficiente *engagement*, haremos vídeos en directo y sorteos…

— ¿Sorteos?

— Sí, de *merchandising*. Chanclas o toallas de playa con el logotipo de «Ziuriz» en grande, por ejemplo. Ah —abre mucho los ojos, ilusionado—, y se me ha olvidado añadir que, aparte de la promoción online, nuestro nombre saldrá en los vehículos de transporte públicos. Serán pegatinas grandes con nuestro logo que nadie podrá pasar por alto.

Sacudo la cabeza, aturdido por el bombardeo de tecnicismos del que he entendido la mitad. Creo que ya he captado que sabe lo

que hace. Pongo las manos en alto.

— De acuerdo... Damiano. No hace falta que me expliques más. Confío en tu criterio.

— Gracias, señor Ruiz.

— Mejor sólo «Mateo». Estaremos viéndonos las caras durante los próximos días.

— Vale, señor Mateo. Un placer, por cierto.

Me llevo la mano a la frente, suspirando. No tengo energía para corregirle.

— Igualmente.

Vuelvo a mi silla del fondo y me alejo de él y de los demás trabajadores. Me quedaré aquí tres horas más, para que todos se sientan vigilados, y después me iré. Tengo que trabajar en el portátil un rato y me lo he dejado en la habitación, fallo mío. Sin embargo, no puedo bajar la guardia. Cuando menos me lo espero, Damiano me ha sacado una foto desde el fondo de la habitación. Frunzo el ceño.

— Pero ¡¿qué haces?!

— ¡No te enfades, solo hago mi trabajo! —se defiende él, encogiéndose de hombros—. ¡Vas a ganar fans, créeme!

— ¡No quiero fans! Elimina esa foto, que seguro que salgo fatal.

En un abrir y cerrar de ojos, aparece ante mi silla. Pone los brazos en jarra.

— Lo siento, pero tu padre me ha dado carta blanca para que haga publicidad como me apetezca. Incluso si utilizo tu imagen. Ala, colgada en Insta.

Resoplo. Me está empezando a molestar y no lleva aquí ni una hora.

— Haz lo que quieras.

— Tienes veintitrés años, ¿no? —pregunta entonces. Se rasca la coronilla—. Ay, perdona, no quería ser *random*.

— ¿*Random*? —repito. No entiendo a este tío.

— Sí —asiente, como si fuera obvio—. Aleatorio, inesperado. Te he buscado en internet, y resulta que tienes una entrada

de Wikipedia y todo. Menudo currículum tienes, amigo. Yo tengo casi veintiuno, pero no sé si para cuando tenga tu edad habré conseguido tanto en la vida. Eres admirable.

— No sé... qué responder a eso. Supongo que gracias. Pero es mucho curro, no te recomiendo estar en mi lugar —admito.

No sé en qué momento he pasado de un papel de «jefe imponente» al de «jefe que habla de forma coloquial y expresa sus sentimientos a sus empleados». Damiano es tan extrovertido que te hace hablar también sin que te des cuenta. Él suelta una carcajada, y responde:

— Bueno, creo que es mejor que estar en el mío. Odio estar pegado al teléfono «veinticuatro siete» —confiesa. No me esperaba eso—. Antes de estudiar publicidad, no tenía smartphone. Es triste que haya acabado dedicándome a algo que realmente no me sienta bien.

— Bueno, el trabajo es el que toca, ¿no? A veces no se elige, sino que te elige a ti.

— ¿Eso fue lo que te pasó? —inquiere al vuelo.

Tardo en contestar, porque no sé si ignorarlo o decirle la verdad. Opto por lo segundo.

— Sí —digo—. Este banco llevaba en la familia dos generaciones, así que acabé en Económicas por inercia. Ni siquiera me planteé si era lo que realmente quería.

En parte, porque quería impresionar a papá. Durante gran parte de mi vida había estado obsesionado con ser el hijo que él desearía tener, y no yo mismo; me convertí en un perfeccionista, a raíz de querer encajar en el molde de «niño bueno» y nunca salirme de esa línea. Es una sensación horrible, no saber si haces las cosas porque quieres o porque el entorno te hace creer que quieres. Una verdadera paradoja. Aún estoy trabajando en tomar las riendas de mi vida sin pensar en lo que opinarán los demás de mí.

— Buah —responde Damiano—, y yo simplemente no tenía nada que me apasionase, así que supongo que también entré en Publicidad por inercia. Igual que tú. ¡Nos parecemos más de lo que crees!

— Si tú lo dices... —sonrío, porque me ha hecho gracia su opinión. Yo pienso lo opuesto; no podemos ser más diferentes uno de otro.

— Se me ha ocurrido algo. ¿Quieres venir a mi fiesta de cumpleaños? Habrá mucha gente. Eres nuevo en Florencia, creo que te vendrá bien para hacer piña. Tenemos la misma edad más o menos, así que ¿por qué no conocernos más? Si te apetece, claro.

Echo el cuello hacia atrás, impactado. No me esperaba una invitación suya, así, de repente. Soy su jefe y él mi empleado, por no hablar del poco esfuerzo que yo estaba haciendo por caerle bien.

— ¿Cuándo es? —pregunto para ganar tiempo; necesito encontrar una manera de declinar su propuesta sin sonar borde. Quiero tener a todos mis trabajadores contentos, aunque les diga que no a cosas.

— ¡Mañana por la tarde! Qué ganas, va a ser alucinante. Habrá música en vivo, una pista de baile, y una tarta de tres pisos que se encargará de hacer mi hermana. —Dice, en aire soñador.

— No sé si me daría tiempo a comprarte un regalo.

— ¡No hace falta! Sé que estás ocupado. Consideraré tu asistencia como uno —sonríe.

Asiento, todavía pensativo. ¡Eureka! Ya sé cómo escaquearme. Preparo los labios para articular un «lo siento, pero...», y... No me sale la voz. Una parte de mí no quiere rechazar la propuesta. He de admitir que esta podría ser la gran oportunidad que ha estado esperando mi madre para que conozca a gente y salga de mi zona de confort. Y me apetece hacer algo espontáneo por una vez; disfrutar de mi juventud, básicamente. Basta ya de calcularlo todo.

— ¿Sabes qué? —me incorporo y coloco una mano sobre el hombro de Damiano—. Iré encantado. Estoy seguro de que será un fiestón.

— ¡Genial, tío, te pasaré la dirección por Airdrop!

No sé lo que es eso, pero paso de preguntarlo. Demasiada cháchara para mí.

— Estupendo —digo, y me cruzo de brazos—. Y, ahora, doy por finalizado tu «mini-descanso». Necesito que toda Florencia se cambie a nuestro banco, ¿entendido?

Damiano saca su móvil del bolsillo como si desenfundase un revólver hasta arriba de munición.

— Eso está hecho. —Responde con una mirada maliciosa.

DÍA 2



5. ANGELA. «ESE CHICO TAN MONO»

— Desembucha.

Doy un salto hacia atrás, espantada. Bianca ha aparecido de la nada para susurrarme al oído. A veces estoy tan concentrada en la cocina y tengo la música tan alta en los cascos que me aíslo del mundo exterior.

— ¿Q-qué? —grazno, confundida.

Bianca me persigue hasta donde estoy. Me agarra del antebrazo, sin importarle que esté embadurnado de harina.

— No finjas que no sabes de qué te estoy hablando, Angela —se inclina para obligarme a mirarla. Tiene una ceja enarcada—. ¿Quién era ese chico tan mono y por qué te pusiste tan posesiva cuando me viste hablar con él? Ayer me fue

imposible sonsacarte información, pero ¡hoy lo conseguiré cueste lo que cueste!

Mi corazón late con fuerza. Me viene a la mente la imagen de Mateo, sentado en la barra de mi negocio como un ángel caído del cielo. O una pesadilla hecha realidad, depende de cómo lo mire. Parecía que venía a recordarme (de nuevo, como en el instituto) que alguien como yo (normalita, demasiado friki como para poder ocultarlo) nunca podría estar con alguien tan inalcanzable como él. Que me perseguiría hasta volverme loca y tener que huir del país.

Lo sé, soy la reina del drama.

— No quiero hablar de eso. —Digo, y vuelvo a la mesa de trabajo para seguir dividiendo la masa en pequeñas porciones—. Venga, sal de mi cocina.

Los *cantuccini*, galletas típicas de la gastronomía Toscana, son de los más demandados por mis clientes. Mi fórmula para crearlos es tan infalible y deliciosa que no hay un solo día en el que alguien no me la pida a ruegos. Necesito preparar más para mediodía, o bajarán las ventas. Me crujo los nudillos, lista para seguir trabajando compulsivamente.

Entonces, Bianca ahoga un grito. La miro, preparada para encontrarme con un dedo rebanado o algo por el estilo. Sangre, como mínimo.

— ¡No me asustes así! —me quejo.

— ¡Eso significa que lo conoces! —dice, ignorándome—. Venga, que soy tu mejor amiga. ¡Puedes confiar en mí! Necesito saberlo todo. ¿Quién es ese tal Mateo y por qué tu primera reacción al verle fue esconderte?

— ¿No deberías estar atendiendo las mesas?

— Son las seis de la mañana y ahora mismo no hay nadie que quiera desayunar —sonríe con malicia.

— Pero sí que hay cola en caja para recoger pedidos —objeto. Hay una fila de unas tres personas esperando. Por suerte, *Gusto* ha ganado tan buena reputación este último año que constantemente se realizan compras, incluso desde bien temprano.

— De eso se encarga Ennio. Lo sabes.

En cuanto nombra a mi empleado, un jovencísimo chico de dieciocho años al que contraté el pasado verano como apoyo, este se gira hacia el ventanal de nuestra cocina. Nos ha escuchado y nos sonríe tímidamente estirando su pequeña boca. Es de pocas palabras y nunca suele bromear, pero nos cae genial. Dato curioso: según Bianca, tiene cara de pez, y por culpa de ese comentario estoy empezando a encontrar el mismo parecido.

Suspiro. Cuando se lo propone, mi amiga puede ser muy insistente. Y sé por experiencia que no va a parar hasta conseguir lo que busca. Pero también sé que puedo confiar en ella. Bianca siempre ha sido leal y muy buena conmigo, y nunca me ha hecho dudar de ella. Desde que nos conocimos en la Escuela de Alta Cocina a los dieciocho años, hemos sido uña y carne hasta el punto de que la invitase a trabajar en mi negocio. Además, es un libro abierto para mí, lo sé todo sobre ella. Es injusto que no sepa casi nada sobre mi vida antes de hacerme maestra pastelera. Le debo esto.

— Lo que te voy a contar no puede salir de aquí. —Miro rápidamente a mi pastelero ayudante, Mario; está tan enfocado en sus panecillos rellenos que no atiende a nuestra conversación—. Tiene que ver con el tiempo en el que vivía en Barcelona, y con mi primer amor platónico.

Veo la ilusión en sus ojos nada más oír «Barcelona» y «amor».

— Me tienes en ascuas.

— Mateo estaba en mi clase y me gustó durante años —narro, sin dejar de preparar mis *cantuccini*—, aunque él no parecía prestarme demasiada atención. Yo no me rendía en eso de intentar conquistarle poco a poco, pero un día tuve que volver a Italia con mi familia, como ya sabes. Tuve que acelerar las cosas y... me confesé. De una forma muy torpe.

— ¿Y qué te respondió? —pregunta, insistente.

— Me rechazó, pero sin darme razones y, lo que es peor, despreciándome —me encogí de hombros. Me concentro en

preparar más bandejas de dulces, para ahogar mis penas—. Me miró como si fuese un extraterrestre y no una humana de sexo femenino. Fue bochornoso.

Veo, con el rabillo del ojo, que mi amiga frunce el ceño. Inmediatamente sé que le enfada la situación. Es muy sobreprotectora conmigo y siempre se le ha dado muy bien ponerse en el lugar del otro.

— ¡Dios, estoy indignada! —exclama—. De haber sabido esto antes, no habría sido tan simpática con él. Tampoco le habría dado mi número, ahora que lo pienso.

— ¿Le diste tu número? —repito, alucinando.

— Sí —confiesa, mordiéndose el labio inferior—. Me pareció atractivo, ¿vale? Y ya sabes que no me gusta perder el tiempo con rodeos. Pero si hubiera sabido sobre el pasado que compartíais y cómo te trató, no lo habría hecho. Nunca tocaría ni con un palo a alguien que no haya sabido valorar primero a mi mejor amiga —declara, convencida.

Escucharla decir eso me enternece. Me abalanzo sobre ella y la abrazo fuertemente. No suelo ser muy pegajosa con ella, pero hay veces en las que me entran ganas de achucharla.

— Ay, ¡cuánto te quiero!

— ¡Tía, sabes que yo también a ti, pero me estás llenando la espalda de harina! —se remueve ella, echándose hacia atrás. Suelto una carcajada. En cuanto se aparta, Bianca me agarra de los hombros muy seria—. Escúchame bien, Angela. Ese tío no supo valorarte —repite. Asiento. Quiero creerla, porque sé que a veces tengo la autoestima demasiado baja—. Pero, aun así, hay algo que no me cuadra. ¿A qué viene que te busque ahora, después de tanto tiempo? Y ¿a tu pastelería? No tiene sentido.

— Dijo que había sido una coincidencia.

— Ah. —Musita. Después declara, sacudiéndome como una maraca—: No me lo trago. Seguro que había tenido en mente el encontrar la manera de cruzarse contigo otra vez. Es demasiada casualidad. Porque ¿cómo iba a saber que

vivías en Florencia? ¿Y que tenías este local? ¿Te buscó por Instagram o algo así? Me dijo que solo venía por dos semanas…

Respiro hondo. Cierto; se me había olvidado revelarle un pequeño, *minúsculo* detalle.

— Es que resulta que, ayer, acabamos sentados en el mismo avión —digo, y me sigue pareciendo surrealista. Típico de una comedia romántica, ¿verdad?—. Todo el camino, uno al lado del otro. Acabé enterándome de su trabajo, y él del mío. Le dije dónde estaba *Gusto*, más o menos.

Bianca abre tanto los ojos que creo que se le van a salir de las cuencas.

— Qué... fuerte. ¡Qué fuerte! —alza las manos—. Entonces ahí lo tienes: había entrado aquí por elección propia. ¡Jamás me hubiera tragado que fuese tan torpe como para entrar sin querer! Oye, y ¿qué os contasteis cuando os quedasteis solos, en el mostrador?

— Básicamente lo eché del local.

Bianca se lleva una mano a la frente.

— Madre mía, Angela... —murmura—. La próxima vez que se pase por aquí, tienes que hablarle más.

— ¿Para qué? —sacudo las manos para quitarme pequeños trocitos de masa. Las bandejas están ya listas para hornearse—. Es una pérdida de tiempo. ¿No me acabas de decir que no me supo valorar?

— Sé que ahora sí lo hace —asegura con gravedad.

— ¿Y arrastrarme por él, otra vez? —niego con la cabeza—. ¡Ja! Todavía quiero conservar algo llamado dignidad, ¿sabes?

Bianca no argumenta nada más mientras me observa meter los *cantuccini* en el horno precalentado. Cierro la puerta y pongo el temporizador. Van a quedar doraditos y deliciosos. Cuando me doy la vuelta, ella contraataca:

— ¿Crees que no le puedes gustar, es eso?

— Ni en cien años —respondo sin pensar.

— Pues entonces te infravaloras —concluye—. Eres un bombón y no conozco a nadie con tanto ingenio como tú. Si a ti también te gustasen las mujeres, te propondría matrimonio ahora mismo.

— Eso lo dices porque eres mi amiga —digo. Me arden las mejillas.

— No, cariño. Lo digo porque han pasado años, la gente cambia y no veo por qué no podría verte con otros ojos ahora. Además, ¿quién te dice a ti que no le gustases también en el instituto?

— ¿Él gritando «NO» antes de escapar como si le estuviera apuntando con un cuchillo?

Bianca se queda callada unos segundos. La he dejado si palabras. Eso me entristece más de lo que había previsto.

— B-bueno, quizás eso sea una gran prueba, pero puede que lo malinterpretases, no sé... El caso es que le vi mirarte, y no eran los ojos de alguien a quien le desagrada lo que ve. Créeme, conozco a los hombres —añade, aleteando sus pestañas largas.

— Lo dices como si fueran una especie aparte que sigue un patrón único y opuesto al de las mujeres, y no individuos con diferentes personalidades y motivaciones…

Coloca su dedo índice sobre mis labios.

— Shhh —me calla—, no seas friki. Tú solo sigue mis consejos. Para antes de que regrese a España, le habrás conquistado.

— No quiero amoríos. No pienso conquistar a nadie, y menos a él.

— Sabes que sí. Te sigue gustando, Angela —sonríe, traviesa.

— ¡No! —sacudo la cabeza—. Lo he superado. Los recuerdos que me vienen a veces de él son solo los típicos que se tienen de un primer amor platónico. Seguro que no soy la única a la que le pasa —murmuro esto último, mirando a otro lado.

— No suenas muy convincente, cariño. Aunque sea por poco tiempo, ¿no sientes curiosidad por saber cómo sería estar

con él? A qué saben sus labios... —bromea.

— Eres una desvergonzada.

— Por supuesto. Lo único que hace la vergüenza es paralizar, y paso de ponerme más obstáculos en la vida. —Entonces arruga la frente con preocupación, y me mira como una madre a punto de soltar un sermón a un hijo—. Angela... Llevas como mil años encerrada con tus pasteles, tus clases y tus tutoriales de repostería y te has olvidado de buscar el amor con el que siempre has soñado. Sé que tu adolescente interior enamorada del concepto del «amor» sigue ahí, así que yo seré quien le dé ese empujoncito que necesita para que arriesgarse de nuevo. Quieres una pareja (o, aunque sea, un rollo temporal), pero te falta dejar de cerrarte en banda y autoengañarte. Mateo se va a arrepentir de no tenerte, cariño —me guiña un ojo.

Doy un golpe con ambos puños en la mesa. Esto es ya demasiado. Bianca me está revolviendo recuerdos que preferiría tener almacenados bajo llave, y eso me hace sufrir. Además, está asumiendo cosas sobre mí, sobre mis deseos.

— ¡No! —exclamo. Mi amiga da un sobresalto, asustada. Nunca le he levantado la voz—. Te he dicho ya que no quiero saber nada de él. No quiero verle. Y estoy contenta con cómo soy ahora, muchas gracias. No necesito que me recuerdes lo inocente que era hace años, porque esa persona no volverá.

— Pero, Angela…

— No, Bianca, escúchame tú. Aunque Mateo venga a tomar café, no le dirigiré la palabra. No pienso rebajarme por alguien sin corazón como él. Ya pasé por el proceso de intentar enamorarlo, y solo acabé herida. El amor... solo hace daño —declaro en voz más baja, convencida.

— Oye, no te rindas por culpa del pasado —murmura Bianca, preocupada. Alarga la mano para tocarme.

Me aparto al segundo. No necesito la compasión de nadie, aunque sea la suya. Camino hacia el horno en un impulso nervioso,

decidida a mirar los *cantuccini* de su interior hasta que me ardan los ojos. O hasta que ella deje el tema, preferiblemente.

— Déjame, por favor —digo—. Voy en serio. Y no vuelvas a mencionar ese nombre, ¿de acuerdo?

— S-sí..., claro. Perdóname.

Pero su tono de voz me comunica que esto no va a quedarse aquí. Como he dicho antes, Bianca es *muy* insistente. Añado, para que se olvide de una vez:

— Por mí, como si sigues intentando ligar con él.

— ¿En serio? —pregunta, sonando incrédula.

— Sí —afirmo, ajustando la temperatura del horno, aunque en realidad no estoy demasiado convencida de lo que digo. El olor de los *cantuccini* ha empezado a llenar la habitación—. Sé que Mateo te ha gustado. Como a mí ni me va ni me viene, tienes vía libre para hablarle, si es lo que te apetece.

— Ya veré —contesta, y detecto por sus pasos que pasea de un lado a otro—. Solo me estaba divirtiendo, en realidad no me gusta ir detrás de nadie. Tampoco es que me molase tanto. Y ya te he dicho que no me gustan los tíos que desprecian a mi mejor amiga. —Entonces alza la voz, volviéndola más aguda—: ¡Hablemos de otra cosa! ¿Tienes la tarta hecha?

Es entonces cuando me aparto del horno. El enfado y frustración que tenía se difuminan. Agradezco el cambio de tema profundamente.

— S-sí, está en la nevera. Falta espolvorear perlas de chocolate blanco sobre ella y agregarle flores de *fondant*.

— Yo lo hago. —Propone, ilusionada.

— ¿Segura?

— Claro. No me disgusta ser camarera, pero echo de menos decorar pasteles.

Mi mirada se suaviza. Bianca era la segunda mejor de la clase en la escuela de repostería, pero la pobre lleva años sin ponerse en serio otra vez. Sé que no me echa la culpa de ello, pero a veces me siento mal por no aprovechar sus brillantes capacidades. Es tan

generosa que no se lo pensó dos veces cuando le dije que necesitaba a alguien que atendiese las mesas de *Gusto*, pero abandonó su pasión a cambio.

— En cuanto me lo pueda permitir, te pasaré a cocina y contrataré a otro camarero para que te reemplace —le aseguro.

— ¿Y dejar a Ennio solo? Ni hablar. Estaría perdido. Solo es eficaz cuando estoy delante. Me admira.

— No te preocupes por él, que ya es mayorcito.

— Una madre siempre mira por sus hijos.

— No lo eres.

— Pero es como si lo fuese.

— Qué cosas dices —me rio.

Bianca saca de nuestra gran nevera un pastel de tres plantas con una pinta excelente. Me llevó toda la tarde prepararlo, porque quería que fuese perfecto; es mi regalo para el cumple de mi hermano pequeño. Lo coloca con extremo cuidado sobre una mesa libre con bandeja giratoria y luego se aparta para mirarlo. Cada planta es de un tono de celeste diferente que brilla a la luz de los focos, y los bordes están cubiertos por hileras de florecillas blancas que hice con la manga pastelera. Arriba del todo se lee en una letra cursiva hecha de chocolate blanco: «Felices 21».

— Es precioso. Me da pena que nos lo vayamos a comer. ¿Sabes si se pueden disecar pasteles?

— Me temo que no —me rio—. Pero he subido a YouTube un vídeo con la receta, así que siempre lo podrás ver. Y estoy segura de que mi hermano le hará miles de fotos en la fiesta. Ya sabes cómo adora compartir su vida con los demás.

— Le encanta —afirma, poniendo los ojos en blanco—. Aunque a mí me agobiaría eso. ¿Y si un asesino en serie se obsesiona con él y descubre dónde vive?

— Eso he pensado varias veces, pero él dice que tiene cuidado —me encojo de hombros—. Ya es un poquito tarde para cambiar la forma de ser de un hombre de veintiún años

recién cumplidos, me parece. Sobre todo, si es tan cabezota como él.

Bianca se ríe.

— A cabezota no le gana nadie —agrega—. Seguro que ha estado meses planeando la fiesta para que sea justo como él se la imaginaba. No aceptaba sugerencias mías —dice, fingiendo estar ofendida. Ella y mi hermano también están muy unidos. Cuando lo conoció dijo que era una versión masculina de mí, pero yo no nos veo ningún parecido—. Va a ser en un local alquilado, ¿no?

Bianca abre un estante alto poniéndose de puntillas, del que saca una bolsita medio llena de perlitas de chocolate plateadas. También coge dos mangas pasteleras y dos boquillas (una con forma de flor, otra con forma de hoja) de otro mueble con puertas.

— Sí, un poco a las afueras de la ciudad —respondo. Miro el reloj de pared; son casi las 7:00h. En nada vendrá gente pidiendo cafés—. Creo que llegaremos bien en tranvía.

— Guay. Entonces, ¿cerrarás antes hoy? Para arreglarte para esta noche, ya sabes —sonríe—. El vestido que te has comprado es increíble.

Saco las bandejas de *cantuccini* del horno y los dejo enfriar sobre una rejilla.

— No, cerraré a la hora de siempre —digo—. Me da tiempo a prepararme saliendo de aquí a las siete.

— Pero tía, ¡si debes de estar agotada! Ayer llegaste del aeropuerto y te metiste aquí sin dormir ni una siesta, ¿y hoy otra vez te matas a trabajar? ¡Date un respiro, por tu bien!

— No hace falta, en serio —sonrío—. Pero gracias por preocuparte. He dejado el negocio desatendido una semana y no puedo desatenderlo más. ¿Qué tal ha sido tu experiencia como jefa, por cierto? *Gusto* no se ha caído a trozos, lo cual es de alabar —bromeo.

Bianca me da un golpecito con el codo en el costado.

— ¿Es que no confiabas en mí? —pregunta, entornando los ojos.

— Para nada —rio.
— Pues fue estupendamente. Mario elaboraba todos los dulces para el mostrador, aunque tuvimos que posponer algunos encargos porque faltabas tú para ayudarle a prepararlos. Yo seguí como camarera y Ennio se esforzó más que nunca, recibiendo también llamadas telefónicas. Las ventas han sido grandes —afirma, orgullosa.
— Qué bien —digo, sincera—. Te aumentaré el sueldo de este mes, prometido.
— ¡No hace falta, sabes que lo hice por gusto!
— Entonces considéralo como un regalo.
— ¡Definitivamente, tan cabezota como tu hermano! —niega con la cabeza, seria. Sin embargo, tras un nuevo cruce de miradas (ella desde su sitio junto al pastel y yo junto a la mesa para amasar) estallamos en carcajadas. A veces, nos reímos solo por culpa de mirarnos intensamente—. ¿Las clases te fueron bien a ti? Ha sido la primera vez que te pagan en el extranjero por una masterclass.
— Sí, estuvo genial. Fueron unos quince alumnos principiantes. Les enseñé cómo hacer tiramisú a mi estilo, y no paraban de hacerme preguntas. Me han pedido que vuelva el año que viene.
— Qué guay, Angela. Te has hecho famosa —Bianca finge que se le escapa una lágrima—. Siempre supe que llegarías lejos.
— Nada habría sido igual si no te hubiera tenido a mi lado —sonreí—. *Gusto* es lo que es gracias al pedazo de equipo que formamos.

Seguimos hablando de cosas más triviales hasta que tenemos que separarnos, como ocurre cada mañana. Bianca debe atender mesas y yo me quedo a cargo de terminar de decorar la tarta mientras Mario se queda preparando más *cantuccini*. Me tiro hasta la hora de almorzar escuchando clásicos del rock en los auriculares a la vez que trabajo en los encargos y en rellenar el mostrador de dulces. En un mini descanso, me voy a la trastienda a comerme rápido un sándwich de atún que he traído de casa y luego sigo a lo mío con

Highway to Hell de fondo. Le hago un gesto a Bianca para que sepa que ya puede tomarse un respiro, y a los pocos segundos pasa por mi lado mientras se enciende un cigarrillo. Todos nos tenemos que turnar para descansar, para que la pastelería no deje de funcionar.

Cuando llega la hora del cierre, todos recogemos en silencio. Ha sido un día muy duro.

— Gracias por vuestro esfuerzo hoy, chicos —les digo a mis tres empleados, mientras paso una bayeta limpia por el interior de los hornos. Todo debe quedar impoluto—. Os podéis ir ya, cerraré yo hoy.

Mario y Ennio me dan las gracias y se van a las taquillas a por sus cosas.

— Pero Angela, ¡vas a llegar tarde a la fiesta! —me advierte Bianca, que se quita el delantal—. Tenemos que ir juntas, no vayamos a perdernos. ¡Sabes lo mala que soy orientándome!

— No hace falta que seamos las primeras en aparecer. Antes quiero grabar un vídeo enseñando la pastelería por completo; mis seguidores tenían curiosidad por verla entera —explico—. Seré rápida.

— Bueno, como veas —cede, porque sabe lo importante que es para mí el canal de YouTube—. Te espero en casa, entonces. No tardes —repite.

Asiento, y me quedo quieta viéndola salir por la puerta. Mario y Ennio coinciden con ella y todos salen a trompicones. Sin perder el tiempo, voy seguidamente a mi taquilla, que está situada junto a las demás en una habitación contigua a los baños. Saco de ella una cámara pequeña, muy práctica, la cual uso para todos mis vídeos sobre cocina. Una sensación positiva y cálida me recorre el cuerpo al encender el aparato.

Tengo un canal en el que grabo recetas, hago recomendaciones sobre repostería y, además, publicito mi local. Curiosamente, aunque siempre me he considerado una chica tímida, la mirada de una cámara es la única que me hace sentir completamente tranquila. Internet es donde siempre me he sentido segura. Sé que tengo el control de la situación, que puedo grabar

hasta que yo lo desee; y, encima, hablo sobre un tema que me apasiona. Bianca dice que se me da muy bien y que me merezco todos los miles de seguidores que he cosechado, pero yo no hago caso a eso. Para mí, el canal tan sólo sirve de terapia para curar mis inseguridades, y lo demás que consiga con él son sólo efectos secundarios. Paso de presumir de mi reciente fama. A veces, debo satisfacer a los «fans» y hacer vídeos de la temática que me sugieren, así que eso es lo que voy a hacer hoy. No me atrae mucho la idea, pero mi hermano me lo ha aconsejado por activa y por pasiva. Él es un experto en redes sociales.

Cuando termino el tour por mi local, le doy la vuelta a la cámara y me despido. «¡Hasta la próxima delicia!», exclamo, como hago en todos mis vídeos. Después, la apago y me quedo callada. El silencio que me invade me resulta ensordecedor; guau, no sabía que había estado hablando tanto. Otro de los superpoderes de la cámara es que me vuelve más charlatana. Me tomo unos minutos para hacer caja, apagar todos los enchufes y bajar la persiana automática de fuera, y tras eso camino a paso ligero hacia mi casa. Está a unos minutos de *Gusto*.

Pienso unos segundos en la conversación que he tenido con Bianca sobre Mateo. ¡Ja! Como si tuviera que caerle bien a ese. Mi mente, traicionera, no me deja dar ni un paseo en paz. Recuerdo una vez más su figura y cómo me quedé sin aire al verlo sentado en la barra, con esa actitud tranquila y atractiva. Me viene una imagen de su pelo, de un cobrizo intenso bajo el brillo de las lámparas.

No me doy cuenta de que estoy sonriendo hasta que veo mi reflejo en el escaparate de una tienda cerrada. Tengo una sonrisa amplia, muy poco usual en mí. Me obligo a hacerla desaparecer, bajando las comisuras de mis labios con la mano. No sé qué bicho me ha picado. Me niego a que ese monstruo desalmado con ansias de hacerme ver lo que nunca he podido tener provoque esa reacción en mí.

Me niego.

6. MATEO. «TODO ENCAJA»

— ¿Qué te pongo, guapo?
— Un té frío de limón, por favor. Con mucho hielo.

Reto con la mirada a la camarera, que compone un gesto de incredulidad ante mi elección de bebida. Como si pedir una bebida alcohólica hubiera sido la respuesta correcta para ella. Detesto el sabor de cualquier clase de cerveza, licor, whisky, vino, ron o vodka, y me da igual los prejuicios que los demás tengan construidos sobre lo que implica ir de fiesta. Tomo té frío en cualquier clase de eventos, y a mucha honra. Hígado feliz, Mateo feliz. La camarera pone un vaso con hielo y rodajas de limón ante mí, y coloca la lata de refresco al lado. Murmuro un «gracias» que seguro que no ha oído. El ruido que hay en este sitio es ensordecedor.

Miro en derredor desde mi taburete giratorio. En esta fiesta hay todo lo que Damiano me prometió, y más. Es un local enorme, decorado con motivos azul marino y toques dorados en las paredes, techo y mesas. Hay música en vivo en un escenario, ofrecida por una cantante de pop que parece ser conocida por aquí, porque los invitados no dejan de grabarla y saltar como locos. Eso me hace saber que Damiano tiene contactos importantes. La cantante, una chica joven con peluca rosa chicle y un *body* negro cubierto de brillantina y transparencias, sonríe al público mientras interpreta una canción pegadiza que incita a bailar. Está en italiano, por supuesto, así que no me entero prácticamente de nada.

La pista de baile tiene el tamaño de una cancha de baloncesto, y confeti brillante cae sobre ella de vez en cuando. Luces estroboscópicas la alumbran con palpitantes rayos de luz azul mientras los invitados, muy pegados unos a otros, se mueven al son de la melodía. También hay barra libre, cerca de la salida, que sirve sin parar todas las bebidas imaginables. Ahí es donde yo estoy apoyado, mientras asimilo el entorno y decido adónde dirigirme. Bailar está fuera de mis planes, por supuesto. Soy pésimo moviéndome, tengo una conciencia corporal nula. Y tampoco tengo hambre, a pesar de que las largas mesas de aperitivos y las fuentes de chocolate tienten a cualquiera. Primero tengo que encontrar al

cumpleañero para que sepa que he llegado, y luego pegarme a él como una lapa para sentirme seguro entre tanta cara nueva.

— ¡Mateo! —exclama entonces la voz que andaba buscando.

Me levanto de la silla para saludar a Damiano. Va increíble, con un esmoquin negro de lentejuelas y sombra de ojos brillante enmarcándole los ojos. Los pómulos le brillan con purpurina blanca, y su sonrisa brilla más que las de los anuncios de pasta de dientes. Una banda de colorines que exclama «CUMPLEAÑERO» en letras doradas recorre el centro de su torso.

— Feliz cumpleaños —sonrío, y le alargo la mano para que me la estreche.

Sin embargo, él me da un abrazo fuerte que me pilla desprevenido. Qué rápido ha cogido confianzas.

— ¡Qué bien que hayas podido pasarte! Esta tarde te he visto tan liado con gestiones que no sabía si te daría tiempo.

— Lo prometido es deuda, ¿no? —contesto, y me obligo a sonreír más, aunque mi lado extremadamente responsable se arrepienta de haber dejado a medias aquel fichero Excel. Hoy han empezado a llegar muebles a la oficina y ha sido un caos absoluto—. Oye, siento de nuevo no haberte traído nada de regalo. Y la fiesta es de cine, te lo has currado.

— ¡Gracias! Esa era la intención. ¿Te gusta Roxiynn? Nos representó en Eurovisión el año pasado. —Apunta al escenario con la mirada. Conque así se llama la cantante—. Y no te disculpes por nada, que eres mi jefe —se ríe, aunque yo no le veo la gracia al chiste—. Quiero que te lo pases como nunca. Te presentaré a algunas personas primero, ¿vale?

— Ah, ¿sí?

Esa es una novedad que me deja intrigado. Quiero conocer gente, sobre todo de mi edad. Me he prometido ampliar mi círculo de amistades, ¿no?

— ¡Sí! —afirma Damiano, y me guiña un ojo—. Son las personas más importantes de mi vida. No sé qué haría sin ellas.

Entonces, se hace a un lado. Y me revela a dos chicas, una rubia y otra morena.

La primera viste un mono burdeos de tirantas y pantalón largo, acompañado por una gargantilla dorada y anillos en casi todos los dedos de su mano. Su pelo está recogido en una coleta alta muy engominada y eso permite ver los aros que le recorren los lóbulos de las orejas. Sonríe con seducción al reconocerme.

La otra chica no puede ser más diferente: tiene el pelo tan oscuro que ni los focos sacan brillo de él. Este le cae en cascada por los hombros. Lleva un vestido de tubo verde oscuro, muy apretado, que ensalza sus caderas y su enorme trase... Trago saliva. Me obligo a mirar a otra parte, no soy un mirón. Sus ojos, rasgados y gatunos, se abren de par en par al advertir quién soy. Poco después, se entornan y a estos los acompañan unas cejas fruncidas con un profundo enfado.

— Te presento a Bianca, mi mejor amiga, y a Angela, mi hermana. Quien también es mi mejor amiga también, por supuesto. —El cumpleañero intenta apoyar su brazo en el hombro de Angela, pero esta esquiva su contacto, arisca—. Ha hecho la tarta, ¿sabes? Es pastelera. Chicas, este es Mateo.

Abro la boca, a punto de decir algo. Sin embargo, ella se adelanta por mí y me obsequia con palabras menos dulces que los *cannoli* que me regaló:

— ¡¿Qué haces tú aquí?! —exige saber, furiosa.

Todo encaja ahora. Así que esa era la «hermana» que le había hecho una tarta de tres pisos al cumpleañero. Si uno presta atención, puede encontrar un verdadero parecido en las facciones oscuras de ambos, en su piel clara y su voz inusualmente grave. Bajo la mirada al suelo. Voy a tener que dar un par de explicaciones a pesar de no tener por qué hacerlo. He caído en una trampa y yo soy la víctima, pero tampoco deseo morir arañado por las zarpas de esta (irresistible) pastelera.

7. ANGELA. «VERDAD O RETO»

Miro a Mateo con incredulidad. Me enfurece que esté en la fiesta de mi hermano, el único sitio en el que tenía total seguridad de que no me lo cruzaría. Esta noche tenía la oportunidad de desconectar de todo, pero ¿qué me ha recibido a cambio, nada más entrar? Su característica silueta musculada, enfundada en una camisa negra y unos vaqueros que le quedan como un guante; su voz grave y melosa, y su actitud relajada e inconscientemente seductora. Está guapísimo, por Dios. Pero eso no me importa: ¡¿de qué conoce a Damiano y por qué ha sido invitado?!

Quiero que se vaya y me deje respirar con normalidad. Mirarle me oprime el pecho y me provoca una mezcla insana de atracción y tristeza.

Estoy a punto de repetirle la pregunta que le he formulado hace un segundo, pero Bianca se interpone entre nosotros.

— Angela, ¿y esos modales? —dice, conciliadora—. Así no se saluda a un conocido.

— Lo saludaré como yo quiera —espeto. Apunto con el dedo a su cara, la cual es la viva imagen de la confusión. Normalmente no soy tan violenta, pero es que Mateo me ha sacado de quicio—. Qué haces aquí, ¿eh? ¿Es que me estás espiando o algo? ¿La competencia te ha encargado que averigües la receta de mi crema pastelera?

Mateo abre la boca para explicarse. Sin embargo, mi hermano interviene antes:

— Le he invitado yo, Angie —me dice con suavidad, usando el apodo cariñoso que solo él tiene permitido pronunciar—. ¿Cómo es que os conocéis vosotros dos?

— Es una larga historia —respondo.

— Fuimos al mismo instituto —resume Mateo, en cambio.

Como si fuera tan fácil. Como si, para él, mi existencia en su etapa adolescente hubiera sido así de insignificante. Eso aumenta mi nivel de irascibilidad. Le fulmino con una mirada gélida; quiero que se le congelen las venas tras sentir mi furia helada.

— Y vosotros, ¿cómo es que sois tan amigos? —contraataco.

Damiano apoya su brazo sobre el hombro de Mateo. El tatuaje de su cuello se ve más que nunca, ya que tiene los primeros botones de la camisa abiertos. Intuyo el dibujo de ondas ascendentes; parecen llamas. Me pregunto qué significarán.

— Trabajo para él, es mi jefe —explica mi hermano. Alzo las cejas; no me lo esperaba—. Su banco está montando una nueva oficina aquí, en Florencia.

— Eso ya lo sé —le interrumpo—. Pero ¿cuál es tu rol ahí, exactamente?

— Llevo las redes sociales, les publicito. Lo de siempre, Angie. —Me estudia unos segundos, pero noto que no entiende cómo me siento. Mi hermano y yo no somos de esos capaces de adivinar cómo nos sentimos con tan sólo mirarnos; solemos hablar las cosas directamente—. Pero ¿por qué pones esa cara? ¡Mateo es un tío muy simpático!

Aprieto los puños.

— Me da igual lo agradable que te parezca. No lo es. No entiendo cómo puedes ser su empleado y llevar conociéndolo solo un día, pero invitarlo a tu fiesta de cumpleaños sin más. ¡Eres demasiado confiado!

— Pensé lo mismo —comenta Mateo, para variar.

Puedo ver en su expresión que solo intenta quitarle hierro al asunto, pero estoy demasiado indignada como para pensar bien antes de hablar. Quiero que se vaya y no vuelva más a mi vida. Será lo mejor para mi corazón, el cual creía ya sanado.

— Sobre mi hermano solo puedo opinar yo —le advierto.

— D-disculpa.

Damiano se acerca a mí entonces. Acerca mucho su cara a la mía. Su aliento apesta a alcohol.

— Venga, cálmate. Disfruta de la fiesta por mí, vamos. ¡Hay una noche increíble por delante!

— Pero ¡es que no sé por qué has tenido que invitar a ese! —me quejo. Nadie más nos puede oír ahora—. ¿No puedes pedirle que se vaya? —suplico, consciente de que es un acto

muy infantil. Me da igual. Cuando era pequeña, mi hermano accedía a cualquier cosa que le pidiese si hacía pucheritos.

— No; cuantos más seamos, mejor. Y quizás esta sea una oportunidad increíble para que hagáis migas, vosotros dos —me guiña un ojo—. No me negarás que Mateo es un partidazo, ¿no? Aún no sé si le gustan los hombres o las mujeres (o ambos, quién sabe), pero podrías averiguarlo por tu cuenta…

— Eres peor que Bianca. Los dos estáis empeñados en emparejarme con alguien. ¡No estoy desesperada!

— Sí, sí que lo estás. Nos lo has indicado los cientos de veces que has visto entrar en la pastelería a un chico mono. Pero eres tan tímida para estas cosas que tu peor enemiga eres tú misma.

Miro a otro lado. Sé que tiene razón. Siempre quise encontrar a mi media naranja, pero de adolescente perdí la fe en el amor. Mateo fue el mayor catalizador para ello. Llegué a la conclusión de que las novelas románticas eran una chorrada, de que cualquier esfuerzo para enamorar era inútil y que lo mejor para mí era hacer felices a los demás con mis dulces.

— Haré lo que pueda —mascullo.

— Así me gusta.

— ¿Ves, Angela? —conviene Bianca entonces, sonriente. No sé en qué momento ha ido a pedirse una bebida en la barra, pero lleva un vaso hasta arriba de un líquido rosado que huele a regaliz—. Esta no es ninguna conspiración contra ti. ¡Tan solo es una bonita casualidad! Venga, tomemos algo con Mateo. No lo vayamos a dejar solo en esta fiesta, que solo nos conoce a nosotras. Y sé agradable —añade, agarrándome del brazo.

Sus ojos delatan lo mucho que quiere que le haga caso. Me recuerda a la conversación que tuvimos en la cocina, acerca de que tenía que hablarle más al muchacho. Suspiro y me dejo llevar por ella. Es inútil ir en su contra. Me arrastra hasta el taburete situado a la derecha de Mateo. Bianca se sienta en el de su izquierda, de

espaldas a la salida. Lo tenemos rodeado, aunque la única que parece sentirse atrapada soy yo. Él parece estar en su salsa, tan confiado como siempre. Su cercanía me resulta embriagadora; la cabeza me da vueltas.

— ¿Un té frío, como siempre? —me pregunta Bianca, que tiene a la camarera delante. Yo asiento, e instantes después acabo con una lata entre las manos.

Siento los ojos verdes de Mateo posados sobre mí mientras doy un trago.

— ¿Qué? —espeto, dejando el vaso sobre la mesa con más fuerza de la debida.

— Yo también me he pedido eso.

— ¿Y?

— Me parece curioso.

— No es tan raro —refunfuño.

— Sí lo es —replica, y me desconcierta su sonrisa—. No veo todos los días a alguien que solo pida té frío en fiestas, al igual que yo.

Me encojo de hombros.

— Está bueno, ¿qué le hago? Paso del alcohol. Como muchas otras personas sobre la faz de la Tierra, Mateo.

— Lo sé —cede, y veo que aprieta los labios. Quizás me esté pasando de desagradable, pero mi lado vengativo no puede remediarlo—. Solo quería encontrar algo en común contigo, para tener tema de conversación. Sé que te ha molestado que aparezca en la fiesta de tu hermano. No tenía ni idea.

— Claro, igual que no sabías que *Gusto* era mi negocio... —replico, sarcástica.

— Exacto —asiente, satisfecho.

Cree que por fin le he entendido, cuando es justo lo contrario.

— Venga ya, no puedes ser tan despistado —digo, incrédula. Ya había hablado de esto con Bianca—. Son demasiadas casualidades, ¡no te creo!

— Es la pura verdad. A veces no miro por dónde voy. No soy tan retorcido, Angela —se rasca la nuca, soltando una carcajada baja.

Debería sentir una carga menos sobre mis hombros, pero no lo hago. Porque, entonces, eso significa que Mateo nunca había tenido la intención de reencontrarse conmigo. Tenía planeado no verme nunca más, igual que yo. Y debería sentirme aliviada por ello, ¿no? Quería deshacerme de su recuerdo. Sin embargo, me siento ligeramente dolida hasta que añade:

— Pero, si te soy sincero, me alegro de esta equivocación.

— Ah, ¿sí? ¿P-por qué?

Esta vez se encoge él de hombros.

— Me apetecía verte de nuevo —confiesa.

Trago saliva, asimilando eso a duras penas. Cierro la boca. Me ruborizo. Miro a otro lado, al concierto que se desarrolla en el escenario. Me acaba de desarmar por completo. Me preparo para replicar con un «yo a ti no», pero no lo hago. Eso sería una completa mentira.

Entonces, Bianca asoma su cabeza por el ancho hombro de Mateo. Mi amiga está deslumbrante. Irradia felicidad, ganas de vivir su juventud y no pensar en el mañana. En otras circunstancias, yo estaría igual que ella. Normalmente, soy el alma de la fiesta. Pero desde que él ha aparecido en mi campo de visión tengo el cerebro patas arriba y un dolor de cabeza titánico.

— Brindemos —propone, alzando su bebida bien alto—. ¡Por las viejas amistades!

— ¡No era una amis...! —replico, pero callo al ver un nuevo gesto de amenaza en ella—. Por las viejas amistades —gruño.

Me parece que Mateo esboza una media sonrisa al oírme, pero quizás han sido imaginaciones mías. Los tres entrechocamos los vasos y bebemos en silencio. La música reverbera en nuestros oídos; el irritante pitido que me quedará como secuela para cuando vuelva a la calma de mi piso será ensordecedor también.

— ¿Te gusta bailar, Mateo? —inquiere Bianca después.

— No mucho. Siempre he preferido quedarme mirando.
— Anda, ¡igual que la señorita que tienes a tu lado! Un insecto palo mueve el esqueleto mejor que ella.
— ¡Eh! —me quejo.
— Es la verdad, y lo sabes —se ríe.
— ¡Eso no te da derecho a soltarlo por ahí!

«Sobre todo si él está presente», añado mentalmente, nerviosa.

— Seguro que no es verdad —replica Mateo, negando con la cabeza.
— Sí, sí lo es —confieso.
— Bueno, pero ya te digo que eres mejor que yo. Nadie me supera en cuanto a torpeza de movimientos —dice, pero me cuesta creerle.
— Ya.

Viendo un cuerpo tan esbelto como el suyo, tan cercano al del mismísimo Apolo, me imagino mil formas en las que podría mover el esqueleto. Todas ellas son gráciles y perturbadoramente sexis.

Me echa una ojeada de arriba abajo, segundos en los que me siento desnuda.

— Estás muy guapa. —Suelta, sin más.

Como si hiciera eco de lo que acabo de sentir, Bianca suelta un gritito ahogado. Qué vergüenza, por favor.

— A-ahórrate los piropos si no van a ser ciertos —mascullo.
— ¿Por qué no iban a serlos? —pregunta, confundido.

«¿Porque no soy guapa?», contesto para mí misma. Nunca me he visto atractiva. Jamás se ha fijado nadie en mí, o al menos no como yo querría: no para un lío en una fiesta, en la que hay tanta oscuridad que es casi imposible ver a alguien nítidamente, sino para un amor irracional, de esos que te nublan los sentidos. Aunque, oye: lo acepto. Ya me di por vencida en ese tema.

Bianca me ha dicho miles de veces que tengo la autoestima demasiado baja. Pero, como alguien que probablemente sea así de insegura, no me creo sus palabras. Por lo tanto, no me trago que un

chico tan atractivo como Mateo, quien seguramente está muy al tanto de su buen físico, me diga que «estoy guapa». Así que le digo, porque paso de darle pena revelándole mis ralladas:

— Porque lo dices para quedar bien.

— Eso no es verdad —niega al instante.

Respiro hondo. Ya, claro.

— Da igual, déjalo.

— Creo que lo que Angela quería decir era «gracias» —interviene Bianca, asesinándome con la mirada—. ¡Lo siento, a veces no hay quien la entienda!

Pero Mateo se queda mirándome con el ceño fruncido, incapaz de comprenderme. Creo que intentaba descifrarme, pero no ha dado con la clave. Muy bien, mejor así.

De pronto, Damiano reaparece en escena. Se ha subido al escenario y exclama algo en el micrófono que Roxiynn había estado utilizando. Todos los invitados giramos las cabezas en su dirección, intrigados. Algunos vitorean.

— Gracias a todos por venir —anuncia, con su carisma natural. Le encanta ser el centro de atención—. Me alegro de ver que todos lo estáis pasando bien en mi veintiún cumpleaños. Pero ¡falta soplar las velas! Mi hermana, Angela Bianchi, es dueña de la mejor pastelería de Florencia: *Gusto*. Es ella quien ha hecho la tarta protagonista de esta noche. ¡¡Gracias, Angela!!

Se oyen aplausos. Me encojo en la silla al sentir miradas sobre mí. No me gustan los focos. El único sitio donde me permito ser el centro de atención es YouTube. Me noto las mejillas calientes. Mateo se ríe al ver mi cara de «Tierra, trágame», y pone una de sus grandes manos sobre mi hombro desnudo. El suave contacto enciende todas las terminaciones nerviosas de mi piel.

— Tu hermano habla muy rápido para mí, pero el lenguaje corporal es universal —comenta—. Te ha felicitado por tu trabajo. Nunca te avergüences de algo así.

— G-gracias por el consejo —gruño.

Entonces, llega mi tarta al centro de la pista de baile. La llevan dos camareros con camisetas semitransparentes en un carrito. Suena música animada, de ritmos tribales. Los invitados dejan espacio, y Damiano salta del escenario para colocarse junto al pastel. Se encienden varias velas y saltan chispas brillantes; parece que va a despegar. Cantamos *Cumpleaños feliz*, Damiano sopla, aplaudimos y se reparten trozos por toda la sala en platitos plateados. Me felicitan por el sabor del bizcocho; y, al mirar a Mateo de reojo, veo que está rebañando las migas de su porción. Eso me hace más feliz que cualquier comentario.

Luego, Roxiynn vuelve a cantar. El orden se reestablece. Yo ya me he cansado de hablar, así que desconecto picoteando de las mesas de tentempiés. Mientras tanto, oigo de fondo a Bianca y Mateo; ella le presenta unos cuantos amigos de Damiano, quienes se comunican en inglés con él a duras penas. Oigo risas. Mi amiga no puede ser más charlatana.

Pasada la medianoche, alguien decide que es buena idea jugar a «verdad o reto». Llevo años sin hacerlo, así que me sorprendo a mí misma diciendo que sí con ímpetu. La música de los altavoces ha bajado de volumen y es ahora un ligero murmullo. Los que todavía no nos hemos ido nos sentamos en círculo, en la pista de baile. De nuevo, Bianca se las apaña para sentarme al lado de Mateo, aunque esta vez ella se coloca lejos, con otros conocidos nuestros. Mi turno llega casi al terminar la ronda.

— Reto —respondo.

Casi nunca he elegido «verdad» cuando he jugado en el pasado; me parece aburrido. Aunque tengo el ligero presentimiento de que me arrepentiré hoy. Un escalofrío me ha recorrido la espalda, sin venir a cuento.

— ¡Besa al chico que tienes al lado! —exclama Roxiynn, sobre las voces de los demás.

Bingo. Ahí está, eso que mi sexto sentido se estaba temiendo. Ahora mismo lamento profundamente que la cantante no se haya quedado en el escenario. Miro a la izquierda; hay una chica que no conozco, a quien tomo como un espécimen de sexo

femenino. Miro a la derecha; está Mateo. Él me devuelve la mirada, parpadeando lentamente. El pobre no se ha enterado de nada.

— ¿«*Bacia*»? —repite, sonriente. Es lo que ha sugerido Roxiynn, en mi idioma. Mateo se está divirtiendo con el juego, pero no sabe lo que podría estar por ocurrirle—. ¿Eso qué quiere decir?

Elijo no contestarle.

— ¡No voy a hacer eso! —exclamo hacia los otros participantes, incrédula.

Sería una completa estupidez. No, no va a pasar. Además..., ¿y si me hace la cobra? Probablemente pasaría eso, y aún conservo algo de dignidad.

— Venga, ¡no seas gallina! —insiste la cantante, comprobando el estado de sus largas uñas postizas. Son tan afiladas como cuchillas.

— Bianca, ¡di algo!

— Lo siento, Angela —se disculpa esta, tan maligna para lo que le conviene—. Un reto es un reto. Podrías haber elegido «verdad»…

— Pero… ¡¿y si tiene pareja?!

— Créeme, que no —me asegura, formando una sonrisa.

Aprieto los labios. Mi respiración se acelera. Hay dos opciones: o quedar como una cobarde (porque todos han cumplido con sus retos hasta ahora), o hacer de tripas corazón, y... Hacer aquello con lo que siempre había soñado de adolescente.

Tengo ganas de vomitar.

— ¡Se ha puesto rojaaa!

Y, entonces, actúo sin pensar. Un beso es solo un beso, ¿no? Esa era la frase que leía en todas las novelas que *bebía* de pequeña, y también la que oía en series y películas. Por lo tanto, no pasa nada. Solo es piel con piel, y para Mateo desde luego que no significará nada. Este es un estúpido juego y no va a poder conmigo. Además, lo haré por mi «yo» del pasado. Si cumplo ahora con su sueño frustrado, quizás podré pasar página de una vez por todas.

Me inclino hacia él y lo hago. No le doy tiempo para retroceder. Es un beso rápido, escueto, el suficiente para que el reto se considere como completado. Trato de no pensar en nada, me obligo a no sentir. Cuando me separo, Bianca chilla de emoción y aplaude, satisfecha; la quiero estrangular. A Roxiynn también.

— ¿P-por qué... has hecho eso? —murmura él entonces, con los ojos de par en par. Sin aliento—. ¿Q-qué significaba «*bacia*», Angela?

No digo nada. No puedo. Mi cerebro ha cortocircuitado. Descruzo las piernas, me levanto y salgo corriendo de allí. Ni me despido de nadie, ni miro atrás, pese a que sé que los ojos de Mateo están clavados en mi espalda mientras me alejo. Me he dejado el abrigo, pero eso me da igual ahora mismo.

En la calle, me llevo un dedo a los labios húmedos, consciente de que jamás olvidaré la sensación de haberlos imprimido sobre los suyos.

8. MATEO. «*WIKILOVE*»

Me revuelvo entre las sábanas, incapaz de conciliar el sueño. Qué novedad. Aunque esta vez no son pensamientos sobre el trabajo los que me pueblan la mente, sino otros completamente distintos.

Alzo el brazo y palpo objetos en la espesa oscuridad hasta reconocer la forma de mi móvil. Lo inclino hacia mí y se desbloquea con mi huella dactilar. La luz, intensa, me deja ciego unos segundos. Son las cuatro de la mañana. Han pasado quince minutos desde que me propuse dormir, pero soy incapaz de apartar las imágenes que me vienen de la fiesta. Las luces. Las risas. La música de Roxiynn, que sigue vibrando en mis oídos. La tarta, deliciosa; llevaba años sin probar una igual.

Angela.

Joder, no me la puedo quitar de la cabeza. Tampoco su pelo oscuro, sus ojos rasgados y su expresión de hielo. Ni sus labios gruesos, su voz profunda y sus comentarios amargos e innegablemente sabios. Y ¿qué hay de esa forma de caminar tan característica? Cuida cada paso como si el suelo se fuera a caer bajo

su peso. Ah, y ese beso. Dios, ¿por qué me lo habrá dado? Sentí chispas y eso no me ha pasado nunca. Las pocas veces que me he enrollado con alguna chica tan solo he sentido demasiada saliva y una pasión desmesurada que yo no era capaz de corresponder. Sin embargo, ese beso con Angela me supo a gloria. Quería más.

Y eso no es normal en mí.

Estábamos jugando a «verdad o reto», y de repente, tenía su cara ante la mía. Imprimió sus labios sobre los míos. Tras haber dado varias vueltas sobre el colchón, la única lógica que le encuentro a sus acciones es la siguiente: que le molo. En secreto, debe de haber algo de mí que le chifle. Bajo esa personalidad imponente, en realidad es tímida y vergonzosa. Como yo. Y, como le es difícil expresarlo con palabras, sintió el arrebato de hacerme saber sus emociones de una forma más... activa. A veces cuesta más describir un sentimiento que actuar en consecuencia a él. Me pasa siempre.

Doy una vuelta sobre mí mismo una vez más para desenredarme de las sábanas. Luego, sigo pensando un poco más sobre Angela.

He de admitir que, en secreto, llevaba años esperando ese beso.

Cuando se fue de la fiesta, quise seguirla. Seguro que le había dado vergüenza confesarme lo que sentía, a la pobre. Pero no hice nada, temiendo una reacción negativa por su parte. Creo que me habría pegado un puñetazo, teniendo en cuenta tanto la poca ilusión que pareció hacerle que yo estuviera en el evento como lo violenta que puede ser. Por lo tanto, le di las gracias a Damiano por invitarme y llamé a un taxi que me llevase al hotel. Bianca se quedó un rato más, a pesar de que cuando le ofrecí que se volviera conmigo le costó horrores (no sé por qué) rechazar mi oferta. Durante el trayecto, deseé que Angela volviese sana y salva a casa.

Doy un largo bostezo. Después, me estiro tanto que me cruje la columna. Es hora de asumir que no voy a poder dormir ni a martillazos. Ya echaré una cabezadita en un rato. Me incorporo para quedarme sentado y encender la lamparita de la mesita. Después abro mi portátil, el cual tenía bajo la almohada libre del lado vacío de

la cama. Es mi mejor amigo; necesito tenerlo siempre cerca. Aprovecharé para investigar más sobre ella, pero no en plan *stalker* obsesionado y perturbador, sino por mero pasatiempo. En la fiesta, los amigos de Bianca comentaron que Angela era famosa o algo así. No les pedí más datos para que no sospecharan de mi interés, pero aquello me captó la atención.

En Google encuentro algo sorprendente. Tiene un canal de YouTube llamado *BocadosAngelicales*; me gusta el juego de palabras que ha hecho con su propio nombre. Compruebo su número de suscriptores; guau, pues sí que es conocida. Veo unos tres vídeos del tirón, hipnotizado con su carisma. Se le da muy bien grabarse; es capaz de hacer sonreír a cualquiera. «¡Hasta la próxima delicia!», exclama con una sonrisa amplia, al final de cada receta. Me ha contagiado sus ganas de hacer brownies de chocolate, y eso que la cocina siempre me ha dado pereza.

También encuentro su página web profesional. Sigue una paleta de colores beige muy elegante. Ahí ofrece clases online y presenciales, a un módico precio de...

Cierro el portátil de golpe. No puedo cotillear tanto, me da la sensación de estar invadiendo su privacidad.

Me froto los ojos, hecho un lío. Lo único que he conseguido con esto es admirarla más, no suavizar mi interés por ella. Definitivamente, *quiero más*. Pensé que podría superar el haber visto a Angela, tan cambiada pero igual de bonita, después de tantos años. Pero, entonces, nos volvemos a encontrar en esa fiesta. En serio, ¿cuál era la probabilidad de que nos cruzásemos de nuevo, con trabajos tan distintos y teniendo en cuenta los reducidos contactos que tengo en Florencia?

Iba despampanante. Qué vestido, qué mirada, y qué curvas. Verla fue como una bofetada sin mano enviada por mi madre, desde Barcelona. Casi podía oírla regañándome: «*Si te gusta, admítelo. Atrévete de una vez. ¿Piensas estar solo de por vida, por miedo?*».

Sé que solo lleva viéndome dos días, pero el amor no entiende de tiempo. O eso es lo que he oído. Igual que yo sentí ese flechazo en el aeropuerto, ¿sería muy loco pensar que a ella le pasó igual? Le dieron igual el juego y la gente alrededor de nosotros y

expresó su amor. Bueno, quizá no «amor», pero «agrado» seguro que sí. Sin embargo, el problema es que no puedo pedirle explicaciones sobre ese beso; sería incapaz. Me atragantaría con mis propias palabras de lo nervioso que me pondría. ¡Soy inútil hablando de romance! Lo mío es la oficina, no entregarle mi corazón a nadie, simplemente porque en una cosa tengo más práctica que en la otra.

Pero Angela me hace querer arriesgarme.

Creo que lo que más me atrajo de ese beso fue su impulsividad. Me sorprendió, porque no sabía que Angela pudiera ser tan valiente. Lo que daría por ser como ella…

He decidido que actuaré con normalidad la próxima vez que la vea. Haré como si nada. Será lo mejor para no quedar en ridículo, y para no incomodarla. Pero, al menos, ya tengo la certeza de que también hay interés por su parte. Sé que había dicho que no tengo tiempo para el amor..., pero nunca que me resistiría a él si venía en mi busca. Ahora tengo la confianza necesaria para querer tomar riesgos por ella. Aunque ¿cómo? Soy tan torpe y tímido en el milenario arte del cortejo que no podré sin ayuda. Tendré que ceñirme a un plan. Y este tendrá que ser eficaz.

Porque me voy de Florencia en menos de dos semanas. Cuando se consuma ese tiempo, cogeré un vuelo que me alejará de aquí (de ella) para siempre. Así que necesito algo que acelere el proceso del enamoramiento, como sea. Las agujas del reloj siguen desplazándose, imperturbables, a cada segundo que paso de brazos cruzados.

Quiero gustarle más a Angela. Hasta que no pueda remediarlo. Y entonces me confesaré, aunque sea el acto más difícil que habré hecho en mi vida. Y sé que merecerá la pena, porque habré sido espontáneo, habré crecido como persona. Lo habré arriesgado todo por amor, cuando antes veía a quienes lo hacían como insensatos. Arreglaré ese mal recuerdo de nuestros años de instituto, cuando Angela me preguntó si ella me gustaba y yo dije que «no» cuando en realidad me faltaban agallas para responder «sí, joder, claro que sí». Fui un cobarde, pero ahora tengo una nueva oportunidad para ser valiente.

Me levanto de un salto. Me ha invadido una energía imparable..., y también sed. Bebo agua del minibar y regreso a la cama, directo al portátil. Suelto un aullido cuando me golpeo el dedo meñique del pie con una de las esquinas de la cama, pero con la adrenalina se me pasa rápido. Bien, empecemos por las nociones básicas. «Amor», busco en internet. Tras leer varias definiciones confusas que mencionan compuestos químicos y neurotransmisores que se activan en ese proceso, tecleo «cómo saber si estás enamorado». También me cansa tanta información contradictoria; es algo demasiado subjetivo. «Cómo enamorar», busco después. Eso no tiene que ser tan difícil, ¿no?

Entonces sí que encuentro algo interesante. La segunda opción de los resultados de mi búsqueda se llama *WikiLove*: *la guía infalible del amor*. Pulso en el enlace y encuentro cientos de entradas en su página de inicio. Distintos usuarios las han creado. Se trata de una «wiki», término que significa «rápido» en hawaiano y que puede ser tanto un sitio web como una extensión descargable para ordenador. En las wikis, los miembros de la comunidad virtual tienen vía libre para agregar datos sobre cualquier tema imaginable y editarlos a su gusto. *WikiLove* parece ser una enciclopedia online sobre el amor, porque los cientos de publicaciones que contiene siguen esa temática. «¡Sigue estos sencillos pasos para enamorar!», me indican en la página principal. Es la entrada con más visitas, de 2015, escrita por un tal *Bizcochito04*. Pulso inmediatamente sobre el título. Eso era justo lo que andaba buscando. Y encima, está completamente en español.

Una lista eterna de consejos se despliega ante mí. Guau, esto supera mis expectativas con creces; no esperaba ahogarme con información tan útil. Según estoy leyendo, está extraída de todas las ideas que el autor fue recopilando a lo largo de sus lecturas de historias románticas, de las visualizaciones de películas del mismo género y de su experiencia tratando de enamorar. ¿Qué podría salir mal de este experimento? Absolutamente nada, por supuesto.

Deslizo el cursor por la pantalla. «Paso número uno: sé un caballero». Me parecería factible, si supiera cómo serlo. «Paso número dos: regala bombones». Vale, esa es fácil. «Paso tres:

hazte el duro, sé misterioso. Logra que te quieran descifrar». Hum, interesante. «Paso cuatro: no tengas miedo de insistir». Espero no acabar denunciado a la policía si pongo eso en práctica. «Paso cinco: ofrécele tu chaqueta aunque se te estén congelando las pestañas». Factible. «Paso seis...»

La lista es interminable, pero me deja atrapado entre sus líneas; es adictiva, porque nunca había investigado tanto sobre el amor. Siento que me hago sabio a medida que leo. Al final de la página hay comentarios. Leo el primero sin querer: «Menuda estupidez. ¿Quién ha escrito esto, un adolescente? La mayoría son tópicos, algunos de ellos incluso machistas y tóxicos. No tratéis de recrearlos bajo *ningún* concepto». Vaya, sí que le ha disgustado. Pero siempre hay *haters*, ¿no? Tanto en internet como en el mundo real. Decido no hacerle caso; me parece que el autor sabe lo que dice, y no es que yo tenga un criterio sólido sobre el tema para elaborar una decisión propia. Además, seguro que el resto de las opiniones son positivas; si no, ¿cómo habría acabado esta web en el top dos de Google?

Probaré suerte. Sé que no tengo la certeza de que vaya a triunfar, pero oye: creo no soy quién para desconfiar de la profesionalidad de esta web llena de corazoncitos rojos y títulos rosas. Si hago todo lo que me indica *WikiLove*, creo que todo irá bien. Podré dormir al fin, porque no me habré quedado con las ganas de intentar algo con Angela. Ahora, tras habérmela encontrado ya en un aeropuerto, en un avión, en una pastelería y en una fiesta, creo más que nunca que el destino nos ha querido reunir. ¿Y cómo voy a ir en su contra? Lo mejor que puedo hacer es dejarme acunar entre sus brazos.

WikiLove será mi bote salvavidas, mi salvación para evitar que no se rompa esta conexión cósmica.

DÍA 3



9. ANGELA. «UNA COMEDIA ROMÁNTICA PENOSA»

Bostezo, y los ojos me lagrimean al hacerlo. Qué sueño. Hubiera preferido quedarme en la cama toda la mañana, pero es miércoles y *Gusto* no cierra entre semana. Como soy la jefa y no puedo faltar, no me queda otra que prometerme que iré a dormir pronto esta noche.

Es un día cálido y soleado. La pastelería está a rebosar de clientes que han venido a desayunar, tan solo hay un taburete vacío en la barra y la cola para recoger pedidos llega hasta la puerta. No hay tanta gente como los viernes o sábados, pero aun así está siendo agotador. Y eso que tan solo hace unas horas desde que hemos abierto.

Que seamos tan exitosos me suele alegrar el día, pero hoy aún más. Necesito estar ocupada para no pensar en lo que sucedió en la fiesta. Recibiré con los brazos abiertos cualquier cosa que me distraiga de pensar en Mateo y ese maldito reto. Me he propuesto amasar y amasar *cantuccini* hasta que pierda sensibilidad en las manos y acabe con un esguince de muñeca.

Mario también lo está dando todo con los tiramisús, las bandejas de *panna cotta* y las hornadas de *panettone*; lo miro de reojo de vez en cuando y gotas de sudor resbalan por sus sienes. Fuera de la cocina puedo distinguir la figura de Bianca, tan esbelta y rubia como una espiga de trigo. Aunque con una resaca que se ve a leguas. Anoche regresó al piso horas después de que yo ya estuviera metida en mi cama; el ruido que hizo con las llaves y los tacones la delató. Sirve cafés, limpia mesas y saca dulces del mostrador a una velocidad alarmante. De vez en cuando, se asoma a nuestra ventana y nos recita los postres que escasean para que hagamos más. Normalmente, lo que más se vende son los *cantuccini*. Ennio, por su parte, maneja tan rápido la caja registradora que no me extrañaría que empezase a echar humo. Ennio, no la caja.

Menuda demanda. Como no vayamos aún más rápido, Mario y yo vamos a acabar necesitando un ayudante adicional.

A partir de las doce y media logramos darnos un respiro. Siempre que llega la hora del almuerzo, las ventas disminuyen y el ambiente se suele destensar bastante. Me enjuago las manos en el fregadero y cuelgo mi delantal en el perchero que hay cercano a la puerta trasera de la cocina. Necesito un respiro; lo mucho que me he movido hoy debe de equivaler a varias clases seguidas de zumba. Le pregunto a Mario si quiere venir, pero él niega con la cabeza y tan solo sigue vigilando los hornos encendidos.

Entro en la trastienda, donde hay cajas y cajas de materia prima: huevos, sacos de harina, leche, manzanas y un largo etcétera. También hay cestas de plástico, palés y envoltorios vacíos que habrá que echar al cubo de reciclaje en cuanto anochezca. Es un espacio pequeñito, con la forma de un pasillo alargado, pero conduce a otra puerta que da a la calle. La abro, apoyando mi peso contra ella; es metálica y pesada. El aire templado del exterior me envuelve en su abrazo.

Voy a poner un pie sobre la acera cuando alguien toca mi hombro. Me quedo muy, muy quieta.

— Ayer fue divertido, ¿no crees? —exclama una voz aguda, a mi espalda. Me giro lentamente, con los nervios a flor de

piel. Bianca está ladeando la cabeza con su bien entrenada expresión angelical, pero al verme la cara frunce el ceño—. Tía, ¿qué te pasa?

No me había dado cuenta de que estoy respirando agitadamente, casi hiperventilando. Me cruzo de brazos, a la defensiva. No entiendo por qué he reaccionado así; ¿quién me esperaba que fuese, en vez de ella?

— ¡Al menos avísame de que estás detrás! —exclamo—. ¡Un día de estos me matarás de un buen susto!

— Llevo haciendo esto durante más de un año, ¿y hoy te quejas? —replica ella, y se coloca un cigarro entre los labios. Me adelanta para salir, con el mechero encendido.

Ya en la calle, apoyada contra la pared, me observa largamente mientras da una calada. Yo rehuyo su mirada. De repente, me parece de lo más interesante la hiedra espesa que crece en el lateral sombrío del edificio de enfrente y que asciende hasta el tejado rojizo.

— ¿Por qué estás tan tensa hoy?

— No lo estoy —respondo rápidamente.

— No seas cabezota. A ver, ¿por qué saliste corriendo ayer?

Me muerdo el labio. ¿Cómo me puede conocer tan bien? Es exasperante no poder ocultarle ningún secreto.

— Sabes por qué —murmuro—. No debí... haberle besado.

Bianca arquea las cejas, sorprendida. No hace falta que me diga que ella jamás se replantearía ningún beso que haya intercambiado voluntariamente con nadie, porque lo sé perfectamente. Ella es así de segura de sí misma, vive el presente y no parece haber tenido nunca un amor platónico que le rompiese el corazón sin haberla tocado siquiera.

— ¿Cómo que no debiste? ¡Era un reto! —exclama. Entonces acerca su rostro al mío; desprende un olor tan fuerte a tabaco que me entran náuseas—. Y míralo por el lado bueno: ¡ya has tenido tu primer beso con Mateo! Siempre quisiste eso, ¿no?

Niego con la cabeza, y por primera vez no miento.

— No de esa manera. Me sentí presionada.

Bianca respira hondo. Desvía su mirada hacia la calle; hay bastante tráfico a esta hora, y suenan cláxones y el circular de las ruedas sobre el asfalto. Florencia se ha despertado.

— Bueno, te contaré algo para animarte —dice al rato—: no te puedes imaginar la sonrisa de bobo que él estuvo enseñando desde entonces. Parecía flotar sobre una nube.

Parpadeo varias veces, incrédula. ¿Él, un empresario exitoso con aura intimidante, con sonrisa de bobo? Ja, ja.

— ¿En serio? —pregunto con desconfianza.

— ¡Sí! —asiente—. No se lo creía. A ver, no me contó eso personalmente, pero se le notaba en la cara. No se le esfumó la sonrisa hasta que nos fuimos todos del local, y aventuraría que incluso se quedó así durante todo el camino al hotel.

— Seguro que no fue por mi beso —contesto, negando con la cabeza. No podía ser por eso, es imposible. ¿Cómo le iba a alegrar tanto? Bianca me está tirando un farol, eso es lo que está pasando—. Déjate de tonterías, por favor…

— No me creas si no quieres. Pero yo sé lo que vi —me asegura, totalmente seria—. Sabes que puedo ser muy payasa, pero mentirosa no soy y aún menos con mi mejor amiga.

Me quedo callada. No puedo negar eso. Bianca es una persona honesta, tanto que a veces pueden doler sus palabras. Sin embargo, si eso es así, eso significaría que Mateo disfrutó con mi beso. Lo cual me cuesta procesar. Era un reto, él probablemente haya recibido morreos más apasionantes que mi suave piquito y ya me dejó claro hace ocho años que me repudia y que preferiría estar con un sapo tricolor antes que conmigo. Ese «¡No!» ha estado resonando en mi cabeza antes de dormir, cada noche, desde el día de mi decepcionante confesión.

— Volvamos —propongo, cansada de pensar. Y de hablar. Si me quedo aquí, Bianca hará que me replantee más cosas de las que desearía.

Mi amiga ondea su cigarro en el aire como si se tratase de una varita mágica.

— Todavía no he terminado, ¿no lo ves? —inquiere, entornando los ojos—. Y solo llevamos aquí cinco minutos, Angie.

— Vale, quédate aquí lo que necesites. Estaré en la cocina.

Nos cruzamos una rápida mirada, y puedo leer en sus ojos que sabe lo que me ocurre. Así que, como Bianca no es capaz de guardarse un pensamiento, espeta:

— Como quieras, pero ¡no podrás huir de mí para siempre! ¡Ni de sus senti...!

Cierro la puerta de un portazo antes de que termine la frase.

Sin embargo, cuando llego a la cocina me arrepiento de no haberme quedado un ratito más en ese interrogatorio.

— Tienes visita —me advierte Mario, para mi asombro.

Se ha quitado los auriculares, pero no despega sus ojos de la nata que está montando en un gran bol con una varilla. Ha hablado por primera vez en toda la mañana. Debe de tratarse de algo importante, pues.

— ¿Quién...?

Siento un escalofrío, porque en realidad creo que ya conozco la respuesta. Desvío mi atención hacia el ventanal con el que podemos tener una panorámica de la barra y las mesas de detrás. Y le veo. Está de espaldas a nosotros, pero aun así reconozco sus anchos hombros y su tan especial tono de cabello. Mateo ha vuelto a la pastelería, y parece que para rato; su cuerpo se encorva sobre la enorme pantalla de un portátil más grande que mi torso.

— ¿Cuánto tiempo lleva ahí?

— Cinco minutos, máximo —me responde mi empleado, encogiéndose de hombros—. Alguien tendrá que atenderlo, supongo.

— Bianca está fuera, fumando. ¿Y Ennio?

— Le dije que podía irse a almorzar, en tu nombre. Supuse que no te importaría.

Trago saliva. Eso significa que quien tendría que ir es...

— ¿Te ha molestado? —inquiere con cautela, frunciendo el ceño preocupado.

— No, claro que no. No es nada, es que…

— ¿Es porque he dejado las mesas desatendidas? No se llenarán hasta las cuatro y media, por lo menos. ¿Por qué no vas tú un momento, jefa? Yo te cubro —propone, con gravedad en la voz.

Pero esboza una minúscula, casi imperceptible sonrisa en esos labios que tapa una tupida barba. Mario rara vez sonríe en horario de trabajo. Su profesionalidad siempre es apabullante. Por eso me doy cuenta de que escuchó, enterita, la conversación que mantuve con Bianca ayer sobre el cliente en cuestión.

— S-sí, claro —mascullo, porque no quiero parecer una cobarde a los ojos de nadie.

Mateo no va a provocar que salga corriendo (por segunda vez) a la trastienda de mi propio negocio. No es tan importante para mí como para conseguir eso.

Carraspeo cuando tan solo quedo a un paso de su silla. Tengo un paño y spray limpiador en una mano y la libretita de Bianca en otra. Mateo se gira ante el ruido, y sé que ni en mil años podría acostumbrarme a sus atractivas facciones. Hoy ha venido vestido con unos vaqueros negros ajustados y una sudadera informal blanca, nada de chaquetas elegantes para la oficina. Al verme, compone una sonrisa de lado a lado instantáneamente.

— Hola —me saluda, alegre.

— H-hola. —Gruño.

Elevo un poco la bayeta, para que entienda lo que voy a hacer. Retira su portátil elevándolo con las dos manos, sin decirme nada más. En situaciones normales agradecería el silencio, pero ahora mismo no puedo parar de pensar en lo que me ha contado Bianca y siento que me ruborizo. Necesito saber que nuestra relación (cordial, extraña, surrealista) sigue igual que hace dos días. Echo *spray* sobre la superficie, lo dejo actuar y seguidamente limpio cualquier resto de migas de hojaldre y manchitas de café que

puedan haber quedado del cliente anterior. Intento tragar saliva, pero siento que se me ha cerrado la garganta.

— ¿Es que no almuerzas? —le pregunto.

— ¿Aquí no servís comidas?

— Es una pastelería, ¡por supuesto que no!

— Vaya —dice, y se rasca la coronilla pensando en qué añadir —. Qué vergüenza, es verdad. En tal caso me iré.

Hace el amago de levantarse, pero entonces apoyo mi mano sobre su hombro. Ha sido un acto reflejo, en ocasiones normales sí querría que se fuera. Mateo se detiene y se queda mirándome con los ojos bien abiertos; entonces sé que no se esperaba tampoco el roce de mis dedos. Miro hacia los ventanales, avergonzada.

— A ver qué te puedo preparar —mascullo.

— No tienes por qué. No me importa salir a otro…

Respiro hondo. ¿Por qué tiene que hacerlo todo tan difícil?

— En serio, quédate —le ordeno con más autoridad de la que esperaba generar—. No es ninguna... molestia.

Mateo asiente con la cabeza. Puedo leer el agradecimiento en sus pupilas verdes.

— Muchas gracias.

— De nada.

Entonces retrocedo unos pasos. Mateo se vuelve hacia su portátil y reanuda el tecleo; no se da cuenta de que sigo aquí, parada. Gracias al reflejo que ofrece su pantalla puedo admirar una vez más su cara, que parece que haya sido esculpida por un escultor renacentista. Sé que dije que no es canónicamente bella, pero se me pasó decir que para mí sí lo es. Bajo la vista hacia sus labios, fruncidos por la concentración que Mateo está invirtiendo en la escritura de lo que parece un correo electrónico. Entonces regresa en ráfagas el recuerdo del beso que intercambié ayer con él, y lamento profundamente el haberme apartado tan rápido de su cálido contacto…

— ¿Todo bien?

Despierto inmediatamente de mi ensimismamiento. Me doy cuenta de que Mateo tiene sus ojos clavados en los míos, a través

del reflejo de la pantalla. Me ha pillado, quizás desde el principio. *Tierra, trágame.*

— ¡S-sí! E-es que no te has pedido nada de beber…

— A-ah —murmura. Gira su cuerpo hacia mí y está vez me mira directamente, sin reflejos ni pantallas. Está sonriendo —. Pues un zumo de naranja estaría bien.

— M-marchando.

Hago un esfuerzo titánico por no volver a la cocina corriendo. Me topo con Bianca justo en el umbral de la puerta, por poco nos chocamos.

— ¡Cuidado! —exclama, echándose hacia un lado—. ¿Adónde vas con tantas prisas?

— Adivina quién ha venido —le digo, hiperventilando otra vez.

— No hace falta que lo digas; se te nota en la cara —contesta, y suelta una carcajada.

— N-no sé a qué te refieres. Tengo la misma de siempre.

Termina de anudarse el delantal y pone una mano sobre mi hombro.

— Créeme, que no —susurra en mi oído. Y se va.

Paso por al lado de Mario, ignorando la sonrisa traviesa que me está dedicando. Saco una enorme hogaza de pan de una bolsa de tela y la pongo en la encimera. Menos mal que siempre compro en la panadería de al lado de mi piso para poder hacerme mis propios almuerzos aquí. Corto cuatro rodajas gruesas. Haré dos bocadillos, uno para Mateo y otro para mí. De mortadela, mozzarella y rúcula, justo como suelo rellenar la *focaccia* los días que me apetece comerla. Desde mi posición escucho perfectamente la conversación que se ha iniciado entre Bianca y Mateo, porque mi amiga habla altísimo y el local está vacío. Advierto que le está presentando el equipo de trabajadores, porque señala a cada uno por turnos con un dedo acusador.

— Ese hombre de mediana edad con pinta de cascarrabias que ves allí es Mario —le cuenta—. Es de pocas palabras y puede lanzarte una mirada asesina si le interrumpes durante el cocinado, pero en realidad es un osito amoroso. Luego está

Ennio, que es el chico que ves en la caja. También es adorable. —Bianca advierte que la estoy mirando de reojo, así que me sonríe con maldad—. Luego está Angela, la crueldad personificada. Cuenta la leyenda que cuando se enfada escupe fuego. Tiene a sus empleados esclavizados y nos hace pagar cuando se nos antoja un dulce, ¡sin hacernos ni un descuento!

— Suena terrorífica —comenta Mateo, sonriendo.

Enrojezco sin poder evitarlo. No debería importarme la impresión que él genere de mí, ¿no? Sin embargo, corro a asomarme a la barra con el cuchillo de mantequilla aún en mano.

— ¡N-no hagas caso a Bianca! —exclamo, nerviosa—. ¡Se está ganando el despido!

— No serías capaz —susurra, boquiabierta y teatrera como siempre.

— Ponme a prueba.

— ¿Lo has visto, Mateo? Cruel.

Mateo asiente, convencido. Regreso, derrotada, a la cocina. Cuando los bocadillos salen de la sandwichera, los emplato y salgo de nuevo.

— ¿Qué tal la oficina? —oigo que pregunta mi amiga cuando aparezco.

— No sabía que supieras sobre eso, Bianca —suelto, sorprendida.

— Damiano nos contó ayer que era su empleado, ¿recuerdas? —me responde—. Y, después de que te fueras, me contó un poco más sobre su profesión. Es un tío muy inteligente, ¿lo sabías?

Trago saliva. No quería pensar otra vez sobre la fiesta, y mucho menos que Mateo lo hiciera. Me inclino hacia la mesa para dejar su plato. El vaso de zumo, que se lo ha traído Bianca, ya está vacío. Noto su mirada sobre mí, sin un ápice de timidez.

— Bueno, no te creas... —murmura, con una risa contenida—. Y la oficina va bien, ahora mismo están instalando los aires

acondicionados y los muebles ya están en proceso de montaje.

— Me alegro —contesta ella.

— Toma, un bocadillo —interrumpo yo con brusquedad.

Mateo me enseña una sonrisa inmensa.

— ¡Qué buena pinta! ¿Es eso mortadela? ¡Me encanta la mortadela! —Exclama, y pongo los ojos en blanco ante la infantil repetición de la misma palabra. Como si tuvieran que importarme sus gustos—. Gracias.

No respondo. Me siento en la silla opuesta a él y le doy un mordisco a mi almuerzo, en silencio. Sin que él se dé cuenta, Bianca me arquea las cejas y le señala con la cabeza, presionándome para que le hable. Hago un gesto negativo al vuelo. Vuelvo a sentir rubor en mis mejillas. Veo que mi amiga suspira con fuerza, y luego dice:

— ¿Qué estás haciendo en el ordenador? —se inclina hacia la pantalla—. Guau, ¡qué página más rosa! ¡Y con corazones! Wiki... ¿qué?

Mateo cierra la ventana del buscador con una ansiedad que no había visto antes en él. La palabra «wiki» resuena en mi cabeza con un eco ensordecedor. Por unos segundos me teletransporto a mi adolescencia de una forma inexplicable.

— No es nada —dice, incómodo—. Sólo me estoy informando sobre un nuevo tema que me ha empezado a interesar.

— Ah, ¿sí? ¿Cuál? El color de la página no parecía demasiado profesional.

— Bianca, no invadas su privacidad —la regaño.

— Te has apuntado a una web de citas, ¿es eso? —insiste.

— Bianca, ¡un poco de respeto, que es nuestro cliente!

— No te preocupes, Angela —me dice Mateo entonces, conciliador. Le da un mordisco a su almuerzo y es la primera vez que veo a alguien engullir tan rápido—. No me he molestado. No, no es una web de citas. Pero tampoco te puedo contar lo que es, es secreto.

Sonríe, misterioso. ¿Qué tendrá que ocultar? Bianca se cruza de brazos.

— Jo, qué aguafiestas —se queja—. Oye, ¿cuándo tienes día libre? —pregunta, seguramente para cambiar de tema.

— Pues el domingo, que es cuando los albañiles y carpinteros a mi cargo tienen descanso asignado. ¿Por?

— ¡Anda, nosotras también! —exclama con un gritito agudo. ¿A qué viene eso?—. Te he preguntado por si querrías quedar ese día con Angela para dar una vuelta. La pobre lleva mucho sin salir por ahí, y tú aún no has visitado la ciudad al completo. Sería todo beneficios para ambos.

Mi mandíbula inferior por poco toca el suelo. ¿Una cita a solas, con Mateo? Sabía que Bianca era incansable, pero no que podría serlo tanto. A veces no sé si es mi amiga o si se ha propuesto convertirse en mi enemiga más temible. Estoy a punto de dar un «no» rotundo cuando Mateo se interpone:

— Si tú estás dispuesta, me encantaría. —Afirma, completamente concentrado en mi expresión. Me muerdo el labio; sus ojos hipnotizantes por poco consiguen que me deje llevar. Rompo su hechizo a tiempo.

— No creo que sea buena idea.

Noto la decepción en su cara. Jamás se me hubiera pasado por la cabeza, como estudiante en Las Hayas, que Mateo Ruiz tendría ganas de quedar conmigo. Ni que yo tendría las agallas de rechazar esta valiosa oportunidad. Definitivamente he cambiado, me he vuelto más fuerte; pero aún no me atrevo a reconocer que él quizás también sea diferente, aunque sea un poquito.

— Y eso... ¿P-por qué? —inquiere.

Dejo mi plato vacío sobre la mesa con más fuerza de la necesaria. Me ocupo de construir la mirada más fría que exista sobre la faz de la tierra.

— Porque no me apetece. Lo siento.

— Angela, ¿de verdad le vas a dejar sin un tour por Florencia? —se entromete Bianca, incrédula. En el fondo lo siento por ella; sus esfuerzos por acercarme a Mateo están cayendo en saco roto—. ¡Siempre te ha encantado visitar la Galería de la

Academia! Venga, ¡aunque sea por ver al David de Miguel Ángel otra vez!

— He dicho… que no.

— No pasa nada, Bianca —interviene entonces Mateo—. Entiendo que Angela esté cansada. Si lo preferís, podéis venir a verme a mi conferencia. Es mañana por la tarde.

— Guau, ¿das conferencias? —balbucea mi amiga, impresionada.

— Sí —contesta, orgulloso—. Bueno, será la tercera que doy. Lo cierto es que estoy nervioso. Me tranquilizaría ver caras conocidas allí.

— Alucino contigo. ¿A qué hora, exactamente?

— A las 20:00h. En la Fortezza da Basso, si no recuerdo mal.

— Ah, ¡sí! La conocemos, claro que sí. Es una fortaleza antigua que ahora se usa para hacer eventos y demás. Está a quince minutos andando, máximo. Nos daría tiempo a pasarnos, ¿verdad, Angela?

— No, no lo creo.

— Porfi, Angie…

— Me lo pensaré. —Prometo, aunque por supuesto que no lo haré. Me incorporo de la silla y recojo los dos platos y el vaso vacío, aunque ese es más trabajo de la camarera—. Venga, Bianca, a trabajar. No interrumpamos más su «investigación secreta».

La oigo resoplar. No espero a que me siga; simplemente confío en que me hará caso. Soy su jefa, a fin de cuentas. Llego con rapidez al pasillito que conduce a la puerta de la cocina; es estrecho y se debe ir de uno en uno, a no ser que dos personas vayan muy arrimadas. Estoy a punto de llegar a la puerta, ya casi puedo ver el pañuelo rojo que Mario se ata a la frente para cocinar.

— Angela…

Siento un escalofrío. Es la voz de Mateo. Me doy la vuelta con más expectación de la que me gustaría, curiosa por lo que me tenga que decir.

— Esta es zona restringida al personal, Mateo. Vuelve a tu…

De pronto, mi espalda ha tocado la pared. Cuando me doy cuenta de lo que está pasando, veo que el cuerpo de Mateo está muy cerca del mío. Casi contra él. Tiene ambos brazos extendidos a los lados de mi cabeza, impidiéndome salir. Asciendo la mirada, desde su esculpido torso que se marca incluso bajo una sudadera ancha hasta el tatuaje de su cuello. Finalmente entrelazo mi mirada con la suya. Es intensa y parece que el color de sus iris es oro fundido.

— Pero ¡¿qué haces?! —pregunto, histérica. No he tirado las vajillas al suelo de milagro.

— Estaría genial que pudieras venir a mi charla —dice, en un susurro.

Mi corazón se me va a salir del pecho, estoy segura de ello. No he vivido algo así en mi vida. ¿Ha sacado esta idea de algún lado, o es invención propia? Porque esto está pareciendo ya una película romántica penosa y no me está haciendo ni pizca de gracia. Alzo el mentón, desafiante. Su cercanía, por mucho que me distraiga, no va a influir en mi toma de decisiones.

— ¿Por qué tendría que ir?

— ¿Por las viejas amistades? —sugiere, su respiración contra la mía.

— Nunca fuimos amigos.

— Yo pensaba que sí. —Replica, y se humedece los labios. Hago un esfuerzo titánico por no mirarlos, y también por no repetirme esas palabras.

— P-pues pensabas mal.

— Bueno, si ese motivo no te sirve... —respira hondo. Su exhalación me roza, cálida, el lóbulo de la oreja. Me estremezco cuando compruebo que no ha despegado todavía sus ojos de los míos—. Tengo pánico escénico. Me da pavor la idea de tener que hablar en público, y eso que llevo ya dos años haciéndolo. Saber que hablaré ante tanta gente extraña, estirada, con sus trajes de chaqueta impolutos....

— Vaya, me recuerda a alguien.

— *Touché* —sonríe, y siento que voy a sufrir una combustión espontánea—. En serio, hazme solo este favor —me pide, arrugando la frente. Parece sincero—. ¿Podrías compadecerte de mí?

— Primero apártate.

Lo hace, y menos mal. No me agrada sentirme indefensa. Aunque sí que echaré de menos su olor corporal; ¿cómo se puede oler tan bien? Se echa a un lado y me deja entrar en la cocina sin decir ni una palabra. Por el rabillo del ojo, advierto que se ha apoyado en el marco de la puerta. Mario mira en su dirección, juntando las cejas con indignación; no le gusta que haya intrusos en su lugar de trabajo.

— Entonces, ¿es un sí? —pregunta, alzando la voz sobre el sonido de las batidoras en funcionamiento.

Mientras cojo pepitas de chocolate y tres huevos de la nevera, le contesto fingiendo enfado.

— No te prometo nada —siseo—. Y, ahora, fuera de mi cocina.

En realidad, sé que no soy tan fuerte como para rechazar tantas veces una propuesta suya. La Angela adolescente, que aún reside adormilada en un rincón de mi ser, me impide hacerlo. Desde la barra, inclinada sobre la ventana, Bianca suelta un chillido histérico de los suyos. Cree que por fin está triunfando en su labor (no solicitada) de celestina.

10. MATEO. «VICTORIA»

Salgo de la pastelería sintiéndome como un ganador.

Mi primer intento de acercarme a Angela Bianchi ha sido un rotundo éxito. «Paso cinco: Acorrálala en la pared». Hecho. «Paso cuatro: no tengas miedo de insistir» creo que también está completado, y sin repercusiones penales. Gracias, *WikiLove*; sabía que podía confiar en ti. Ahora solo me falta no quedar en ridículo delante de ella durante la conferencia. Con lo patoso que soy, podría pasar cualquier cosa. Y no me interesa perder tan rápido el encanto que estoy empezando a construir.

Varias calles más allá de *Gusto,* me llega una notificación al móvil. Casi me atropella un autobús por mirar a la pantalla mientras

cruzo a la otra acera; la curiosidad mató al gato, me temo. Pero es mi padre, y siempre me hace ilusión que me dirija la palabra. «Suerte mañana», me desea por mensaje. «Gracias, será pan comido», miento. Nunca me ha gustado parecer débil ante él, precisamente porque siempre he luchado por su aprobación. Ahora que la he conseguido, me niego a perderla.

Cuando llego a la oficina para continuar con la supervisión de las obras, soy incapaz de concentrarme en lo que me cuenta Damiano sobre las «visitas» a las redes sociales de Ziuriz. Tan sólo pienso en cuál será mi próxima jugada maestra. Tengo total certeza de que también va a ser un éxito.

Angela, te conquistaré en tiempo récord.

DÍA 4



11. ANGELA. «LA MISMA PIEDRA»

Son las 19:05, hay un cielo sin nubes y luna llena. Acabamos de cerrar el local y Bianca y yo vamos a realizar ahora una parada rápida en nuestro piso. Este se sitúa en un edificio antiguo y de pocas plantas, con un portal siempre en penumbra y un ascensor que amenaza con quedarse un día atascado a medio camino. Las escaleras tampoco son mucho mejores, porque tienen peldaños estrechos en los que apenas caben los pies y están tan empinadas que subir por ellas deja sin aliento.

Ambas tenemos que cambiar nuestros manchados uniformes por un atuendo más elegante, pues, muy a mi pesar, no pasaré esta noche de jueves con mi querida consola. Mateo va a dar su charla en una hora y nosotras nos hemos comprometido a asistir. Bueno, más bien estoy dejándome arrastrar por Bianca, porque yo no le he

confirmado nada a él. Y eso que tuve la oportunidad de hacerlo esta mañana cuando se sentó en la misma mesa para desayunar que ayer, mientras tecleaba en su portátil y contestaba llamadas. Hice todo lo posible por no encontrármelo y tuve suerte de que no me acorralase de nuevo contra la pared. Porque eso hubiera sido horrible. Muy fuera de lugar. Desagradable, sí…

Eso no te lo crees ni tú, Angela.

— Venga, rápido —dice Bianca, dándole la última vuelta a la cerradura de la puerta.

— Eso debería decirte yo a ti —replico, enfurruñada—. Yo soy la que siempre acaba esperándote para todo.

Se encoge de hombros.

— Estar tan guapa siempre lleva dedicación y esfuerzo. —Responde solamente, y se echa su larga coleta rubia para atrás.

— Ya eres guapa por naturaleza, así que ¡venga!

La adelanto y enciendo la luz del recibidor antes que ella. Lo primero que veo es el gran espejo con forma ovalada que hay justo en la pared opuesta a la puerta, de modo que siempre puedo verme en primer plano cada vez que entro en el piso. A Bianca le encanta, porque con él puede dar un último repaso a sus *looks* justo antes de salir a la calle. A mí me trae sin cuidado, sinceramente.

El piso es pequeñito, de dos habitaciones y un baño, pero acogedor y con todo lo que necesitamos para vivir con comodidad. A lo largo de seis años lo hemos convertido en nuestro hogar y le tengo un cariño inmenso. Hace tiempo que dejé de temer que el edificio se derrumbe un día de estos, porque mudarme a otro no es una opción para mí. Su mejor atributo es el balcón, que ofrece unas vistas sobrecogedoras de la ciudad a cuatro pisos de altura. Me encanta desayunar ahí, al solecito, por las mañanas.

Atravieso un pasillo estrecho con puertas que dan a la cocina y al baño, y entonces detecto un olor fuerte a canela que se acentúa a medida que me aproximo al final del corredor.

— ¿A qué huele? —pregunto, sabiendo que esto debe de ser cosa de Bianca.

— A un ambientador de varillas aromáticas —contesta detrás de mí—. Las compré esta mañana, antes de que empezara mi turno en *Gusto*. ¿No te gustan? —inquiere, en tono triste.

— No, no es eso. Solo me ha sorprendido. Me encantan —digo, y me giro para enseñarle una sonrisa—. Me recuerda a la crema catalana que mi madre preparaba en Barcelona; le echaba un montón de canela en rama a la mezcla.

— Ay, pues qué guay. Mañana iré al súper a por más, para tener de repuesto. Pero ¡no me hables de comida, te lo suplico, que me ruge el estómago!

Suelto una carcajada.

— No me des ideas, que voy a ir al congreso por ti y estoy buscando la manera de vengarme de alguna forma…

— No vas a ir por mí, sino por Mateo. Y no te esfuerces por negarlo, que te veo venir.

Cierro la boca que había abierto para replicar, frustrada. Hago un esfuerzo por mirar únicamente al frente mientras cruzo el salón de camino hacia mi habitación. Bianca es tan desordenada que siempre tiene todo patas arriba, pero ya me he cansado de decirle nada y he pasado a hacer vista gorda del asunto. Desventajas de compartir vivienda. No puedo quejarme, porque jamás se me pasaría por la cabeza mudarme a otro sitio, ya lo sabéis. Estoy con Bianca en esto porque el piso me pilla cerca de *Gusto* y meterme en un alquiler sola me saldría por un riñón. Además, me siento más cómoda si hay alguien más deambulando por la casa. Aunque sea una persona introvertida, no disfruto con la soledad excesiva. Y bueno, mi amiga a veces sí que limpia sus cosas; en parte puedo entender que le dé prioridad a salir por ahí y conocer a gente en su tiempo libre, algo que yo nunca hago.

Mi habitación es lo suficientemente amplia para acoger una cama individual, colocada en el lateral bajo la ventana, y un escritorio amplio. Me enorgullece decir que está muy limpia y ordenada. Y también decorada justo como me gusta: con mucho rosa. Sobre la cama tengo al menos una decena de peluches; que sean adorables compensa lo tedioso que es retirarlos cada noche

para acostarme. En el escritorio tengo un ordenador de sobremesa blanco con su monitor a juego, un teclado rosa para jugar a videojuegos y editar los vídeos de mi canal, un ratón del mismo color que me costó meses encontrar, y por último unos cascos con orejitas de gato incorporadas. Como guinda del pastel, debajo de ellos hay una alfombrilla que abarca casi toda la mesa, con estampado de galletitas. Y, por supuesto, hay una silla de terciopelo fucsia para sentarme. Todo lo que sea bonito (o «kawaii», como prefiero decir) me da ganas de meterlo en la habitación, no tengo arreglo. Qué pena que el casero no permita gatos... Necesito mucho autocontrol para reducir mis compras, así que menos mal que tengo a Bianca, quien me recuerda que «hay que deshacerse de lo material».

Mi habitación es mi gran secreto. Nadie, salvo Bianca, puede saber que duermo en una especie de nube de azúcar colorida y blandita. En el mundo exterior visto ropa oscura justo para enmascarar mi amor por el colorido, por lo «cuqui» y lo inocente. Desde los quince años (desde el día en el que dejé Las Hayas, precisamente) me he esforzado por demostrar que dejé atrás a mi antiguo yo y que soy una tía dura, porque mi comportamiento hasta entonces tan solo me había premiado con decepciones. En gran parte sí que he cambiado, reemplacé las novelas románticas por las pelis gore y me prometí que nunca más movería un dedo por amor; lo único del pasado que permití que permaneciera fue mi infinito amor por el rosa. Pero eso es confidencial. Si alguien descubriese este lugar (como Mateo, aunque no es como si él fuese a entrar), sería mi fin. Mi nueva apariencia y personalidad perderían toda su veracidad. Si llegase ese día, probablemente haría entonces las maletas y me fugaría del país.

Salimos del piso media hora después, a quince minutos de que comience la charla. Tenemos que movernos a la velocidad de la luz. Avanzo con soltura, pero tengo que retroceder varias veces para dejarme alcanzar por Bianca. Como cada vez que decide ir a un sitio que no sea el trabajo, mi amiga calza tacones de plataforma. Lleva un abrigo de lana rosa a juego y, debajo, un vestido de tubo blanco crema que le llega hasta las rodillas. Yo, en cambio, voy con unas

deportivas, unos vaqueros negros y un jersey de rayas blancas y negras. Algo más simple. El pelo lo tengo recogido en una coleta, porque me daba pereza tener que peinarlo igual que Bianca, quien se lo ha planchado y todo.

Cuando llegamos a la fortaleza, le mostramos al chico de la entrada el pase que cada una llevamos colgado al cuello. Aunque hoy el acceso solo está disponible para los estudiosos y expertos del mundo de las finanzas, Mateo ha conseguido uno para cada una. Gratis. Resulta que es más influyente de lo que pensábamos. Tan solo espero que nadie nos pregunte algo relacionado con la economía, porque mi carencia de conocimientos sobre el tema revelaría que somos unas intrusas. El chico de la entrada termina facilitándonos un mapa del lugar y nos desea que disfrutemos del evento. Bianca responde con un «*grazie*» escueto, alzando mucho el mentón para simular arrogancia. No sé si esa actuación le dará más veracidad a nuestra tapadera, pero yo la imito por si acaso.

Nos lleva un largo rato encontrar la sala acertada. Este sitio es enorme, un verdadero laberinto en forma de pentágono. Menos mal que varios trabajadores (muy amables, por cierto) nos ayudan con el enrevesado plano. Cuando por fin llegamos, nos detenemos varios segundos en el umbral de las puertas. Es un espacio enorme, con decenas de filas de butacas ya ocupadas por personas embutidas en trajes elegantes y con pinta de llevar años en el mundillo. Al fondo hay una plataforma reservada para los ponentes, y una imagen enorme está proyectada en la pared blanca de detrás.

Las pulsaciones se me aceleran al leer «Mateo Ruiz Pradas» en letras grandes y elegantes. Junto a estas, una foto de él en traje de chaqueta y semblante serio parece mirarme fijamente a los ojos, como si me hubiese encontrado entre la multitud.

Sintiéndome como pez fuera del agua, miro las últimas filas, las más cercanas a la salida, porque no quiero llamar la atención. Sin embargo, Bianca tiene algo muy diferente en mente (como siempre), porque comienza a descender por el pasillo central.

— ¡Ven, que he visto dos en primera fila! —cuchichea, haciendo aspavientos con la mano.

Suelto un gruñido, pero con todo este ruido es imposible que lo note. La sigo y acabamos sentándonos donde dice. Mientras que yo soy alguien que busca no destacar demasiado, Bianca se desvive por estar siempre bajo la luz de los focos. Incluso si de esta manera se está arriesgando a que le pregunten cuántas acciones tiene compradas en bolsa.

Cuando apenas llevamos sentadas unos segundos, se apagan las luces laterales del pasillo principal y las lámparas del techo atenúan su luz. Más de cinco focos anclados al suelo del escenario se activan y apuntan al individuo que ha aparecido en escena. Mateo, con la espalda muy recta y porte elegante, sonríe a los asistentes, quienes aplauden con entusiasmo. Tal vez ya lo haya dicho, pero guau; no sabía que fuese alguien tan conocido en el sector.

No sé cómo, nuestras miradas se cruzan. Sonríe al reconocerme, y… me guiña un ojo. La sorpresa me impide componer a tiempo una mirada asesina, así que me quedo a medias entre una sonrisa boba y unas cejas arqueadas.

Me quedo embelesada escuchándole. Habla con una claridad y seguridad increíbles, no sé cómo no se le traba la lengua mencionando tantos tecnicismos. Y en un inglés perfecto, cortesía de tantos años de estudio en Las Hayas. Consigue tenerme enganchada a la charla durante todo el tiempo, y eso que nunca me ha interesado lo más mínimo aprender sobre la organización interna de Ziuriz, su banco. Solo puedo preguntarme cómo pudo decirme que tiene pánico escénico, si parece haber nacido para esto. Estoy segura de que me mintió. Aunque, si ese fuera el caso, ¿por qué había tenido tanto interés en que viniese a apoyarle?

Cuando apenas le quedan dos diapositivas para finalizar, me ocurre algo inesperado. Me doy cuenta de que tengo las mejillas húmedas, de que estoy llorando lágrimas silenciosas.

Me llegan a mansalva recuerdos de él, con catorce, quince o incluso dieciséis años. Recuerdo cuánto lo admiraba cuando exponía sus ideas en clase, tan inteligentes; cuando simplemente emitía su voz, una dulce música para mis oídos. Hoy no es mi primera vez como espectadora de Mateo. Ya lo había sido, durante años; lo

observaba desde la lejanía, lo amaba en secreto. También me acuerdo de cuánto me detesté a mí misma cuando me rechazó, tras tantos intentos desesperados por querer que me quisiera.

— Angela, ¿estás bien? —susurra Bianca. Puedo leer la angustia en sus ojos.

— No, no lo estoy.

Esto no está bien. Si sigo viendo a Mateo, mi fantasma del pasado decidido a atormentarme, jamás podré sanar. Pensé que el beso del «verdad o reto» satisfaría los deseos no resueltos de mi yo adolescente, pero eso tan solo ha causado un efecto rebote. Quiero más, pero sé que eso nunca podrá ser.

— Te veo en casa.

Dicho esto, me levanto. Espero que esto de escapar de mis problemas no se vuelva una costumbre. Consciente de que cientos de miradas se clavan en mí mientras abandono la charla aún por concluir, aprieto la marcha. Es muy probable que esto le siente mal a Mateo, pero quedar de desagradable será lo mejor para los dos. Para mí, porque conseguiré que Mateo ponga más espacio entre ambos; para él, porque se dará cuenta de cualquiera de sus intentos inútiles de ser agradable conmigo no servirán de nada. No sé por qué ha estado intentando aproximarse más a mí, visitando mi pastelería, estando dispuesto a quedar conmigo y persuadiéndome con su cercanía corporal…, pero no tiene nada de futuro.

Para empezar, porque desaparecerá en menos de dos semanas, tan pronto como apareció.

Después, porque su interés me asusta. Sé, por experiencia, que me enamoraría de nuevo. Yo soy la excepción a la norma de «nadie tropieza dos veces con la misma piedra». La ilusión volvería a mí, tan solo para acabar frustrándose igual que la última vez y convertirse en la familiar decepción.

Necesito que se vaya de Florencia y no vuelva nunca más. Necesito despejar mi mente de cualquier pensamiento sobre su voz, su sonrisa y esas características que me enamoraron hace tantos años. Y necesito proteger mi corazón a toda costa, porque este ya ha sufrido bastante. Los amores platónicos de la adolescencia

deberían quedarse donde pertenecen, no recobrar vida en la edad adulta. Si sigo viéndole, sé que me enamoraré de nuevo y más. Y no puedo permitir que me parta el alma en tantos pedazos que reconstruirla acabe siendo una tarea irreparable.

Regreso al piso en menos de diez minutos, al doble de velocidad. No he ido tan rápido por la calle en mi vida. Con el corazón aún galopándome en el pecho, entro en mi cuarto sin encender la luz. Retiro todos los peluches de la cama de un manotazo y me tiro encima de la colcha sin cambiarme de ropa. Lloro y lloro, hecha un ovillo, hasta quedarme dormida con el rostro humedecido. Me teletransporto a un mundo ideal en el que las promesas siempre se mantienen y el amor siempre es correspondido, hasta que el sol de un nuevo día aparta la influencia de Morfeo con la luz que se cuela entre las cortinas.

DÍA 5



12. MATEO. «MAL DE AMORES»

Entro en *Gusto* y me siento en la misma mesa que en días anteriores, a pesar de que podría haber elegido cualquiera de las demás. El local está vacío. Miro el enorme reloj de pared que hay al fondo, rosa y con agujas que imitan la silueta de un cucurucho de helado. Son las ocho y media de la mañana.

Creo que venir a desayunar aquí antes de ir a supervisar la sucursal se va a convertir en un hábito, no solo porque tanto los cafés y los dulces estén riquísimos, sino porque así puedo estar más en el punto de mira de Angela. Leí sobre esa estrategia ayer, en *WikiLove*. Si permanezco en su círculo social y laboral, o, en otras palabras, lo más cerca posible de ella, será más sencillo que caiga rendida a mis brazos. Pensará más en mí, y eso es lo que busco.

Sin embargo, ahora estoy muy confundido. Anoche, en la conferencia, ocurrió algo que me dejó completamente descolocado. Ella y Bianca aparecieron para animarme, lo cual me ilusionó más de lo que dejé ver. Que accediese a aparecer a pesar de haberse negado tanto significaba que el consejo de *WikiLove* («Paso cinco: Acorrálala contra la pared») había funcionado. Angela estaba más interesada por mí, sin duda. Pero, entonces, se fue en mitad de mi charla. Un segundo la veía entre los asistentes, y al otro no estaba. ¿Fue porque se aburría? ¿Porque le decepcionó la forma en la que di el discurso?

Trago saliva con fuerza, dándome cuenta de algo. ¿Y si en realidad yo no le gusto tanto como me había imaginado, que sí que me detesta tanto como me está dando a entender, y se cansó de fingir que le importaba mi presentación lo más mínimo? No, eso no puede ser… Si no, ¡eso significaría que me estoy equivocando al tratar de enamorarla!

Necesito explicaciones, o perderé la cabeza.

— Si estás buscando a Angela, te aviso ya de que hoy no ha venido —anuncia una voz reconocible, muy cerca de mí.

— ¿E-eh? —balbuceo.

Miro a mi lado y hacia arriba, embobado. Bianca ha aparecido como por arte de magia, mostrando una sonrisa divertida. Me ha pillado moviendo la cabeza e inclinándome con la esperanza de avistar la melena oscura de Angela en la cocina. Estaba tan concentrado en mi investigación que no la he oído aparecer. Me sonrojo inevitablemente, y menos mal que no se da cuenta de mi rubor.

— Lo que oyes —responde, encogiéndose de hombros. Desvía por un momento la mirada hacia el ventanal que da a la calle transitada, y noto preocupación en su expresión. Eso me inquieta—. Está enferma.

No puedo evitar arquear las cejas con sorpresa. Procuro no revelar a continuación lo mucho que se me cierra la garganta y las palabras se me atascan incapaces de salir. No sabía que me podría afectar tanto saber eso; supongo que no me lo esperaba.

— Vaya. Qué mal —murmuro simplemente. Tenía ganas de verla hoy, especialmente—. ¿Qué... qué le pasa?

Parece que la camarera sí intuye mi angustia, porque recorre mi rostro con sus ojos y después esboza una sonrisa amable.

— No lo sé exactamente —dice con suavidad—. No ha querido ir al médico. Simplemente se quedará hoy en reposo, en su habitación.

— ¿Por eso se marchó ayer antes? —no puedo evitar preguntar—. ¿Se encontraba mal?

— Puede ser. Aunque yo creo que se trataba de algo diferente. O quizás ambas cosas estén relacionadas, no sé. Un virus puede ser pasajero, pero lo que a Angela le ocurrió ayer tiene que ver con una afección que lleva años sin abandonarla. —Desvía la mirada hacia la calle otra vez, melancólica. El cartel de la farmacia de enfrente parpadea débilmente—. Es algo crónico, me temo.

— Pero ¿no te ha contado lo que es exactamente?

— No. Pero puedo intuirlo.

— Y ¿por qué no hablas con ella? —inquiero, confundido—. Eres su mejor amiga. Seguro que encuentras una manera de hacerla sentir mejor…

— Ya lo hice, hace unos días —suspira—. Pero no quiere volver a mencionar el tema. Angela es bastante reservada para algunas cosas.

Guardo silencio unos segundos. Vaya, eso no me lo hubiera imaginado ni en mil años. ¿Angela padece de algo permanente, pero lo ha estado manteniendo en secreto? Pobrecilla. Y para colmo, hoy está enferma. No es que yo tuviera demasiado derecho a enterarme, porque hace sólo cinco días desde que me reencontré con ella después de ocho años, pero ¿que su mejor amiga tampoco esté al tanto de lo que le pasa? Eso es muy raro. ¿Quizás Bianca me esté mintiendo?

— Puede que en realidad se marchase de la conferencia porque no le caigo bien —sugiero, y no puedo evitar

desanimarme ante la idea—. Hasta ahora, Angela tan solo me ha mirado con…

— ¿Odio? ¿Desprecio? —Cuando me ve asentir, Bianca suelta una carcajada que me pilla desprevenido—. Ay, Mateo... Le importas más de lo que crees.

El corazón me da un vuelco.

— ¿E-en serio? —balbuceo.

— Solo he compartido mis sospechas —Bianca evita establecer contacto visual conmigo, y eso me inquieta aún más—. La verdad la tendrás que averiguar por ti mismo, cariño. Pero te daré una pista: el «problema crónico» de Angela está más relacionado contigo de lo que te imaginas. Solo tú tienes la llave para solucionarlo... o para empeorarlo. Cuando Angela deje de tener miedo y actúe en consecuencia a sus deseos, se curará. El problema es que tiene poco tiempo para lograrlo —añade en un murmullo.

— No entiendo nada —confieso.

Me guiña un ojo, misteriosa.

— No hace falta que lo hagas, tan solo sigue siendo tú mismo.

— ¿Eh? Y ¿eso por qué? Con eso no me ayudas. No me gustan los acertijos.

— Pero algo me dice que sí los retos. Te traes algo entre manos, lo presiento. Y ese algo no tiene nada que ver con el trabajo —me acusa.

Eso sí que me deja helado. ¿Me ha pillado? ¿Acaso sabe lo que es *WikiLove*? Anteayer no debí haberme metido en la web, mientras almorzaba aquí; soy un descuidado.

— N-no sé de qué me hablas.

— Habrán sido imaginaciones mías, entonces —se encoge de hombros—. Tengo una idea para que Angela se sienta mejor: ¿y si vas a visitarla?

— ¿Y-yo?

— Claro.

— No sé si le va a gustar eso. Te recuerdo que... —Me detengo. Iba a decir «me habla como si fuese la persona

que más detesta en el mundo», pero ¿no quería estar en su punto de mira? Si consigo un rato a solas con ella, podré poner a prueba otro de los trucos infalibles de *WikiLove*. Haré que no pueda parar de pensar en mí—. Me parece una idea increíble. Dime dónde está, que allá iré.

— ¡Así me gusta! —exclama, y denoto orgullo y entusiasmo en su voz cantarina—. Ahora mismo te paso la dirección por AirDrop.

— Como quieras. —Respondo, de la forma más despreocupada posible. Gracias, Damiano, por digitalizarme. Me aliso la camisa limpia, que se ha arrugado por estar sentado, y me doy cuenta de que Bianca está siguiendo el movimiento de mis manos con sumo interés—. Por cierto, ¿me puedes poner un café? Y dos *cannoli* de chocolate blanco, por favor. Tengo un día largo por delante, y pensar tanto da hambre.

Suelta una carcajada. No sé por qué le hago tanta gracia.

— Claro. —De pronto, frunce el ceño—. Pero antes, una condición para que te deje ver a Angela: no le hables de la conversación que hemos tenido, ni trates de indagar sobre su problema. Como lo hagas, tan solo lograrás alejarla. Y también perderás mi apoyo y confianza en el futuro. Como te he dicho, tan sólo sé tú mismo.

Cedo ante su petición, aunque sigo sin comprender la mitad de sus palabras. ¿A qué se referirá con «sé tú mismo»? Eso no me sirve para el complicado arte del amor. Necesito instrucciones.

Segundos después me salta en el móvil la imagen de una chincheta anclada en el mapa de Florencia. Escribo rápidamente a Damiano, para que sepa que me ha surgido una misión urgente que completar antes de pasarme por la oficina. Engullo el desayuno y cinco minutos después estoy fuera de la pastelería.

13. ANGELA. «ENTRADA DRAMÁTICA»

Me preparo palomitas de mantequilla en una cacerola. Las echo en un bol, canturreando. Después deshago mis pasos y regreso a mi habitación, procurando no atender ni al creciente caos del

desordenado salón ni a la pseudo-selva en la que este se está convirtiendo.

Cierro la puerta. Le echo un vistazo a mi reflejo en el largo espejo que hay enganchado detrás: llevo mi pijama de tela polar con estampado de gatitos dormidos, mi favorito. A juego, unas pantuflas gigantes con forma de rana; me parecen un poco feas, pero Damiano me las regaló las navidades pasadas. Mi pelo está recogido en un moño medio deshecho que lo hace parecer un nido de pájaros. Dejo el bol sobre la cama. Me siento sobre el mullido colchón. Cojo mi Nintendo del primer cajón de la mesilla de noche, e inserto el último juego de *El profesor Layton*. Empiezo a devorar mis palomitas hasta que tres minutos después no queda nada.

Como se puede intuir, estoy más fresca que una lechuga. Sin rastros de enfermedad. Llevo años así a excepción de algún resfriado pasajero; tengo una salud de hierro. Sin embargo, nada más despertar me vinieron de sopetón todos los recuerdos del día anterior, y de tanto repasarlos mentalmente me entró dolor de cabeza. Entre eso y lo mucho que detestaba la posibilidad de que Mateo se pudiera pasar por la pastelería hoy, decidí tomarme el día libre. Avisé a Bianca de esto durante el desayuno, en el que fingí estar al borde del desmayo y me soné la nariz sin motivo hasta que empezó a echar sangre. Que ella haya sospechado de mi mentira, no lo sé. Probablemente fue así, lo noté en la forma inquisitiva de sus cejas arqueadas. Como ya he dicho, rara vez me pongo mala. No obstante, ella se limitó a pedirme que descanse lo máximo posible y me aseguró de que hoy me tomaría el relevo en la cocina. Se le notaban las ganas de poder preparar dulces por un día, la repostería es su verdadera pasión.

Ya, sé lo que estaréis pensando: otro día más huyendo de los obstáculos que me pone la vida, en vez de enfrentarme a ellos cara a cara. En mi defensa, puedo decir que llevo tanto tiempo sin vacaciones que puedo permitirme este capricho. Solo será esta vez, lo prometo. En cuanto Mateo vuelva a España, se reestablecerá el orden. Todo volverá a la normalidad. Pero, por hoy, me tomaré un descanso para reflexionar y ver las cosas desde otra perspectiva.

Sin embargo, tan solo llevo diez minutos de juego cuando algo interrumpe mi diversión.

Escucho un golpe seco y grave, como el de dos pedazos de madera maciza que entrechocan con fuerza. La ventana, que da al patio interior de la comunidad, se acaba de abrir de par en par. Destapo la colcha que me cubre para volver a cerrarla sin darle más importancia, aunque algo así no haya ocurrido nunca; no creo en los espíritus, y me he propuesto que nada perturbe mi mañana.

Pero me quedo petrificada cuando veo dos manos grandes y masculinas apoyadas en el alféizar.

No puedo evitar soltar un chillido. Corro de vuelta hacia mi cama, histérica, como si las sábanas sirvieran de chaleco antibalas en el caso de que el intruso me asaltase. Busco frenéticamente algún objeto con el que poder defenderme. Desenchufo de la pared la lámpara de la mesita de noche y la agarro con fuerza, como si de un bate de béisbol se tratara. Me preparo para lo peor, aguardando la llegada inminente del enemigo.

Toda tensión se transforma en incredulidad cuando reconozco sus facciones. Su cabeza pelirroja es lo primero que aparece, seguida por su frente perlada de sudor, sus cejas pobladas, sus ojos verdes rozando el gris, sus antebrazos fuertes y su nariz recta, con personalidad. No necesito ver más para saber que es Mateo. Le escucho jadear del esfuerzo. Cuando logra atravesar la ventana con un impulso inhumano y gran potencia de piernas, empiezo a gritarle con todo el derecho del mundo.

— ¡¿Se puede saber qué haces?!

— Buenos días. ¿Cómo estás? —Me saluda, con un rostro jovial y sosegado. En paz. Como si lo que acabase de hacer fuera totalmente normal.

— ¡Responde a mi pregunta! —exijo, alzando la lámpara.

— Bianca me sugirió que te visitara. Pensó que te alegraría verme.

Bianca, por supuesto. Solo ella podía ser tan maquiavélica. Es incansable. Ahora mismo desearía estrangularla.

— Pues pensó mal. —Espeto, seria. De pronto, suelto otro chillido que le hace dar un salto. No me creo que esto esté pasando—. ¡¿Acabas de entrar por la ventana de una tercera planta?!

— Pensé que te gustaría. —Arguye con simpleza.

Se pasa una mano por su cabello húmedo mientras parpadea lentamente. Hoy lleva una camisa de lino blanca, remangada a la altura de los antebrazos, que deja los tatuajes de debajo más a la vista que nunca. Advierto que el mismo que le recorre el lateral del cuello también desciende hasta el pectoral derecho en sinuosas curvas.

— Pero ¿a ti qué te importa lo que me pueda gustar? —grazno.

— Más de lo que crees.

Siento movimientos extraños en la parte baja de mi estómago cuando cruzamos miradas. La mía es fría, la de él cálida. Respiro hondo mientras niego con la cabeza.

— No me lo trago. Has aparecido de la nada, hace cinco días. ¡No tienes derecho a venir a mi casa, sin avisar!

— Estoy de acuerdo, pero entonces no habría sido una sorpresa. Y quería que lo fuera. Bonito cuarto, por cierto. —Comenta, echando un vistazo panorámico al entorno. Por su respiración entrecortada, noto que aún se está recuperando del esfuerzo de la escalada.

Me sobresalto al oír el cumplido; en mi mente estallan todas las alarmas. Sigo la dirección de su mirada, que recorre toda mi habitación, la cual es rosa a más no poder. Luego reparo en mi pijama, que grita «adorabilidad» a los cuatro vientos. Me tapo con la colcha hasta el cuello.

Mi peor pesadilla se acaba de hacer realidad. Tantos años esforzándome por demostrarles a los demás que los gustos que tenía de adolescente habían desaparecido para siempre, que mi personalidad había pasado por una metamorfosis sin parangón y que mis decisiones del pasado no afectarían a mi nuevo presente, para que ahora él traspase mi fachada y vea lo que se esconde detrás. Lo peor es que no puedo pedirle que guarde el secreto de lo que ha

visto aquí, porque entonces tendría que darle explicaciones y quedaría en deuda con él.

Tengo ganas de gritar. Aunque se me quitan al darme cuenta del siguiente detalle, sé que con demasiado retraso: *Mateo. Ruiz. Acaba. De. Entrar. En. Mi. Habitación.* Por la ventana, cual escena de novela romántica de vampiros y hombres lobo. Y aunque eso debería darme vergüenza ajena, como poco, una parte de mí se ilusiona más de lo que debería. Por el bien de mi corazón, no debería gustarme que Mateo se haya tomado la molestia de escalar tres plantas para sorprenderme, pero lo hace.

Me imagino que escondo esos sentimientos bajo la pesada alfombra del cuarto, porque me niego a darles ninguna clase protagonismo.

— No me esperaba que te gustase tanto el rosa —dice—. Me imaginaba algo más…

— ¿Gótico?

— S-sí, pero creo que esto te pega más. En el instituto siempre llevabas accesorios coloridos, y tus materiales tenían siempre brillantina y estampados de unicornios. Además, *Gusto* está decorado con unos colores pastel «muy tú». Doy un suspiro resignado. «Muy yo», repito para mí misma, aturdida. Definitivamente, adiós a mi valiosa tapadera.

— Podrías haberte matado —bufo.

Mateo gira la cabeza hacia la ventana, captando a qué me estoy refiriendo.

— Sí.

— ¿Es que te da igual?

— No es eso. —Responde con una sonrisa—. Es solo que al final no lo he hecho, y es lo que me importa. Entrar por la puerta no habría molado tanto, ¿a que no?

Pongo los ojos en blanco. Será muy inteligente para las cuentas y la dirección de empresa, pero me da la sensación de que es un cabeza hueca para otros asuntos.

— Te he traído algo —añade.

— Qué detalle —digo, con el mayor sarcasmo posible—. ¿El qué?

— Ten.

Saca algo de una mochila. Está envuelto y tiene forma rectangular. Se acerca hacia mí, rodeando mi cama hasta el lateral en el que estoy sentada. Extiende la mano, preparado para entregarme el objeto. Está sonriendo, y eso despierta mi curiosidad. Pero, entonces, se tropieza.

Mateo cae sobre mí, apoyando una rodilla sobre el colchón y los brazos a ambos lados de mi cuerpo. En una mano agarra el regalo con fuerza; ha aplastado un poco el envoltorio.

Me quedo sin respiración, y noto que él también porque se queda muy quieto. Congelado en el tiempo. Desliza su mirada por mis caderas tapadas, por la silueta de mi cintura y por mi torso tapado por el pijama de gatitos. Cuando llega a mi cuello, no puedo evitar tragar saliva con dificultad. Entonces entrelazamos miradas, y siento un chispazo. Algo cálido empieza a bullir en mi interior. Cuando les echa un rápido vistazo a mis labios, mi respiración se vuelve más superficial. Mi pecho sube y baja agitadamente, lleno de un deseo que jamás había sentido en años. Por la misma persona, además.

Siento que mis orejas arden. Esto no está bien. Quiero olvidarme de que mi *crush* del instituto ha venido a Florencia, pero el universo ha declarado una guerra abierta contra mí. Me siento mareada, como si su cercanía tuviese la capacidad de embriagar. Entonces advierto completamente la realidad de esta situación: que estamos solos en mi habitación, sin nadie en el piso que sepa de ello. Mi mente vuela a cientos de lugares distintos, y me decepciona no tener tanto autocontrol sobre mis pensamientos más oscuros. Ser tan atractivo debería estar penado por la ley.

Pero el instante mágico se desvanece. Mateo se levanta de un impulso rápido. Ha dejado el paquete a mi lado, a la altura de mi estómago. Recula para alejarse de la cama, como si esta pudiese morderlo. Carraspea y dice, mirando al suelo:

— L-lo siento, ha sido la colcha. Llega hasta el suelo.

La explicación, tan innecesaria, me da ganas de reír.

— Lo sé —respondo torpemente. Me arropo más con la colcha —. N-no te preocupes.

Señala con el mentón la caja que reposa junto a mí.

— Ábrelo cuando quieras, no tiene que ser ahora. Pensé que te animarían.

Siento curiosidad por saber qué es (o son), pero me reprimo las ganas de averiguarlo. No debo revelarle lo mucho que significa para mí su regalo.

— G-gracias.

— De nada. —Contesta. Entonces recupera contacto visual conmigo—. Por cierto, te he visto en internet.

La declaración me deja a cuadros. ¿Ha estado pensando tanto en mí como para investigar sobre mi persona? Esto no puede estar pasándome.

— Ah, ¿sí?

— Sí. ¡Eres una YouTuber famosa!

Me ruborizo. No me considero alguien «popularmente conocida» ni nada por el estilo. En ocasiones pienso que todas las visitas a mi canal, los comentarios positivos y las ventas que estoy logrando en la pastelería se han dado por una serie de factores aleatorios. Que ha sido todo suerte, y que yo no he hecho nada demasiado remarcable. Bianca me ha dicho que tengo el llamado «síndrome del impostor» y que debería hacérmelo mirar, aunque yo no le hago caso.

— Si tú lo dices... —murmullo.

— En serio. No tenía ni idea. ¡Se te da genial! No he visto más vídeos de tartas en mi vida, tienen algo adictivo que me hace querer seguir aprendiendo.

— G-gracias... supongo. Mi hermano me ayuda con la edición, que es lo más importante en la producción de contenido audiovisual. Sin él, *BocadosAngelicales* no sería nada.

— No estoy de acuerdo. Tú eres la que le da vida a recetas desconocidas, la que contagia la ilusión por la repostería e inspira a miles de personas. Eres admirable.

La intensidad de sus palabras, en combinación con la de sus ojos, me deja muda. No encuentro fuerza para contradecirlo, en parte porque me ha encantado oír esas palabras de su boca. Me obligo a creerlas, porque llevaba necesitándolo desde hacía tiempo.

— Estás sonriendo —apunta, con un deje de incredulidad.

Me llevo la mano a la boca instintivamente. Es cierto. No sé en qué momento ha pasado.

— ¿De qué te sorprende?

— No lo habías hecho hasta ahora. O al menos, con tanta sinceridad. Me preocupaba que yo te generase tanto desagrado como para no poder sacarte nunca una sonrisa, aunque fuese una diminuta.

Suspiro. Saber que le genera inseguridad no poder obtener mi simpatía me da una sensación de poder sobre él inmensa, pero a la vez me invita a bajar la guardia.

— No es eso. Es que... No sabes lo mal que me lo hiciste pasar en el instituto —confieso.

Hala, ya lo he dicho. Siento que me libero un poquito del peso que estaba cargando sobre mis espaldas. Leo la confusión y la preocupación en su mirada..., pero esta pasa a llenarse de comprensión y aceptación. ¿Por qué? ¿Cuánto es capaz de entender, y cuánto puede recordar?

— Lo siento. —Dice sin más, pero no sé a qué se refiere exactamente: si a mis sentimientos negativos, o a sus acciones del pasado. Si es lo segundo, eso significaría que se acuerda más de mí de lo que creía.

Agradezco para mis adentros que no trate de indagar más en el tema. No estoy preparada.

Me quedo callada. Él también. Jamás un silencio había sido tan incómodo. A lo lejos, se escuchan las campanadas de la iglesia de San Lorenzo, anunciando la misa que está a punto de comenzar. Mateo carraspea sonoramente.

— Creo que debo irme. Necesitas recuperar fuerzas.

Alzo las cejas. No me esperaba que tuviera que irse tan pronto. Me reprendo a mí misma por estar llevándome una

decepción cuando debería celebrarlo.

— Vale. Pero vete esta vez por la puerta, como las personas civilizadas —digo—. Ven, te acompaño.

Cuando me levanto, dejo mi pijama totalmente a la vista. Trato de reprimir la vergüenza que me invade por dentro y avanzo con el mentón bien alto. No paso por alto la atención que le pone a cada una de mis acciones. Oigo sus pasos ligeros, sosegados, muy cerca de mí a la par que recorro el salón hasta la puerta.

Cojo mis llaves de la mesa del recibidor e inserto una en la cerradura.

— No sabía que compartieras piso con Bianca —comenta Mateo entonces.

— No tenías por qué saberlo.

— Ya, pero se ha dado la casualidad de que ahora sí. Solo digo... que no me lo esperaba.

— No todos somos tan ricos como para poder alquilar un ático de doscientos metros cuadrados, con las mejores vistas de la ciudad —espeto. Por su silencio, intuyo que se ha dado por aludido. Esa era mi intención—. Yo estoy contenta con este piso, no pido más.

— E-eso es lo que importa, entonces —murmura como respuesta.

Me doy la vuelta con rapidez, sorprendiéndole. A mí también me impresiona lo cerca que está.

— Dime, ¿qué es lo que quieres de mí? —le pregunto, y no sueno enfadada. Solo triste y confundida—. ¿Q-qué buscabas realmente con esta visita, Mateo? Algo me dice que no te preocupas realmente por mi salud; al fin y al cabo, hace cinco días... estaba muerta para ti —cojo aire, sonrojada—. Si lo que andas buscando es una aventura amorosa o algo de una sola noche para amenizar tus largas jornadas de trabajo en Florencia, estás acudiendo a la persona equivocada. No me van esas cosas.

Termino de abrir la puerta y me aparto para sostenerla, mostrándole una vía de escape accesible. Él la atraviesa, y me

responde una vez está a un paso del primer peldaño de los escalones. Se trata de algo que tardo en procesar.

— Me alegro de que estemos en la misma página, pues.

— Nos vemos, Mateo. —Digo al instante, con más brusquedad de la necesaria. Creo que advierto un brillo entristecido en sus pupilas.

— S-sí, eso.

Pero, en vez de darse la vuelta, se queda parado unos segundos más. Nos miramos fijamente, y creo que puedo palpar la tensión entre nuestros cuerpos. Puede que sean ilusiones mías. Mis pulsaciones se aceleran, y, por primera vez, una parte de mí desearía que Mateo no se hubiera alejado tan rápido de mí. O que yo no me hubiera alejado tanto de él. Un impulso incomprensible me lleva a proponer algo de lo que después seguro que me arrepentiré.

— ¿Sigues queriendo recibir ese tour?

— ¿Q-qué tour?

— El que Bianca quería que te diese, por la ciudad.

Se rasca la coronilla, mirando al suelo.

— Ah, ya —dice, entristecido—. Pues sí, la verdad es que me gustaría hacer algo de turismo el domingo.

— Vale —respondo al vuelo—, pues cuenta conmigo para ello.

Se le ilumina la cara al instante. No da crédito.

— ¿E-en serio?

— Sí. Y no me preguntes por qué, o cambiaré mágicamente de idea.

— Vale, mensaje captado —sonríe ampliamente—. Oye, Angela.

— ¿Sí?

Me quedan tan sólo unos centímetros para cerrar del todo. Escucho sus siguientes palabras, reverberantes en el rellano de la escalera, sin tener visión de Mateo.

— Sea lo que sea eso que te molesta de mí, me voy a esforzar por cambiarlo —declara, convencido—. Quiero lograr que el pasado deje de marcar tu presente.

Un escalofrío me recorre la espalda.

— Y eso ¿por qué?

Lo oigo tragar saliva con fuerza antes de responder, tembloroso.

— Porque... me importas más de lo que crees.

Cuando estoy a solas de nuevo, en la habitación, abro el regalo. Me late el corazón con fuerza por las ganas enormes de averiguar lo que es.

Echo a reír cuando identifico el reconocible envase con forma de corazón. ¿Qué clase de descerebrado le regalaría bombones a una pastelera?

Sin embargo, aunque son de pésima calidad, me los acabo comiendo todos sin rechistar. Tardo varios días en tirar la caja vacía, la cual dejo en exposición sobre la mesita auxiliar. Verla consigue hacerme sonreír nada más abro los ojos por la mañana y los cierro por la noche.

DÍA 6



14. MATEO. «UNBOXING DE SENTIMIENTOS»

Hoy me paso toda la mañana en la sucursal. Acudo directamente tras despertarme y asearme, sin pasar por la pastelería. En su lugar, compro un café para llevar en el primer Starbucks que encuentro. Necesito pensar sobre las decisiones que estado tomando hasta ahora con *WikiLove* y sobre lo que quiero lograr a largo plazo en el amor. Quiero tener la mente ocupada, y para ello no hay nada mejor que supervisar el montaje de muebles y la instalación de los cajeros automáticos.

Saludo a mis trabajadores nada más aparezco por la puerta. Ellos ya han empezado con sus tareas; que lleven con el martillo una hora o que tan solo lo hayan agarrado cuando me han visto venir, ya escapa a mi conocimiento. Encuentro a Damiano echándole fotos a las cajas que acaban de llegar del repartidor: es más mobiliario para las salas. Me cuenta que va a grabar un *unboxing*, algo que está en tendencia ahora. Me abstengo de realizar preguntas, porque sé que no voy a comprender su respuesta. Simplemente paso de largo y entro en el despacho que se reservará para el

director de la sucursal. Está ya completamente acondicionado, listo para usarse. Me siento en la silla, ergonómica y blandita, y me ocupo de tareas con ordenador y llamadas telefónicas. En una hora aparecerá el diseñador de interiores para elegir la disposición de los muebles nuevos.

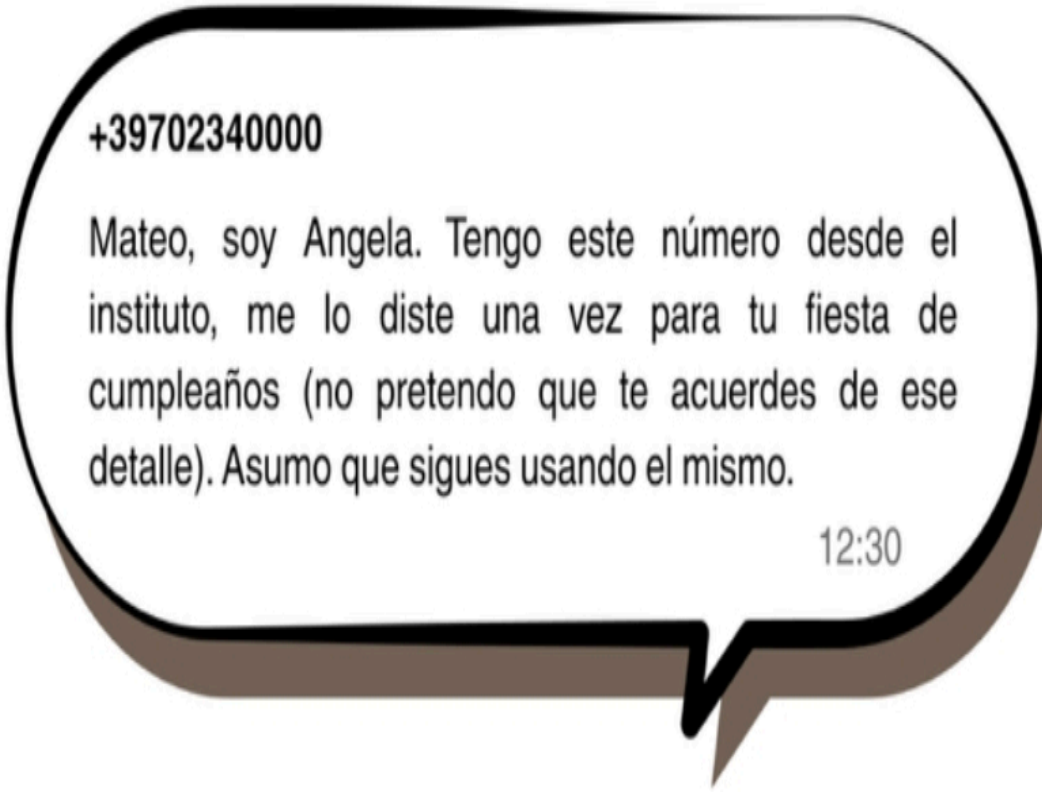
Desde el momento en el que abandoné el piso de Angela, me he estado dedicando a lo mismo: trabajar. Es lo que mejor se me da hacer, y lo que menos dolores de cabeza me da. Aunque para otras personas no sea así. Decidí darle un descanso a la investigación exhaustiva que me traía entre manos con *WikiLove*, porque mi visita al piso de Angela me dejó desconcertado. Por un lado, ella pareció detestar tanto mi entrada por la ventana como el regalo que no quiso abrir delante de mí; pero, por otro lado, la vi sonreír y sentí algo de calidez en su mirada cuando me tropecé con su colcha y caí sobre su colchón. Además, accedió a hacerme el tour. Eso sí que fue inesperado.

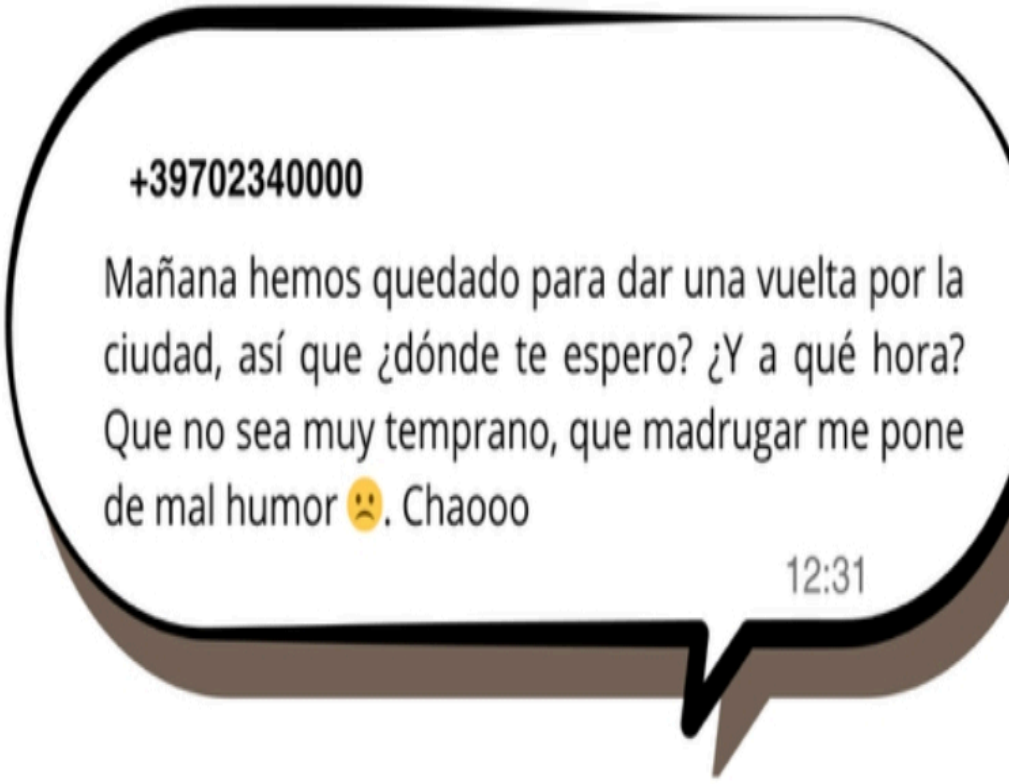
No obstante, más que cualquiera de aquellos sucesos, hay algo del día de ayer que no consigo quitarme de la cabeza.

«Dime, ¿qué es lo que quieres de mí?», me había preguntado, en tono exigente. «Lo que quiero es que me quieras tanto como yo a ti», me habría gustado decir, pero por alguna razón las palabras se me atascaron en la garganta. Soy demasiado vergonzoso, demasiado torpe, como para hacer confesiones así. ¿Cómo explicarle, sin tartamudear, que llevo pillado por ella desde el instituto? No se lo creería. Prefiero enamorarla con mis acciones, gracias a los consejos de la infalible página web, para que al final sea ella quien se muera por confesarse. Sería (será) una victoria rotunda.

Sin embargo, todos estos pensamientos me llevaron a preocuparme por un detalle muy, muy importante: que no estaré en Florencia para siempre. Había decidido que primero me ocuparía de conquistar a Angela y que luego ya se vería, pero ya es sábado y el tiempo se me escapa de las manos. Tengo que ser realista, y preguntarme hasta dónde me veo capaz de llegar, antes de que algún corazón acabe roto. Nunca he tenido una relación a distancia (ni siquiera una relación a secas) y me aterra que no pudiese funcionar. Porque Angela me importa, y de una manera irracional. El flechazo que sentí en el aeropuerto existió de verdad y se entremezcló con las tiernas emociones que ella ya me provocaba en la adolescencia.

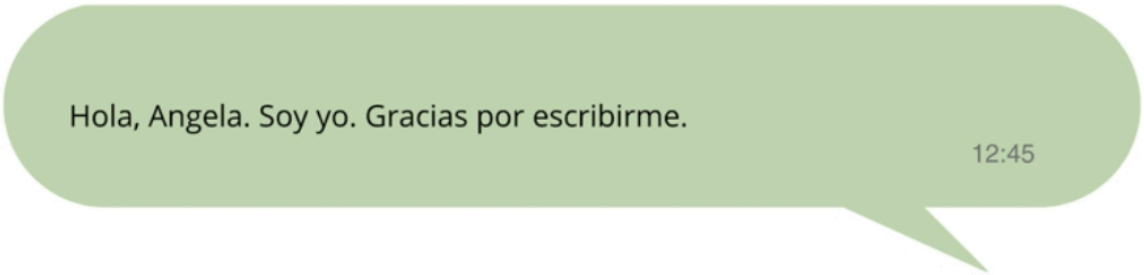
Tengo miedo de llegar demasiado lejos y que de pronto me sea imposible seguir adelante.


+39702340000
Mateo, soy Angela. Tengo este número desde el instituto, me lo diste una vez para tu fiesta de cumpleaños (no pretendo que te acuerdes de ese detalle). Asumo que sigues usando el mismo.
12:30

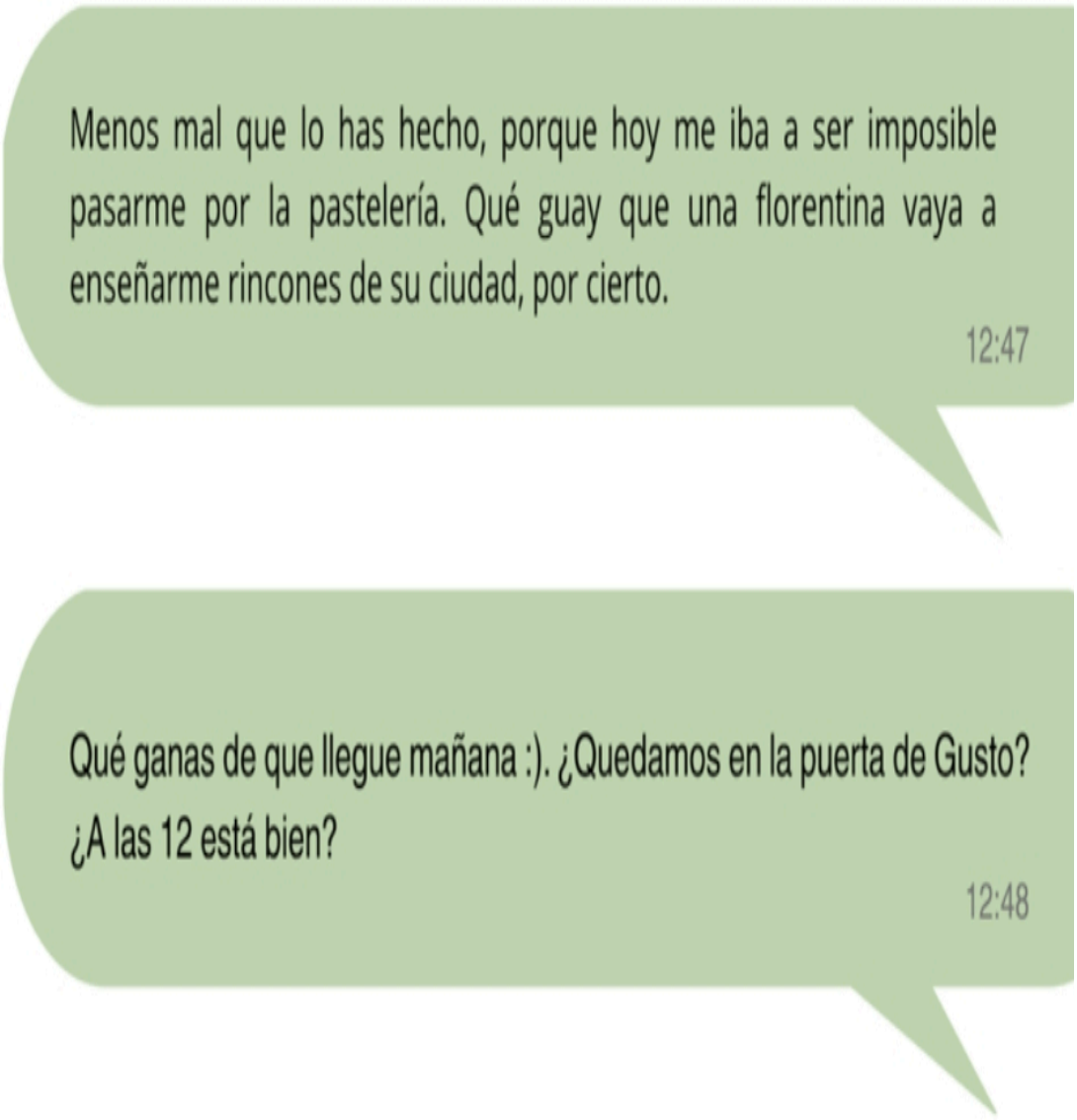

+39702340000
Mañana hemos quedado para dar una vuelta por la ciudad, así que ¿dónde te espero? ¿Y a qué hora? Que no sea muy temprano, que madrugar me pone de mal humor 🙁. Chaooo
12:31

A mediodía, justo cuando me llega al despacho una pizza a domicilio, me saltan varios mensajes en el móvil. No son de mi padre. Y tampoco de mi madre. Me levanto de la silla en cuanto leo de quién se trata, llevado por la sorpresa y la ilusión.

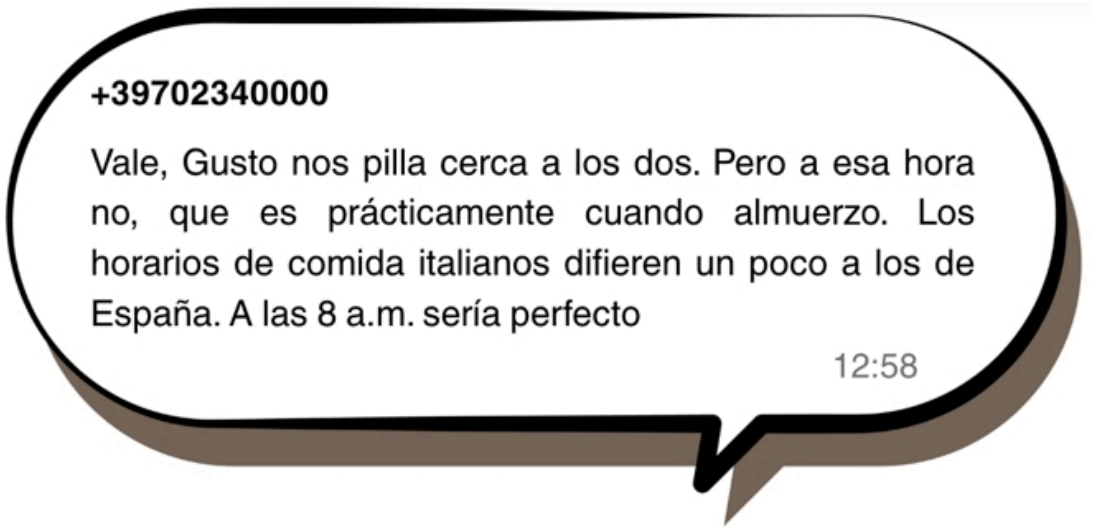
Reescribo la misma frase varias veces antes de decidirme a enviarla.



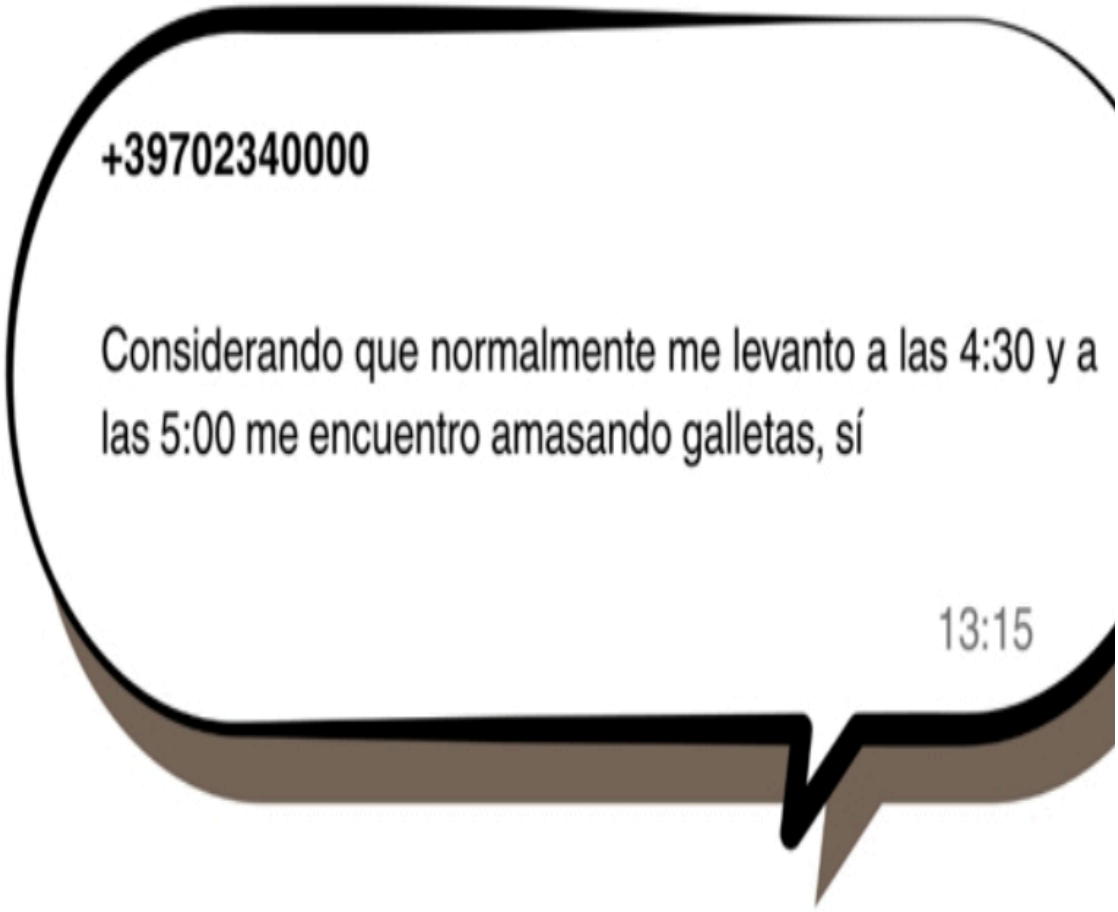
Respiro hondo, para deshacerme de ese tono profesional en el que llevo anquilosado todo el día.



Tarda diez minutos en responderme:



«¿Eso es *no quedar temprano* para ti?», contesto, alucinando. Suelto una carcajada, aunque eso no le llega a ella.



A los quince minutos recibo una nueva notificación.



Pasan veinte minutos adicionales, en los que Damiano se pasa para hacerme fotos sentado en el escritorio, como si yo fuese el verdadero jefe que se le asignará a esta oficina. Cuando pienso que Angela va a dejarme en visto, dice algo más. Aunque es para despedirse. «Hasta mañana, Mateo».

«Hasta mañana, Angela. Buen día», escribo sin más, y cierro la aplicación.

Echo el cuello hacia atrás y me obligo a respirar hondo. Mi corazón se acelera ante el prospecto del siguiente día. Me pregunto qué artimañas de *WikiLove* me serán útiles para elevar mi encanto, o si lograré sacarle otra sonrisa a Angela. Aunque haya identificado mis preocupaciones, también tengo claro que no tiraré la toalla hasta el final. Me centraré en el presente, porque solo en él tengo la capacidad de cambiar las cosas.

O eso creo.

DÍA 7



15. ANGELA. «LIBRE»

Hace una soleada mañana de domingo. Yo ya llevo esperando cinco minutos ante la puerta cerrada de *Gusto*, pero no hay ni rastro de Mateo. Sé que ha pasado poco tiempo, pero mi mente no puede evitar ponerse en la peor situación. ¿Y si me ha dejado plantada, como aquella vez en la que le propuse ir al cine juntos? Si eso ocurriese, creo que me derrumbaría.

Me cruzo de brazos, insegura, y empiezo a tamborilear el suelo con mi pie izquierdo. Hoy me he arreglado más que de costumbre; a pesar de que lleve un *look* deportivo, me he planchado el pelo con mimo y me he maquillado sutilmente. También me he pintado las uñas, lo cual no hago casi nunca. Como Mateo no aparezca, le voy a arrancar la cabeza la próxima vez que me lo cruce.

De pronto, su silueta aparece a la vuelta de un tenderete de souvenirs. Me relajo al momento, aliviada. Lleva una camiseta de manga corta blanca, unos pantalones de lino gris, unas deportivas blancas impolutas y gafas de sol para complementar; una mochila cuelga de su

espalda, y en el brazo lleva una chaqueta vaquera. Parece salido de una revista, con su pelo pelirrojo repeinado y un semblante sereno, como si no fuese consciente de su innegable atractivo. Me lleva sonriendo desde que ha aparecido en mi campo de visión, hace un minuto. Yo no sé qué hacer en respuesta a eso (definitivamente, no pienso sonreír), así que decido mirar al lado opuesto de la calle hasta que saludarnos sea inevitable. Espero a que su voz me llame para girarme.

De pronto, escucho un zapatazo y Mateo exclama. Eso es raro.

Entonces, siento el peso de un cuerpo cayendo en picado sobre mí.

Entre mi poca altura y fuerza y el factor sorpresa, soy incapaz de sostenerle. Ambos caemos al suelo. Al igual que ayer, Mateo acaba con sus brazos apoyados a ambos lados de mi cuerpo, de tal manera que me quedo sin escapatoria. Deslizo mi mirada algo más debajo de su rostro, para toparme con la visión de su torso desnudo gracias a la abertura del cuello de su camisa. Trago saliva; mi respiración se agita. *Mamma mia*. No olvidaré esa imagen en mi vida.

Cuando me doy cuenta de que su pierna derecha está entre mis dos muslos, creo que me va a dar un paro cardíaco.

— L-lo siento, he t-tropezado con los adoquines de la acera. —Se excusa, rojo como el semáforo de enfrente.

— Voy a pensar que lo haces aposta. —Digo, en un intento de bufido que me sale de pena. Estoy demasiado aturdida.

— ¡No, no es eso! Siempre he sido un patoso. Además, no estoy acostumbrado a este tipo de suelo, es estrecho y abultado... Lo siento, de veras.

Sus disculpas ya estaban aceptadas desde el primer momento, pero no se lo digo. Me apetece ser un poco malvada con él. Me muevo y él se aparta como si acabase de electrocutarle. Cuando ambos estamos en pie de nuevo, me aparto el pelo suelto de la cara y elevo el mentón con la misma frialdad que tendría si Mateo no me hubiese tirado al suelo.

— Venga, vámonos. —Ordeno, y echo a andar.

— ¿A-adónde?

Noto que ha empezado a seguirme con la misma ansiedad que un pollito tendría con su mamá gallina.

— Primero, a la catedral de Santa María de las Flores o, como se dice también, al Duomo —respondo, y acelero la marcha—. Lo que hagamos después, ya lo descubrirás.

— Detesto no tener un plan claro. No me gusta ir desorientado.

— Vaya, qué pena. Pues ve haciéndote a la idea, porque el día de hoy viene cargado de sorpresitas…

— Jo…

Resopla como un niño pequeño, y yo no puedo evitar sonreír. Menos mal que no me ve hacerlo.

Logramos cruzar la calle sin que nos atropellen. En esta ciudad hay que tener mucho cuidado, uno no puede lanzarse sin más al paso de cebra, pues los coches no suelen detenerse demasiado. El tráfico es siempre frenético, agobiante, e incansable. Después, tan solo nos queda ir todo recto durante tres minutos por la Via Martelli, una calle de tiendas y negocios de comida que siempre está abarrotada de turistas. Ahora, Mateo camina a mi lado, y puedo observar cómo sus ojos curiosos se posan sobre cada edificio, sobre cada detalle. Parece un bebé que ve el mundo por primera vez; es adorable. Todo aquello que yo ya doy por sentado (como la estética de tejados de ladrillo, las fachadas coloridas y las ventanas con postigos verdes) resulta especial para él.

— Ya se puede ver un poco de la fachada. —Digo entonces, reprimiendo otra sonrisa.

— ¿Q-qué? —balbucea, despertándose de la ensoñación en la que iba enfrascado.

Señalo al frente con el dedo.

— El Duomo. Ya se ve un poquito de él.

— Ah, ¡es verdad! —exclama, ilusionado—. ¡Cuántos colores! Blanco, negro, verde…

— Pues entonces espera a estar cerca, en la plaza. Vas a alucinar.

Cuando llegamos a nuestro destino, se queda boquiabierto. Con los ojos brillantes, da una vuelta de 360 grados para apreciar todo lo que ocurre a su alrededor. Yo sigo la dirección de su mirada, interesada por cada una de sus reacciones. Cuando echa a andar, dispuesto a darle una vuelta completa a la plaza, soy yo la que le sigue. Se queda sin aliento al toparse con la famosa cúpula de ladrillo, diseñada por Brunelleschi. Se detiene ante la puerta dorada del baptisterio, el edificio contiguo reservado para la ceremonia del bautismo.

— A esta puerta se la llama la «Puerta del Paraíso» —le informo a Mateo, y él asiente—. Qué, ¿te gusta la catedral? —le pregunto al rato.

— ¡Claro! ¡Es preciosa! —responde, sin despegar los ojos de la puerta.

— Ahora mismo no tenemos tiempo de entrar, porque hay una cola enorme y tenemos que visitar otros sitios. Pero hay un fresco

precioso en el interior.

Entonces, baja la cabeza para mirarme. Sus ojos llenos de ternura me pillan desprevenida y me enternecen.

— Otro día iremos —dice, sonriente—. Hay tiempo.

Tan solo me doy la vuelta. Me abstengo de contestarle que probablemente no haya una segunda quedada. No creo que fuese capaz de aceptarla, considerando lo mucho que debería apartarme de él cuanto antes.

Sin embargo, Mateo no me sigue. Se ha quedado mirando, embobado, el escaparate de una heladería que le hace ojitos a unos metros de nosotros. Sus ojos observan las montañas de helado, coloridas y cremosas, que hay expuestas en un mostrador.

— ¿Quieres uno? —le pregunto, intuyendo lo que debe de estar pensando.

— S-sí —confiesa, algo avergonzado.

— Vale, ve a por él —cedo—; sería criminal que te quedases sin probar *gelato* italiano. Te espero aquí.

Tan solo me muestra una amplia sonrisa agradecida y se va corriendo calle abajo. Cuando regresa, lleva dos cucuruchos enormes en las manos, uno con una bola verde y otro con una blanca. Me sorprende que tenga tanta hambre como para querer comerse dos, pero entonces extiende el brazo para entregarme un cucurucho.

— Toma, para ti —dice.

— ¿En serio?

— Sí. Como agradecimiento por querer hacerme de guía.

— G-gracias —mascullo, y cojo el cono con una mano temblorosa. Su generosidad me ha pillado desprevenida. Lo pruebo—. Ah, es de coco. ¿Y el tuyo?

— Pistacho, mi sabor favorito. —Responde, y le da un lametón al helado. No puedo evitar mirarle mientras lo hace, curiosa—. Guau, qué rico…

— Anda, ¡es mi sabor favorito también!

— ¿Prefieres intercambiarlo, entonces? —sugiere inmediatamente, sin planteárselo.

— ¡No, no! —exclamo, dando un paso atrás—. Disfrútalo tú. Venga, *andiamo*.

Avanzamos por una larga avenida, la Via dei Calzaiuoli, dejando la catedral atrás. De nuevo, hay locales de todo tipo, con interiores elegantes y cuidados, como cafeterías, farmacias, puestos de souvenires y hoteles. A los

pocos minutos desembocamos en la Piazza de la Signoria, una espaciosa plaza con esculturas impresionantes y la célebre Fuente de Neptuno. Mateo vuelve a quedarse sin palabras, y echa cientos de fotos. Incluso me pide un *selfie* con él, el cual acepto a regañadientes. Lo único que me agrada de ese instante es la cercanía de su cuerpo contra el mío cuando me rodea con un brazo para que ambos salgamos en la imagen.

Dejamos atrás las esculturas y, pasado el Palacio Vecchio, entramos en una callejuela. Mateo frunce el ceño cuando me ve detenerme en una larga, larguísima cola que llega hasta una pequeña puerta.

— Y esto, ¿para qué es?

— Para entrar en la Galería de los Oficios —digo, encogiéndome de hombros—. Es una visita obligada.

— ¿Tienes las entradas?

— Sí, las saqué ayer por internet. Invito yo.

— Eres increíble —suelta, sin más, mirándome con la misma intensidad que tan incómoda me hace sentir a veces—. Gracias.

Me ruborizo irremediablemente.

— Nunca dudes de mis habilidades —digo, dedicándole una sonrisa misteriosa.

Una hora y media después, estamos saliendo del edificio. La visita debe de haberle encantado a Mateo, porque no ha dejado de echar fotos en ningún momento y ha permanecido tan concentrado que no ha pronunciado palabra mientras recorría las salas. Permanece callado incluso cuando ya hace rato que hemos dejado las galerías atrás. Cuando llegamos al río Arno, dice al fin:

— Nunca había visto obras de arte tan espectaculares. Da Vinci, Miguel Ángel, Caravaggio, Botticelli, Rafael... Siempre las había visto en libros de texto, pero por fin las he tenido ante mí. *El nacimiento de Venus, La primavera, La Anunciación*…

— Espérate a ver el *David* de Miguel Ángel —comento, sonriente.

— ¿Está en Florencia? —pregunta, incrédulo.

— ¡Claro! En la Galería de la Academia. Pero hoy no podremos ir, tengo otra ruta en mente. Pásate por allí en tu tiempo libre, en otro momento.

— O contigo —sugiere.

— Sigue soñando…

Lo llevo hacia la derecha, en dirección al *Ponte Vecchio*, o «Puente Viejo». Está formado por decenas de casitas de origen medieval, una pegada a la otra, a través de las cuales se puede caminar. Ahora son talleres

de orfebrería, bisuterías y joyerías de lujo, pero en el medievo fueron carnicerías y otros comercios. Cuando llegamos al final, giro a la izquierda y aparecemos en una estrecha calle de tiendas de productos de cuero y puestos de comida para llevar. En uno de estos compramos dos trozos de *focaccia* rellena de queso, tomate y rúcula, para almorzar; estamos hambrientos y debemos comer para seguir con energía. Me sorprende que Mateo efectúe el pedido en italiano, pues logra defenderse bastante bien.

— ¡Estás aprendiendo! —exclamo cuando salimos de la tienda.

— Practico con tu hermano en la oficina —dice, orgulloso.

— Qué guay, pues no se te da nada mal.

No sé en qué momento he empezado a ser simpática con él, pero me temo que ya no hay vuelta atrás. Mateo enseña toda su dentadura al sonreír y yo me deleito con las vistas. Además, que mi hermano no se haya negado a enseñarle un poco de italiano me dice que a él también le ha caído en gracia este forastero.

Al final de la calle, aparece ante nosotros la enorme y espaciosa entrada del Palacio Pitti. Se trata de un palacio renacentista que fue originalmente la residencia de un importante banquero florentino, Luca Pitti. Desde el siglo dieciséis se convirtió en la residencia oficial de los grandes duques de Toscana. Incluso llegó a ser utilizado por Napoleón en el siglo XIX, como base militar. Forma parte de los museos de Florencia, siendo el complejo más grande de la ciudad. Por no hablar de su jardín, el Jardín de Bóboli. Cuando le adelanto a Mateo la de maravillas que vamos a visitar (la Galería Palatina, los Apartamentos Reales, la Galería de Trajes, el Museo de Carruajes...), parece no dar crédito.

— ¡Vamos, Angela! —exclama, sin mirar atrás. Tiene las manos cerradas en puños y anda con extrema decisión. Es la primera vez que me mete prisa en algo.

— Pero bueno, ¡para el carro! —replico, jadeando por el esfuerzo de tratar de seguirle el paso. La cuesta de subida a la entrada es mortal—. ¿Qué mosca te ha picado?

— ¡Tengo muchas ganas de entrar!

— Pero si ¡todavía faltan horas para que cierren!

— ¡Ya, pero es que quiero verlo todo cuanto antes! ¡Seguro que es precioso!

Acelera un poco más la marcha, ¡lusionado. De pronto, parece que tiene ocho años menos, que es de nuevo tan risueño como en el instituto o incluso más, que su sonrisa ilumina más que diez soles y que es capaz de contagiarme su jovialidad. Empiezo a sentirme liviana como una pompa de

jabón, y una fuerza oculta parece elevarme unos centímetros del suelo para aliviar algo del esfuerzo que mis piernas eran ya incapaces de soportar.

Suelto una carcajada, sin filtros. Transparentemente feliz, sin pensar en nada más que en esa burbuja en la que parezco haberme convertido, que flota cada vez más hacia el cielo despejado que reluce sobre nuestras cabezas. Echo a correr también, con el desenfado de una niña.

16. MATEO. «ACERCAMIENTO»

Salimos de las galerías del Palacio tras dos horas y media de visita intensa. El aire fresco del exterior me ayuda a contrarrestar la bruma que nubla mis sentidos; poco a poco, las manos me dejan de sudar tanto y mis pulsaciones se ralentizan. Acojo con los brazos abiertos la idea que oigo a Angela proponer sobre ir al Jardín, y me dejo guiar por ella hasta allí. Mis pasos se vuelven automáticos, movidos por la propia fuerza gravitatoria de mi guía turística. Me siento como un pequeño planeta que gira alrededor de un gran sol, incapaz de escapar de su órbita.

Cuando llegamos casi al final de unas empinadas escaleras de piedra, necesito parpadear varias veces para darme cuenta de que estamos ante la entrada (o una de ellas) de nuestro destino. Hay verde, tanto verde a mi alrededor, que me mareo aún más que antes. Tan solo hay maravillas dondequiera que mi mirada, incapaz de centrarse en ningún punto en particular, se posa.

— Estás muy callado, de repente. —Apunta Angela, quien se ha dado la vuelta para encararme. Ahora resulta realmente intimidante, con sus ojos gatunos entornados, los brazos en jarra y ganando varios centímetros de altura gracias al escalón inmediatamente siguiente al que yo piso.

Primero abro los ojos por la sorpresa. Luego me llevo una mano detrás de la cabeza y la dejo posar en mi nuca, sonriendo con una ligera vergüenza.

— C-creo que ver tanta obra de arte me está pasando factura —confieso—. Me ha dejado aturdido, trastornado, por primera vez desde que he pisado Florencia. No sé…, me siento como... incapaz de procesarlo todo. Mi cabeza parece haberse vuelto demasiado ligera, mis extremidades parecen no pertenecerme, y mi mente parece haber entrado en estado de suspensión. Esta sensación tenía un nombre, si no me equivoco…

Cuando vuelvo a establecer contacto visual con ella, me doy cuenta de que me está mirando con algo similar a la ternura.

— Ah, sí. El «síndrome de Stendhal» —asiente con otra sonrisa, más tímida. Me gusta que esté más relajada conmigo; eso indica que no falta mucho para que abandone su temor a mostrar su afecto. Muy pronto, me confesará su amor. Lo presiento. ¡Y todo gracias a *WikiLove* y sus efectivos resultados!—. Dicen que es especialmente posible en esta ciudad, sobre todo en los turistas. Nunca me ha pasado personalmente, pero te creo. Algunos de los clientes extranjeros que han venido a la pastelería me han contado justo lo mismo. Que se quedaron sin aliento.

— ¿T-tú crees que es posible? ¿Intoxicarse de arte?

Se encoge de hombros, con una sonrisa más brillante, más amplia.

— Todo es posible, Mateo. Si no, míranos. Nos hemos reencontrado en el mismo avión, en dirección a la misma ciudad, en la misma pastelería y en la misma fiesta de cumpleaños. Entre otras cosas. —Me recuerda, y parece que esté a punto de soltar una carcajada tan transparente como el cielo que hay sobre nuestras cabezas. Angela ha adquirido un aspecto soñador que potencia su aura magnética—. O sea, ¿cuántas posibilidades había de que eso ocurriera?

— ¿Me estás diciendo, entonces, que el destino quiso que nos reuniéramos?

Ahí está otra vez, esa expresión melancólica con la que se ha estado dirigiendo a mí días atrás. De pronto, parece arrepentida por lo que acaba de sugerir. Desvía la vista a su izquierda, a los eternos jardines que se expanden cuesta arriba y a los lados. Ya no parece interesada en seguir hablando, y eso me confunde; pensaba que estábamos llegando a unas conclusiones tremendamente interesantes. Yo también he llegado a creer que el universo nos había puesto en el camino del otro, que nuestro encuentro no había sido arbitrario.

— Ven, que estamos obstruyendo el paso. —Murmura, y se da la vuelta bruscamente.

Los siguientes sesenta minutos transcurren en silencio. Angela se dedica a caminar, y yo la sigo embelesado tanto por las vistas como por ella. Intercambiamos unos pocos comentarios sobre lo bien cuidado que está el sitio, sobre cómo se ve la cúpula del Duomo desde aquí, y lo impresionantes que son las fuentes y esculturas esparcidas por nuestro entorno. Sobre todo, intento sacar la conversación, ya que Angela parece un poco apagada. Me desquicia un poco no saber por qué está así, así que me siento en el primer banco libre que veo y me cruzo de brazos.

— ¿Estás bien?

Se nota que le sorprende mi pregunta. Había estado encabezando la marcha, así que no se ha dado cuenta de que estoy parado hasta pasados unos segundos. Frunce el ceño, confundida.

— Sí, claro.

— Te noto rara. ¿Es porque tienes frío? —aventuro, mirando sus bracitos en piel de gallina. Procedo a desdoblar la chaqueta vaquera que he estado llevando bajo el brazo todo el día. Es mi momento para sacar a relucir una nueva técnica de seducción—. Ten —le ofrezco mientras me aproximo, para que entienda mi intención—. Te dará calor.

Angela retrocede unos pasos y sacude la cabeza.

— No, no. No hace falta. Gracias.

— En serio, póntela. Yo no la necesito. Ya está anocheciendo, y…

— No —gruñe, lentamente.

Sus pupilas desprenden brillos anaranjados, incandescentes, y por un momento parece que no es a causa de esos últimos rayos solares que se aferran a los arbustos, negándose a abandonarlos una noche más. Aun así, me levanto y camino hacia ella. Sé que en circunstancias normales no estaría bien insistir tanto, pero debo hacer esto. Si no, ¿cómo se enamorará aún más de mí? Según el paso cuatro de *WikiLove*, esto es lo que debo hacer: cuanto más pesado sea, mejor.

En un abrir y cerrar de ojos, mi chaqueta ha aterrizado sobre los hombros de Angela. Ella se ha dejado hacer, resignada, pero sus labios están curvados con disgusto. Estudia mis facciones por unos segundos, su mirada veloz y ágil como un cervatillo. Me pregunto qué busca con tanto interés.

— Qué... caballero —dice con sorna—. ¿Siempre eres tan incansable?

— Cuando se trata de algo importante, sí. —Asiento.

— ¿Así es cómo describes el darme algo que no pedía?

— Quería hacerlo, no sé. Quiero tener detalles bonitos contigo. Quiero que estés a gusto.

— Pues no lo entiendo.

— ¿Cómo que no?

— Como que no. No soy ninguna damisela en apuros.

— Eso… ya lo sé.

Sostenemos nuestras miradas durante unos intensos segundos. Su manera de hablar tan enigmática me confunde. O a lo mejor es porque no me estoy parando demasiado a analizar sus palabras, no sé. Quizás acabo

de meter la pata hasta el fondo y no me estoy dando ni cuenta. Seguidamente, me fijo en lo guapa que es, tanto que duele, hasta que me falta el aire. Empiezo a sentir que dejo de pensar con claridad, pero me aparto de ella a tiempo de volver a decir cualquier estupidez. Regreso al banco, derrotado.

Estamos en un pasillo laberíntico de arbustos, que se ciernen sobre nosotros creando un techo vegetal en forma de arco. Me pregunto a dónde conducirá este camino, que sigue y sigue hasta donde alcanza mi vista, pero no propongo ir a averiguarlo porque no veo nada atractivo en la posibilidad de perdernos a escasos minutos de la llegada de la noche. Las sombras que empiezan a crearse entre las hojas no invitan a la aventura, precisamente, sino al peligro.

Aunque, quizás, ahora que tengo a Angela al lado todo sería diferente. Una experiencia más agradable, quizás. Este Jardín puede ser tanto un sueño como una pesadilla, según los ojos que lo miren y la persona que los acompañe. Cuando oigo a Angela suspirar y se sienta al lado, su pierna a solo unos milímetros de la mía, siento algo de la magia que envuelve este lugar. De pronto soy capaz de detectar el aroma de las rosas, y la luna creciente que asciende por el cielo despejado, tras la arquitectura del Palacio, se vuelve más amable que aterradora. El silencio de los numerosos cipreses que se yerguen por la colina, los cuales hasta unos minutos habían sido símbolos del duelo y la muerte para mí, me ofrece una cómoda paz.

— Pronto cerrarán —comento.

— No por una hora, o así —responde, mirando al frente—. Lo tengo todo calculado. ¿Ya te has cansado de andar? —pregunta, y parece maliciosamente divertida. Ha dejado atrás su molestia por el insistente ofrecimiento de mi chaqueta.

— Un poco, sí. Llevamos todo el día en marcha. No sabía que el tour iba a ser tan intenso.

— Ten cuidado con lo que deseas. —Sonríe levemente. Me pregunto si, con esa frase, se está refiriendo a algo más. Pero no me da tiempo a sacar ninguna conclusión, porque cambia a un tema que me deja a cuadros—. Dime, Mateo, ¿alguna vez has sentido que no eres tú mismo?

Otra vez, está seria. Me doy cuenta de que sus emociones son muy volátiles, de que van y vienen impredeciblemente.

— No... no te entiendo —murmuro.

— A veces noto... que eres muy artificial conmigo. Que te esfuerzas demasiado, aunque no sé por qué. En conversaciones, en los bombones que me has regalado, o en actos como este —agarra la chaqueta con los dedos y la agita un poco, haciendo referencia a ella—. No me enfada realmente, pero sí que me hace preguntarme por el porqué de esa actitud.

Me he quedado paralizado. No sé qué decir, y ella lo nota, así que prosigue:

— Yo, desde pequeña, he luchado por saber diferenciar entre lo que quiero hacer y lo que los demás esperan de mí. La cocina es una profesión que me viene de familia, si bien opté por otra rama. Mis padres tienen una cadena de negocios por toda Italia y España, de comida rápida inspirada en la gastronomía italiana. Pizzas y espagueti de todo tipo para llevar, a no más de cinco euros el plato. Desde los años 2000 causan furor, sobre todo en España. El caso es que ellos siempre me habían criado con la mentalidad de que todas mis acciones (mis estudios, mis amistades, etcétera) conducirían siempre a un mismo puerto: a la herencia de sus restaurantes. Y yo aceptaba ese destino sin rechistar. —No puede evitar suspirar con fuerza. Parece sentir de nuevo todo el peso de las expectativas de sus padres, puesto sobre sus hombros como antaño—. Hasta que un día abrí los ojos. Me acuerdo perfectamente de ese día, porque fue la primera vez que vi un concurso de repostería en la tele. Se despertó mi amor por los dulces, y en ese momento me propuse aprender más y más sobre ellos. Me recordaba a la asignatura de química del instituto, pues cada ingrediente juega un papel esencial justo en su medida exacta. Sin embargo, mis padres no aprobaban que yo descuidase mis clases particulares sobre economía y administración de empresas ni por un segundo, así que trataron de convencerme de que aprender sobre repostería era algo inútil.

» Casi lo consiguen. Pero al día siguiente, en clase, un compañero salió a realizar una exposición oral sobre el trabajo de sus sueños. Lo defendía con una confianza envidiable. Tenía tanto potencial que parecía ser capaz de hacer todo lo que se propusiera. Me inspiró tanto que me di cuenta de que tenía voz y voto sobre mi futuro. Podía elegir el perseguir mi propio trabajo soñado.

— ¿Quién era ese compañero? —la interrumpo, curioso—. Seguro que lo conozco.

— Eras… eras tú.

No puedo evitar arquear las cejas, impactado. Que le haya podido ser de ayuda en algún momento, aunque sea indirectamente, significa muchísimo para mí.

— Oh, eh... No sé qué decir, me alegro tant…

— En cualquier caso, lo que te quiero decir es que me liberé de las expectativas de los demás. Pero lo que no deja de rondar por mi cabeza es si tú haces lo mismo conmigo. Si no estás siendo sincero contigo mismo mientras me das tu chaqueta o mientras me visitas cuando estoy enferma. Me da la sensación de que eres un perfeccionista, solo hay que mirar tu ropa. Te he estado observando y, cada vez que ves una arruguita en la camiseta, te estresas.

Eso sí que no me lo esperaba. Qué observadora. ¿Tanto se notan mis tics? Me apunto mentalmente el trabajar en reducirlos, si es que puedo conseguir eso por mi cuenta.

— Comprendo. Sí, soy un perfeccionista, lo admito. Eso tiene su explicación, pero es una historia muy larga. Igualmente…

— Tenemos tiempo.

— ¿Qué?

— Que hay tiempo de sobra para que me cuentes eso. Tengo... curiosidad.

Se nota que cuesta admitir que quiere saber algo más de mí. Eso me ilusiona. Parece ser que *WikiLove* está dando sus frutos.

Pero ahora mismo no quiero hablar de eso.

— Mejor otro día —respondo con sequedad. No era mi intención, pero es un tema demasiado sensible para mí—. Así te dejo con ganas para quedar de nuevo. —Guiño un ojo, para quitarle peso al asunto.

— ¿De verdad crees que querré quedar contigo de nuevo?

— Sí, ¿por qué no? —Angela pone los ojos en blanco. No espero a su respuesta, porque me había hecho una pregunta antes—. Pero, sobre tu pregunta, ¿por qué fingiría nada contigo? Si, como tú bien dices, «acabas de aparecer en mi vida», no debería importarme cómo me muestro ante ti, ¿no? Quiero decir, que, si tan poco valor crees que le doy a tu persona, ¿por qué piensas que me esforzaría por impresionarte?

— Pues en mi cabeza puede tener sentido. Por ejemplo, que te avergüences tanto de tu verdadero ser y quieras aprovechar esta oportunidad para mostrar el Mateo que te gustaría ser. Para

ensayar ese prototipo y ver si podría mantenerse para siempre, o para crearme falsas ilusiones por razones que desconozco. —Suspira, hundiendo los hombros. Tiene el ceño muy fruncido. Casi puedo oír los engranajes de su mente en funcionamiento, maquinando—. No sé. No quiero que muestres una faceta de ti que, normalmente, no exista. Valoro mucho la honestidad, Mateo.

— ¿Eso significa que te importa que yo esté cómodo contigo?

Pone los ojos en blanco de nuevo. Sin embargo, se intuye una sonrisa en su cara. Minúscula, pero una al fin y al cabo.

— Sigue soñando.

Ambos nos quedamos en silencio justo después. Durante una larga eternidad, somos simplemente dos personas que observan un paisaje nada más que habitado por ellos dos. Somos uno con el Jardín; el susurro del agua, el ulular de una lechuza, y el murmullo del follaje mecido por la brisa fresca forman parte de nosotros y a la vez se expanden más allá de nuestros cuerpos. Todo adquiere cierto aire de ensueño. No parece que estemos en el mundo real, sino en el escenario de una historia fantástica, pues no estoy acostumbrado a una belleza tan hechizante. Siento que me recargo de energía, todo parece posible en este lugar. Parece que, aquí, cruzar el umbral que separa los sueños de la realidad es más fácil de lo que uno piensa.

— ¿Ha mejorado tu relación con tus padres?

La traigo de golpe al mundo material. Le cuesta mantener su usual cara de póker; no parece triste, sino confundida. Como si todos aquellos años hubiesen sido como una maraña de lana, llenos de recuerdos borrosos y plagados de nudos que se entrelazan sin continuidad alguna. Como si ni ella misma supiera responder a lo que le planteo.

— No, qué va. Cuando se enteraron de una vez por todas de que yo nunca sería la hija que ellos habían intentado moldear, se disgustaron tanto que nuestra relación se enfrió. Incluso se negaron a pagar mis estudios de repostería, pero por suerte tenía dinero ahorrado de trabajar los veranos y una beca por expediente académico. Bianca, desde que la conocí en clase, también me apoyó en lo que necesitase. Me acabé desvinculando de mis padres, y desde entonces ha sido una liberación tener las riendas de mi vida. Cada vez que me reúno con ellos en Navidad y Año Nuevo, puedo ver en sus caras el reproche silencioso de «haberlos abandonado». Pero no les guardo rencor, no te creas. La vida es demasiado corta como para vivir enfadado.

Eso me lleva a pensar en mí mismo, en qué habría sido de mí si alguna vez me hubiese preguntado si realmente quería trabajar en Ziuriz con mi padre. Ya es muy tarde para cambiar de trayectoria profesional, supongo. Tampoco es que me disguste el mundillo en el que me muevo, de todas formas, y se me da realmente bien. Pero, si uno le echase imaginación... Quizás ahora mismo sería una persona completamente diferente. Puede que más libre. O puede que no, no lo sé. Es imposible acertar tratando de adivinar estas cosas.

— Te admiro, Angela. —Suelto, sin más—. Eres muy fuerte, y tienes el coraje que muchos no tienen. Te atreviste a dar un gran salto sin saber lo que ocurriría. Y te esforzaste por construir la versión de ti que deseabas. Gracias por contarme eso.

— Nada, si no es nada... —murmura, ruborizada.

— Sí, lo es. Oye, y ¿sigue pasándote de vez en cuando? ¿Lo de no ser tu misma?

Se encoge de hombros.

— En cierto modo, sí. He dejado una parte de mí atrás, porque me dolía demasiado conservarla. Me seguía recordando ciertos errores del pasado. Aunque ya me he acostumbrado a esta nueva personalidad, o a los restos que quedaban de la antigua. Guau, qué profundo todo —comenta de repente, avergonzada.

— Me gusta —digo al vuelo—. Hablar así contigo. Me parece que eres como una cebolla, y eso me fascina.

— ¿Eh? ¿Una cebolla?

Respondo rápido para que no me pegue un puñetazo.

— Me he dado cuenta de que estás hecha de capas. Y tienes más de las que dejas mostrar. Bajo un nivel superficial, que es el que tenemos todas las personas, escondes más y más piezas que componen tu ser. Hoy siento que he conocido una capa más profunda de ti, y me alegro muchísimo por ello.

Miro en su dirección, temiendo otro gesto de disgusto. Pero está sonriendo.

— Espero no llegar a hacerte llorar, entonces —dice, con una pequeña risa—. Suele pasar eso, cuando despellejas una cebolla.

— Creo que merecerá la pena correr el riesgo.

Nos seguimos mirando, con la misma sonrisa relajada en los labios.

Angela vuelve a ponerse de cara al Jardín, e inspira hondo. Ha cerrado los párpados y se la ve... en paz.

— Nos parecemos en lo de fingir, entonces. —Concluye satisfecha, como si hubiera estado deseando probar una teoría—. Yo me he pasado toda la vida fingiendo, e intuyo que tú también.

— Pero, si ya te he dicho que yo no…

— No me puedes engañar, Mateo. Soy muy observadora, como habrás notado. Creo que no es que seas artificial conmigo especialmente, sino que eres así con todo a tu alrededor. No lo digo con mala intención, no te ofendas. Eres así, sin más. Me ha pasado y a veces me sigue pasando, ya te lo he dicho. Nos parecemos en eso, lo detecto.

Mi respiración se acelera. ¿Tendrá razón, en eso de que soy artificial? Claro que la tiene. «La imagen lo es todo», me decía mi padre. Sin embargo, me frustra que hasta ella lo note. No quiero tener defectos para ella. Justo por eso había decidido recurrir a *WikiLove*, ¿no?

— ¿Y si... dejases de hacerlo conmigo? —propongo—. Lo de fingir. Seguro que te sentirías mejor. Te quitarías un peso de encima por un rato. A mí me encantaría.

Trato de no pensar en que yo, quizás, tampoco estoy siendo yo mismo con ella. Por basarme en *WikiLove* para gustar, por culpa de mi miedo a no ser suficiente. Quizás yo tampoco debería exigirme tanto en todo, incluso en este nuevo amor.

Su sonrisa vuelve a desaparecer, tan pronto como apareció.

— Me temo que me resultaría demasiado difícil mantener esa promesa.

— ¿Por qué?

— Para empezar, porque no planeo volver a reunirme contigo. Así. —Responde, en un tono neutro, apático. Abre los brazos para señalar la intimidad del Jardín, la luz de la Luna y el agua que cae sinuosamente en cascadas desde la fuente.

— ¿Tan mal te caigo? —bromeo, aunque deseando que no haya ninguna respuesta afirmativa por su parte. Es lo primero que se me ha pasado por la cabeza.

— No es eso, Mateo. Simplemente creo que no nos haría bien a ninguno de los dos. Es... complicado.

— No, no lo es. Yo quiero seguir conociéndote, Angela. Y si tú también te lo pasas bien quedando conmigo (que ojalá que sí), ¿qué probl...?

— Mateo, te vas en una semana. —Me corta—. Para siempre. Lo más probable es que no nos volvamos a ver. —Sus palabras son un

golpe de realidad que me azotan más de lo que esperaba. Me quedo sin aliento—. Y, además…

— ¿Además...?

Niega con la cabeza, incrédula por algo que ignoro.

— No te enteras de nada, ¿eh?

— Si no me lo explicas, no.

— No quiero. —Murmura, de pronto extremadamente débil. Asustada. Ha subido los pies al banco y ahora apoya la cabeza sobre sus rodillas, mientras se balancea acunándose.

— ¿Por qué?

— Porque tengo miedo de que pase lo mismo de la última vez.

— ¿La última... vez? ¿Cuándo? —Espero unos segundos, tal vez minutos, su respuesta. No la recibo. Respiro hondo una vez, antes de proseguir—. Angela, el otro día te dije que me esforzaría para cambiar cualquier idea preconcebida que tengas sobre mí. Esa decisión no ha cambiado. Me importas —como un resorte, fija sus ojos negros en mí. Su intensidad me pilla desprevenido—, así que…

— Pero ¿cómo? —Me interrumpe—. Eso no tiene ni pies ni cabeza, Mateo. ¿Cómo te voy a importar si te has tirado casi una década sin saber de mi existencia? No... mientas. —Gruñe, y parece un animalillo herido.

— ¡No lo hago! —alzo la voz, aproximándome más a ella impulsivamente—. Simplemente es así. Me importas. Y ya está. ¿Tan difícil es?

— S-sí —susurra. Su cálido aliento me roza la cara—. Desde que has llegado, tan sólo me has aportado confusión.

— ¿Confusión?

— Sí. No quiero... volver a ilusionarme. Te quiero tener lejos, pero no dejas de acercarte. Si sigues haciendo eso, acabaré sabiendo más de ti y también sentiré más curiosidad por conocerte. Y eso es peligroso. Mucho.

Mi corazón se acelera ante esas palabras. Mi pecho sube y baja con más fuerza. ¿Con qué se ilusionó en el pasado? ¿Acaso se está refiriendo... al instituto?

«¿Te gusto?», me preguntó, un día de junio. «¡No!» fue lo que contesté, preso del pánico. No porque no me hubiese estado gustando en secreto, sino porque estaba asustado de lo que pasaría si yo decía que sí. Tenía miedo, mucho miedo; miedo de que ella no sintiese nada por mí, de que me ridiculizase, de que mi persona fuese incapaz de gustar a una chica

tan perfecta como ella. Tenía miedo de no ser suficiente, algo que me lleva pasando toda la vida.

— ¿Q-qué crees que pasaría si me conocieses más? —inquiero, presionándola un poquito más.

— La respuesta a eso es lo que temo —confiesa, mordiéndose el labio inferior.

Nuestras narices están a punto de tocarse. Inspiro hondo a la vez que Angela espira temblorosa. Nos estudiamos durante un largo rato, las mentes de cada uno seguramente yendo a mil revoluciones por hora en un mar de pensamientos atormentados.

Al rato, me fijo en que sus ojos han naufragado hasta mi boca, y que no se despegan de ahí por muchos segundos que pasen. Yo la imito, por inercia, y entonces me doy cuenta de que eso era algo que llevaba bastante deseando hacer. Aún en la oscuridad plateada que nos envuelve, puedo percibir lo rosados que son sus labios. Instantáneamente recuerdo la única ocasión en la que he podido sentirlos sobre los míos, hace tan solo unas pocas noches. Se me antoja repetir esa experiencia. Trago saliva con fuerza, y noto que Angela hace lo mismo.

Cuando nuestros ojos vuelven a encontrarse, nuestros rostros están tan cerca el uno del otro que es imposible saber dónde empiezan y dónde acaban nuestras respiraciones. Como nos inclinemos tan solo un poco más…

Sin embargo, el hechizo se rompe. Angela se retira espantada, cubriéndose la boca con las manos en una expresión horrorizada. Pone tanta distancia entre ambos que casi se cae de espaldas al suelo.

— ¡¿Íbamos a besarnos?!

— ¿P-por qué te apartas? —murmuro, aturdido.

— ¡Porque sí! —exclama, con una vocecilla ahogada y más aguda de lo normal—. No sé qué me ha pasado, de verdad que yo…

— ¿Te gusto?

Mi pregunta la deja sin habla. A mí también. Simplemente la he soltado en un desliz de mi subconsciente. Hasta ahora, había planeado que fuera ella quien lo preguntase, enamorada hasta las trancas de mí gracias a *WikiLove*. Pero ya lo he soltado y no hay vuelta atrás. Me doy cuenta de que es exactamente igual a lo que ella me preguntó aquel mes de junio, en Las Hayas, antes de dejar de vernos por muchos años. Parece que se ha dado cuenta también, a juzgar por su reacción entre sorprendida y nostálgica. Quizás no se esperaba que yo me acordase de aquel evento. Pero ¿cómo olvidarlo? Aquel día se me quedó marcado como mi mayor acto de cobardía.

Aguardo su respuesta con ansias. Rezo por que *WikiLove* haya estado haciendo su magia durante todos estos días.

17. ANGELA. «DESDE HACE MEDIA VIDA»

— ¿Te gusto? —inquiere Mateo, con una curiosidad desconcertante.

Mi corazón se detiene por un largo rato. Luego se despierta, y empieza a galopar como si estuviera en medio de una carrera de alta resistencia. Mateo tiene que estar de coña, *esto no me puede estar pasando a mí.*

Estonomepuedeestarpasandoestonomepuedeestarpasando.

Ha dicho lo mismo que yo en el instituto, como aquella vez que me confesé. Y, ahora, los roles se han invertido. ¿Se habrá dado cuenta, acaso, de la ironía de la situación? Probablemente no, pero existe una remota posibilidad.

Tengo dos opciones. La primera, vengarme por la humillación que sufrí en el pasado por él, por el corazón sano y lleno de amor que dejó hecho añicos sin darse cuenta siquiera. La segunda, tragarme mi orgullo y decirle la verdad: que sí, me sigue gustando, en contra de mi voluntad, en contra de mi odio. Porque volver a ver Mateo me ha despertado sentimientos negativos, pero también positivos. Porque mi mundo, aquel que me había esforzado por pintar de gris, está volviendo a adquirir las tonalidades rosas que antes tanto había amado. Porque, a pesar del caos que ha causado en tan solo unos pocos días, se puede intuir que es una buena persona. Alguien «querible», y, además, peligrosamente atractivo.

Al final opto por la alternativa más sencilla: la de descargar mis resentimientos contra él, la de mentir por miedo a volver a ser herida. Porque ¿qué ganaría diciéndole que sí me gusta? ¿Una semana fugaz, tras la cual todo se esfumaría tan pronto como había aparecido? ¿Un corazón roto, por segunda vez? Yo siempre he buscado enamorarme, desde pequeña. El amor para siempre existe, me contaban todas las novelas románticas. Sin embargo, no creo que Mateo vaya a encajar nunca en esa clase de amor. Me resulta poco creíble que él me quiera para algo más que para una distracción, por mucho que me haya asegurado que no es así. ¿Acaso ha hecho algo de valor para que pueda ganarme su confianza? No. ¿Acaso me ha ofrecido razones por las cuales yo pueda gustarle? No. Por último, ¿acaso ha tenido la valentía de confesar su amor por mí, en vez de preguntarme a mí primero, como un cobarde? Tampoco. Por lo tanto, no tengo ninguna razón de peso para pensar que su pregunta va en serio.

Me entran escalofríos cuando me percato de que lo mismo podría habérseme aplicado a mí. Yo hice eso en Las Hayas, así que quizás fui una cobarde. Mi indirecta podría no haberse comprendido, y por lo tanto Mateo pudo haber pensado que estaba yendo en broma. *¡Puede que yo a él sí que le gust…!*

Desecho la idea rápidamente. Porque eso implicaría que he permanecido resentida con el amor desde 4º de la ESO sin razón, que he dejado atrás mi personalidad soñadora cuando en realidad había sido mi culpa el no ser clara y concisa. Porque significaría que mi enfado con Mateo debería esfumarse, para siempre. Y no estoy preparada para asimilar eso todavía. Han sido muchos años.

— No. —Contesto, y la voz me tiembla al hacerlo.

Leo dolor en su mirada; ¿por qué? Ni siquiera es como si él hubiera ido en serio.

— Pero... ¿y el beso? —inquiere, confundido.

Me levanto del banco como si este quemase.

— ¿Qué beso?

Él me imita. En dos pasos está ante mí, tan cerca que duele. Con tan solo alargar la mano, podría acariciar su brazo descubierto. Con tan solo ponerme de puntillas, podría dejarme llevar por mis sentimientos más profundos. La Angela de dieciséis años me ruega que haga eso, *por el amor de Dios.*

— ¡El de la fiesta de cumpleaños! —exclama, intenso. Sus ojos no se despegan de mí, estudiando cada una de mis reacciones—. Durante el juego. Sentiste algo por mí, y de repente me besaste.

— ¿Cómo?

— Sí, por eso he estado intentando abrirme más para ti. Supuse que eras tímida y quería…

— ¿... rescatar a la princesa en apuros? ¿Ser un caballero? ¡No podías estar más equivocado! —Mi corazón se encoge un poquito por soltar mentiras—. ¡En eso consistía mi reto! «*Bacia*» significa «besa», Mateo. Tenía que hacerlo.

Por la forma en la que retrocede un poco y afloja los músculos, veo que no se esperaba mi respuesta. ¿De verdad deseaba oír de mis labios una confesión de amor? Se gira, dándome la espalda. Se queda cruzado de brazos, observando el paisaje nocturno del Jardín de Bóboli y la fachada del Palacio Pitti. Respira hondo varias veces, porque sus hombros ascienden y descienden con fuerza. ¿Está enfadado? Me acerco lentamente, con miedo a que se aleje aún más. ¿Y si he cometido un gran error?

Cuando llevo ya varios minutos a su lado, imitando su contemplación, le oigo de nuevo.

— Bueno, ¡no importa! Te enamoraré de mí. Sé cómo hacerlo.

Suena repentinamente alegre. Está forzando una sonrisa, y ni siquiera se atreve a mirarme otra vez.

— ¿Quieres... enamorarme? ¿Tú? —murmuro, incrédula. Su imagen de perfil es cautivadora, tanto que de nuevo cuesta creer que vaya en serio. Mi belleza nunca estará al nivel de la suya, por mucho que Bianca diga que eso no es lo más importante—. P-ero... ¿por qué?

Cuando se gira para encararme, por fin, advierto que su piel está roja. Como si estuviera avergonzado de algo. O como si estuviera nervioso. ¿Acaso le está costando hablar de esto? ¿A él, el «rey de los negocios»?

— Porque sí. E-estoy decidido, Angela. Puede que tú no me quieras, pero yo a ti sí. Simplemente lo sé, aunque te suene como una locura.

Tardo un rato en procesar el significado completo de esas palabras. Mateo... *me quiere.*

¿QUÉ?

Estonomepuedeestarpasandoestonomepuedeestarpasando.

— Pero ¿de qué película has salido? ¿Cómo me vas a *querer*?

— ¡Queriéndote! ¡Es así de simple, así de sencillo! Además, ¡lo tengo todo planeado!

Ni en mil años podría haberme imaginado eso. Justo por ello, no llego a tragármelo. Si algo he aprendido con el tiempo es que las palabras no bastan.

— E-eso no se planea, Mateo. Tiene que surgir, sin más. Y-ya... has hecho bastante —murmuro, repentinamente cansada. Esta conversación me está drenando los ánimos. Quiero volver a casa, convertirme en un burrito humano enrollándome en una manta y llorar mis penas completando recados en el *Animal Crossing*—. D-déjame en paz, antes de que alguno salga herido…

Entonces, agarra mi muñeca. No con una fuerza incómoda, sino con una delicadeza firme que me hace estremecer.

— No, no lo haré —se niega. Hasta ahora, nunca le había visto tan decidido—. Me gustabas mucho en el instituto, ¿sabes? Pero era tímido e inseguro, mientras que tú eras tan inteligente y guapa... —sonríe levemente, como si recordase nítidamente aquella época—. Cuando me preguntaste esas mismas palabras, «¿te gusto?», solo pude echar a correr. Pensaba que era una especie de broma. Tenía

miedo de hacer el ridículo. Sin embargo, el curso siguiente no apareciste en clase. Me di cuenta de que aquella había sido la última vez que te vi, y desde entonces me he echado en cara el no haber tenido la valentía de aprovechar la oportunidad que me diste. Nunca llegué a olvidarte, Angela. Por lo tanto, no pienses que no estoy yendo en serio con lo de enamorarte. Porque no es que me gustes desde hace unos días, sino que me gustas desde hace... media vida.

«Me gustas desde hace... media vida».

Tengo tantos sentimientos encontrados que soy incapaz de reunir fuerzas para organizarlos apropiadamente. Estoy saturada. Podría llorar de felicidad por el hecho de que sí que le gusté en Las Hayas, de que la Angela de esa época no fue una estúpida por intentarlo. Pero por otro lado podría llorar de tristeza, porque ya hay mucho daño hecho y demasiados obstáculos para que nada realista pueda funcionar ahora. Respondo lo primero que se me ocurre para cortarle las alas a Mateo y a cualesquiera que sean los planes que dice que tiene para mí.

— Ahora soy prácticamente una desconocida para ti, Mateo. Han pasado ocho años, ni más ni menos. No te bases en una imagen mía del pasado, porque tan solo es una ilusión. Veo que eres un buen chico, pero te recomiendo que no malgastes energías en un caso perdido. —Trago saliva, mordiéndome la lengua para no revelar más de lo que me conviene—. Se acerca la hora del cierre. Vámonos.

Su rostro se apaga tan pronto como se iluminó, como la débil llama de una vela.

— Como... como quieras.



El trayecto de vuelta a casa transcurre en silencio, a excepción de algún que otro comentario sobre el frío que hace. Con lo intenso que fue el final de nuestra conversación en el Jardín de Bóboli, ninguno de los dos tiene energía para sacar un nuevo tema del que hablar.

Me digo que es mejor así: que, a partir de ahora, hablemos menos. Sería peligroso hacer lo contrario, sobre todo considerando que..., que... le gusto a Mateo, aparentemente. Y que él jamás dejará de ocupar un rincón especial en lo más profundo de mi alma. Cuanto más nos distanciemos, más fácil será volver a la normalidad para mí. Me dolerá menos arrancarme la espinita que tengo clavada en el corazón, esa que me pide que me arriesgue, aunque sea tan solo por un tiempo limitado.

Nos detenemos ante el portal de mi piso, porque Mateo ha querido acompañarme antes de regresar él a su hotel. Tan solo hay una farola iluminando débilmente una pequeña franja de la calle, unos metros más allá. El rostro de Mateo, en penumbra, da la contradictoria ilusión de una mandíbula y músculos del cuello más marcados; de unos ojos más brillantes; y de una altura mayor de la que tiene durante el día. Me descubro fantaseando momentáneamente con lo que podría ocurrir si me acercase más a él, si me dejase llevar. Me pregunto por un instante cómo se sentirán sus grandes y venosas manos sobre mí, agarrando mi cintura con pasión; o a qué temperatura se sentirán sus hambrientos labios sobre mi clavícula.

Pero, entonces, regreso a esta estrecha calle de Florencia, a la irreducible distancia que hay entre nosotros, y me doy cuenta de que nunca podré vivir nada así con él.

«¿Y si he cometido un gran error?»

Cuando saco las llaves de mi bolso, mis manos están temblando.

— Está muy oscuro —murmuro—. Si resulta que te pierdes o no tienes clara la dirección, dame un toque.

— Gracias, pero no te preocupes. Me las apañaré.

Mi corazón se encoge un poquito al notar su desánimo. Retrocedo aún más.

— Genial. Bueno, nos vem... Adiós.

Leo el dolor en su cara cuando me oye rectificar. Sabe que no va a haber una próxima vez; lo que le dije antes es definitivo. Si de verdad le importo tanto, algún día me agradecerá esto: que haya interrumpido cualquier oportunidad de conocernos más. Eso no habría tenido ni pies ni cabeza, considerando que en una semana volveremos a ser extraños.

— A-adiós. —Repite, con monotonía.

Asiento, sin más. Y me dirijo a la puerta con pasos pesados.

— Angela. —Me llama, entonces.

Mis pulsaciones se aceleran. Me giro al vuelo, expectante. Expectante... ¿por qué, exactamente?

— Mi... chaqueta. —Dice, señalando tímidamente lo que cubre mis hombros.

— A-ah... sí. Perdona.

Me quito el abrigo como si de pronto emitiese descargas eléctricas. Me aproximo a su dueño, y se lo entrego mirando al suelo. Siento que, si alzo la cabeza, esta vez me perderé en el fuego helado de sus ojos.

— N-nada. —Recibe la chaqueta, hecha una bola—. G-gracias.

— A... a ti.

No le mires, no le mires, no le mires...

— Buenas noches, Angela.

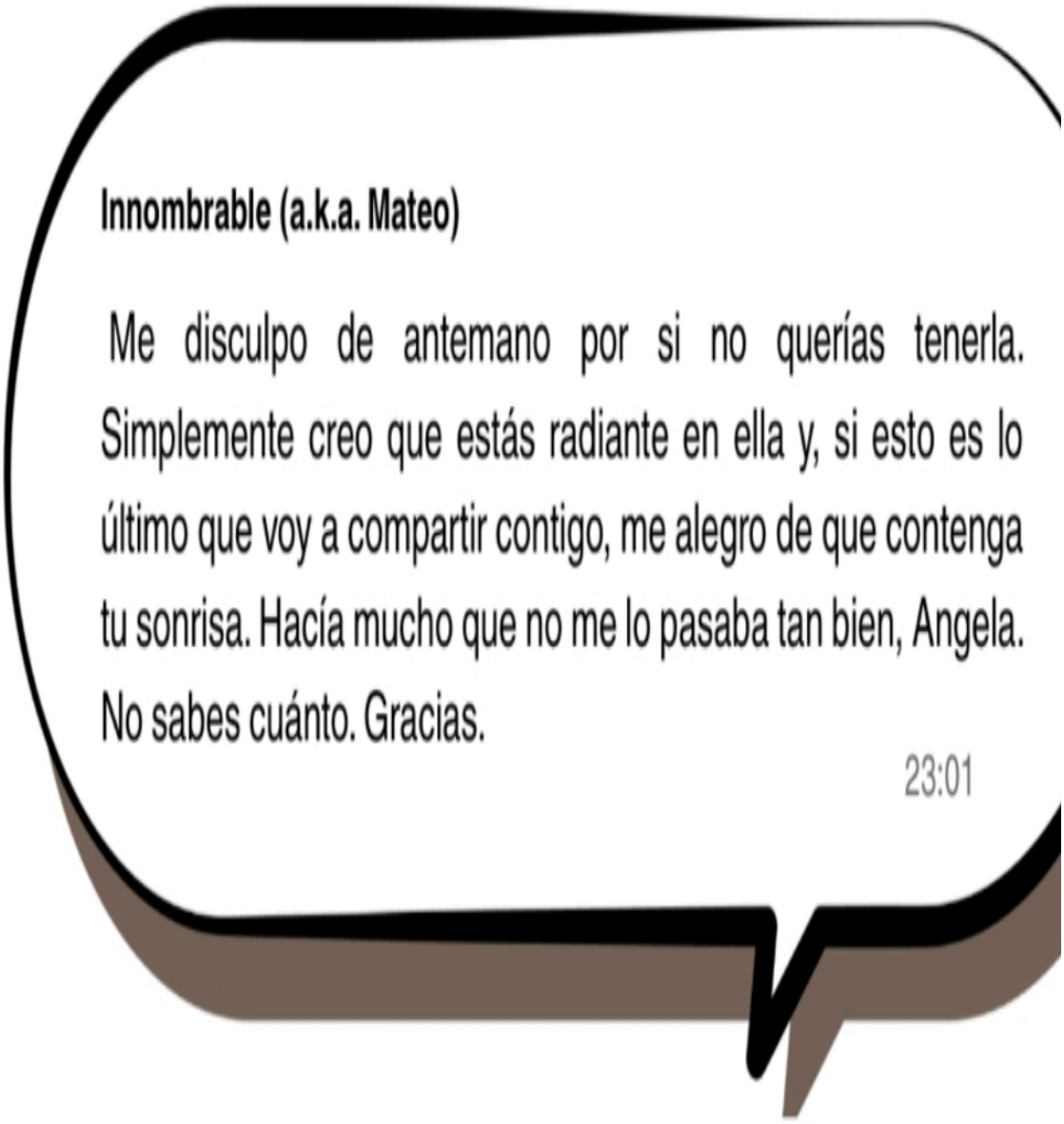
— B-buenas noches.

Corro de vuelta al portal, lo más rápido que puedo. Me lleva un esfuerzo titánico no volver la vista.

Arriba, me encuentro a Bianca tumbada en el sofá del salón. Está viendo un *reality* que ahora mismo no podría interesarme menos. Paso de largo, ignorando su interrogatorio de preguntas sobre mi «cita con Mateo». Ni siquiera la corrijo cuando emplea ese término para designar el día de hoy. Necesito estar sola.

Nada más cierro la puerta de mi habitación, me salta una notificación en el móvil. Al principio la ignoro, porque lo que más deseo es desconectarme del mundo a mi alrededor. Me dedico a desmaquillarme con toallitas limpiadoras ante el espejo de detrás de la puerta, y a darme justo después una larga ducha caliente. Albergo la esperanza de que el agua se lleve por el desagüe toda emoción dolorosa, de que haga limpieza hasta de mis pensamientos.

Después de cenar algo (porque Bianca me obliga a hacerlo), veo que era un mensaje de Mateo. Concretamente, se trata del *selfie* que nos tomamos junto a la Fuente de Neptuno. Salimos realmente bien, tan pegados el uno al otro que por un momento no puedo evitar sonreír de la emoción. La Angela hormonal de dieciséis años ha vuelto a manifestarse, aumentando (todavía más) mi grave inestabilidad emocional. En el pie de foto, leo:



Le hago inmediatamente una copia de seguridad a la foto, para asegurarme de no perderla nunca.

Luego me tumbo en la cama sin bajar la colcha y apago la luz. Sin más.

Lloro igual que hace tres días, con la ligera diferencia de que soy incapaz de soltar ni una lágrima. Me he quedado emocional y físicamente seca.

DÍA 8



18. MATEO. «CUESTIÓN DE FE»

Deslizo la tarjeta por el pomo de la puerta. Mi habitación se abre con un leve chasquido. Me descalzo, sin importarme haber dejado los zapatos en medio del paso. Ya me da igual el orden.

Dejo caer la chaqueta (que aún conserva el calor del cuerpo de Angela) al suelo enmoquetado. Y entonces siento frío y también soledad, y la habitación se me hace más extraña que nunca. Tan solo me apetece volver a casa y alejarme de este hotel, repentinamente tan incómodo.

Me paso cinco minutos mirando fijamente la bombilla de la lámpara de la pared. Luego me aparto, porque me escuecen los ojos una barbaridad. Como una polilla, busco la luz e intento fusionarme con ella; necesito tanto calor como respuestas. Porque resulta que *WikiLove* no ha hecho su magia. Porque, por intentar acercarme más

a Angela, tan solo he logrado apartarla más de mí. Porque he acabado confesándome yo y no ella, justo lo contrario que pretendía. Y ahora creo que mi plan se ha ido al garete.

Quiero gritar. Ya no sé qué más puedo hacer. *WikiLove* era «la guía infalible del amor», ¿no? Entonces, ¿por qué no he escuchado «sí» cuando le he preguntado a Angela si le gusto? En ningún momento he dudado de la fiabilidad de esa web, porque parece bastante profesional (cuanto más corazones y florecitas de color rosa mejor, ¿no?), así que no me explico qué ha podido ir mal…

¿Y si... y si todo ha sido culpa mía? ¿Quizá no he aplicado los consejos suficientes para que mis intentos surtan efecto? ¿Acaso no lo he intentado lo suficiente? Tal vez sea eso, que tengo que echarle más valor al tema. Es decir: tan solo me queda una semana para enamorar a Angela y aquí estoy, parado como un mueble más de la habitación. Creo que debería esforzarme más. *WikiLove* decía que cuanto más insistente sea mejor, ¿no? En las novelas de aventuras, el camino que el héroe recorre para conseguir sus metas nunca es llano, sino escarpado. Siempre hay obstáculos. Pero el héroe los logra superar gracias a su empeño. En la vida siempre hay altibajos, claro que sí.

Sí, eso es. Debo confiar en el proceso. Estoy aprendiendo, y eso es positivo. El amor no es fácil, ¿no? Cuando le dije a Angela que me lleva gustando desde hace media vida, era cierto, así como también que me esforzaré hasta el último minuto que me quede en Florencia para oírla decir que me quiere. Porque siento que ella ha mentido al responder «no» a la pregunta, y cuando me ha dicho que el beso del cumpleaños de Damiano fue tan sólo un reto impuesto por sus amigos. Sé que siente algo, y no debo rendirme hasta confirmar mis presentimientos.

Si hay algo valioso que me ha enseñado mi trabajo, eso es a luchar hasta el final por cualquier proyecto.

Le daré una segunda oportunidad a *WikiLove*. De todas formas, solo no puedo lograr nada e, igualmente, más bajo no puedo caer. Saco el portátil de debajo de una de las almohadas de la cama. En cuanto se abre el menú de inicio, pulso el enlace a la web desde la pestaña de «recientes» del buscador. Después me deslizo

por ese paraíso rosa, en busca de los consejos más potentes. Me detengo en el «paso diez», que dice: «di palabras bonitas, pero tienen que ser repulsivamente cursis. No vale cualquier cosa». ¿Qué quiere decir eso? Necesito instrucciones menos abstractas. De todas formas, me lo apunto. «Paso once», leo luego. «Invítala a una buena cena. Pagas tú, *por supuesto*». Hum, suena bien. Siempre me ha encantado comer en restaurantes. «Paso doce: sé más pesado. Nunca está de más».

Dos horas de investigación después, apago la pantalla. Ya he reunido toda la información que necesito. Una sonrisa malévola asoma por mis labios.

Si antes solo quería generar chispas en ella, ahora haré que se vuelva loca por mí.

19. ANGELA. *«TI AMO»*

— Bianca, no sé qué más quieres que te cuente. Vino al piso a visitarme cuando me encontraba mal, y supongo que me enterneció que se preocupase porque accedí a darle el dichoso tour por la ciudad, y cuando acabamos me acompañó al portal. ¡No pasó nada!

— Mientes. He visto la caja de bombones vacía que guardas en tu cuarto como si fuese una reliquia de oro macizo. Tú no compras bombones.

Le doy un sorbo demasiado grande a mi café. Por poco me atraganto. Si Bianca normalmente ya tiene la costumbre de atiborrarme a preguntas, hoy parece haber aumentado la frecuencia de estas. Estoy siendo sometida a un interrogatorio sin pausa, para el que no estaba preparada. Si lo hubiese sabido, no habría salido del cuarto para desayunar.

Miro al ventanal del otro lado de la cocina. Florencia ya se ha despertado: cientos de coches, motos y bicicletas circulan por las calles; el cielo, algo nublado, deja pasar dorados rayos de sol que bañan los edificios de color. Se oyen cláxones y piares de pájaros. Respiro hondo y decido afrontar este nuevo día de buen humor.

Empiezo por no regañar a mi amiga por haber rebuscado entre mis cosas.

— Hoy tenemos un día muy largo por delante —le digo—. Por favor, apiádate de mí. No quiero ir a trabajar con dolor de cabeza, otra vez no.

— Te dejaré en paz cuando pares de guardarte secretos. —Responde ella, severa. Se está tomando su tiempo para terminarse sus cereales de avena; no tiene prisa por acabar esta tortura. Su pijama es de cuadros azules y amarillos, y el pelo rubio y perfectamente ondulado le cae en cascada sobre los hombros. Hasta recién levantada parece salida de una revista—. Seguro que habréis hablado, ¿no?

— No mucho.

— ¿Cómo que no? —inquiere, indignada.

— Como que no.

— ¿Os habréis liado, al menos? —sugiere, esperanzada.

— ¡¡Bianca!!

— ¡No te pongas tan roja, mujer! ¿Por qué te extrañas? Es algo totalmente natural: tú estás cañón, y Mateo también…

— ¿Tanto importa su físico?

— Claro —dice con simpleza, a la vez que mastica—. A mí sí, al menos. Lo demás me da igual. Yo solo busco pasar un buen rato, ya me conoces.

— Eso es muy superficial.

— Quizás. Pero no me importa. Cada uno debe de hacer con su vida lo que le plazca, mientras no haga daño a nadie. —De pronto, baja la mirada al suelo y suaviza la voz—. Sabes... que no siempre fui así, Angie.

— Ya. L-lo sé.

A Bianca le hicieron mucho daño. Hace dos años, se llevó un gran chasco con el amor. Su expareja, con la que había estado algo más de tres años, la había estado engañando durante todo ese tiempo. Ella solo se enteró cuando el chico con el que él le ponía los cuernos le escribió a ella por redes sociales. Al parecer, él no tenía ni idea de que estaba teniendo un rollo con alguien que ya tenía

pareja; su ex había estado ocultándole la existencia de Bianca todo ese tiempo. Después de eso, ella quiso dejarle, pero no se sentía lo suficientemente fuerte para ello. Le perdonó. Pero la relación se agrió más y más y llegó a un nivel de toxicidad tan insoportable que, al final, él fue el que decidió apartarse para siempre. No Bianca. Si hubiera sido por Bianca, ella habría seguido hasta que la relación acabase terminantemente con ella.

Desde entonces, Bianca lidia con lo sucedido a su manera. Va de flor en flor buscando distraerse, aunque sea durante unos fugaces instantes, para no pensar en lo estafada y abandonada que su ex la hizo sentir. Le he sugerido que vaya a terapia si lo necesita, pero ella se niega, así que lo único que puedo hacer es escucharla y estar ahí para ella. Aunque rara vez me habla de lo que siente. Desde la ruptura, Bianca parece haberse quedado vacía. Sin embargo, ante el resto del mundo intenta aparentar normalidad, y se esfuerza por irradiar un desparpajo que en secreto amenaza con desmoronarse.

— Así no volverán a jugármela —añade—. Me da pereza volver a involucrarme emocionalmente con un tío, ya sabes.

— Lo dices como si fuesen alienígenas o algo así…

Se encoge de hombros.

— A mí me lo parecen. ¿Acaso no han dicho eso ellos sobre las tías alguna vez, metiéndonos a todas en el mismo saco?

— Lo que sé es que decir eso no está bien. No puedes generalizar. Hay personas muy buenas, Bianca....

— No nos salgamos del tema, ¿vale? —me interrumpe, y leo la desesperación en sus ojos.

Suspiro.

— Lo que te voy a contar no puede salir de aquí —le advierto —. Y me tienes que prometer que no intentarás nada después de escucharlo. A veces puedes ser muy impulsiva, Bianca.

La ilusión que brilla en sus ojos es tan cálida que parece calentar lo que me queda de café. Reprimo una sonrisa. Cuánto le gusta un chisme.

— Sí. ¡Sí, claro! Confía en mí. No la liaré. Te lo prometo.

— Bueno, pues..., en el Jardín de Bóboli... me ha dicho que me quiere.

— ¿¡Quéeee?!

— O m-me quería, n-no sé —mascullo, de pronto nerviosa—; después de cómo reaccioné, es muy posible que haya dejado de sentir eso por mí.

— ¡Qué fuerte! *¡Quéfuertequéfuertequéfuerte!*

— Sí, justo así reaccioné yo —digo, y ahora no puedo evitar sonreír. Porque, en realidad, sí que me emocionó oír eso de su boca. Y porque sí que tenía ganas de contarle esto a mi mejor amiga—. Ah, y en un momento pareció que nos íbamos a besar.

Su cara es un poema. Se queda tan boquiabierta ante esa información que simplemente no comenta nada sobre ello.

— *Dime. Que le dijiste. La verdad. Angela.* La verdad de la buena. ¡¡Siempre has estado coladita por Mateo Ruiz!!

Niego con la cabeza. Creo que ese gesto lo explica todo. Bianca se lleva las dos manos a la boca.

— No me lo puedo creer —murmura, espantada—. ¡No me lo puedo creer! Pero... ¿por qué desperdiciarías esa oportunidad? Sucedió lo que siempre habías deseado, ¿no? ¿Por qué no estar contenta? ¡¿Por qué sabotearte a ti misma?!

Me levanto de la silla de golpe, haciendo chirriar sus patas con el suelo.

— Por la misma razón por la que tú te enorgulleces de ser superficial en el amor —admito, alzando la voz—. Porque tengo miedo a involucrarme. Y no me pongas esa cara de decepción, porque... no eres la más indicada para juzgar. — La veo abrir la boca para replicar, pero la situación me duele demasiado y me molesta, ¿o me molesta porque me duele?

— P-pero…

— No, no preguntes más. Tengo secretos, pero tengo derecho a guardarlos para mí. Gracias por preocuparte, en serio,

pero no quiero volver a pensar en Mateo. No...

Bianca echa su cuenco de cereales a un lado. Ya no parece tener apetito.

— Vives con miedo, Angela —declara, y la fuerza con la que emite esas palabras me aturde un poco—. Quizás me pase algo parecido, pero eso no significa que no pueda ayudarte —aprieta los puños—. Porque, de hecho, yo llevo menos tiempo asustada que tú. Mientras que yo he estado dos años así, tú lo has estado desde el instituto. Precisamente, desde que perdiste la fe en el amor y dejaste de escribir en ese blog que tanto te gust…

— N-no hables de eso. Ya te he entendido.

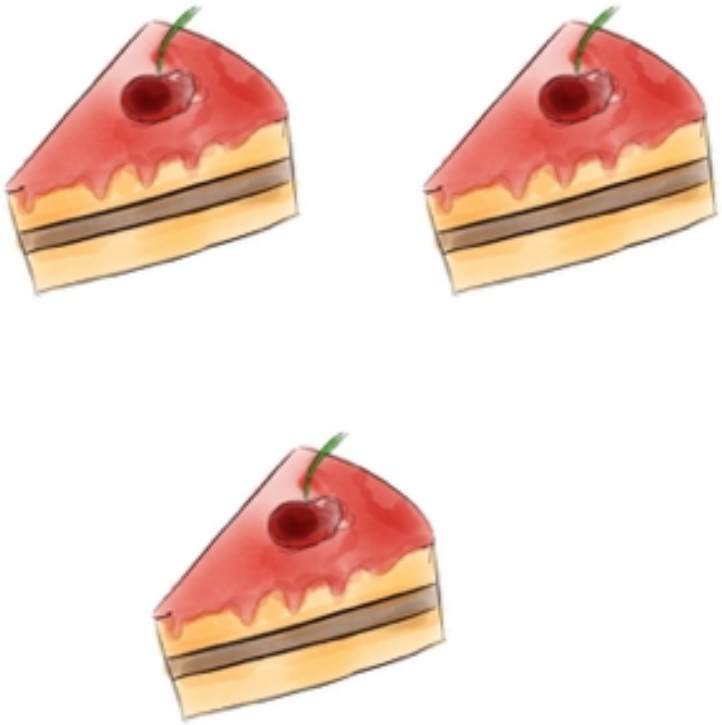
— Como quieras —hunde los hombros—. El caso es que quiero que salgas de tu bucle. Y creo que tú también piensas lo mismo. ¿Y si la aparición de Mateo en Florencia está relacionada con tus temores? A mí me parece que no ha vuelto a tu vida porque sí, sino porque era el desencadenante que necesitabas para dejar de bloquearte. No puedes alejarte de él sin más, ¿es que no lo ves? ¡Esta es tu oportunidad para volver a creer en el amor!

— Venga, termínate esos cereales. Hoy tengo que preparar cinco hornadas de galletas (por lo menos) antes de que llegue la clientela.

Bianca asiente débilmente y acaba bebiéndose lo que le queda en el cuenco sin rechistar. No vuelve a decir nada. Sin embargo, soy incapaz de quitarme sus palabras de la cabeza durante el camino a la pastelería.

«No puedes alejarte de él sin más, ¿es que no lo ves?»

«Esta es tu oportunidad para volver a creer en el amor».



Las primeras horas tras la apertura transcurren sin incidentes. Mi equipo trabaja como una máquina perfectamente engrasada, cada uno de nosotros concentrado en realizar nuestra labor impecablemente. Ennio, cobrando en caja y contestando llamadas telefónicas de encargos; Bianca, sirviendo desayunos y haciendo cafés, limpiando mesas y reponiendo dulces del mostrador; Mario y yo, a tope con los dulces y panes que tenemos pendientes, dividiéndonos las tareas y amasando sin parar. No hay ocasión para detenerse.

Puede que sea un trabajo realmente agotador, pero también es de lo más gratificante; ver el resultado final de nuestras creaciones (nuestros bebés) que tan solo unas horas antes habían sido una mezcolanza de huevos y harina, nos llena de un orgullo (paternal) que nos infla el pecho. Lo malo es que siempre nos da pena tener que decirles adiós para vendérselas (darlas en adopción) a clientes (sobre todo si es una tarta de más de dos pisos con decoración hecha a mano; si no tuviera que pagar el alquiler del local y no tuvieran fecha de caducidad, me las quedaría todas). Pero

bueno, al menos el berrinche se nos pasa rápido. Nos anima saber que vamos a producir más y que hay gente ahí fuera que disfruta de nuestra cocina.

A mediodía, durante la pausa de Bianca para el almuerzo, aparece Mateo por la puerta. Un sexto sentido casi arácnido me advierte de que es él el que ha entrado. Efectivamente, ahí está: sentándose en uno de los taburetes de la barra. Lo miro de reojo, sin dejar de amasar. Está radiante, como siempre, con una camiseta negra dos tallas menos para que se le marquen los pectorales, unos vaqueros pitillos también bastante apretados, y el pelo pelirrojo minuciosamente revuelto. Seguro que huele tan bien como siempre. Me parece tan irreal que este sea el chico que se me confesó ayer, que voy a empezar a cuestionarme seriamente que sea de carne y hueso. Un *cyborg*, o algo así, diseñado por un grupo de científicos malvados para poder estudiar de cerca mis conexiones neuronales.

Me mira fijamente, con seriedad, y que no sonría me asusta un poco. Él siempre sonríe. Ahora da miedito. Sin embargo, no me preocupo por adivinar la razón de su cambio de humor, porque probablemente yo haya tenido algo que ver en ello. Supongo que nunca sienta demasiado bien que te rechacen amorosamente. Me ha pasado, y es peor que una patada en el estómago; el dolor de la patada se detiene en algún momento y tú sigues con tu vida, pero el dolor del rechazo perdura en el tiempo y nunca se llega a olvidar.

Pero no deberían importarme los sentimientos de Mateo; le dejé muy claro ayer que no quiero (o puedo, más bien) seguir aproximándome a él. Por mí, como si regresa a la mullidita cama de su suite de lujo y se queda todo el día ahí, atiborrándose de helado.

De pronto, Mario carraspea. Giro la cabeza para mirarle; está sonriendo traviesamente y ha dejado de amasar panecillos.

— ¿Alguna novedad? —pregunta, enigmático.

— No sé a qué te refieres.

Mario se encoge de hombros sin dejar de sonreír.

— *Carpe diem*, Angela, *carpe diem*…

— ¿Eh? ¿Por qué dices eso?

— Solo se vive una vez… No pienses en el mañana…

— No te entiendo —bufo, impaciente—. ¿Desde cuándo te va a ti la filosofía?

Pero Mario no vuelve a decir nada. Gruño; mi empleado, a quien rara vez considero amigo, es siempre de lo más incongruente: rara vez habla, pero cuando lo hace, sus mensajes parecen acertijos.

Retomo mi trabajo. Ahora, estoy echando pequeñas cantidades de masa de magdalena en vasitos de papel que ya he puesto sobre una bandeja para horno. Sin embargo, sigo sintiendo la mirada de Mateo sobre mí. Y creo que también la de Mario, que lo estudia todo sin dejar de realizar un trabajo impecable. Me ajusto mejor el pañuelo rosa que tengo atado a la frente, porque estoy empezando a sudar más de lo normal.

Bianca irrumpe entonces en la cocina. Aunque la puerta de la trastienda esté de espaldas a mí, sé que es ella porque es la única que ha tenido tiempo de descanso mientras los demás seguimos currando. Además, Bianca es la única empleada que se atreve a corretear por mi zona de trabajo.

— ¿A qué vienen tantas prisas? —pregunto, sin darme la vuelta—. Sé que eres un manojo de nervios, Bianca, y lo acepto, pero ¡te podrías tropezar con un saco de harina, o con alguno de nosotros mientras sacamos algo del horno!

— Esto es importante, Angela. ¡Mucho!

Se ha colocado a mi lado. Me agarra del antebrazo; su cara está tan pegada a la mía que puedo oler su aliento a pasta con pesto *rosso*. Me aparto un poco, incómoda.

— A ver, ¿qué te pasa ahora?

— Tienes que hablar con Mateo, ¡ya!

Mi corazón da un vuelco. Ahora sí que estoy confundida.

— Bianca, deja de mencionarle. Ya zanjamos el tema en el desayuno.

— Pero ¡Angela, esto es importan…!

— Bianca, soy tu jefa —le advierto—. Y tú mi empleada.

Siempre he detestado jugar con esa carta, pero hoy lo considero necesario. Me he quedado sin recursos con los que

conseguir que Bianca deje de entrometerse en asuntos tan delicados como mi dilema con Mateo. Quizás justo por eso, por mi excesiva confianza en la última amenaza que me quedaba en reserva, que me quedo perpleja cuando Bianca contraataca:

— Pero también soy tu mejor amiga. Creo que ambas tendríamos lo mismo que perder.

Se cruza de brazos y me mira con el mentón muy alzado. Sabe perfectamente que no tengo escapatoria: ella es muy superior a mí en el arte de meter presión. Resoplo y decido dejarme llevar por la curiosidad durante tan solo unos minutos: cotillear es terapéutico, ¿no?

— ¿Cómo sabes que ha llegado, si estabas en la trastienda almorzando? —inquiero.

Bianca vuelve a reactivarse, alzando mucho las cejas y sonriendo con los ojos. Se balancea sobre sus talones, enérgica.

— ¡Porque me ha escrito un mensaje avisándome de ello!

— Ah, así que ¿ahora chateáis por móvil? —pregunto, todavía más perpleja. Y algo indignada, quizás—. Es verdad que te dije que, si a ti te molaba el chico, era todo tuyo; pero de ahí a que me hayas estado ocultando que ya has pasado a la acción…

Bianca interrumpe mi frase con una carcajada aguda, de esas que solo ella es capaz de producir.

— ¡Mateo solo tiene ojos para ti, cariño! —exclama, divertida. Me quedo mirándola, porque entonces no me explico para qué me ha asaltado. Cuando recupera la compostura, me explica con más claridad—: Me ha escrito un mensaje porque quiere hablarte, pero no se atreve a hacerlo directamente por miedo a que le destierres de *Gusto* también. Me ha pedido que actúe como intermediaria, porque sabe que yo soy la única que te puede convencer.

— Buena suerte con eso. Si no me hubieses contado que estáis compinchados, quizás habrías tenido alguna oportunidad, pero ahora…

— ¡En serio, me tienes que hacer caso! No sabes lo mucho que se arrepiente de haber sido tan directo contigo con respecto a lo que siente por ti; dice que debería haberse guardado eso, que no era el momento adecuado. Dice que los Jardines de Bóboli parecían haberle hechizado, que las palabras simplemente empezaron a escaparse de sus labios…

— ¿Conque también te ha contado los detalles de nuestra quedada? —inquiero, cruzándome de brazos. Estoy ofendida —. ¿Por qué confías tanto en él, si se puede saber?

— ¿Eh? —balbucea, perdida.

— Lo que oyes. Lo conoces aún menos que yo, y sin embargo crees que es una gran idea que yo siga dentro de su órbita. ¿Y si no pretende nada bueno? Podría ser un asesino en serie ¡y seguirías queriendo emparejarnos!

— Primero: no es un asesino en serie. O, al menos, estoy al 90% segura de ello. Y segundo: ¡porque sé que estáis hechos el uno para el otro! Es algo que se presiente. Yo no creo en las casualidades, Angela; creo en las almas gemelas, que toman tantas decisiones parecidas en la vida que al final acaban encontrándose. Siento que habéis pasado por vivencias similares, que no os habéis reunido en Florencia por azar sino porque vuestros caminos estaban destinados a entrelazarse. Y sobre todo —alarga su mano y la coloca sobre mi antebrazo. Su contacto es cálido—, y este es el tercer punto: porque creo en las segundas oportunidades. Te mereces sanar, cerrar por fin la herida que te hizo cambiar toda tu ropa de color rosa por una de color negro, y ¿cuándo mejor que ahora? En una semana, Mateo se irá para siempre, y todo esto habrá sido nada más que un sueño…

— Más bien una pesadilla —mascullo.

— Angela —me advierte, alzando las cejas—. Creo que me has entendido, amiga. Dale una oportunidad, no por su bien (eso me da igual) sino por el tuyo. Se irá a Barcelona, ¿y entonces qué? ¿De verdad quieres vivir toda tu vida

preguntándote qué habría pasado «si hubieses sido valiente»? ¿Si hubieras aprovechado el tiempo al máximo? Pasas tanto tiempo poniéndote en lo peor, Angela, que te paralizas. El instituto quedó atrás hace mucho, mucho tiempo. No te encierres en el pasado. Tienes que saber que no es tan difícil que le puedas gustar; ¡vales muchísimo! ¡*Carpe diem*, tía!

— ¡Otra vez la misma frasecita!

Oigo a Mario reírse por lo bajo. Lo fulmino con la mirada, pero él se encoge de hombros como si no hubiese hecho nada. Inclino el cuello hacia atrás. Miro al techo hasta que los focos me ciegan y veo puntitos de luz por todas partes.

— ¡Argh! —gruño. La cabeza me da vueltas—. ¿Por qué tienes que ser tan sabia?

Bianca me muestra una sonrisilla autosuficiente. Muy a menudo me pone de los nervios, pero es tan adorable y se le coge tanto cariño que siempre logra salirse con la suya. Nunca me he enfadado seriamente con ella, y a estas alturas de nuestra amistad no creo que vaya a pasar.

— Simplemente me encargo de verbalizar lo que tú, en el fondo, ya estabas pensando —responde.

Me atrevo a mirar de reojo el ventanal que da con la barra de fuera. Efectivamente, la figura inconfundible de Mateo sigue ahí. Alucino con la fuerza de voluntad que tiene; a pesar de que solo hace un día desde que le mandé a tomar viento, ahí sigue. Intentando arreglar las cosas. Lejos de pensar que se trata de un acosador y que quizás debería llamar a la policía para que le pongan una orden de alejamiento, siento cierta admiración por él. Yo sería incapaz de conservar la esperanza, si me viese en su situación.

— ¿Te ha contado qué es lo que me quiere decir? —pregunto en un suspiro. Supongo que tengo que aceptar mi destino: volver a hablar con Mateo.

— Sí. Pero me niego a hacerte *spoiler* de eso. Será mejor que lo oigas de sus labios. —Dice, y me guiña un ojo. Saca su bloc de notas del mandil y me lo mete en el bolsillo del

pantalón, sin preguntar—. Toma: para que anotes la comanda.

Arqueo una ceja, dudosa, pero Bianca tan solo sigue clavando su mirada decidida en mí y asiente, reafirmando lo que acaba de sugerir. Respiro hondo y me preparo mentalmente para lo que estoy a punto de hacer; me limpio las manos llenas de harina con un paño húmedo y me ajusto la coleta de un fuerte tirón.

Sin decir nada más, salgo de la cocina. Muy bien, él lo ha querido: si quiere seguir jugando con fuego, no le detendré. Pero no pienso ponérselo fácil; no sabe dónde se está metiendo. Él quiere paz, pero yo le daré guerra. Y si es capaz de soportarlo, quizás (y solo quizás) consideraré si merece esa «segunda oportunidad» de la que tanto habla Bianca.

— Hola.

— H-hola.

Mateo esboza una sonrisa radiante e incrédula. Lo he pillado desprevenido. No despega sus ojos de mí desde que paso por detrás de la barra hasta que me coloco ante él, de brazos cruzados. Seguramente no dé crédito a lo que está pasando. Supongo que Bianca iba en serio con que tenía unas ganas enormes de volver a hablarme.

— ¿Qué tal? —pregunto, seria. No quiero contagiarme de su alegría, por mucho que su expresión me invite a ello.

Se pasa una mano por el pelo, con la cabeza algo gacha.

— Bien, aunque algo cansado —dice—. ¿Y tú?

— Bien. Supongo. —Me encojo de hombros—. ¿Qué te pongo?

Puede que esté siendo brusca. O no; no lo sé. Tan sólo quiero acabar con esta conversación cuanto antes, ir al grano. No me siento cómoda.

Mateo frunce el ceño, confundido.

— ¿Esto no lo suele hacer Bianca?

Ya veo. Está fingiendo que no está compinchado con ella, que no era idea suya que yo haya acabado aquí, en este preciso momento. Muy bien, como él quiera; estoy por encima de sus estratagemas.

— Hoy no.

— Ah. Pues ponme un café con leche y dos *cannoli* de pistacho. Porfi. —Agrega, con los labios apretados.

— ¿«Porfi»? —repito en voz alta.

— Sí. ¿He dicho algo raro?

No puedo evitar sonreír un poco, mirando a otro lado.

— No, nada raro. Tan solo me ha hecho gracia tu expresión; no te la he escuchado decir hasta ahora. Siempre has pronunciado las palabras al completo, con una dicción impecable y sin reducciones. Mateo, «el rey de los negocios» —declaro, alzando los brazos un poco—. Y, sin embargo, acabas de decir «porfi».

Me sorprende que él no le encuentre comicidad a lo que acabo de señalar. En vez de eso, se cruza de brazos y me responde, misterioso:

— No te fíes de las primeras impresiones, Angela. Te sorprendería la cantidad de cosas que puedo hacer cuando cojo confianza.

Enrojezco automáticamente. Eso ha sido… perturbadoramente sugerente. Asiento torpemente, y doy unos pasos atrás.

Le doy la espalda para preparar lo que me ha pedido. Mientras el café se hace, camino hacia el mostrador para sacar un par de dulces de él. Abro las puertecitas de cristal y, con las pinzas en mano y un platito en otra, me inclino bien para alcanzar los *cannoli* de pistacho. Están bastante lejos, por lo que tengo que estirar mucho el brazo…

— Te quiero. —Susurra entonces una voz en mi oído.

Me quedo rígida, con las pinzas en el aire y el cuerpo doblado. Mis pulsaciones se aceleran, y empiezo a temblar.

«Pero ¿qué…?»

Giro la cabeza ligeramente, y ahí está Mateo. Ha entrado por la barra a una velocidad sobrenatural, solo para decirme esas dos palabras. Está doblado, igual que yo, con su rostro muy pegado al mío. Irremediablemente, conecto su capacidad de sigilo con los

vampiros de las novelas románticas que leía con trece años, esos que entraban por tu ventana por la noche para darte una noche de pasión. Y entonces recuerdo que él también llegó a entrar en mi casa de la misma forma.

Se me pone la piel de gallina.

Cuando me pongo recta, él me imita. De pronto, no parece que sea un adulto de veintitrés años. Parpadea rápidamente con los ojos como platos, muy quieto y orgulloso de su hazaña. Busca mi aprobación, como un niño que le enseña a sus padres la manualidad que ha hecho en el cole. Pero a mí, lejos de sentir ternura o un ejército de mariposas en mi estómago, me entran ganas de vomitar. No he vivido una situación más rara en mi vida.

— ¡¿S-se puede saber qué haces?! —grazno.

Mateo se encoge de hombros. Cuando sonríe, me fijo en sus colmillos: están extrañamente afilados. De nuevo, la imagen de un chupasangre se me viene a la mente. Ocasiones como esta me hacen pensar que a este chico le falta un hervor. Si esto era lo que me quería contar y por lo que yo me he dignado a aparecer, me temo que voy a perder los papeles en los próximos minutos.

— Nada. —Dice.

— ¿Cómo que «nada»?

— ¿Acaso has escuchado algo tú? —pregunta a su vez.

Cuánto detesto que me tomen el pelo.

— E-eso pensaba —digo. Seré más madura que él ignorando lo que acaba de pasar; no pienso caer en ningún juego estúpido—. Vuelve a tu sitio, por favor.

— Espera, antes quería decirte algo.

Ahí está, aquello de lo que Bianca me había advertido. Pongo los brazos en jarra, expectante. Más le vale que sea bueno.

— Dispara.

— Quiero que salgamos a cenar juntos —dice, pero me evita con la mirada. ¿De verdad está pasando vergüenza, después de lo que ha declarado hace unos segundos?—. Deja que te compense cualquier metedura de pata que haya tenido contigo.

— ¿Eso incluye lo que acaba de pasar?

— ¿Y qué es lo que he dicho, si se puede saber? —replica, divertido. Sabe lo mucho que me irrita que se esté haciendo el inocente, y se aprovecha de ello—. No he hecho nada, que yo recuerde.

— ¡Mateo!

Suelta una carcajada. Sin embargo, no me da la razón.

— Entonces, ¿eso es un sí?

— ¡Por supuesto que no!

Como dije antes, no pienso ponérselo fácil. Una cosa es acceder a dirigirle la palabra de nuevo, pero otra radicalmente distinta es pasar a tener una cita romántica con él. Al menos, eso es lo que interpreto de su propuesta de salir a cenar: que quiere intimar conmigo. Y yo ya decidí que me niego a facilitar ningún encuentro, a no ser que considere que este se merece mi atención.

Me dirijo hacia la cafetera, y por suerte Mateo no añade nada más mientras pasa por detrás de mí para salir de la barra.

— Voy a sentarme en una de las mesas junto a la ventana, si no te importa. —Dice, con neutralidad. Otra vez, su voz reverbera muy cerca de mi oído.

— Claro, ve. Ahora te lo llevo todo.

Uno de sus brazos me roza la espalda durante una fracción de segundo.

Dos minutos después estoy caminando hacia su mesa, sujetando una bandeja rosa metálica. El café ondea al son del movimiento de mis piernas, amenazando con salir de su recipiente. Para asegurarme de que no se vierta ningún líquido, me detengo al lado de la silla de Mateo y me inclino lentamente sobre la mesa, para depositar la bandeja con la mayor delicadeza posible. No tengo tanta experiencia de camarera como Bianca, así que debo tener un extra de cuidado.

Parecía que mi cliente no iba a comentar nada mientras me veía luchar contra el «café temerario», pero entonces lo oigo de nuevo. Las dichosas *dos palabras*.

— *Ti amo*.

Encima, en italiano. Como si en español no fuese lo suficientemente *creepy*. Como si no supiera de sobra que soy bilingüe.

La bandeja cae sobre la mesa con un estruendo. El café, por fin, se regocija de haber sido liberado, y se desliza sobre la superficie metálica en diferentes direcciones. Suspiro. Si hubiera un concurso de miradas asesinas, la mía se llevaría el primer premio. Sin embargo, me trago los insultos que se me acaban de venir a la mente y que desean salir. Sé que reaccionar no servirá de nada, porque 1) Mateo fingirá que esa frase no ha salido de su boca y 2) tan solo caería de nuevo en su trampa, ayudándole a causar el efecto que él desea provocar en mí. Tengo que hacer como si me resbalase.

— Voy a por una bayeta. —Digo, cansada.

— Espera, Angela.

De repente, su mano se encuentra encerrando mi muñeca, aprisionándome. Haciéndome detenerme en seco. Trato de ignorar, en vano, lo que su contacto provoca en mi cuerpo: una descarga de energía vibrante, incontenible, que me eriza la piel y me hace sentir tanto frío como calor. También recuerdo, por miedo a sacar conclusiones para las que no estoy preparada todavía, que no me conviene analizar tales sensaciones.

— ¿Qué, Mateo? —siseo.

— Solo quería repetirte que…

— ¡No, no quiero oír eso! —Me llevo las manos a los oídos. Que le den a eso de pretender que me resbala. Esto no tiene ni pies ni cabeza, y lo voy a dejar bien clarito—. ¡Estás mal de la cabeza!

— No, no lo estoy. Simplemente te…

— ¡Para de decir eso! ¡No me quieres! ¡Eso es mentira!

Los ojos de Mateo relucen de una forma insólita. Alza las manos igual que lo haría un hombre que ha cometido un crimen y, apuntado por una pistola por las autoridades, no le queda otra que rendirse.

— Aparte de que sí que te quiero —empieza, a velocidad de caracol—, no iba a decir eso. Sal a cenar conmigo, Angela. Por favor. Quiero invitarte. Me siento fatal por cómo pude hacerte sentir en los Jardines. Me pasé de bocazas.

Tengo ganas de reír a carcajada limpia. Pero no lo hago, porque no quiero que los clientes piensen que soy una histérica. Algunos ya han girado la cabeza en nuestra dirección; supongo que estamos armando un espectáculo. Me empiezan a arder las mejillas de la vergüenza.

— ¿Y ahora no estás siendo uno? —pregunto, impaciente—. Si quieres cambiar, ¡empieza a hacerlo de una vez!

— Puede que tengas razón. Pero… es complicado. No suelo ser tan intenso, créeme. Me estoy esforzando más porque pensé que…

Aprieto los puños. Estoy alucinando; ¿cómo se atreve? ¿Es que no tiene dos dedos de frente?

— ¡No, no pensaste! —exclamo, y ya me da igual lo que piensen los clientes—. ¡Me parece que eso rara vez ocurre cuando se trata de mí! No te paras a preguntarte por lo que yo pueda sentir cuando actúas de esta forma tan extraña. No me gusta que digas «te quiero» así como así, como si fuese una frase sin más —confieso. Las mejillas me arden. Siento que me he convertido en una enorme bola de fuego, más brillante y ardiente que el sol, y que pocas cosas podrían apagar mi ira ahora—. ¡Son las palabras más bonitas que existen, y sin embargo tú las estás transformando en algo mundano y sin magia!

Cuando tenía quince años, creía firmemente que un *te quiero* podría mover montañas. Me ofende que él, precisamente *él*, me restriegue aquellas ideas frustradas como si nada.

Se cruza de brazos y dirige su mirada a los ventanales unos segundos. De nuevo, me deja con un sentimiento agridulce. De verdad que me cuesta descifrar cómo están organizados sus circuitos neuronales; cada vez estoy más convencida de que no hay quien lo entienda.

— ¿Se puede saber qué piensas? —exijo saber.

Me contesta al vuelo, lo cual me desconcierta. Pero no me mira esta vez.

— Te he estado diciendo «te quiero» de más, no porque no lo sienta, sino porque sabía que solo poniéndote de los nervios conseguiría tu atención durante más tiempo. Pararé de decirlo si eso es lo que quieres, pero solo si accedes a salir a cenar conmigo. Por favor.

Retira su mirada de la ventana. Su tono es de súplica.

De primeras, estoy absolutamente convencida de que voy a volver a aportar mi respuesta negativa. Pero, al rato, algunas de las palabras de Bianca empiezan a invadir mi mente en mansalva.

«Se irá a Barcelona, ¿y entonces qué?»

«¡Carpe diem, tía!»

«Te mereces sanar».

Me ablando. Aunque todavía no sé cómo lo hice. Una parte de mí aún creerá en las terceras oportunidades, supongo. O, quizás, por mucho que me fastidie admitirlo, Mateo (o el recuerdo que aún conservo de él, antes de que me rechazase cruelmente) sigue siendo mi punto débil.

— Bueno, ¡vale! Pero ni se te ocurra intentar nada raro. Y quedaremos a la hora que yo decida. Y… cada uno se paga lo suyo. Nada de invitarme.

Casi se levanta de la silla de la emoción.

— Oído, cocina.

— ¿Esta noche, has dicho?

— Sí.

— Pues a las 21:00h. Y puntuales. Tienes mi número, así que mándame la ubicación del sitio por mensaje. Quitémonos esto de en medio cuanto antes.

No me quedo a escuchar lo que tenga que añadir. Debería valorar la enorme oportunidad que le estoy dando y estar agradecido por ello. Tan solo deseo poner distancia, para procesar todo lo ocurrido. Respiro hondo mientras regreso a la cocina a paso ligero,

no demasiado preparada para el tercer interrogatorio de Bianca (en el mismo día).

Sin embargo, algo se cuela por alguna de las grietas de mi «escudo de orgullo propio y temor crónico». Se trata de una sensación cálida, pero en nada parecida a la bola de fuego en la que me transformé antes sino como la pequeña llama de una vela, que ilumina tan solo un pequeño punto de una habitación sumida en la negrura. Se trata de algo que llevo años y años sin experimentar.

Creo que lo voy a nombrar «esperanza».

20. MATEO. «(¿PRIMERA?) CITA»

Angela debe pensarse que soy un gilipollas de manual. Y con razón. Hasta yo mismo me he avergonzado de la escena que he montado en *Gusto*, solo con tal de que accediese a salir conmigo a regañadientes. Encima, muy probablemente habrá dejado de creer que ella *me gusta*, si es que la noche en el Jardín de Bóboli le dio a entender eso (con suerte). Me da la ligera sensación de que he vuelto a la casilla de salida: miradas de desprecio despedidas de sus ojos gatunos, sus uñas afiladas deseosas de arañarme a la mínima y dificultad para establecer conversación.

«Mateo, esto definitivamente no es lo tuyo. Y no es como si WikiLove no te hubiese dejado pautas claras a seguir. La culpa de todo es tuya, solo tuya, y como no espabiles se te va a acabar yendo el tiempo de las manos».

Definitivamente, no puedo permitirme cometer más errores. A partir de ahora, basta de ofender los sentimientos de Angela. Aunque haya sido sin querer, por despistado. Basta de decir «te quiero» hasta que no sea la ocasión perfecta. Esta noche me lo voy a estar jugando todo: un paso en falso, y habré consumido todas mis oportunidades de impresionar a Angela. No querrá verme jamás, estoy seguro. Por eso, esta noche tengo que causar la mejor impresión. Angela tiene que cambiar su idea sobre mí (la cual creo que es muy, muy mala) completamente. Tengo que ser el tío más irresistible, serio, atractivo, respetable y amigable que haya pisado Florencia. Tengo que dejarla con ganas de más.

Habrá de ser una velada perfecta, ¿y quién mejor que su hermano para obtener un par de consejos?

— Damiano, ¿tienes un minuto?

— ¡Voy! —me contesta la voz de mi empleado, desde otra sala de la sucursal.

Es mediodía, y estoy en mi despacho bien sumido en firmas de papeleo, llamadas telefónicas y planificación de horarios. Vine aquí lo más rápido que pude, tras haberme terminado el café que Bianca me trajo como reemplazo del café que Angela (por mi culpa) había derramado sobre una bandeja. He decidido ahogar mis frustraciones (por ser tan patoso) en el trabajo. Aunque también quiero aprovechar para reunir información de interés.

Cuando Damiano, un calco de su hermana en versión masculina, se planta en el umbral de la puerta, empiezo ansioso:

— Resulta que Angela y yo…

— No, no, no.; ¡espera! En italiano, Mateo —me reprende.

Camina hasta una de las sillas opuestas a mi mesa y se sienta. Luego me mira con expectación, de brazos cruzados. Desde el día siguiente a su fiesta de cumpleaños me ha estado dando clases de italiano. Mi objetivo (secreto) era el de gustarle más a Angela de esta manera; quiero que vea que le pongo empeño al tema. Espero que ella haya notado el detalle de que la segunda vez que le he dicho «te quiero» hoy ha sido en italiano. La metodología es simple: Damiano me habla en italiano el 90% del tiempo que pasamos juntos en el trabajo, y yo trato de comunicarme a base de ensayo y error. Es una forma algo dura para aprender un nuevo idioma, pero sorprendentemente efectiva.

Respiro hondo e intento por segunda vez comunicarle lo que quiero. En italiano. Espero que se me entienda.

— ¿En serio? —responde, inclinado hacia delante. Parece que se le van a salir los ojos de las cuencas—. ¿Mi hermana ha accedido a cenar contigo? ¿A solas? Pero… ¿cómo?

— Insistí. Mucho. Demasiado —admito, por lo bajini.

— Pero… osea… es que ¿a ti te mola ella o algo? —inquiere, confundido.

— Sí. Mucho. De una forma inexplicable. Quizás te parezca una locura por el hecho de que solo llevo aquí unos días, pero ha sucedido. Yo… conozco a Angela de mucho tiempo atrás, del instituto. Ya entonces estuve enamorado de ella, pero ella nunca lo llegó a saber porque os mudasteis desde Barcelona a Florencia y perdimos cualquier clase de contacto. Y ahora, por un golpe de suerte, nos hemos vuelto a reencontrar. Y no me gustaría volver a perderla de vista, Damiano —confieso, en un suspiro—. Angela me da dolores de cabeza y me hace soñar a partes iguales, y es justo por eso por lo que la quiero de una forma inexplicable. Me hace sentir en el significado completo de la palabra; hace que mi corazón y mi mente bullan de emociones, que se sintonicen y vibren de alegría por estar viviendo con más intensidad que nunca. Y no quiero que esta sensación se apague nunca.

— Wow, tío. Qué intenso todo. No te tomaba por alguien capaz de hablar de sentimientos tan abiertamente; lo aplaudo. Aunque, bueno: estoy alucinando un poco ahora mismo. Osea, ¡mi hermana te ha dejado salir con ella! ¡Eso es casi imposible!

— Gracias por creer que tenía 0 posibilidades, ¿eh? Se aprecia la confianza que tenías puesta en mis capacidades…

— N-no te lo tomes así —balbucea rápidamente, sonrojado—, es que ¡Angela nunca ha accedido a tener una cita romántica con nadie! Ella siempre ha preferido mantener un círculo pequeño de amigos, y hace años que dejé de creer que llegaría a aceptar una nueva persona en su «zona de confort». Sin embargo, ahora apareces tú y no la veo arañarte la cara cada vez que te acercas demasiado. Es impresionante.

— Bueno, alguna vez casi ha llegado a hacerlo —sonrío—. Y yo tampoco me creo que me haya dado la oportunidad de conocerla más. En parte sé que ha aceptado a regañadientes, porque he sido súper cansino con el tema. Probablemente quiera apartarme de su vista, y piense que

esta quedada sea la única manera de tenerme lo suficientemente satisfecho como para que sea más fácil mandarme a tomar viento.

Hundo los hombros inconscientemente al pronunciar esa frase. No he podido evitar entristecerme un poco: me da miedo que Angela me deteste, aunque sea un poquito, y que todo por lo que estoy luchando sea en vano. No quiero hacer el ridículo, y no saber con seguridad si tengo alguna posibilidad con ella me preocupa.

Sin embargo, entonces Damiano rebate mi idea con una seguridad aplastante. Eso me levanta el ánimo.

— Te equivocas, Mateo —dice, con los ojos brillantes de sabiduría—. No hay quien gane a mi hermana en cabezonería. Si a ella no le hubiese apetecido, de ninguna forma, verte a solas, se habría negado rotundamente y no habría habido viento o marea que alterase su decisión. No la habrías podido convencer, ¿entiendes? Angela es inamovible. Por lo tanto, creo que te considera digno de su atención, sea por lo que sea. Así que ¡me alegro por ti, tío! Esto es lo más equivalente a que te toque la lotería que podrías haber encontrado nunca.

— Bueno… gracias —me rasco la nuca, nervioso. Me siento extrañamente halagado y no estoy acostumbrado a eso—. Es complicado, como te imaginarás.

— Yo te apoyo al cien por cien. Eres un tío de diez, y ya verás que todo saldrá como te esperas. Y no te estoy haciendo la pelota porque seas mi jefe —me guiña el ojo, divertido. Tras una breve pausa, fija la vista en el suelo. Frunce el ceño; parece preocupado.

— ¿Te pasa algo?

— Nada. Tan solo me ha venido una cosa a la cabeza. Tú te irás de Florencia al final de esta semana, ¿no?

Aprieto los labios. Preferiría no pensar en eso, para no añadirme más estrés aún.

— Como he dicho… es complicado —respondo. Damiano asiente en silencio. Me tomo eso a que no va a indagar más

sobre el tema, aunque sé lo que está pensando: ¿cómo voy a pretender enamorar a Angela en los seis días que me quedan en esta ciudad?—. Ahora que te he dado un poco de contexto, ¿me vas a ayudar en lo que te voy a pedir ahora?

Damiano ha vuelto a recargarse de energía.

— Depende de lo que sea —se ríe—. Tampoco sé hacer milagros. Venga, dispara.

Me cruzo de brazos y me balanceo un poco en mi asiento.

— Querría saber cuál es su restaurante favorito.

— Uy, ahí me has pillado. No tengo ni idea, la verdad. Hemos ido a tantos sitios que le han gustado, que nunca le he preguntado eso específicamente.

— Entonces, al menos dime uno de esos que le encantan —sugiero, desesperado.

Como él no me dé alguna pista, me temo que estaré perdido. Y esa cita tiene que ser p-e-r-f-e-c-t-a.

— Emmm…

— Venga, ¡algo se te tiene que venir a la mente!

— Espera, creo que conozco uno. Antes, cuando vivíamos en Barcelona y tan solo veníamos a Florencia con nuestros padres en verano, solíamos cenar en una pizzería que hay cerca de la catedral. Íbamos semanalmente allí. Le flipaba. Seguro que le traerá buenos recuerdos que la lleves a ese sitio.

Bingo.

— Eso es alucinante, Damiano —contesto, intentando mantener mi sonrisa ilusionada a raya—. Justo lo que necesitaba saber. ¡Gracias!

— Nada, tío —dice, encogiéndose de hombros—. Pero ni una palabra a ella de que me he compinchado contigo, ¿eh? Que si no, soy hombre muerto.

— No te preocupes, no lo iba a hacer. Oficialmente quedas bajo mi protección… a no ser que tu hermana decida asesinarme en la cena también, por alguna razón. Si

mañana no vengo al trabajo, sabrás que he acabado en el fondo de un pozo abandonado.

— Eso, o que habréis acabado alargando la cita hasta bien entrada la madrugada…

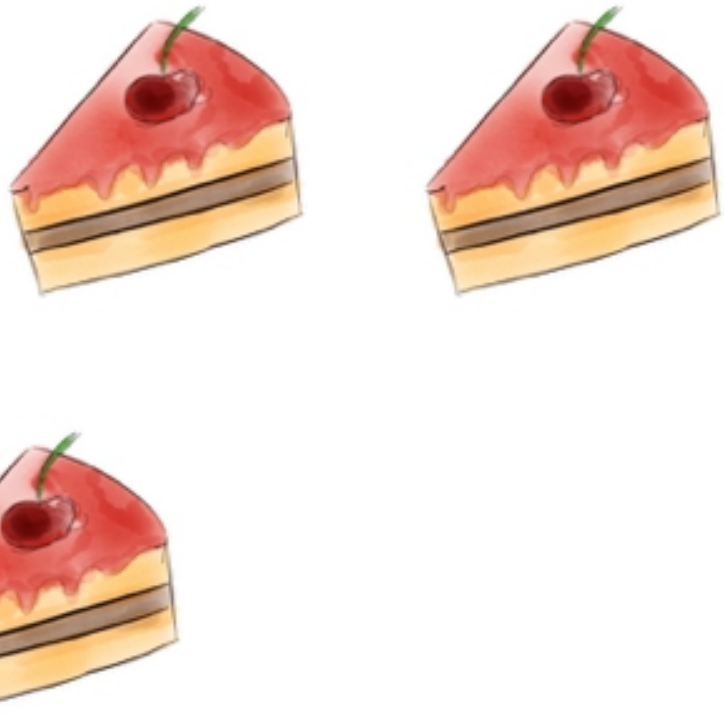
No puedo evitar sonrojarme ante la sugerencia.

— Lo veo… altamente improbable.

— Se trata de Angela, Mateo —dice impaciente, como si no me estuviera enterando de nada—. Con ella todo es siempre una montaña rusa de situaciones impredecibles y sorpresas inesperadas. Por lo tanto, nunca digas nunca…

Me vuelve a guiñar el ojo de esa forma tan inquietante, como si tuviera las respuestas a todos los misterios que envuelven a su hermana, pero le pareciese más divertido dejar que yo los vaya descifrando poco a poco. Se levanta de la silla y retrocede hasta llegar a la puerta, sin dejar de mirarme con picardía. Sin embargo, cuando bajo la vista para formular otra pregunta sobre Angela con la esperanza de que me sepa responder, mi empleado no pronuncia palabra. Descubro que se ha esfumado ya de mi despacho, sin despedirse ni hacer ruido al andar.

Me quedo quieto un rato, sin habla. Dudando en si nuestra conversación ha sucedido de verdad o si, por el contrario, tan solo ha sido producto de mi degenerada imaginación.



Cuando regreso al hotel después de la jornada de trabajo, estoy agotado. Son las siete de la tarde. Una parte de mí tan solo tiene ganas de tumbarse en la cama extragrande con su mullido colchón viscoelástico, y dormir o ver alguna película en la tele. Sin embargo, eso no puede ocurrir. Como diría Freddie Mercury, *«the show must go on»*; esta noche será una de las más importantes de mi vida, y debo prepararme para ella. «*WikiLove*, no te defraudaré», pienso repetidamente, mientras me doy una larga ducha de agua fría en la bañera de mármol negro.

Respiro hondo varias veces cuando salgo del baño con una toalla atada en la cintura. Tengo el pelo húmedo y las gotas de agua caen por mi frente y se resbalan por mis hombros, pero en poco tiempo se me empezará a secar. Abro el armario y estudio con fijeza la ropa que tengo colgada en perchas: la mayoría son camisas de colores lisos, trajes de chaqueta para ir al banco y corbatas oscuras. Tan solo tengo unos vaqueros, pero no sé si son demasiado informales. Desde luego, cuando hice la maleta en España no había

contemplado la posibilidad de tener una cita romántica durante mis dos semanas de trabajo intenso.

Me lleva unos 45 minutos seleccionar el atuendo adecuado. Vamos a ir a una pizzería, pero será de noche y en pleno centro de Florencia. Además, la ocasión exige ir elegante. Finalmente me decido por uno de los trajes de chaqueta que aún no he utilizado durante mi estancia en Florencia, de color gris oscuro. No voy a llevar corbata y la camisa que llevaré puesta será la más casual que tengo, de color burdeos y remangada por los antebrazos. También llevaré los primeros botones desabrochados.

No despego la mirada del gran espejo de la pared mientras me visto; nunca he estado tan preocupado por que las cosas salgan bien, y nunca me he sentido menos capaz de controlar la situación que ahora. Sin embargo, he decidido refugiarme en mi apariencia para ganar seguridad en mí mismo, porque en multitud de ocasiones me ha servido esa estrategia: aunque sienta que estoy destinado a fracasar, ponerme un traje de chaqueta como el de ahora siempre me ha hecho sentir mejor. Es como si mi personalidad se resguardara bajo el escudo de mi imagen exterior, la de hombre serio y exitoso laboralmente. Cuando me veo bien por fuera, suelo creer que los sentimientos que se esconden dentro de mi cascarón deben pasar a un segundo plano. El Mateo que tiene miedo y desea ser amado tanto como él ama no parece importar tanto.

Por lo tanto, es natural que a veces me sienta algo perdido. Suele ocurrir eso, que uno un día no se reconozca por culpa de haber estado centrándose tantas veces en el físico y no en lo psíquico. Eso es lo que me sucede ahora por unos segundos. De pronto el hombre que veo reflejado en el espejo me parece un extraño, un intruso en mi habitación. Retrocedo unos pasos, y por ese instante siento un pánico intenso.

Por suerte, se me pasa rápido. Recuerdo las palabras que me repetía mi padre: *«La imagen lo es todo, Mateo».* Y casi lo oigo decirme eso al oído, con su voz grave y autoritaria. De pronto, ya no me avergüenzo de tomar mi apariencia como escudo. De no ser *auténtico*, tal y como apuntaba Angela.

Me aparto de ese espejo engañoso y me pongo los zapatos para salir.

Todo va a salir *bien*.

21. ANGELA. «LA ÚLTIMA CENA»

— Oh, pero ¡qué ven mis ojos! ¿Te estás planchando el pelo, Angela?

— Cállate —espeto, roja hasta la coronilla—. O te cierro la puerta en la cara.

— Vale, vale, disculpe usted… —contesta Bianca, con las manos alzadas. No abandona esa sonrisilla divertida—. Simplemente me alegro por verte tan ilusionada; no sé cuánto tiempo llevas sin tener una cita con un chico… ¡O sin alisarte el pelo!

Está apoyada en el marco de la puerta del baño mientras me observa arreglarme. En una hora he quedado con Mateo para cenar, y debo prepararme para ello. Sin embargo, mi amiga no me quita el ojo mientras lo hago, como si yo fuese una niña pequeña a la que hay que guiar por si hace algo mal y no una mujer de 23 años. Esperaré a que se vaya para empezar a maquillarme; si me está montando una fiesta por verme con un peinado que no sea una coleta, no me quiero imaginar lo que hará cuando me vea sacar la sombra de ojos y el *eyeliner*.

— Es que nunca he tenido una —digo, desinteresada—. Siempre las he rechazado. Las veo como una pérdida de tiempo.

— Y, sin embargo, aquí estás. Poniéndote guapa para una. Hay que ver las vueltas que da la vida, ¿eh?

— Lo he hecho porque no tenía elección, Bianca. Mateo ha sido un pesado y tú me has incitado a aceptar por eso de «dar segundas oportunidades» y «no sé qué» más. ¡Me he visto obligada por ambos bandos!

— Sea como sea, estoy orgullosa de ti. Es un gran paso. Y aunque ahora digas que te da pereza, ¡creo que te lo vas a pasar muy bien!

— Lo dudo bastante. Pero lo intentaré —añado, porque mi amiga me lanza una mirada de reproche. Sé que no tiene ganas volver a soltarme la misma chapa sobre no anclarme en el pasado y explorar lo que pide mi corazón, y yo tampoco de escucharla—. Iré con la mente más abierta que pueda, ¿vale?

Bianca se aparta del umbral de la puerta y se acerca al lavabo en el que estoy apoyada. Me abraza por detrás.

— Esa es mi chica —dice, sonriente, y me da un beso en la mejilla—. Estoy orgullosísima de que estés dispuesta a intentar darle una oportunidad a Mateo. El pobre puede parecer demasiado brusco en algunos momentos, pero tengo la sensación de que hace las cosas lo mejor que puede para agradarte. Se nota que nunca ha estado con una chica seriamente, ya sabes…

— ¿Tú crees? —pregunto, curiosa—. ¿Que nunca ha tenido pareja?

Nunca se me habría pasado por la cabeza que él, el atractivo y decidido Mateo Ruiz, el mismo que me acorraló el otro día contra la pared y me ha susurrado sin vergüenza que «me ama», sería un inexperto en el amor. Que, con la edad que tiene y la seguridad que aparenta, un chico tan «universalmente guapo» como él se encontraría en la misma situación que yo. Simplemente lo había tomado por un tonto de remate. Me duele admitir esto, pero mi interés por él se ha acrecentado en un 30%; ahora empiezo a pensar que Mateo es más de lo que aparenta, y que quizás podamos parecernos en algo más que nuestro amor por los *cannoli* de pistacho.

Esta noche promete.

— Sí. Eso mismo. E incluso aventuraría que es virgen —agrega mi amiga, mirándose el esmalte de uñas rojo.

Vale, ahí se ha pasado.

— Pero ¿cómo diantres vas a ser capaz de adivinar tal cosa?

— No sé. Simplemente lo presiento —responde, creyéndose ahora pitonisa—. Bueno, tampoco es que importe. No me

hagas mucho caso, ¿eh?

— Ya, no lo iba a hacer.

Nos quedamos en silencio unos segundos en los que nos miramos fijamente a los ojos en el reflejo del espejo. Ambas acabamos sonriendo con complicidad, aunque no sé muy bien por qué exactamente.

— Te dejo sola, anda —dice, en un tono travieso.

— ¡Menos mal!

Bianca suelta una carcajada. Se cruza de brazos e infla el pecho, orgullosa de pronto; está a punto de presumir de algo.

— Te libras porque yo también he quedado. Con una chica de Tinder. Parece bastante maja, y está para mojar pan —dice, y me guiña el ojo.

— Argh —mascullo, asqueada—. No me cuentes más. Y ¿cómo es que sigues usando *apps* de citas?

— ¿Qué hay de malo? Pero ¡si es lo más normal hoy en día! Una no tiene tiempo de salir a conocer gente noche tras noche, ¡especialmente con la de curro que tenemos en la pastelería!

— Qué me vas a contar… —murmuro—. Simplemente no me parece romántico, solo eso. Y creí que ya te habías cansado de conocer a gente por internet.

— Eso es porque no has probado estas *apps*. Cariño, no todas tenemos la suerte de cruzarnos con nuestro príncipe o princesa azul en una situación de comedia romántica —replica, encogiéndose de hombros. ¿Se está refiriendo a mí? —. A veces, los mortales tenemos que buscar el amor de otras formas igualmente válidas. Simplemente no esperes mi regreso esta noche, ¿vale? Tengo la corazonada de que mi cita promete.

— ¡Argh!

— No reacciones otra vez así, mujer. Que, gracias a mí, ¡tendrás casa sola durante tiempo indefinido!

— Pero ¡¿qué estás insinuando?! —contesto con voz ahogada.

— Nada, nada… Tan sólo pórtate bien, ¿vale?

— ¡Bianca!

Pero ella no dice nada más. Cuando cierra la puerta del baño para dejarme sola, puedo seguir oyendo sus carcajadas cantarinas. Respiro hondo, y cuando vuelvo a mirarme al espejo me doy cuenta de que también sonrío. Mi amiga y yo no podríamos ser más opuestas, pero creo que justo por eso nos llevamos tan bien. Nos complementamos de una forma que aún no alcanzo a comprender del todo.

De pronto, mi móvil vibra en mi bolsillo acompañado del timbre de una notificación. Doy un respingo, sorprendida; casi nunca suelo recibir mensajes a esta hora, porque mis trabajadores están de descanso y mi hermano siempre trabaja hasta tarde editando contenido para sus redes sociales. Podrían ser mis padres, pero lo dudo; ellos suelen optar por las llamadas telefónicas en vez de los chats de Whatsapp. Solo me queda una opción: Mateo.

Mi corazón empieza a bombear al doble de velocidad tras leer que, efectivamente, él es el emisor del mensaje. Respiro hondo para tranquilizarme un poco antes de abrir la notificación. En serio, me avergüenzo de mí misma por sentirme así: ¡Mateo Ruiz debería traerme sin cuidado! «Hola, Angela», empiezo a leer. «Espero que estés bien. Te mando la ubicación del sitio que he pensado para cenar, ¿vale? He reservado la mesa a la hora que me dijiste. Hasta entonces». Seguidamente veo adjunto un mapa en el que hay una única chincheta roja, que señala el restaurante donde tendremos la cita. Cuando advierto de qué local se trata, creo que me va a dar un paro cardíaco.

No puede ser. ¡No puede ser!

— Pero… ¿cómo lo ha sabido? —susurro en voz alta, con una mano en la boca.

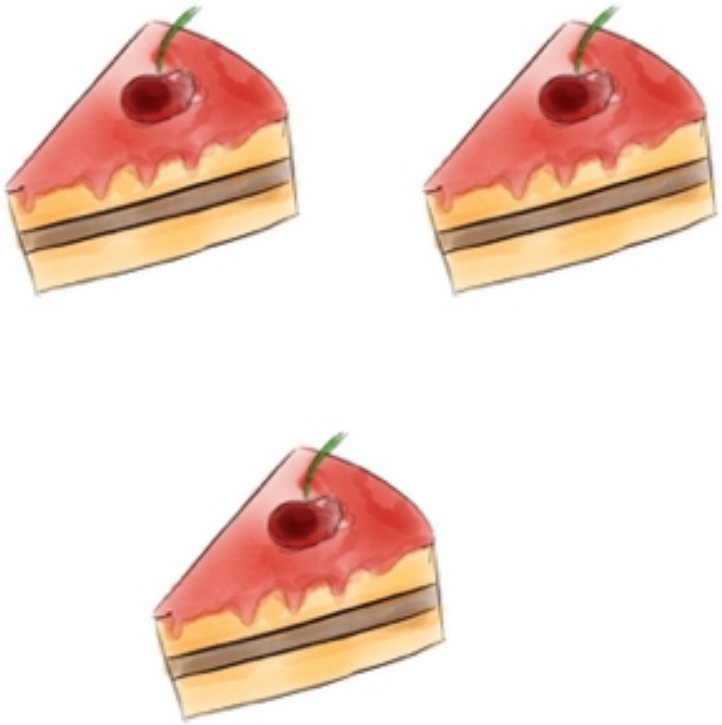
Trago saliva. «Vale. Nos vemos», tecleo rápidamente, sin añadir nada más. Le doy a «enviar» y desenchufo la plancha de pelo para salir corriendo hacia mi habitación.

He decidido hacer cambios de *outfit* a última hora. Creo que es la primera vez en años que me apetece cambiar mis vaqueros y mis camisetas holgadas por algo que lleva años guardado en mi

armario. Pero es que de repente estoy ilusionada. Y creedme cuando digo que no esperaba sentirme así por la cena con Mateo. Ahora tengo ganas de ir, porque ese mensaje (y la ubicación del sitio) me ha confirmado que Mateo se esfuerza por hacerme ver que está genuinamente interesado por mí. Que, quizá, yo no sea un mero entretenimiento para su estancia en Florencia. Que sí puede ser verdad que le gusto, y no para dos días. Y que lleve equivocada sobre su persona todo el tiempo, influenciada por la idea que generé sobre él en el instituto: ese Mateo malvado que salió corriendo en cuando yo le confesé mi amor eterno. Puede que las personas sí que cambien, y yo me lleve una grata sorpresa al darle esta segunda oportunidad.

Me sonrojo entera al barajar la posibilidad de que mi «cuento de hadas» pudiera cumplirse, de que mis creencias sobre el amor verdadero de las novelas románticas (en el que tanto había confiado de adolescente) puedan existir en la vida real. Quizás Mateo sí que sintió un flechazo, el mismo que yo volví a sentir al verlo en el aeropuerto y charlar con él en el avión rumbo a casa.

La Angela enamorada del amor está despertándose de su largo letargo, y no sé si voy a tener fuerzas de alejarla de nuevo. Y uno de los peligros de volver a creer es que la caída duele más en el caso de volver a llevarse un chasco. Pero los riesgos son ya inevitables y, sinceramente, creo altamente improbable que me vaya a tropezar dos veces con la misma piedra. Eso no *puede* pasarme.



Mateo tiene que ser una buena persona, seguro. Porque, como no lo sea, no sé qué será de mí. Ya no me quedarían ganas de volver a confiar en nadie nunca más. Y como dicen que la esperanza es lo último que se pierde, ¿qué sería de mí si ésta abandonase mi cuerpo para siempre?

A las 20:45 estoy ya en la calle. Camino más lento de lo normal debido a los incómodos tacones que llevo; tras tan solo cinco minutos ya estoy lamentando el no haber optado por unas deportivas. Creo que voy a llegar un poco más tarde de la hora establecida, pero contengo mi impulso de sacar el móvil para hacérselo saber a Mateo; mi lado más oscuro se regocija ante la idea de hacerle esperar, ansioso, a mi llegada. Simplemente me concentro en sortear los huecos entre los adoquines de piedra sin caerme de bruces contra el suelo, mientras me repito que estoy divina.

Hace una noche de abril espectacular. El cielo está despejado y se ve cuajado de estrellas. La temperatura es lo suficientemente fresca para poder ir con una chaqueta fina sin empezar a tiritar.

Siempre me ha encantado observar la ciudad a estas horas; es a la luz de la luna cuando se pueden advertir mejor todos los matices y peculiaridades que ofrece Florencia. Oigo una melodía proveniente de unas calles más allá de mi piso, y el murmullo de personas que charlan animadamente en la terraza de un bar.

Lo que me sorprende esta vez es que cada rincón de mi amada ciudad albergue ahora un trocito de Mateo. Cuando llego a la plaza del Duomo y la atravieso entre las largas filas de locales y la imponente arquitectura de la catedral (que proyecta sombras descomunales sobre el suelo), no puedo evitar rememorar instantes del día de ayer: la heladería en la que él me compró un helado, las columnas que él acarició con sus dedos lleno de admiración, los ángulos exactos desde donde él tomó fotos… Y me sorprende, aún más, que todos esos *flashbacks* provoquen una sonrisa en mis labios. Al final me encuentro tan abrumada que me fuerzo a apretar la marcha, a pesar de que así me duelan más los pies. No sé cómo debería sentirme ante la idea de que mi hogar vaya a estar impregnado, de ahora en adelante, por el paso de mi antiguo *crush* de instituto. Me inquieta bastante, cuanto menos.

Al final de la plaza se encuentra el restaurante, «*Pizza Leo*». Para mí es el mejor de toda Italia, aunque (por supuesto) suene extremadamente aventurado decir tal cosa. Tiene las pizzas más deliciosas que he probado nunca. A lo mejor mi opinión está influenciada por recuerdos dulces del pasado, que me hacen creer que los sabores ofrecidos en esa pizzería son más intensos de lo que realmente son. Simplemente le tengo muchísimo cariño al sitio; aquí era donde mi familia se reunía, como si mis padres se quisieran más de lo que realmente lo hacían.

Me quedo unos segundos parada ante la puerta. No sé por qué estoy tan nerviosa y asustada. Supongo que tiene algo que ver con que estoy citada con el amor de mi adolescencia, aquel que me partió el corazón y no volví a ver hasta hace unos días…; el mismo que ahora no sólo está cañón y está haciendo resurgir en mí sentimientos que yo creía desaparecidos, sino que confiesa quererme de forma romántica. Y no sé qué saldrá de esta reunión. Hay demasiadas variables. Sobre todo, deseo profundamente que

Mateo no me vuelva a decepcionar, y que Bianca estuviera en lo cierto cuando dijo que él es una buena persona.

También deseo no volver a tener la tentación de besarle.

Una campanita suena delicadamente cuando entro. La calefacción está tan alta que lo primero que hago, antes de observar el local que tanto echaba de menos o recrearme en el aroma de las pizzas que se tuestan en los hornos de leña, es quitarme la rebeca. Segundos después, aparece un camarero que conozco muy bien; se llama Alessandro y me conoce desde pequeñita, pues siempre atendía a mi familia cuando éramos clientes asiduos. Yo lo recordaba como un hombre de mediana edad, alto, de pelo castaño y una barba perfectamente recortada; sin embargo, me choca encontrarme con un señor a quien los años han pasado factura, con la cabeza plagada de canas, encorvado y cojo, además de un rostro cuajado de arrugas sobre cuya nariz descansan unas gafas rectangulares. Ay, el paso del tiempo. Pero él también parece haberme reconocido, porque exclama:

— Pero ¡bueno! ¡Qué alegría verte de nuevo, Angela!

Se acerca al paso más veloz que le permiten sus piernas, y recibo con gusto el abrazo que me ofrece. *Pizza Leo* se siente como en casa gracias a él.

— Lo mismo digo, Alessandro —respondo, con la emoción a flor de piel—. ¿Cómo estás?

— Bien, bien. Tirando. Intuyo que vienes por la reserva de esta noche.

— ¿La reserva? —balbuceo, confundida—. ¿En singular?

Entonces, miro en derredor. Efectivamente, un silencio inusual reina en el local; únicamente se escucha música ambiental de jazz y una conversación que tiene lugar en la cocina. No hay comensales. Todas las mesas están vacías, salvo una. No puedo ver quién la ocupa, porque una enorme planta artificial me obstruye la visión.

— Pero ¿cómo es posible? —murmuro—. Esta pizzería es de las más famosas de Florencia… ¿Qué ha pasado?

Alessandro abre la boca para darme una explicación coherente, pero es interrumpido al instante por una voz grave y cautelosa.

— ¿Angela?

Sé de quién se trata al instante. Se me pone la piel de gallina. El camarero también se yergue al instante, como si se sintiera ante la presencia de un miembro de la mismísima realeza. Se me había olvidado que muchas personas podrían ver mi cita de esta noche con esos ojos; al fin y al cabo, es el heredero de uno de los bancos más potentes de Europa. A algunos les podría dar miedito. No dudo que él tiene tanto poder como para hundir la vida a quien le apetezca, aunque no sea tan malvado como para hacer tal cosa.

Aparece desde detrás de la planta, con las manos en los bolsillos. En cuanto le veo, experimento de nuevo la misma sensación de estar quedándome sin aire. No soy capaz de acostumbrarme a tanto atractivo, y tampoco me puedo creer que él esté aquí por mí. Aunque seguramente me esté infravalorando, como me pasa siempre; malditas inseguridades… Recuerdo la conversación que tuve con Bianca hace poco, y me prometo que me esforzaré por anclarme a la opinión de mi amiga:

«¿Crees que no le puedes gustar, es eso?»

«Ni en cien años», respondí sin pensar.

«Pues entonces te infravaloras», dijo ella. *«Eres un bombón y no conozco a nadie con tanto ingenio como tú».*

Me pongo recta como una espiga de trigo y adopto la mejor cara de póker que puedo. Se me da extremadamente bien poner miradas heladas capaces de hacer sentir pequeño a cualquiera. Lo observo detenerse sin pronunciar palabra y espero a que él hable de nuevo, mientras yo evalúo cómo abordar la situación. Mientras tanto, analizo su vestimenta; lleva un traje que lejos de ser demasiado elegante es irresistible y, de nuevo, sus tatuajes asoman por el cuello de su camisa de lino. Por un segundo me pregunto cuántos se esconderán debajo de esa ropa, pero me reprendo por tener la mente tan sucia. Malditas novelas eróticas, ¿por qué tuve que leer tantas en el pasado?

Él también me está observando de arriba abajo, con los labios entreabiertos. También noto que le lleva un esfuerzo titánico apartar la vista de mi cuerpo, para arrancar a hablar de nuevo.

— He reservado el restaurante para nosotros —se explica, y esboza una sonrisa tímida que me deja a cuadros.

Parpadeo repetidamente, con un nudo en la garganta. No doy crédito.

— ¿Qué? —grazno.

— Que he reserv…

— Ya te he oído —le interrumpo, exasperada.

— A-ah…

Sacudo la cabeza.

— Simplemente… Guau, no sé qué decir —murmuro, y suelto una carcajada nerviosa.

Es simplemente demasiado. ¿O no? No sé; nadie ha hecho esto por mí jamás; no estoy acostumbrada. Nunca lo había visto como algo necesario pues es un detalle que jamás me podría permitir yo, con el alquiler de *Gusto* y del piso a mi cargo… Claro que Mateo debe de ser asquerosamente rico, y esto quizás es lo normal para él. Puede que esto no sea nada especial, y me esté sintiendo importante para él sin razón de peso.

Me cruzo de brazos y mi ego rompe a hablar incontrolablemente.

— ¿Haces esto con todas las chicas con las que quedas?

Mateo se queda rígido. Parece repentinamente preocupado.

— N-noo, qué va —titubea—. Lo he hecho por ti.

— Ah, ya veo… —comento con demasiado sarcasmo.

— Además, ¿con cuántas chicas crees que suelo quedar yo? —inquiere, frunciendo el ceño.

Suspiro. Creo que me estoy pasando. «Mente abierta, Angela», me recuerdo. «No pienses tan mal de él». Hundo los hombros; no debería ser desagradecida.

— Disculpa, no quería ser maleducada. Gracias por el detalle —cedo.

Mateo alza las cejas y abre tanto los ojos que parece que acaba de ver un espíritu. O un unicornio. Quizás oírme pedir perdón por algo resulta tan inusual para él como ver un ser mitológico en la vida real. Sin embargo, no agrega nada cómico sobre eso.

Cuando Alessandro carraspea, me doy cuenta de que estábamos teniendo una conversación delante de él, de pie. Sin habernos sentado siquiera.

— ¿Los acompaño a la mesa? —nos pregunta, y ha adoptado un tono profesional. Sí que le debe imponer Mateo, pero es natural; a saber cuánto le ha pagado a *Pizza Leo* esta noche. Sin embargo, me está sonriendo como un padre lo haría al ver que su hijita se está haciendo mayor; con orgullo y a la vez nostalgia. Sé que mis mejillas se han llenado de color sin necesidad de verlas.

— No hará falta, gracias —responde Mateo por mí rápidamente —. Yo la acompañaré.

— Por supuesto, Señor Ruiz.

«Señor Ruiz»…

— ¿Vienes? —inquiere Mateo, extendiéndome una mano. Creo que quiere que se la coja. Trago saliva ante la idea de tocarle de nuevo—. He elegido la mesa más cercana al ventanal.

Asiento con la cabeza.

— S-sí, claro —murmuro.

Conecto mi mano con la suya y él estrecha sus dedos con los míos. Advierto la delicadeza con la que me roza con las yemas de los dedos y con la que posa por un instante su mirada sobre la pequeña unión de nuestros cuerpos. Mi corazón vuelve a acelerarse al verle tan embelesado. Aparto la mirada rápidamente antes de que sus ojos color hierba traten de establecer una conexión con los míos. Me dejo guiar por él cuando echa a andar con esa forma tan tranquila que tiene de hacerlo.

Por supuesto, es la misma mesa donde mi familia y yo siempre nos hemos sentado, año tras año. No sé cómo no lo había visto venir. Las llamas de varias velitas aromáticas que hay dispuestas en el centro del mantel danzan en su recipiente y se reflejan en el cristal del ventanal oscurecido por la noche, de forma que da la sensación de que hay más fuentes de luz de las que realmente hay. Ese detalle me encoge el pecho un poco y despierta mariposas en mi

estómago; reprimo las ganas de darle un puñetazo a mi propia barriga para aniquilar a los dichosos insectos antes de que se reproduzcan.

— Mi hermano está detrás de esto, ¿a que sí? —le pregunto a Mateo con sospecha, mientras le echo un vistazo a toda la sala—. Se ha compinchado contigo.

Ha sido rediseñada desde la última vez que vine. Ahora la paleta de colores es marrón, con muchísimos toques de verde aportados por plantas dispuestas por doquier. El logo de la pizzería, la ilustración de la cabeza de un león aparentemente inofensivo luce en el centro de una pared lateral tapada por papel adhesivo con estampado de hojas. Sobre él, en letras neón amarillas y en una caligrafía elegante: «*Pizza Leo*».

— No sé de qué me hablas —responde él, pero esa declaración suena demasiado a la defensiva como para resultarme creíble.

— ¡Venga ya! —exclamo—. ¿Cómo lo ibas a saber?

— ¿El qué?

— Que me encanta este restaurante.

— Un buen mago nunca revela sus trucos —replica él, sonriente.

— Me tomaré todo eso como un «sí» a mi primera pregunta —digo, pero esta vez también sonrío de vuelta. No puedo evitarlo.

Paso por su lado, dejándolo atrás. Quiero sentarme en el extremo derecho de la mesa a toda costa, como yo hacía en los viejos tiempos. Sin embargo, él echa a correr en mi dirección en cuanto toco la silla con la mano.

— Espera, ¡permíteme!

— ¿Qué?

Mateo agarra la silla con una mano y me invita a sentarme con el otro.

— Quiero ayudarte a acomodarte —dice seriamente, de una forma robótica. Es como si lo tuviera todo ya calculado y

salirse de su plan fuese inconcebible para él—. Retiraré la silla para ti.

— Eso es innecesario —respondo, y miro al techo para buscar paciencia—. Detente antes de que me entre vergüenza ajena.

— ¿Por qué? Si solo quiero ser amable…

— Simplemente no estoy acostumbrada a esa clase de atención —gruño—. Y no necesito que nadie me ayude a sentarme…

— Por favor, Angela. Insisto. ¿O prefieres que vuelva a decirte «*ti amo*» hasta que me lo permitas? —me amenaza, con un brillo travieso en los ojos.

Es lo peor que podría haberme sugerido.

— ¡Argh! Me rindo.

Me coloco entre la silla y la mesa y me inclino para que Mateo me «ayude» a acomodarme en mi asiento. Sin embargo, cuando flexiono las piernas y me reclino para dejarme caer, no me topo con ninguna superficie que frene mi caída. Al contrario de lo que esperaba, caigo al vacío y el suelo de parqué me recibe con los brazos abiertos, mi trasero chocando con él dolorosamente.

— ¡¡Aaay!!

Primero siento dolor físico y lágrimas brotan en mis ojos. En segundo lugar, siento desconcierto, porque no sé a quién en su sano juicio se le ocurriría retirarme la silla en vez de acercármela. Tercero, un enfado tremendo, y sospecho que Mateo ha querido gastarme una broma pesada. Por último, vergüenza al ver que se me ha levantado el vestido más de lo que hubiese deseado; me tapo con ansiedad antes de que nadie me vea la ropa interior, aunque sé que probablemente él la acabe de ver.

Voy a estrangularle.

— Pero ¡¿qué haces?! —exclamo, conteniéndome para no lanzarme sobre él en los próximos segundos.

— ¿Qué haces tú? —contraataca él, incrédulo. No tiene cara de alguien que haya hecho esto aposta, pero eso no me quitará la irritación—. ¡Todavía la estaba apartando para ti!

— Y ¡¿por qué no avisas?!

— ¡No sé, no había caído en la cuenta! ¡Lo siento mucho! —exclama él a su vez.

De verdad, este hombre podrá ser tan inteligente como para ser convocado a las conferencias más prestigiosas de su campo de estudio, pero en ocasiones parece tonto de remate. Exhalo con fuerza, exasperada.

— ¿Todo bien? —pregunta entonces Alessandro con voz alzada. Ha acudido corriendo hasta nosotros, probablemente al oír mis gritos; una gran preocupación cruza su cara.

— Sí, todo está bien. Perfectamente —gruño, mientras giro sobre mí misma y apoyo una rodilla en el suelo para incorporarme—. Simplemente a uno de nosotros se le da mal ser «un caballero», si es que acaso existen claras indicaciones sobre cómo serlo.

— ¿Te has hecho daño?

— ¡Sí, eso! ¿Te has hecho daño? —repite Mateo.

Se le nota asustado. También parece que se está sintiendo cada vez más culpable por lo sucedido, y para nada satisfecho con el resultado de lo que había planeado para hacerme feliz esta noche. Definitivamente, creo que, sencillamente, es un despistado. Antes creía que hacía las cosas con mala intención, pero cada vez me convence más la teoría de que en realidad no se da cuenta de cómo funcionan muchas de las cosas a las afueras de su mundo financiero plagado de números. Y eso me hace sentir compasión por él, porque gran cantidad de veces he sido yo como él: un pez fuera del agua que trata de sobrevivir con todas sus fuerzas en otra tierra, una en la que enamorar a otra persona puede parecer en ocasiones tan complicado como de repente desarrollar branquias y respirar H_2O.

— Sí —respondo, suavizando la voz—, pero no es nada. Sé que no era tu intención. Quizás yo también debería haber mirado antes de echarme para atrás.

— No, ¡para nada! —exclama él de vuelta. Me ayuda a ponerme en pie del todo aproximándose para que le use de apoyo—. Lo sient…

— No te disculpes más —digo en un suspiro. Esta vez cojo la silla, que se encontraba a kilómetros de la mesa, y la acerco a esta para sentarme yo misma. Engancho mi bolso negro en el respaldo y me giro hacia Mateo de nuevo—. Bueno, ¿qué? ¿Pedimos ya las bebidas?

A mi cita se le ilumina la cara. Se alegra de dejar atrás este evento bochornoso. Corre hacia el otro lado de la mesa y se sienta rápidamente. A su vez, Alessandro se aproxima con un bloc de notas y una pluma y toda su atención puesta en nosotros. Cuando yo me dispongo a pedir té frío, tengo el presentimiento de que Mateo va a sugerir una botella de vino en vez de eso; él parece ser todo exhuberancia. Sin embargo, me sorprendo al descubrir que (menos mal) no me detiene. De hecho, se pide lo mismo. Recuerdo que él también optó por ese refresco en la fiesta de Damiano, y que también me señaló entonces la misma coincidencia. Quizás él también deteste el alcohol, tanto como yo.

— Angela, estás… magnífica —confiesa, cuando nuestro camarero se aleja hacia la cocina.

Sus ojos verdes me recorren el cuerpo, devorando cada centímetro de mi piel. Al contrario de sentirme acosada, me siento extrañamente bien; nunca me había sentido tan adorada y empoderada.

— No te pases, que tan solo es un pelo alisado y kilos de maquillaje…

— No, no es pasarme. Estás guapísima, sin más.

Trato de no sonrojarme, sin éxito. Llevo un vestido verde oscuro, muy ceñido en la cintura, que me llega hasta la mitad de los muslos. Tan solo me lo pongo en ocasiones importantes, como bodas, bautizos, o cosas por el estilo; la última vez fue mi graduación de la Escuela Culinaria. Yo también creo que me queda bastante bien, ya que ensalza mis caderas y mis piernas y la tela es suave como el terciopelo. Es mi vestido favorito, aunque quizás lo digo porque es el único que tengo.

— Tú también estás muy guapo —comento entre dientes. Porque es la pura verdad—. Como siempre —añado en voz

alta, y no sé si acabo de exponerle mis sentimientos más de lo adecuado. Esto es una locura; fue justo ayer cuando le dejé bien clarito que lo nuestro (si es que se le puede llamar así a la dinámica que Mateo quería establecer) no podría ir a ninguna parte. «Angela, no le lances piropos».

— Gracias. —Dice, mirándome con una intensidad absorbente. Entonces abre los ojos como platos y su mirada deja de fijarse en mí, como si acabara de acordarse de algo—. ¡Ah, se me olvidaba! —Se gira un poco sobre sí mismo y descuelga del respaldo de su silla una prenda de abrigo que me resulta muy, pero que muy familiar—. Toma.

— No, ¡otra vez tu chaqueta no! —exclamo, recordando el día anterior—. No tengo frío, ¿*capisci*?

— ¡Es la tuya! —responde con una risotada—. Te la dejaste en el cumple de Damiano, cuando saliste corriendo tras haberme…

— ¿Qué? —balbuceo, alucinando. Creí que la había perdido para siempre, pero resulta que ¡él la había estado guardando todos esos días!—. ¿Y me la das ahora?

— No quería parecer demasiado interesado en dártelo. Según he leído, uno es más atractivo cuando se hace el misterioso y el pasota…

Ahora sí que me río con fuerza.

— No sé cuáles son tus fuentes, pero eso no tiene ni pies ni cabeza —digo.

«Espera, ¿acaso ha estado buscando en internet consejos para enamorar?» Esa pregunta se me viene a la cabeza al mismo tiempo que hablo, y me acelera el pulso. «¿Tanto le intereso?», me cuestiono segundos después, enternecida. No me debería estar ablandando tanto, pero no puedo evitarlo. Me recuerda a mi yo del pasado, que recurría a las últimas páginas de revistas semanales de adolescentes para saber si le gustaba o no al chico por el que estaba colada. Todos esos cuestionarios eran unos engañabobos, por supuesto.

Mateo se encoge de hombros, como si tuviese todo el sentido del mundo lo que él me acaba de decir.

— Según Google, muchas novelas románticas tienen personajes masculinos así. Ya sabes, «chicos malos» y eso...

— «Y eso» —repito, anonadada. Algo me dice que Mateo no tiene ni idea de lo que está haciendo, y eso me hace aún más gracia—. Menudo cliché.

— ¿Cliché? —repite, confundido. Pues sí que estaba convencido de que su papel de «chico malo» funcionaría a la perfección…

— Sí. Una idea tan trillada que ya deja de sorprender a nadie, que aburre y que no es para nada original —le explico, aunque él ya debería saberlo—. No deberías confiar en todo lo que te cuente internet sobre el amor, te lo digo por experiencia.

Eso último llama su atención enormemente. Sé lo mucho que le interesa mi pasado; me lo dejó muy claro ayer por la noche, cuando me comparó con una cebolla. Sí, sé que suena penoso cuando lo digo así, pero en realidad… me gustaron las palabras de Mateo.

«Me parece que eres como una cebolla, y eso me fascina. Me he dado cuenta de que estás hecha de capas, y tienes más de las que dejas mostrar. Bajo un nivel superficial, que es el que tenemos todas las personas, escondes más y más piezas que componen tu ser. Hoy siento que he conocido una capa más profunda de ti, y me alegro muchísimo por ello».

«Espero no llegar a hacerte llorar, entonces», respondí. «Suele pasar eso, cuando despellejas una cebolla».

«Creo que merecerá la pena arriesgarse».

— Ah, ¿sí? ¿Por qué? —inquiere, estudiando mi expresión con extremo cuidado.

Permanezco en silencio. Miro al ventanal. No estoy preparada para responder a eso. Alessandro regresa con nuestros refrescos y ambos lo miramos sin pronunciar palabra mientras deja los vasos con hielo y las botellas en la mesa. Cuando se va, Mateo y yo

volvemos a cruzar miradas; él me sonríe débilmente, quizá consciente de que ha tocado una fibra sensible haciéndome esa pregunta. Decidida a que ya es hora de cambiar de tema drásticamente, recurro a lo que más ganas tengo de saber desde el día de ayer.

— La conversación que mantuvimos en el Jardín de Bóboli se quedó a medias, ¿recuerdas? —digo, mientras me sirvo la mitad de la bebida. El hielo cruje y se retuerce ante el contacto del líquido templado—. Me prometiste que me responderías a mi pregunta en otro momento. Y ¿qué mejor ocasión que ahora?

— ¿Qué pregunta? —me pide saber con brusquedad.

Está repentinamente tenso, y su rostro ha adquirido de pronto una oscuridad que yo no había presenciado hasta ahora. Eso, en vez de hacerme querer alejarme, me atrae aún más a ese pozo negro acumulado en sus ojos. «¿Qué atormenta a Mateo Ruiz?», resuena en mi cabeza. De pronto, el hombre que tengo ante mí resulta más atractivo que antes, más… profundo. Ay, espero no estar cayendo en el cliché del «chico misterioso» que tanto acabo de criticar.

— Por qué eres tan perfeccionista —digo, consciente de las posibles consecuencias que podría tener el indagar sobre su pasado. En otras palabras: encontrarme con algo de lo que me gustaría no haber sabido su existencia—. ¿Para qué esforzarse tanto por ser perfecto, cuando lograr algo así es imposible? Los seres humanos somos imperfectos por naturaleza.

Mateo revuelve en su asiento.

— Quizás lo que te cuente te haga querer alejarte de mí para siempre —murmura—. Quizás te decepcione.

— Asumiré el riesgo.

«De todas formas, ya tenía pensado no volver a acercarme a ti después de esta cita, por el bien de mi corazón», agrego en mi cabeza.

Mateo se bebe medio vaso de té frío del tirón antes de hablar. Creo que intenta hacer tiempo mientras piensa en cómo decir lo que

tiene en mente.

— Mis padres nunca fueron nada afectuosos conmigo —empieza. Eso ya provoca escalofríos en mí—. Mi padre siempre fue un adicto al trabajo y nada más salía de la oficina los domingos para encerrarse también en el despacho que tenía montado en casa. Como el propietario de la mayoría de las acciones de Ziuriz, cargaba con una responsabilidad tan inmensa que el estrés acabó apoderándose de él. Y los escasos minutos que me prestaba atención los empleaba para preguntarme por mis notas en la escuela y para exigirme que me siguiera esforzando en mis estudios. Ningún gesto cariñoso, ninguna pregunta acerca de cómo me sentía yo. Tan solo parecía importarle que yo llegase a ser una copia de él, un clon de su persona diseñado para sucederle cuando él no pudiera trabajar más. Mi felicidad quizás sí que le importaba, pero eso yo no lo llegué a detectar nunca.

— Lo siento mucho —murmuro, apenada—. Y ¿qué hay de tu madre?

— Ella se encargaba de asegurarse de que yo estudiara después de clase, los fines de semana y los veranos. Año tras año. Quería hacer feliz a mi padre haciéndole saber que yo estaba siendo moldeado como él quería: para convertirme en el siguiente CEO de Ziuriz en España. Mis amigos, los deportes, o pasatiempos como los videojuegos entraban en un segundo plano para ella. Y yo me dejé manipular, siempre —confiesa, en un suspiro. La forma en la que arrastra las palabras me desgarra un poco el corazón, a pesar de que llevo viendo a Mateo Ruiz tan solo unos días—. Luego se divorciaron, y quedé a merced de él. Para cuando hube desarrollado una conciencia propia sobre mi realidad, ya era demasiado tarde; mi vida entera giraba en torno a mis estudios, me acababa de matricular en la universidad y los pocos amigos que tenía se habían ido al extranjero para

continuar con su formación. Había sido… clonado —murmura.

Aprieto los puños. Me niego a que sea tan derrotista; si algo he aprendido en esta vida, es que hay que luchar por la felicidad propia ante todo, por mucho que duela tener que dejar de lado la de tus progenitores.

— Nunca es tarde para hacer lo que quieras en la vida, Mateo —declaro con firmeza—. Yo seguí mi propio camino, aunque supiera que iba a ser difícil. Si no te gusta trabajar en el banco, estás siempre a tiempo de dejarlo.

Sin embargo, él niega con la cabeza. Parece que ya haya barajado antes esa posibilidad. Clava en mí sus ojos verdes.

— Ya me he acostumbrado a lo que tengo, Angela. No dejo de considerarme un afortunado por la familia en la que he nacido, y…

— Una familia que no te preguntaba por lo que realmente te llena el corazón.

— Da igual —dice, cortante. Este asunto parece sacar su lado más vulnerable, y veo que eso le asusta—. El caso es que me acabó gustando la carrera, y ya tampoco me disgusta el trabajo que tengo. Me parece un honor poder trabajar en una empresa tan potente como Ziuriz. Es uno de los principales grupos bancarios del sistema financiero español, y pertenece al IBEX 35 —recita, orgulloso, como si tuviera esa frase aprendida de memoria para soltársela a todos sus socios—. Hace tiempo que acepté que mi padre tendría también el rol de jefe. Gracias a mis circunstancias me he reencontrado contigo, así que me siento agradecido —confiesa con calidez.

La sinceridad de su sonrisa previene que le diga que, quizás, simplemente se ha conformado. Respiro hondo. No sé por qué me indigno tanto. Es su vida, y ya ha decidido lo que hará con ella. Que se haya cansado de luchar debería ser tan aceptable como seguir haciéndolo.

— Supongo que tu obsesión con la perfección proviene de lo que me acabas de contar —digo—. De tu infancia.

— Sí, eso creo. Y ya siento que no tengo escapatoria. Crecí pensando que no era suficiente, que tenía que estar constantemente mejorando para estar a la altura de lo que mis padres esperaban de mí. Pensé que, me convertía en alguien impecable, ellos por fin me iban a prestar atención —explica, y alza las cejas riéndose de sí mismo. Encuentra en su relato algo increíblemente cómico que yo no logro ver. Eso me entristece más—. Eso no ocurrió, desgraciadamente. Quizás por eso le acabé cogiendo tanto el gusto a las matemáticas; porque son perfectas, y yo las admiraba por ser así. Aspiraba a ser tan perfecto como un número.

Asiento con la cabeza. Creo que lo más sensato que puedo hacer para que se sienta mejor es escucharle, no plantear soluciones a sus problemas como si fueran lastres de los que deshacerse cuanto antes. A veces lo único que ansiamos es otro par de oídos que atiendan a lo que nuestro corazón lleva acallando más de lo que nos gustaría. Aunque sí que le sugeriría una cosa.

— Podrías ir a terapia —digo, al rato—. Ayuda muchísimo.

— ¿Lo dices por experiencia?

— Sí —afirmo, consciente de la referencia que acaba de hacer.

— Bueno, no es mala idea. Quizás la pruebe cuando regrese a España —dice, con una sonrisa entre cálida y melancólica. El recordatorio de que no estará aquí permanentemente me oprime el pecho. Me quedo sin palabras. Recurro a mi té para ahogar mis penas y que no se note lo que estoy pensando—. Pero bueno, no te creas que no soy feliz ahora. Allá en Barcelona me sentía algo vacío, como que me faltaba algo. Pero desde que pisé Florencia tengo más claras mis metas y le doy importancia a las cosas que realmente la tienen.

— ¿En serio? —inquiero, de pronto ilusionada—. Me alegro muchísimo —digo, dejando relucir una sonrisa.

— Sí —afirma, orgulloso—. Es la primera vez que ya sé lo que quiero realmente.

— Ah, ¿sí? ¿El qué?

Mateo se cruza de brazos, tensando los músculos, y se inclina hacia mí. Parece a punto de confiarme un secreto. Yo me inclino también, siguiendo su movimiento. Soy curiosa por naturaleza.

— No volver a alejarme de ti —murmura en mi oído.

Si lo que buscaba era hacerme abrir los ojos como si estos fuesen globos a punto de explotar y conseguir que mi piel alcance tonos de color similares a los de un pimiento rojo, debería quedarse satisfecho. Trago saliva y entrelazo las manos en mi regazo, pero mi cerebro se encuentra paralizado.

— A veces me dejas sin palabras —es lo único que alcanzo a decir, porque procesar esa información me llevará algo de tiempo.

Mateo se ríe con ganas. Su risa es contagiosa; sus dientes blancos y perfectamente alineados, relucen bajo la luz de los focos.

— Buscaba esa reacción en ti, Angie. Aunque sea totalmente cierto lo que acabo de confesar.

— Qué empalagoso eres…

Niego con la cabeza, simulando decepción a la vez que aprieto los labios para reprimir una sonrisa. Bromear con él es más agradable de lo que pensaba. Bajo la guardia, y por primera vez me olvido del miedo a que Mateo Ruiz solo busque un pasatiempo en mí. ¿Qué clase de persona se esforzaría tanto por gustar a alguien, con el reducido tiempo que tiene para hacerlo, si no fuese por amor verdadero? Cada vez hay una parte más grande de mí que se niega a creer que el hombre que tengo ante mí, el mismo que me ha hablado sobre sus traumas del pasado, sea tan cruel.

Alessandro regresa para enseñarnos la carta. Sin embargo, yo interpongo mi mano para detenerle.

— Yo ya tengo claro lo que quiero —declaro.

— ¿Lo de siempre?

Asiento con la cabeza, ilusionada.

— *Pizza Fior di Mortadella, per favore* —le comunico, aunque él ya lo sabe perfectamente.

El camarero ni siquiera recurre a su bloc de notas para apuntar la comanda. No ha habido ni una sola vez que yo haya venido a comer aquí, que no me haya pedido ese plato. Soy una persona de gustos simples y, si me gusta alguna comida de un restaurante, rara vez varío en mi pedido.

— ¿Y usted, señor Ruiz?

No sé si podría acostumbrarme a que el resto del mundo trate a Mateo con tanto respeto y cierto temor, como si él tuviese la capacidad de arruinar o mejorar sus vidas con el mero movimiento de uno de sus dedos. Es extraño. Ellos ven a una figura imponente e intocable, mientras que yo veo a un chico de mente brillante que se esfuerza por encajar en un mundo dominado por el eterno choque entre la razón y la pasión, que pedalea sin cesar para no caer montaña abajo. Puede que esté viendo más en él de lo que realmente hay, pero tampoco creo que Mateo sea solo el «señor Ruiz».

— ¿Qué tiene esa pizza? —pregunta en italiano, para mi sorpresa.

— Principalmente mozzarella, mortadela, burrata, pesto de pistacho, albahaca y aceite de oliva.

Estoy a punto de traducir esa frase al español, pero él parece haberse enterado de todo perfectamente.

— Oh, suena bien —dice—. Entonces póngame lo mismo.

— Marchando.

Que Mateo se esté esforzando por hablar italiano me parece adorable. No tiene mal acento. En cuanto se va el camarero, reanudo nuestra conversación.

— Oye, Mateo —digo, removiendo el contenido de mi vaso y observando cómo se forman remolinos en el líquido.

— Dime.

— ¿De verdad creías que me iba a decepcionar al escuchar tu historia?

Él asiente, rehuyendo mi mirada.

— Pues no podías estar más equivocado —continúo—. Me has dejado de parecer artificial, y ahora estoy segura de que tú también eres como una cebolla. Eres mucho más de lo que aparentas.

— Entonces conóceme más —me reta.

— Me temo que no debería. Ya te lo dije…

— Demasiado tarde, porque has accedido a cenar conmigo.

— A regañadientes.

— ¿De qué tienes tanto miedo, Angela?

Su pregunta me deja a cuadros. Sé perfectamente por qué. Lo perderé por segunda vez, seguro. Y creo que ya es hora de que lo sepa, para estudiar cómo reacciona. Una parte de mí necesita cicatrizar esta herida de una vez.

— De volver a cometer el error de confiar en ti —confieso.

— Si te refieres a aquella vez que me preguntaste si yo te gustaba, en Las Hayas, que sepas que simplemente me quedé paralizado —responde, y parece que me ha estado leyendo la mente—. ¡Mi respuesta iba a ser sí! Claro que estaba enamorado de ti, ¿y cómo no iba a estarlo? —confiesa, con una pasión que me deja sin aliento. Agarra su vaso de cristal como si desease romperlo en mil pedazos—. Eras perfecta. Bueno, y sigues siéndolo. Eras atenta conmigo, dulce, inteligentísima, y me regalabas dulces de un sabor tan delicioso que parecían de otro mundo. ¿Cómo no iba a sentir amor por una persona así? Fui un cobarde, y desde entonces he estado arrepintiéndome por no haber tenido las agallas suficientes de decir lo que pensaba sobre ti, en ese preciso momento. Por no haber tenido la valentía, tampoco, de quedar contigo el día que lo propusiste, y poner una excusa patética sobre una tía que venía del extranjero.

Cierro los ojos. Como los mantenga abiertos, creo que van a brotar lágrimas de ellos.

Esto es todo lo que siempre soñé de adolescente: que Mateo Ruiz me confesara su amor, que mis teorías sobre el amor verdadero fuesen confirmadas de alguna forma. Y aquí lo tengo, haciéndolo

con más pasión de lo que jamás me habría imaginado. Fue un malentendido, tan solo un malentendido. Éramos muy jóvenes, y ambos teníamos miedo a nuestra manera. Aceptar que he vivido desesperanzada desde entonces por culpa de una falta de comunicación (por culpa de una mentira) me resulta desgarrador. El rechazo que generé por las cosas que yo más adoraba (las comedias románticas, las revistas de adolescentes, el AMOR en mayúsculas) ha sido en vano, porque Mateo siempre me quiso. Y yo a él.

El amor correspondido SÍ existía.

— Yo incluso pensaba que la que no me quería eras tú —añade, en voz más baja. Él también se está emocionando—. Que tan solo me preguntabas eso para asegurarte de que no había sentimientos raros entre nosotros.

Me acaba de poner la mente patas arriba. Siento tristeza, siento ilusión. Siento algo parecido al amor al mirarlo a los ojos. Y la Angela con traumas del pasado me está dando la alarma de que eso no puede ser, que es un peligro; mientras que una Angela que acaba de nacer en este preciso instante observa con nuevos ojos al atractivo hombre sentado ante ella, y con nuevos oídos atiende a sus palabras enternecedoras.

— Entonces, ¿qué estás sugiriendo que haga? —balbuceo—. ¿Que confíe, sin más?

Mateo niega con la cabeza con una pequeña sonrisa.

— No. Lo que sugiero es que me mires sin recordar a mi yo del pasado. Que tan solo me mires como a una persona que se ha enamorado de ti, que te ha invitado a cenar y que desearía que, si hay suerte, tú le mires como él te mira a ti: como la casualidad más bonita que jamás se le ha aparecido ante sus ojos. Solo quiero que, a partir de ahora, me des una oportunidad. No la segunda, sino la primera.

Inspiro profundamente. Esta bocanada de aire me llena de vida y me infla de esperanza.

— No eres tan malo como yo pensaba —cedo, dando rienda suelta a mis pensamientos.

— ¿Por qué? —pregunta Mateo, como es natural. No parece ofendido.

— Da igual…

Me han vuelto a entrar ganas de jugar con su mente un poco. Sé que está mal, pero me divierte confundirlo con mis evasivas.

— ¿Eso significa que te caigo mejor?

— Mmm… Pasapalabra.

— ¡Angela! —exclama, desesperado.

Me río a carcajada limpia. Sabía que entraría en el trapo. Él me observa con una mirada inquisitiva, porque es tan inocente que no se entera de que solo estoy jugando con él. Está tan preocupado por gustarme que se agobia nada más pensar que no está siendo perfecto.

— Bueno, venga, te lo mereces: me caes bien, Mateo —digo.

No me puedo creer que acabe de decir eso. Y creo que él tampoco da crédito. Por primera vez en la cena, es él el que se queda sin habla.

— Me siento identificada contigo —añado—. Sé que no es igual, pero tu historia me recuerda a mis propias vivencias. A mi familia.

— Cuéntame más sobre ella —me ruega—. Por favor.

Me encojo de hombros.

— No hablo mucho con mi madre. Crecí pensando que era la mejor madre que se podría tener, pero cuando crecí la vi realmente tal y como era. Como una mujer egoísta, que nunca se preocupó por mis sentimientos realmente. —Aunque estoy hablando mientras miro mis manos, sé que Mateo está asintiendo con total comprensión—. De pequeña, nunca me sentí escuchada. Ni validada. Y es muy triste darse cuenta de los defectos de la persona que antes tenías en la más alta estima, aquella que creías que jamás te haría daño. Un día me di cuenta de que no necesitaba a alguien que trataba de controlarme sin siquiera preguntarme si eso me dolía, que metía la pata y no pedía perdón; y eché a volar en cuanto pude. Ahora charlo más con mi padre, cada

vez que tengo un hueco en mi apretada agenda. Y con Damiano, por supuesto; de pequeños nos llevábamos a matar y nos peleábamos hasta por el mando de la Wii, pero ahora somos inseparables.

— Te pareces a mí, excepto en la parte en la que vuelas lejos —concluye Mateo, con una monotonía que me hace preguntarme si esa frase le duele más de lo que desea mostrar.

— Podrías hacerlo si quisieras.

Vuelvo a mirarle a los ojos. Están más acuosos que antes. Me esfuerzo por apartar la pena, no sé si por él o por mí misma. Igualmente, eso no sirve de nada.

— ¿Cómo van las obras de la oficina? —le pregunto.

Mateo parpadea rápidamente, sorprendido. Cuando alarga el brazo para posar su mano sobre mi antebrazo, sé que me está agradeciendo silenciosamente que haya cambiado el tema de conversación. Me estremezco con intensidad. ¿Por qué me tiene que pasar eso cada vez que se acerca?

— Van muy bien, gracias —dice, sonriendo—. Ya estamos dando los últimos retoques finales, y tu hermano está dándole una publicidad increíble. Toda Florencia sabe ya de su próxima apertura, es increíble.

— Mi hermano es el rey de las redes sociales. Hiciste bien en contratarle.

— Lo contrataron por mí, pero sí; me alegro de ello. A pesar de que me obligue diariamente a colgar una story de Instagram en la que informo cómo van las obras. En serio, salgo fatal. Odio las tecnologías.

Dudo que él pueda salir «fatal» en algún vídeo, pero no se lo digo. Quizás habré decidido que voy a ser más amable a partir de ahora, pero *no tanto*; mi amabilidad tiene un límite. Quiero que el hombre que está sentado ante mí tenga claro, desde el primer momento, que jamás me conformaré con cualquier cosa. Un «te quiero» no lo arregla todo.

— Él y yo nos hemos acostumbrado ya a ellas. Nos encanta internet —declaro, y poco después me río un poco—. Yo me dedico a YouTube en mis ratos libres, y él profesionalmente —me encojo de hombros—. Aunque prefiero la vida real, por supuesto. La mayoría de las cosas que circulan por las redes son ficticias.

— Sí, pienso igual. Aunque, si además de encargarme de mi trabajo tuviera que estar también pendiente de subir vídeos semanales, me volvería loco del estrés. No sé cómo lo haces…

— Es mi *hobby*, lo hago con gusto. No considero YouTube como ninguna obligación, la verdad. ¿Tú no tienes pasatiempos, Mateo?

— Leo de vez en cuando.

Eso capta mi atención.

— Ah, ¿sí? ¿De qué género?

— De todo un poco. Historia, policíaca, juvenil… Lo que me va apeteciendo según mi estado de ánimo. Me ayuda a evadirme de mis pensamientos y preocupaciones.

— A mí también me gusta leer —digo, emocionada por encontrar puntos en común con él. Entonces recuerdo que ya no es una afición para mí, y me entristezco—. O-o m-me gustaba, al menos.

— ¿Por qué ya no?

— Malos recuerdos del pasado, principalmente. Tengo un «bloqueo lector» enorme por eso. Pero creo que, poco a poco, lo podré retomar. Empiezo a sentir que cada cosa está yendo a su sitio, como si las piezas de un puzle inacabado fuesen arrastradas a donde pertenecen por una mano invisible. Se están resolviendo cosas que yo creía irresueltas para siempre. Y mi mente se siente ahora más en paz consigo misma. Tengo ganas de leer novelas románticas de nuevo —confieso, emocionada.

— Me alegro de haber sido valiente hoy, entonces —comenta Mateo, con ojos brillantes.

Se pasa la mano por el pelo para peinarlo mejor, y me sonríe estirando sus labios carnosos y cautivadores. Yo le sonrío inevitablemente de vuelta.

Los siguientes minutos me los paso admirando su imagen de perfil embobada, mientras él contempla a la gente de la calle que pasa junto a nuestra ventana. Cuando llega nuestra comida, nos la comemos en silencio. Y no resulta incómodo. Cada uno mastica su pizza *Fior di Mortadella* como si no hubiese un manjar equiparable a ella sobre la faz de la tierra.

Puede parecer contradictorio, pero, en la mayoría de las ocasiones, cuando menos se habla es cuando más se cuenta.

22. ANGELA. «TENTACIÓN»

Cuando terminamos de cenar, Mateo le pide a Alessandro la cuenta. He de admitir que me lo he pasado de lujo; buen ambiente, buena comida, ninguna conversación forzada y unas vistas de ensueño. Lo digo por la panorámica de la ciudad que ofrecían las ventanas, no por Mateo.

«Eso no te lo crees ni tú, Angie», se carcajea mi subconsciente, que sorprendentemente tiene la misma voz que Bianca. Él se ofrece a pagar en cuanto me ve coger el bolso para sacar el monedero y, a pesar de mis pataletas, no puedo hacer nada para evitar que sea él quien invite. Realiza el pago con tarjeta tan rápido que me es imposible evitarlo.

— No te preocupes tanto, Angela. A la próxima, pagas tú —me dice, guiñándome un ojo.

— Ah, ¡así que ese era tu plan desde el principio! ¡Tenerme en deuda contigo! Rastrero… —suelto, fingiendo enfado.

— Así me aseguraba de que hubiese una segunda cita —responde, encogiéndose de hombros.

Reprimo un inminente ataque de risa. ¿Cómo puede ser tan inseguro unas veces, pero tan seguro de sí mismo otras?

— Así que va a haber próxima, ¿eh? ¿Tan seguro estás de eso?

Mateo apoya sus fuertes brazos en la mesa para incorporarse de la silla. Con el cuerpo doblado, clava sus ojos en mí de una forma prometedora, revelando intenciones para las que no sé si estoy preparada. Como siga mirándome desde ahí arriba, me voy a volver loca.

— Oh, estoy segurísimo.

Me levanto yo también para romper nuestro contacto visual. Como se me ha levantado un poco la falda del vestido, se me ven los muslos más de lo que me gustaría. Con ayuda de ambas manos, me aliso la tela arrugada hasta que vuelve a su sitio, pero ya es demasiado tarde; Mateo está observando cada uno de mis movimientos, con una extraordinaria atención puesta en mi silueta. Me sorprende que no haya babeado todavía.

— Venga, vámonos de aquí antes de que te dé un tirón de orejas —mascullo, y echo a andar sin esperarle.

No quiero que note el calor que ahora mismo circula por mis venas.

— Sí, señora —contesta él, quien en una zancada logra situarse justo detrás de mí.

— Pasadlo bien, pareja —nos desea Alessandro, con toda la buena intención del mundo, cuando nos ve dirigirnos a la puerta.

— No somos pareja —aclaro de golpe, mirando al suelo—. P-pero gracias. Me alegro de verte, hasta la próxima.

El afable camarero se limita a dedicarme una mirada cargada de complicidad que no sé cómo interpretar. Decido sonreír mínimamente y salir corriendo de allí. Mateo no me permite perder el estrecho metro de distancia que ha estado separando nuestros cuerpos.

Ya es noche cerrada en Florencia. Las calles están más vacías que antes, y peor iluminadas. Cuando dejamos atrás la esquina en la que se encontraba *Pizza Leo*, la catedral vuelve a mostrarnos su impresionante forma, que proyecta más sombras sobre los locales cercanos que antes. Mientras cruzamos la plaza, advierto que Mateo

tiene el cuello tan inclinado hacia atrás que temo que se vaya a tropezar.

— Te vas a hacer daño en las cervicales —comento, divertida.

— Jamás me cansaría de mirarla —murmura, sin aliento—. Es preciosa. Perfecta.

Una parte de mí empieza a fantasear con que dirigiese esas palabras hacia mí.

— Oye, y ¿por qué no te vienes a vivir aquí? —le propongo, en un arrebato de pasión—. Si tanto te gusta Florencia, ¿por qué no te mudas por el tiempo que quieras? Tu padre es dueño del banco, ¿no?

— Casi —me corrige, volviendo a posar sus ojos verdes en mí. Entre tanta oscuridad, relucen como dos canicas.

— Bueno, pues «casi». Seguro que podría cambiarte de puesto de trabajo, del que tienes en Barcelona a uno aquí. Se necesitará un nuevo director para la sucursal que estáis montando, ¿no? Es una oportunidad perfecta —propongo, con una gran sonrisa.

Aguardo su respuesta con ansiedad. No sé qué bicho me acaba de picar, pero necesito que me diga que acabo de tener una gran idea. Me encantaría oír a Mateo decir que se quedará un poco más de tiempo. Y parece que él adivina mis sentimientos, porque me sonríe con ternura. Da unos pasos más largos para acercarse más a mí, y posa una mano sobre mi hombro. Me lo estrecha con una delicadeza que jamás he percibido antes, como si yo fuese algo extremadamente valioso, aunque no frágil como el cristal; como si fuese un gran diamante, fuerte por sí mismo pero imposible de no querer proteger. Me gusta la sensación de que sus manos sean como nubes en las que sentirme arropada y poder despreocuparme de los peligros del exterior, unas en las que apoyarme para elevarme hasta el cielo si así lo quiero.

— A mí también me gustaría eso, Angela. Créeme cuando digo que me encantaría. Pero ojalá fuese tan sencillo; tengo obligaciones que cumplir con mi padre, y él no es alguien al que yo jamás podré convencer fácilmente.

— Podrías intentarlo…

Mateo cierra los ojos por un momento. Esta conversación no le está haciendo ni pizca de gracia, y eso se nota.

— ¿Tanto deseas que me quede en tu ciudad? —me pregunta.

— ¿Acaso eso cambiaría algo?

— Por supuesto que sí —dice, con total seguridad.

Se me hace un nudo en la garganta. Definitivamente, eso es lo que parece pedirme mi corazón, pero parece que mi mente niega que lo correcto sea seguir teniendo a Mateo cerca. ¿Debería mi pasado quedarse en mi presente? ¿Debería darle esa «primera oportunidad» que me pidió en el restaurante, o volver a encerrarme en la comodidad de mi pastelería mañana por la mañana?

— Aún… no sé qué responderte —balbuceo, asustada—. Que quieras quedarte en Florencia… depende de ti, ¿no? Yo… no debería tener nada que ver. Perdona, no sé a qué ha venido todo esto —comento, con una risita floja—. Es que te he visto tan enamorado de este sitio que no he podido evitar sugerirte una alternativa.

— Sería… muy difícil que pudiese dejar mi puesto de Barcelona por uno aquí —añade, apretando los labios.

Asiento. Ha sido una propuesta egoísta por mi parte. No ha sido por su bien profesional o personal, sino por mí y mi deseo de no volver a perderlo de vista. Tengo que asumir que nuestro encuentro va a ser efímero, tan solo unos días de lapsus temporal antes de volver a nuestra individual y monótona realidad.

— Por supuesto. Es normal. No sé en qué estaba pensando.

Vuelvo a echar a andar, el doble de rápido. Deseando dejar atrás el Duomo cuanto antes. Sin embargo, Mateo dice algo más a mis espaldas.

— No había acabado de hablar. —Se me corta la respiración, temerosa de lo que vaya a oír—. Sería difícil lograrlo, pero en el momento en que tú me pidas que me quede, lo intentaré con todas mis fuerzas. En el momento que me digas que me quieres en Florencia (y no sólo porque me gusta la ciudad), haré todo lo que esté en mi mano para

quedarme. Discutiré con mi padre o lo que haga falta —se detiene durante unos instantes, antes de volver a arrancar con un tono de voz más… ensoñador—. Conversar contigo en el restaurante ha sido… sanador para mí. Ya me he cansado de ser el hijo perfecto. Quiero ser Mateo, y hacer lo que solo Mateo quiera. Y te quiero a ti. Así que una palabra tuya… y cambiaré mi mundo solo por tenerte cerca.

Los ojos se me cuajan de lágrimas. Ahora sí que me quedo sin palabras.

Respiro hondo y sigo andando, pero él sabe que le he escuchado.

— Aún no me puedo creer que hayas comido la pizza con cuchillo y tenedor —digo solamente.

Tras un pequeño silencio, Mateo estalla en carcajadas. Son graves y sonoras, y reverberan en mi propio pecho. Me hacen sonreír.

— ¿En serio me vas a echar eso en cara? ¡Mucha gente come la pizza así!

— La mayoría de la población, no. Ya sé que es una opción, pero no sé cómo no me lo había esperado de ti…

— No me gusta mancharme las manos, ¿vale?

— Tampoco sé cómo no me lo había esperado viniendo de ti, Don «Me-estreso-si-la-camisa-no-está-doblemente-planchada»...

Entre risas, nuestro paseo prosigue sin más percances.

Como la noche anterior, Mateo se ofrece a acompañarme hasta mi portal sin que yo se lo pida. Cuando ya debería haberse separado de mí para llegar a su hotel por el mejor atajo, él sigue a mi lado con total lealtad. Cuando me olvido un poco de la conversación anterior, advierto que tener a Mateo al lado me calma. Aunque también se me genera un calor en el estómago que llevaba mucho tiempo sin sentir, por saber que estoy andando sola con un chico de lo más atractivo, por una calle en penumbra, hacia un piso que estará vacío hasta altas horas de la madrugada.

Es una sensación de lo más excitante. Tengo cualquier posibilidad al alcance de mi mano.

Los dorsos de nuestras manos se rozan mientras charlamos sobre antiguos compañeros de clase y nos preguntamos sobre qué habrá sido de cada uno de ellos. También anécdotas del instituto y recordamos los rumores que circulaban sobre amoríos entre los profesores. Es divertido poder bromear con él, y sé que a él le está encantando descubrir nuevas facetas de mí.

Cuando llegamos a mi portal, me siento más conectada con él que nunca. Y me siento con una confianza en mí misma renovada. Me gusta la forma en la que me mira, y en la que me habla. Yo, por mi parte, me siento capaz de todo. Mateo me atrae, y mucho. Lo veo con más claridad que nunca, si es que alguna vez lo dudé. Sin embargo, en todos estos días nunca había sentido la tentación de hacer algo al respecto en la vida real; de pasar de mis fantasías al mundo físico.

Yo también me siento atractiva esta noche, y tengo ganas de sentir adrenalina por mis venas. Quiero asumir riesgos, pues estoy harta de ser tímida en el amor. *Carpe diem*, ¿no?

Me trago el temor de que el despampanante hombre que tengo ante mí me pueda hacer la cobra y llevo a cabo lo que casi ocurrió en el Jardín de Bóboli.

Cuando ya tenía la puerta del portal abierta, dejo que se vuelva a cerrar. Mateo me mira con los ojos bien abiertos, y sigue la pista de mis pasos rápidos mientras regreso hacia él. Él no se mueve, sino que aguanta la respiración con los brazos a ambos lados de su cuerpo. Una vena sobresale en su cuello y destaca uno de esos tatuajes que tan loca me vuelven. Seguro que, entre todas las variables que está calculando ahora mismo, no se espera lo que se le viene encima. Literalmente.

Me abalanzo sobre él, decidida a probar cómo se siente la pasión en sus labios. Su boca no se mueve en los primeros segundos, debido a la impresión. Sin embargo, rápidamente se adapta a mi piel y me rodea con sus brazos. Mateo mueve sus labios como si tuviera sed de mí, como mi boca fuese la única cosa de la que jamás se saciaría. Sus grandes manos me recorren toda la

espalda y ambos nos apretamos contra el otro, como si no pudiéramos estar lo suficientemente cerca. Cuando me acaricia el pelo y decide guiar el ritmo de nuestro largo beso, siento que voy a combustionar.

Quizás Mateo se haya sorprendido por mi impulsividad, pero se ha recompuesto rápidamente. Sé que quiere aprovechar esta oportunidad única tanto como yo, porque puede que no se vuelva a presentar jamás. Por este instante puedo palpar verdaderamente el amor que confesaba sentir por mí. Nuestras lenguas se encuentran y se acarician entre labios húmedos y dientes afilados. Cuando desciendo mis manos por su camisa para tocar su cálido abdomen sin telas de por medio, Mateo se estremece. Como había intuido, su piel es lisa y dura.

Si se va a ir en unos días, me niego a arrepentirme de nada. Quiero hacer algo con mis sentimientos. Por mí y por la Angela de dieciséis años. Por ambas. Me da igual que Mateo no me quiera en realidad, me da igual que él solo busque una aventura amorosa en Italia; me da igual que me use, porque a mí también me apetece sentir cómo sería usarlo a él. Solo por esta noche. La vida no es una novela romántica, no es del color de las rosas; pero quizás con probar la efímera cercanía de su cuerpo será suficiente. Y me contentaré. Con un beso suyo, cerraré la herida que me dejó abierta años atrás. Lo superaré todo. Las molestas mariposas que siento en el estómago se esfumarán.

Me gustaría tener la certeza de que estos breves minutos en los que jugamos a amarnos valdrán para saciar nuestro amor para siempre. Porque sí; por mucho que quiera negarlo, por mucho que no quiera verlo, yo quiero a Mateo. Siempre lo he hecho. Me gusta la forma en la que me mira, vacía de malas intenciones y llena de ternura y picardía; me gusta su cerebro, que le ha llevado tan lejos en la vida y le ha convertido en un gran comunicador capaz de hablar ante cientos de personas en un congreso; me gusta lo despistado que puede ser, lo mucho que se esfuerza por «hacer que me enamore» de él; y también me hacen gracia sus meteduras de pata y me encanta el sonido del italiano en sus labios y la forma en la que Florencia se ve en el reflejo de sus ojos verdes.

Cómo me encantaría que fuese verdad eso de que el universo lo ha puesto en mi camino por una buena razón.

23. MATEO. «YO MISMO»

Nuestros labios parecen haberse hecho amigos inseparables, y me gusta que sea así. Estamos empezando a jadear, pero ninguno hace nada por bajar el ritmo. Mi cuerpo está respondiendo a la excitación de la cercanía de Angela, y espero que no se note demasiado que ciertas extremidades se han despertado más de la cuenta.

Entonces escuchamos los pasos de un viandante que se está acercando, y ella se detiene. Apoya las manos en mi pecho y se aparta. Una señora mayor atraviesa la carretera con un perro que tiene los mismos rizos blancos que ella, sin dirigirnos ni una sola mirada. Siento el deseo de volver a inclinar mi rostro hacia el suyo, pero sé que el momento ya ha pasado.

Angela me dedica una amplia sonrisa. Está radiante. Mentiría si negase lo atractivo que me parece lo atrevida y espontánea que ha sido. Seguro que mi rostro ha adquirido tres tonos más de rojo, pero me da igual. Solo me importa cómo se sienta ella.

— No me han dado un mejor beso en toda mi vida —murmuro, embelesado.

Angela suelta una carcajada.

— ¿Quieres otro?

No sé qué mosca le ha picado, pero me encanta cómo se está comportando ahora mismo.

— Sí —digo, asintiendo vehementemente—. Claro que sí.

Me lanza una más de sus miradas gatunas y sugerentes. Sin embargo, me llevo un chasco cuando se da la vuelta y camina hacia el portal sin comentar nada más. Alza una mano y mueve sus deditos a modo de despedida, coqueta.

— Buenas noches, Mateo…

Cuando desaparece de mi campo de visión, me quedo parado en el mismo sitio donde Angela me ha besado. Como un pasmarote, soy incapaz de moverme mientras asimilo lo que acaba de suceder. Creo que oigo risas provenientes del edificio, pero puede que sean imaginaciones mías. Acabo caminando en dirección a mi hotel con

lentitud, sin dejar de flipar en colores. Aun cuando abro mi habitación, no puedo evitar tumbarme de espaldas en el colchón con la vista fija en el techo. «Todo gracias a ti, *WikiLove*», agradezco en mi cabeza, porque siento que Angela no habría dado ese gran paso si no hubiese sido por todo lo que me ha estado enseñando esa página web hasta ahora. Yo no puedo haber sido lo que haya provocado que Angela se lance a mis brazos, sino la magia de la guía infalible del amor.

Sin embargo, hay un detalle que me confunde sobre el tema. Esta noche me he dado cuenta de que, cuando yo dejaba de pensar en *WikiLove*, Angela parecía más feliz a mi lado. Después de tratar de acomodarla en su silla (sin éxito) y de dar vergüenza ajena al hablarle de «chicos malos» mientras le devolvía el abrigo que se dejó en la fiesta, me di un descanso de seguir los cientos de consejos de esa página web. Y, durante nuestras conversaciones sinceras sobre sentimientos y sueños robados, durante nuestras bromas sobre el instituto y mis comentarios sobre lo bella que es Florencia, veía que Angela estaba más cómoda conmigo de lo que había estado los últimos ocho días. Era yo mismo, y ella recibió mi verdadera forma de ser con los brazos abiertos. No solo sonreía, sino que reía. Bromeaba conmigo. «Me caes bien, Mateo».

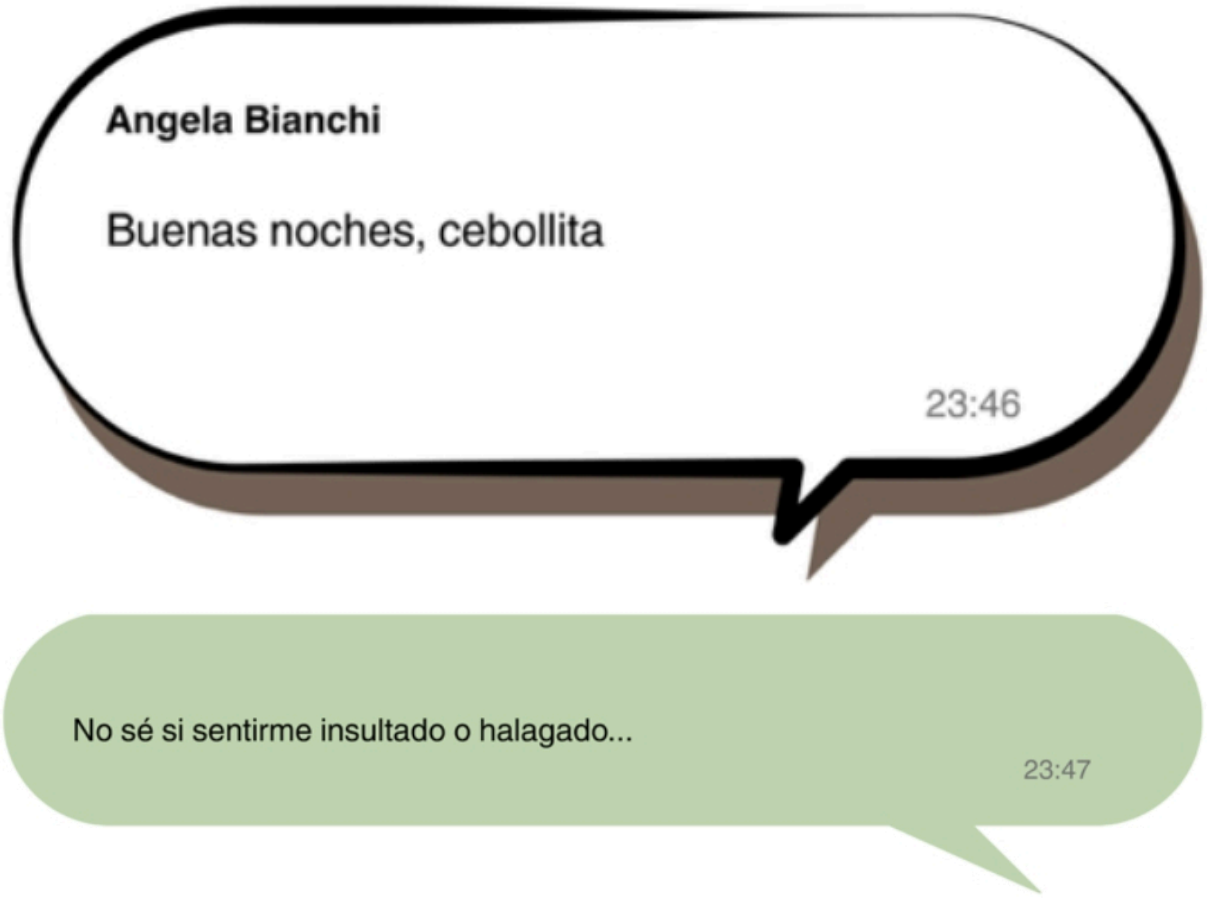
Incluso me ha besado.

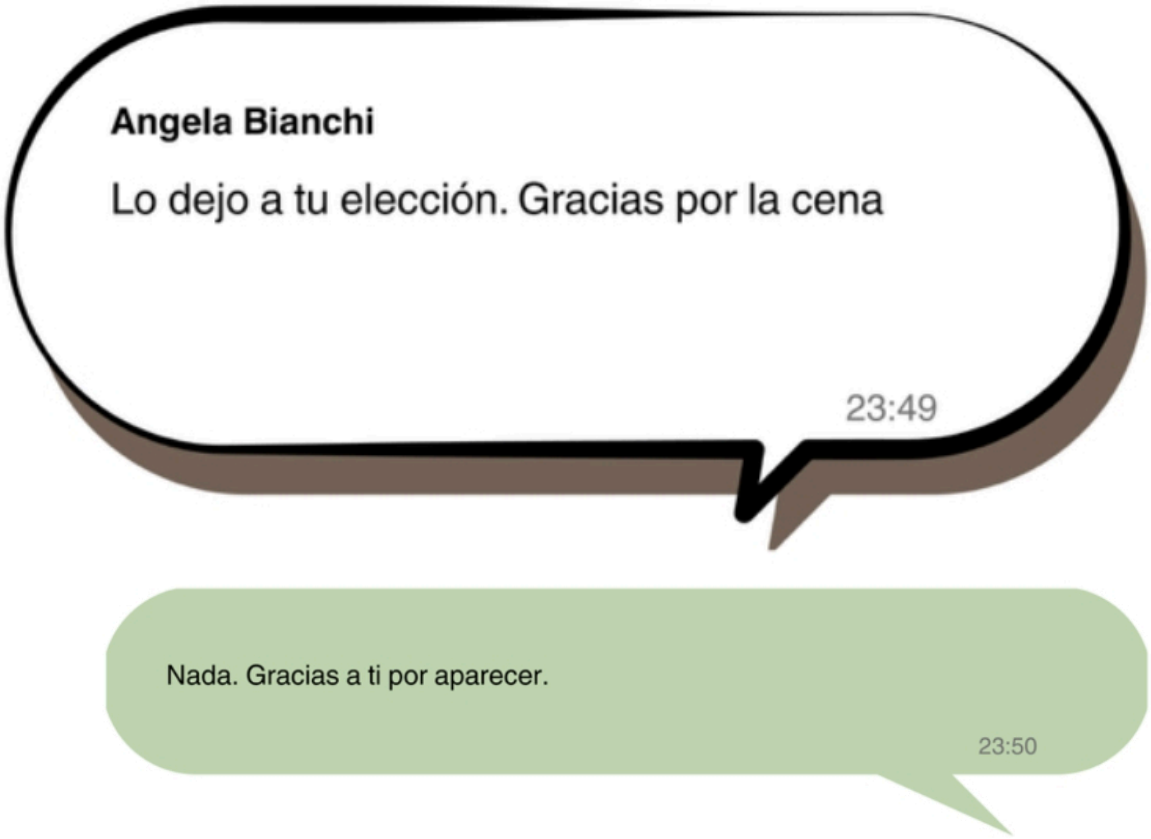
Pero eso, más que tranquilizarme, me deja un tanto trastornado. ¿Significa eso que debería dejar de seguir las instrucciones de *WikiLove*? ¿Abandonar la web para siempre? Al fin y al cabo, esta noche tampoco he conseguido resultar encantador con dos de los tres consejos que tomé de esa página… Solo uno de ellos, el de invitarla a una cena, ha funcionado de verdad. Angela ha disfrutado de su pizza hasta el último bocado. Sin embargo, no me fío de mí mismo. Puede que Angela sonría ahora más, pero ¿y si eso solo se debe al progreso que estoy haciendo gracias a los «pasos para enamorar» de *WikiLove*? Dudo tanto de mi capacidad propia de atracción que no creo que lo más apropiado sea despojarme de mis planes y quedarme solo con mi personalidad para nada arrolladora. Como le dije a ella, siempre he sido extremadamente perfeccionista, tanto en mi aspecto como en mis relaciones sociales. Pero mi talón

de Aquiles (es decir, lo que escapa a mi control y considero mi debilidad) es el amor.

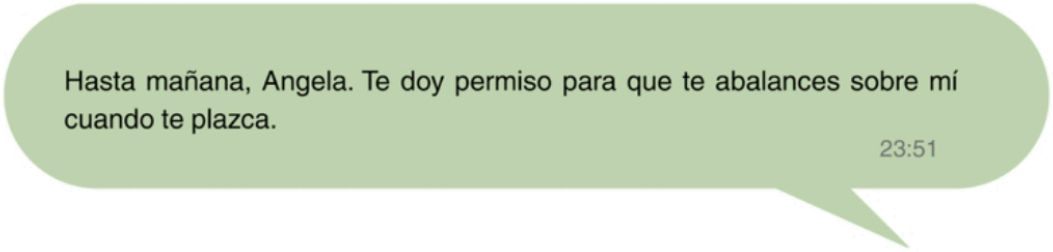
Tengo a *WikiLove* bajo control. Y ya queda menos para ejecutar mi «obra maestra». Angela se quedará boquiabierta… en el buen sentido.

Abro el móvil para decirle que me lo he pasado genial en nuestra cita. Para mi sorpresa, es ella la que me ha dejado un mensaje. Pero está escrito en italiano; parece que quiere poner a prueba mi nivel de idioma. Qué bromista…





Reprimo las ganas de decirle que la quiero, otra vez. No quiero arruinar nada, ahora que estoy viendo la luz al final del túnel.



Muy a mi pesar, no reacciona a la última frase.


Angela Bianchi
Hasta mañana, Mateo
23:54

DÍA 9



24. ANGELA. «DE MARIPOSAS A FUEGO»

Me despierto a las seis de la mañana preocupada. Me duele el estómago por los nervios y mi respiración, que, aunque debería ser lenta tras una larga noche de sueño, está acelerada. No me arrepiento del beso, pero sí me da vértigo el pensar que aún quedan cinco días para que Mateo vuelva a España. Pueden pasar muchas cosas en ese tiempo... Tengo miedo de no poder detener lo que se me venga encima, de llegar con él más lejos de lo que me gustaría. Quizás por eso respondí a medias a su último mensaje de texto; porque no sé si quiero tener permiso para abalanzarme sobre él cuando yo quiera.

Cuando lo besé ayer en la penumbra de mi portal, sentí euforia. Casi podía oír la explosión de fuegos artificiales sobre nuestras cabezas. Estaba orgullosa de mí misma, por haber reclamado lo que quería sin miedo (por primera vez) a fallar. Y, además, Mateo besaba de escándalo. Fue una experiencia excitante que elevó la temperatura de mi cuerpo al menos unos diez grados más. Sin embargo, estaba equivocada al creer que mi sed por

acercarme a él se saciaría nada más consumar aquel encuentro. Ha sido justo al revés, pues el 80% de mi cuerpo me incita a ponerme los zapatos ahora mismo e ir a buscar a Mateo a la puerta de su hotel. Y por eso estoy preocupada: porque se me da fatal desvincular mis sentimientos de mis necesidades físicas; de no involucrar mi corazón en lo que sea que pueda ocurrir en los pocos días que le quedan a Mateo en Florencia.

Bostezando, recojo las cortinas a ambos lados de la ventana. La luz entra a raudales en mi habitación desordenada. Hace un espléndido día, el sol brilla y el mundo sigue girando como si quisiera hacer hincapié en lo insignificantes que son mis problemas para el resto de la población italiana. Me tomo unos segundos para respirar hondo y procedo a vestirme antes de salir. Llegaré más tarde que de costumbre a la pastelería, así que mejor me tomaré el café una vez esté allí. Me enfundo los primeros pantalones que veo y la primera camiseta que se me aparece en el cajón y me ordeno un poco el pelo ante el espejo de la puerta.

En la cocina no hay rastro de Bianca. Llamo a mi amiga varias veces, en voz alta, pero no me responde. Tampoco está en su habitación cuando le echo un vistazo esperando encontrarla. Ahora que lo recuerdo, anoche tuvo también una cita; no me extraña que haya pasado la noche en la casa de la chica, ya que hoy de todas formas tenía el día libre. «La muy pillina…», pienso, con una pequeña sonrisa. Cuando nos volvamos a reunir esta noche, le propondré ver una peli juntas en el sofá. Hacer maratones de *Piratas del Caribe* es nuestro plan favorito, el cual solemos llevar a cabo al menos una vez al año. Aprovecharé para interrogarla sobre su amante misteriosa, y no dudo de que ella tratará de exprimir mi cerebro como si fuese un limón para sonsacar información sobre la cena con Mateo. En realidad, tengo muchas ganas de ver su reacción cuando le cuente que hubo un beso de por medio. Estará orgullosa de mí.

Ay, el beso… Solo con recordarlo me acaloro. Si ha sido capaz de mover los labios así, no me puedo ni imaginar cómo se moverá en otros contextos…

Angela, no seas cochina.

Para mi sorpresa, Mateo no se pasa por *Gusto* en toda la mañana. Mario vuelve a dedicarme una miradita cómplice de las suyas al verme tan pendiente de la puerta, esperando la aparición de mi *crush* del instituto, pero ya me da igual lo que piense. Ya era hora de admitir mi obsesión por aquel «hombre de negocios pelirrojo, cachas y con dientes de anuncio». Sin embargo, me llevo un chasco enorme cuando llega la hora del almuerzo y él aún no se ha pasado para tomar un café. Eso me genera inseguridad. «¿Estará ocupado en el trabajo, o será que no quiere verme?», me

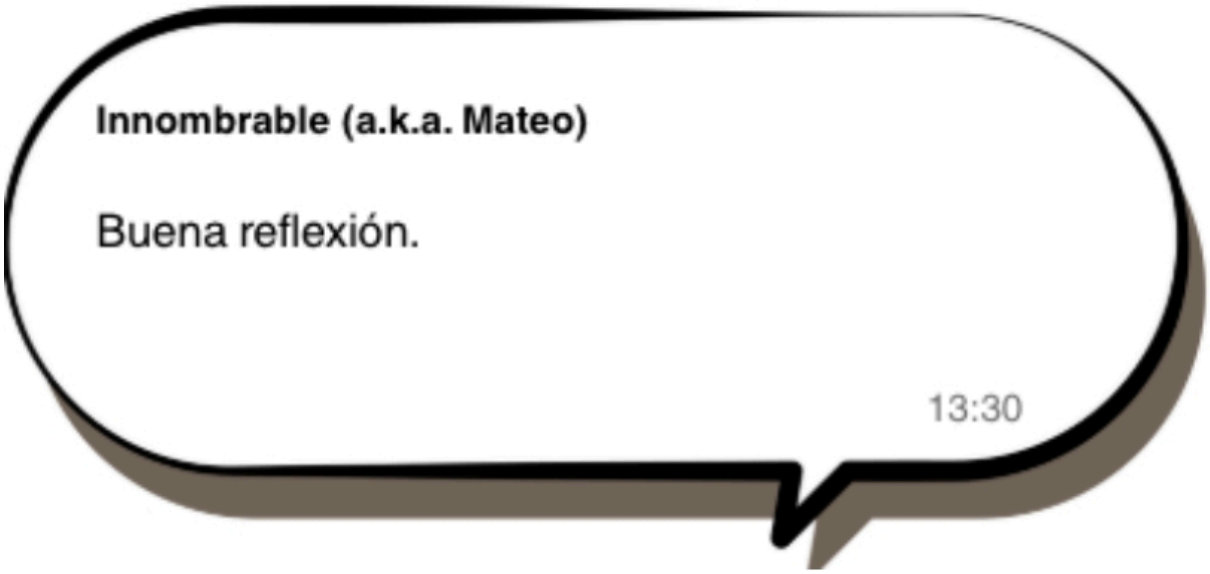
pregunto, retirando mi concentración de la construcción de un pastel de frutos del bosque de tres pisos. «¿Acaso hice algo mal anoche?».

Cuando mi empleado me toca el hombro suavemente, me sobresalto tanto que él da un respingo también.

— No te aturulles, Angie —me dice con amabilidad—. Tú no has hecho nada malo, estoy seguro. Estará hasta arriba de curro y por eso no ha tenido tiempo de saludarte.
— S-sí, supongo. Gracias, Mario.
— Ni darlas.

Justo después, Mario regresa a su zona para amasar pan y vuelve a activar sus cascos de música *heavy*. Me había leído la mente, y también tenía razón. Estoy dándole demasiadas vueltas a la cabeza; ¿desde cuándo me importaba lo que nadie pensase sobre mí? Mientras siga teniendo a mi mejor amiga, a mis videojuegos y a mi adorable pastelería, estaré completa. Lo demás no importa. «El amor está sobrevalorado», me repito varias veces, para calmarme. «Claro, y las ranas crían pelo», me replica después mi subconsciente. Argh, ¿es que ni siquiera mi cabeza me puede dejar tranquila? Ojalá pudiera pulsar un botón de pausa ahora mismo.

Salgo el móvil del bolsillo y empiezo a teclear. A ver si así me calmo un poco



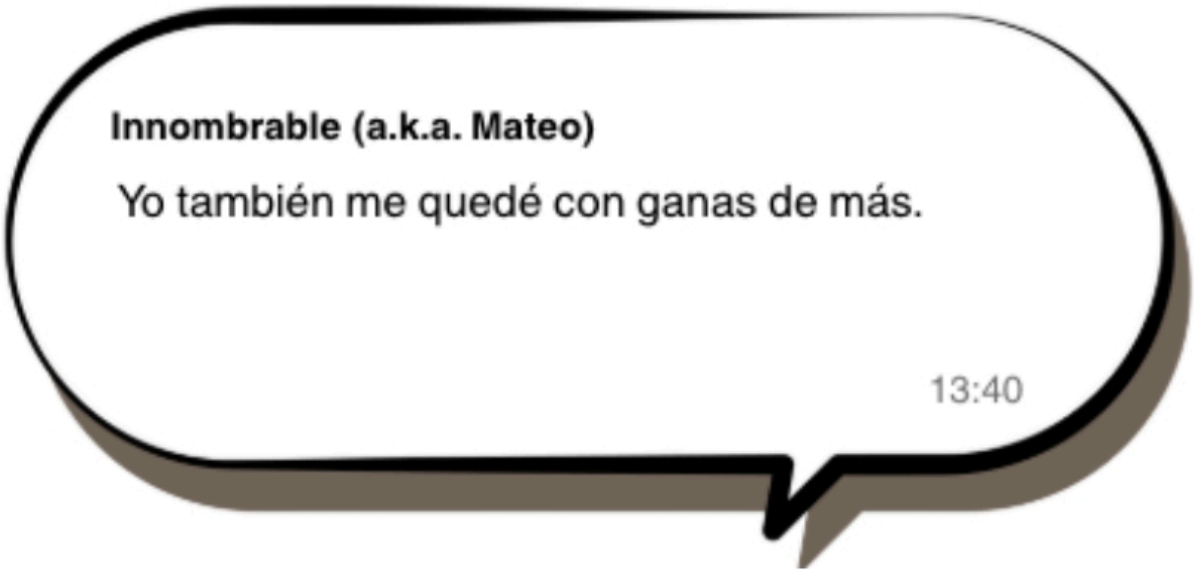

No te lo tengas tan creído, Narciso...
13:3
Oh, buena referencia. Me flipa la mitología griega
13:34
Repelente...
13:3



Frunzo el ceño al leer eso.



Justo cuando voy a volver a meter el móvil en mi bolsillo, se ilumina la pantalla por última vez.



No puedo evitar sentir calor en mis extremidades mientras mi mente trata de descifrar a qué se referirá exactamente con eso. «Me quedé con ganas de más» podría significar muchas cosas. Demasiadas.

Sin embargo, pasan tres horas y no hay ni rastro de él por *Gusto*. A la hora del cierre, ya he desechado la idea de que aparezca. Mirándolo por el lado bueno, ya sé que no está molesto por nada de lo que pasó ayer. Por otro lado, odio que me mientan; y Mateo dijo que vendría. Mario y Ennio se van y yo me quedo en la cocina un ratito más con la intención de ordenar todo un poco y crear algo de contenido para mi canal de YouTube. Bianca debe de estar ya en casa, pero me apetece grabar un nuevo vídeo. Cuando enciendo la cámara, soy *BocadosAngelicales* y nadie más. Ser mi *alter ego* de vez en cuando me ayuda a desconectar.

Esta vez me dedico a explicar una receta de gofres con avena y sin azúcar. Tardo cerca de media hora. Cuando termino de hacer el vídeo y me doy la vuelta, ahogo un gritito. Hay un hombre apoyado en el marco de la puerta de la cocina, y me devora con la mirada. Esboza una sonrisa divertida mientras me llevo una mano al pecho.

— Mateo —murmuro entrecortadamente—. No esperaba que vinieras.
— Te lo prometí —contesta, con simpleza. Para él, las cosas parecen siempre muy simples.
— ¿Me has estado observando todo este rato?
— ¡Hasta la próxima delicia! —me imita alegremente, a modo de respuesta.
— Vale, eso es un sí.

Se me encienden las mejillas. Oculto la cámara detrás de mi espalda.

Está deslumbrante. Tiene cara de cansado, pero aun sin intentarlo no deja de ser atractivo. De hecho, diría que hoy está más cañón que nunca, porque no se está forzando a tener una imagen perfecta. No parece un modelo de revista, con la ropa y el cutis perfectos. Simplemente está siendo él, está siendo más real. Está agotado, y no hace nada por ocultarlo. Sus labios, algo agrietados, parecen invitarme a que los bese.

— ¿Quieres agua? —le pregunto, con el presentimiento de que está sediento.

— Oh, estaría genial. Gracias.

Entra en la cocina para venir a mi encuentro. Le doy un botellín fresquito de una de las gigantes neveras metálicas tratando de no revelar lo mucho que me abruma su cercanía. Mateo bebe con ansiedad, sin retirar la boquilla de su boca ni por un segundo. Algunas gotas del líquido frío se deslizan por su mandíbula y caen al cuello descubierto de su camisa. Hasta que no se lo bebe todo no vuelve a hablar. Ahora tiene los labios húmedos, y fantaseo con cómo se sentirá su frío contacto sobre mi piel descubierta.

Se apoya en la encimera de amasar pan e inquiere, cruzado de brazos:

— ¿Es que te da vergüenza que alguien te vea grabando vídeos?

— Pues sí —admito al vuelo—. Me da corte.

— Pero no te importa que los visualicen millones de personas extrañas…

— Sé que parece un sinsentido, pero sí.

— Conmigo no tienes que avergonzarte de nada, Angela —afirma con intensidad.

Trago saliva. Me coloco a su lado y también apoyo mi espalda baja en la encimera, muy cerquita de él.

— Te noto cansado —murmuro, tratando de ignorar aquello.

Mateo me muestra una débil sonrisa. Intento no prestarle demasiada atención, pero me es imposible; me siento especial cada vez que me dedica una mirada siquiera. Es Mateo Ruiz, mi amor platónico del instituto y probablemente también el de mi edad adulta, ¡y está en un local vacío conmigo!

— ¿Tanto se nota?

— Tienes unas ojeras enormes. —Respondo, porque no se me da precisamente bien endulzar las cosas más allá de la repostería.

Mis palabras hacen demasiado mella en él, porque instantáneamente gira la cabeza hacia su derecha. Evitándome.

— Vaya, qué vergüenza. No sé qué se me pasó por la cabeza al presentarme aquí sin siquiera echarme un vistazo en el espejo.

Debo de tener unas pintas horribles. Te juro que normalmente no soy así; tan solo necesito otro café, ¡o dormir ocho horas de una vez por todas! Estos días no he podido pegar ojo… He tenido mucho curro, especialmente hoy.

Antes de que continúe, alzo una mano en un gesto espontáneo. Reuniendo algo de valor, tomo su mentón suavemente para orientar su rostro de nuevo hacia el mío. Mateo se deja llevar sin rechistar, pero la piel de gallina de sus brazos no queda inadvertida. Entonces, murmuro:

— Conmigo no tienes que avergonzarte de nada.

Se queda simplemente boquiabierto. Jamás hubiera pensado que usar sus propias palabras contra él podrían causar tal efecto.

— G-gracias, Angela —murmura con sinceridad.

Me encojo de hombros.

— La apariencia no lo es todo —añado, y esta vez yo también le miro con ternura—. Ya lo hablamos. El físico es solo un cascarón. Lo que realmente me importa de ti es esto. —Afirmo, a la vez que poso la mano sobre su pecho.

— ¿Mis esculpidos pectorales? —bromea.

Me hace soltar una carcajada.

— ¡No, hombre! ¿Es que no me has escuchado? Hablo de tu corazón. De tus sentimientos. Eso es lo que me importa.

— Sí, ya sabía a lo que te referías; no soy tan despistado.

— Ah, ¿no? Te recuerdo que fuiste tú quien me apartó la silla anoche, justo cuando estaba a punto de sentarme…

Mateo niega con la cabeza mientras sonríe, divertido. No se defiende, para mi asombro.

— Solo quería oírte desarrollando esa idea —dice entonces—. Me gusta que me cuentes lo que es importante para ti, pero sobre todo me enamora que me digas cosas que nadie me ha dicho nunca. Eres la primera persona que se preocupa por mis sentimientos.

— A ver, tampoco ha sido para tanto. No he sido para nada original, es lo típico que uno escucha en las películas o lee en tazas de Mr.Wonderful…

— Pero nunca se me han dirigido esas palabras. Y eso lo valoro más que nada. Estar al lado de ti me hace sentir mejor, Angela.

Su rostro está demasiado cerca del mío. Se me disparan las pulsaciones. Me muerdo el labio al ver que Mateo también está dándose cuenta de ello. Me mira la boca por un instante, pero después aparta la vista.

— Oye, ¿te estoy haciendo sentir incómoda? —pregunta, sin venir a cuento—. Si lo prefieres, me aparto…

— ¡No, no! Quédate aquí.

Mi respuesta me sorprende hasta a mí. Así que lo quiero cerca, ¿eh? A pesar de las consecuencias…

— Ah, vale. Es que lo último que me gustaría es hacerte sentir mal de alguna forma. Sé que a veces puedo ser un despistado y no tengo demasiada inteligencia emocional…

— Estoy… perfectamente. Me cuesta admitirlo, pero está bien charlar contigo. Salen conversaciones inteligentes.

— ¿Sobre mis esculpidos pec…?

— Como vuelvas a decir eso, pediré una orden de alejamiento —le amenazo, interrumpiéndole.

— ¿Por qué? ¿Es que quieres tocarlos? —sugiere, de pronto.

Me guiña un ojo de tal forma que da vergüenza ajena, aunque hay algo de todo esto que encuentro peculiarmente irresistible.

— Vale, tú lo has querido.

Dicho esto, me muevo un poco de mi sitio. Me alejo de él unos pocos centímetros. No sé por qué me estoy comportando así, pero Mateo está sacando mi lado más juguetón sin siquiera habérmelo pedido.

— ¡Noo! —exclama él de vuelta, entristecido.

— Dramático…

Regreso a su lado. Sin embargo, Mateo se aparta esta vez para colocarse ante mí. Es tan sigiloso que no ha hecho ruido con su movimiento. Parpadeo, desconcertada, mientras estudio este cambio de posición. Como yo estoy reclinada sobre la encimera, él parece aún más alto que el casi metro noventa que normalmente parece tener. Ahora ha adquirido una posición dominante. Y yo estoy siendo observada por ese par de ojos verdes desde un nuevo ángulo, sin saber por qué.

— ¿Qué haces?

— Se me ha venido algo a la mente —responde, con seriedad.

— ¿El qué?

— Una propuesta. Que acarrea un riesgo.

Su mirada es incendiaria. Algo en ello me hace intuir por dónde van los tiros.

— A-ah. Soy… todo oídos.

Ahora mismo no me reconozco. ¿No se suponía que no quería involucrarme demasiado en mi relación con Mateo? Pensaba que me daba miedo lo que pudiera ocurrir en estos cinco días restantes, pero lo que

reflejan mis palabras es algo completamente diferente. Mateo se aproxima más, de modo que sus rodillas rozan mis muslos apretados. Cuando se inclina para poner su rostro a mi nivel, siento que está poniendo a prueba mi autocontrol. *Bésale, Angela. ¡Bésale!*

Mateo apoya los brazos a ambos lados de mi cuerpo, con las manos en la encimera. Estoy acorralada por él… otra vez.

— Antes me gustaría hablar de la cita de anoche.

— S-sí. Dime.

— Tras la cena, te acompañé a casa.

— Ajá.

— Y charlamos.

— Ajá.

— Y cuando te ibas a ir, me besaste.

No respondo a eso.

— Para mí, ese beso significó mucho —continúa hablando—. Dios, sentí que fuegos artificiales explotaban sobre nosotros. Fue mágico.

— Pero bueno, ¡qué empalagoso eres! —no puedo evitar exclamar, llevándome las manos a la cabeza. Jamás, en toda mi vida, me he topado con un chico (de carne y hueso) así.

— Es la pura verdad —replica, con simpleza—. Pero ahora me gustaría saber por qué lo hiciste, y qué sentiste tú. Por favor.

— Lo hice porque me apeteció. Nada más.

— De acuerdo. Es una respuesta respetable. Supongo que falta mucho para oír de tus labios un «me gustas», más allá de que te apeteciera divertirte en ese momento.

— Un beso es solo un beso.

— Ya, eso es lo que dice todo el mundo. Pero yo no creo en eso. Ese beso me vinculó contigo.

— Vaya, lo que me faltaba; tenerte aún más pegado a mí. Como una lapa…

— Aún no me has contado qué es lo que sentiste —apunta Mateo, quien se niega a salirse de su interrogatorio.

Suspiro, resignada. Este chico es incansable. Hasta que no le dé lo que quiere, no parará. Tendré que dejar la vergüenza en un segundo plano por ahora.

— Yo también sentí… fuegos artificiales. La imagen que se me venía a la cabeza era la de una hoguera, ¿sabes? Pero no en plan acogedor y hogareño, sino en plan… ardiente.

— Ardiente —repite, saboreando la palabra. Probablemente sean imaginaciones mías, pero siento que evalúa lo que acabo de decir.

— Ya sé que suena redundante. «La hoguera ardiente». Pero es que ese beso tan solo me hizo sentir calor. Fuego. Fue… intenso y rápido, como una detonación.

Tras esa última palabra, nos quedamos mirándonos varios segundos. Parece que me esté comunicando (telepáticamente) que lo que más desearía en este mundo es que volvamos a sentir esos fuegos artificiales juntos. O quizás estoy tan loca que elaboro conversaciones alternativas en mi mente y luego pienso que han sido reales. Lo que sí es real es que Mateo me mira, me mira y me mira, hasta tal punto que da algo de mal rollo.

— Todavía no me has hecho la propuesta —le informo, con un hilo de voz.

— Mi propuesta es que me dejes besarte como yo dejé que me besaras a mí.

Tras eso, se queda tan pancho que me pregunto seriamente qué pasará por su cabeza. ¡Qué frase más cursi, por favor! Bajo la mirada al suelo. Por mucho que me gustaría, tengo que contenerme. Por el bien de ambos. Esta vez no le haré caso a la Angela de dieciséis años con un fanatismo enfermizo por el rosa.

— No, no —digo, negando con la cabeza—. Eso no se va a repetir.

— ¿Por qué no? Si lo deseas tanto como yo…

Antes de que yo pueda oponer resistencia, me quita la cámara de las manos y la pone a buen recaudo sobre la encimera, a un metro de nosotros. Ya no hay ninguna barrera entre nosotros, por pequeña que sea.

— ¿Cuál era el riesgo? —pregunto, sin responderle—. Por… curiosidad.

— Que quizás podría descontrolarme un poco.

— ¿D-descontrolarte?

Se encoge de hombros.

— Eres tan irresistible, Angela, que no sé si podría contener mis ganas de seguir besándote aun cuando me pidieras parar.

— Te daría una patada en la entrepierna, y arreglado.

— ¿Eso es un sí?

— No lo sé, Mateo. No creo que debamos.

— Somos adultos en nuestro sano juicio. Si ambos queremos, ¿qué habría de malo?

Me pregunto si eso es totalmente cierto. A veces me da la sensación de que a Mateo le falta un tornillo. Quizás a mí también.

— A mí me gustaría volver a vivir esos fuegos artificiales —insiste—. ¿Qué hay de ti?

Me sorprende que aún no haya podido escuchar el retumbar de mis pulsaciones en mi pecho.

— S-sí, pero… Bueno… de acuerdo. Pero sólo para que quedemos en paz. Tras este beso, estaremos igualados.

— Igualados —repite, sin aliento.

— S-sí.

— Se te da de pena ocultar lo que sientes en realidad. Tu respiración acelerada te delata. A la mierda el miedo a que nos rompan el corazón, Angela. Todo sana. Ahora mismo, escuchemos a nuestros deseos. ¿Qué es lo que deseas tú, Angela?

— Acércate un poco más y compruébalo.

— Será un honor.

— Cállate y bésame —murmuro, antes de que todo se vuelva una maraña de carne y saliva.

Mateo acata mis órdenes con más obediencia de lo que me hubiera esperado. Como si le acabase de poseer el alma de otra persona, me agarra por la cintura con sus grandes manos. Instantáneamente, siento una velocidad estática en mi interior. Sin tener ni idea de lo que se ha propuesto hacer, me dejo besar con una pasión exacerbada. Nuestras lenguas se saludan y nuestros labios se abrazan en cada encuentro, que cada vez es más duradero; parecen hechos los unos para los otros. La presión que sus dedos ejercen sobre mi cintura aumenta, y soy elevada a varios centímetros del suelo (como si no pesase nada) para acabar sobre la mesa de amasado. Dejo que Mateo se acerque más a mi cuerpo, hasta que estamos tan pegados que se me hace imposible no jadear. Instintivamente, rodeo su cadera con mis piernas.

— Me vuelves loco, Angela —gruñe, con una voz más grave de lo normal.

«Tú a mí también», respondo para mis adentros.

Cuando posa sus labios ardientes sobre mi cuello, me olvido de todo. Olvido los pensamientos que me ruegan que me detenga, olvido que Mateo se irá en unos días y olvido que me llenaré toda la ropa y el pelo de restos de harina como siga aquí. Dejo que Mateo me incline suavemente hacia atrás hasta que quedo tumbada, y él también se sube a ella hasta quedar justo encima de mí.

Menudas vistas.

Llevo mucho tiempo sin tener a un chico así, sobre mí. Mateo sigue besándome el cuello, hasta rozarme el lóbulo de la oreja. Cuando le da un pequeño mordisco con sus afilados dientes, siento que me moriré de placer en este mismo instante. Pero no me muero, y el fuego sigue. Nuestras bocas se reencuentran con ansiedad. Mis manos ascienden por su torso y, joder, sí que estaba «esculpido»... Me entran ganas de ser yo quien le tumbe y quien bese su abdomen, pero me da demasiado pudor tomar tanta iniciativa. Apenas he hecho algo así en mi vida, a pesar de mis veintitrés tacos, mientras que Mateo parece tener más experiencia de lo que ha querido contarme... No quiero quedar en ridículo haciendo algo que él considere extraño. Por hoy, decido dejarme guiar por él y descubrir qué trucos esconde bajo la manga. Dejo que me devore en todos aquellos rincones en los que asoma mi piel, y siento que me quedo sin aire cuando pasa su cálida lengua por mi clavícula. Yo enredo mis manos en su pelo mientras me someto a sus caricias, mientras me dejo llevar por el ritmo de Mateo Ruiz; y, sinceramente, durante varios minutos creo que estoy soñando. Pero se siente muy, pero que muy real; las manos y boca de este hombre de únicos ojos verdes y mandíbula afilada se aseguran de dejármelo muy clarito.

Cuando se detiene unos instantes para observarme desde arriba, detecto en su mirada una adoración que da vértigo. Es justo en ese momento cuando siento su amor. Noto que Mateo verdaderamente me quiere, que me desea en este instante y también en el resto que estén por venir. Recorre con sus ojos cada centímetro de mi cuerpo, hasta donde le llega la vista, y esboza una sonrisa tan dulce que me es imposible no pensar que está enamorado perdidamente de mí. Antes era una firme defensora de la idea de que nadie puede enamorarse en menos de un mes, mucho menos una semana; pero tras intercambiar miradas con el chico que tengo sobre mí, por primera vez desecho esa idea.

Mateo me ama, y por fin me queda claro.

Y saber eso me asusta. Porque creo que yo también lo amo a él, más de lo que quizás debería. Pero ahora no es momento de reflexionar sobre mis sentimientos encontrados. Ahora quiero disfrutar. Tomo el cuello de su camisa con una mano y tiro hacia abajo con exigencia, para arrimar a Mateo aún más a mí. Jamás he deseado tanto a una persona como lo deseo a él, y he de decir que estar tumbada sobre mi mesa de trabajo tiene su morbo…

Cuando me pregunta silenciosamente si le dejaría tocar partes más blandas de mi torso, asiento sin dudarlo ni un instante.

— ¡J-jefa, ¿e-eres tú?! —nos interrumpe entonces una voz titubeante que reconozco al instante.

Me congelo instantáneamente.

— Pero ¿qué…? —murmura Mateo, que detiene sus besos con espanto.

No me da tiempo a apartarme de él y desenredar nuestra maraña de brazos y piernas entrelazadas. Giro la cabeza en dirección al sonido y ¡tachán!: mi pobre y jovencísimo empleado tiene los ojos clavados en nosotros, muy abiertos. El calor de la vergüenza asciende por mi cuerpo irremediablemente, pero ya es muy tarde para borrar esa imagen de su inocente cabeza. Al menos espero que no lleve ahí demasiado tiempo.

— ¡Ennio! —me incorporo de la mesa en la que hace unos segundos había estado tumbada—. ¡Pensé que ya te habías ido!

No sé cuál de nosotros está más en shock; si él o nosotros. Yo, desde luego, no sé qué decir.

— Me había dejado el cargador del móvil en el baño. He vuelto con la esperanza de que aún no hubieras cerrado, jefa, pero esperaba pillarte grabando un vídeo, no… —calla para tragar saliva, azorado —. En cualquier caso, disculpad las molestias. Os dejo… a lo vuestro.

No digo nada. Me he quedado muda de la sorpresa. Ennio retrocede varios pasos, dispuesto a dar marcha atrás y salir por donde ha entrado.

— ¡¡Solo somos amigos, Ennio!! —exclamo desesperada, antes de que desaparezca. No sé por qué lo he hecho; ¿desde cuándo le debo explicaciones a mi empleado? No quiero que se lleve ninguna idea equivocada. No me enrollo con tíos cada noche sobre las tablas de amasar pan; eso sería tremendamente antihigiénico… —. ¡¡No volverá a pasar, te lo juro!!

— Yo… no he visto nada —responde él, incapaz de mirarme—. N-nos vemos mañana…

No tengo la oportunidad de decir nada más, porque sale cagando leches de mi pastelería.

— Así que «sólo amigos», ¿eh? —comenta Mateo en un susurro, pasando un dedo por mi cuello desnudo—. Me partes el corazón, Angie…

Le fulmino con la mirada como toda respuesta. Poso las manos en su pecho para poner distancia entre nosotros. Me bajo de la encimera y luego retrocedo unos pasos más, para poder pensar con claridad. Ignoro la mueca que me dedica Mateo a modo de reproche.

— Considera lo que acaba de pasar como un avance.

— Oh, ¿conque dándome esperanzas? Me gusta esta faceta tuya…

— Bueno, tampoco te confíes. También creo que ha sido un error.

A Mateo se le descompone el rostro. No esperaba ese comentario por mi parte, y se nota; el pobre es un libro abierto.

— Pero ¿no me ibas a dar una oportunidad? —se queja, como si le estuviese estafando.

— Eso lo solicitaste tú, pero no dije nada de otorgártela —digo, elevando nuevos muros entre nosotros. Le miro con unos ojos salvajes, felinos—. Ya estamos en paz, ¿no? Yo te besé en un momento de debilidad, y esta noche me has besado tú a mí. Lo que acaba de pasar no puede convertirse en una costumbre.

— Pero las costumbres son actividades que se repiten por un tiempo prolongado. Yo me voy en unos días. A mí me gustaría aprovechar nuestro tiempo juntos al máximo… —Eso último lo dice casi en un ronroneo. Dirijo la vista al suelo. No le digo que tengo miedo de enamorarme, pero parece que me lee la mente, porque entonces continúa—: Yo también tenía miedo de enamorarme de ti. Pero ya no. Me da igual que lo nuestro tenga fecha de caducidad. Quiero enamorarme hasta las trancas, sin temor a que luego mi corazón se parta en mil pedazos. Quiero exprimir mi amor por ti hasta la última gota.

Sus palabras prometen más de lo que muestran en la superficie. Su mirada también. De pronto, todos mis pensamientos catastrofistas sobre lo que podría pasar si me dejo llevar por mi lado más pasional se desvanecen. Sí, puede que pertenezcamos a mundos distintos, que él deba quedarse como un recuerdo de mi adolescencia para que mi obsesión con su persona cese de una vez; pero es que, en realidad, es inútil tratar de predecir el futuro. Toda alternativa trae una serie de ventajas y desventajas inevitables. No existe vía fácil, así que ¿por qué no tomar la que más placer (aunque pasajero) me aporte?

— S-suena bien —admito, como toda respuesta.

Mateo esboza una sonrisa brillante. Cautivadora. Me entran ganas de volver a enterrar mis minúsculos dedos en sus rizos cobrizos.

— Entonces a la mierda el miedo, se ha dicho —murmura, con voz ronca.

— A la mierda el miedo —repito, más convencida.

Acorto la distancia entre nosotros para darle un último beso.



La luz fría de la cocina está encendida cuando regreso al piso. Maldigo para mis adentros; caminar hasta mi cuarto y pasar desapercibida va a ser una misión imposible. Mis labios están hinchados de tanto besuqueo, y tenía la esperanza que Bianca no me descubriese con estas pintas, pero me temo que no podré escapar del escrutinio de mi mejor amiga. Sé que antes dije que tenía ganas de ponerla al día con todo lo que me había pasado con Mateo, pero ahora no sé ni por dónde empezar.

La encuentro sentada a la mesa, devorando una ensalada que parece contener todos los restos de nuestra nevera: el contenido de la lata de maíz a medio terminar, el atún a la plancha que no terminamos ayer, desmenuzado… Ya se ha cambiado de ropa y no queda rastro de cualquier maquillaje que pudiera haber llevado para su cita con la chica misteriosa; ahora está en pijama y tiene el rostro limpio y brillante. Deja de masticar en cuanto detecta que una figura ha aparecido bajo el umbral de la puerta, y traga de golpe en cuanto ve mis pintas.

— Sí, estoy horrible —digo por ella, con ganas de bostezar.

No hay rincón en mi cuerpo que no esté manchado de harina. Mi pelo ya no es oscuro, sino blanco, y está tan despeinado que parece el nido de una familia de gorriones.

— Pero ¿qué te ha pasado? —inquiere igualmente. De ser ella, yo también fliparía—. Jamás has vuelto así a casa después de trabajar. ¿Qué te ha hecho el pobre pan para que te pelees con él así? ¿No se encargaba Mario de las masas y tú de darles forma y hornearlas? O ¿es que te has peleado con una de las ratas del almacén?

Me siento a su lado. Apoyo los codos en la mesa para sostener la cabeza entre mis manos.

— Es una larga historia.

— La mayoría de las veces que alguien dice eso, en realidad puede resumirlo todo en una frase. Así que desembucha, Angie. Tengo

tiempo —añade, encogiéndose de hombros—; aún no tengo demasiado sueño.

— No creo que quieras saberlo.

— Ponme a prueba.

Suelto un profundo suspiro. Allá vamos…

— *MeheenrrolladoconMateo* —musito con la boca muy, muy pequeña. Me da tanta vergüenza decirlo que lo escupo lo más rápido que puedo.

Bianca se queda boquiabierta. Literalmente. Puedo ver con toda claridad la porción de ensalada que ha estado masticando. De repente, me agarra por los hombros y se inclina sobre mí.

— ¿¡Quéeeee?! —exclama, fuera de sí—. ¡¡Sabía que pasaría algo!! ¿Dónde? ¿En la mesa de amasar pan? —produce su última pregunta en tono de broma, sin esperarse que mi respuesta vaya a ser afirmativa. Cuando ve que asiento con la cabeza, creo que se le van a salir los ojos de las cuencas—. Guau. Pues ¡ole tú, tía! Ya era hora. Es sexy. Y asqueroso. Las dos cosas a la vez. Eso sí, prométeme que mañana limpiarás esa tabla a fondo, por Dios.

— ¡Claro, mujer! La limpié antes de que nos fuéramos. No soy tan cochina.

— Qué fuerte —murmura, alzando las cejas—. Qué. Fuerte. Me alegro muchísimo, tía; sabía que ibais a acabar jun…

— Espera, para el carro. No te ilusiones tanto, Bianca —la interrumpo, porque sé qué es lo que va a decir—. Mateo y yo no somos nada. Nos habremos liado, pero eso no tiene que significar nada.

— Ya, pero es que ¡os gustáis mutuamente! Si Mateo te quiere de verdad y tú a él también, ¡podríais dar el paso de empezar algo!

— ¿Como pareja, dices?

— ¡Claro, mujer!

— Tú estás loca. Puede que sí que sienta cosas por ese idiota, pero aun así hay demasiadas razones por las cuales lo nuestro nunca funcionaría. Para empezar, ¡cada uno vive en un país distinto!

— ¿Y qué? ¡Las relaciones a distancia están de moda!

— Las relaciones a distancia me parecen un incordio. No podría aguantar estar separada de él ni un segundo; vernos un máximo de cinco o seis veces al año no sería suficiente para mí.

Me arrepiento de lo que digo nada más sale la última palabra de mi boca. He sonado pastelosa y extremadamente enamorada, y no me apetecía

abandonar mi coraza de «tía dura». Bianca ahoga un chillido ilusionado, y entonces sé que ya no hay vuelta atrás.

— A ver, está claro que los dos estáis enamorados. —Afirma mi amiga, con cara de concentración. Está pensando en algo importante.

— Desde hace veinticuatro horas; es una enorme locura.

— No, desde hace más. ¡Desde el instituto, diría yo! Estoy segura de que Mateo se quedó coladito por ti desde el momento en el que te echó el ojo en clase. ¡Eres una monada, Angela!

Eso es cierto, lo de que yo le gusto desde nuestra estancia en Las Hayas. Él me comentó algo parecido. Nuestro amor siempre fue recíproco, aunque tan solo nos hayamos dado cuenta de ello hace unos días…

— ¿Qué me quieres decir, entonces?

— Lo que te iba a preguntar es lo siguiente: si Mateo no viviese en España, si él viviese en Florencia muy cerquita de ti, ¿darías el paso? ¿Intentarías intimar más con él, incluso proponerle salir juntos?

Me quedo helada. Eso no lo había pensado antes. Mi corazón empieza a latir muy, pero que muy deprisa.

— Pues… supongo que sí. Mateo siempre me ha gustado, ya lo sabes. Si no he podido olvidarme de él en todos estos años, a pesar de haber quedado con otros hombres, eso debe de ser porque hay una parte de mí que anhela su continua cercanía. No creo que me pudiera conformar con liarme con él de vez en cuando, y ya está. Sinceramente, me encantaría poder conectar más con él…

Bianca parece al borde de las lágrimas. Se lanza a abrazarme antes de que me dé tiempo a esquivar su movimiento. Me aprieta tanto que creo que me va a aplastar.

— ¡Ay, por fin lo admites! —exclama, con voz quebrada—. Pensé que nunca llegaría el día de que te sincerases conmigo. Estoy orgullosísima de ti, Angie; sé lo mucho que te cuesta mostrar el precioso corazón que escondes bajo tantas tachuelas y capas de negro… —Murmura, no sé si a modo de queja. Entonces me libera de la prisión de sus brazos y me mira fijamente, su cara muy cerca de la mía—. Ahora necesito que me escuches bien. Quizás esta vaya a ser la misión más difícil que tengas en toda tu vida, pero necesitas cumplirla.

— ¿D-de qué hablas? —inquiero, mientras me recorre un escalofrío. Mi amiga está perdiendo la cabeza; cada vez es más impredecible.

— Tienes que contarle a Mateo todo lo que me has dicho. Dile que le quieres y que, ya que las relaciones a distancia no te molan, sí que te encantaría estar con él si se quedase en Florencia. Pregúntale si podría intentar mudarse a esta ciudad. Porque está claro que tú no puedes abandonar *Gusto*…

Me levanto de la silla de golpe. Las patas chirrían. Tengo los puños apretados, esto es demasiado.

— Pero ¡¿acaso te estás escuchando?! —exclamo—. ¡Es una locura! Seguimos siendo completos desconocidos, y ¿quién soy yo para pedirle algo así? No puedo inmiscuirme en sus planes de trabajo, ¡a veces el amor no es suficiente! Sí, es cierto que Mateo me ha mostrado un lado tierno, amable, divertido y atento, a pesar de sus meteduras de pata. Y también es cierto que me he vuelto a colar por él como si volviese a tener quince años, y que tiene una extraña obsesión por enamorarme. Pero no puedo pedirle que tire toda su carrera por la borda por mí, no puedo ser tan ilusa como para creer que estos días que hemos compartido son suficientes como para cambiar el mundo. Mateo volverá a Barcelona, yo seguiré aquí y ambos conservaremos un buen recuerdo de esto. Pero solo un recuerdo, Bianca.

Sus ojos se han vuelto dos profundos pozos de tristeza.

— Bueno, como quieras —murmura—. No puedo obligarte a nada, Angie. Te quiero muchísimo, y lo único que deseo es tu felicidad. Porque te mereces ser feliz, y tener tu amor de cuento. No hablaré de esto más, si es lo que deseas…

— Por favor —le ruego.

— … pero siéntate otra vez. ¿O es que no quieres escuchar sobre mi cita?

— ¿Estás de broma? ¡Me muero de ganas de saber cómo te ha ido!

Mi amiga esboza una pequeña sonrisa.

— Fue maravilloso.

— Me alegro un montón —digo, de corazón.

— Por cierto, ¡se me olvidaba! Como mañana volveremos a quedar para cenar, el piso se te va a quedar solo para ti y quien quieras… —dice con voz sugerente, volviendo a la carga.

— Bianca… —gruño.

— ¿Qué? —replica, parpadeando varias veces y fingiendo inocencia—. Solo quería aportar un dato, sin más.

— Mateo duerme en una suite cada noche, por si no lo sabías ya.

— Ah, ¡así que ya lo tienes todo calculado! —exclama, sorprendida sin razón alguna. Como me ve fulminarla con la mirada, alza los brazos en son de paz—. Vale, ya paro… Te contaré mi apasionante historia, pues.

Bianca se pasa los siguientes treinta minutos que le llevan terminarse la cena describiéndome con todo detalle su segundo encuentro con su cita de Tinder. Me cuenta, con aire soñador, que se llama Elena, que tiene un año más que ella y que trabaja como profesora de español en un instituto cercano. Cuando confiesa que puede que se esté enamorando de ella, no puedo evitar emocionarme. Desde que Bianca rompió con su anterior pareja, he estado deseando que encuentre a alguien que la ame de una forma sana, tranquila y sin dependencia. Sé que mi amiga tiene un gran amor propio y que no necesita a ninguna otra persona para ser feliz (ni siquiera yo), pero también la he visto muy angustiada en ocasiones por sentirse muy, muy sola.

— Es súper inteligente, tía. También ha publicado un libro, y viaja todos los años, y jamás se le acaban los temas de conversación. Ah, ¡y es graciosísima sin intentarlo! Y guapísima, también...

— Suena perfecta —digo, sonriendo—. Te mereces a alguien tan especial como tú.

— Y encima besa que te mueres; ¡no me esperaba que tuviese tanta experiencia con…!

— Ahórrate esos datos —digo, tapándome los oídos.

— Hablando de eso; ¡aún no me has dado detalles de tu encuentro de pasión con Mateo!

— Que digas «encuentro de pasión» me echa muy, pero que muy para atrás.

— ¡Venga, Angie! ¡Hazlo por mí! ¡Sabes que soy muy cotilla!

— ¡Me da vergüenza!

— Di algo —me ruega, uniendo las manos—. Lo que sea. Aunque sea muy poco.

— Humm… vale. Te voy a decir una cosa: yo tampoco me esperaba que tuviese tanta experiencia —digo, guiñándole un ojo.

Bianca se ríe a carcajadas.

— ¡Bien por ti, tía! ¡Bien por ti!

Me da una palmadita en la espalda, pero no reacciono; estoy tan roja que lo único que siento es la sangre circulando por mis mejillas. Menuda amiga más salida tengo.

— Ah, y no solo nos hemos liado esta tarde. También nos besamos ayer, cuando me acompañó a mi portal —le explico, esta vez con una sonrisilla maliciosa. Leo en su expresión que está encantada de recibir esa noticia—. Lleva varios días acompañándome hasta la puerta, no sé por qué lo hace. Creo que piensa que soy una niña pequeña que no puede cuidar de sí misma. Como si antes de que él llegara no hubiese estado yendo sola a todas partes…

— Seguramente quiera verte el máximo tiempo posible.

— Puede ser.

Más tarde, propongo ver una película en el salón, porque no quiero que nuestra reunión de chicas se acabe tan pronto. Me he activado por culpa de tanta charla. Me pongo el pijama, hago unas palomitas en una olla y ambas nos acomodamos muy juntitas en el sofá para ver la tele. Ponemos *Cinema Paradiso* en vez de *Piratas del Caribe*, porque Bianca tiene una perturbadora obsesión con los dramas a pesar de que ella jamás eche una lágrima. Siempre soy yo la que acaba llorando como una magdalena, lo que me hace sospechar que lo que a ella realmente le gusta es verme con la cara hinchada por la llorera y un rollo de papel higiénico al lado para sonarme los mocos. La banda sonora y la historia de esa película siempre me tocan la patata.

— ¿Te he dicho alguna vez lo afortunada que me siento de tenerte, Angie? —me pregunta mi amiga en la mitad de la peli, con voz adormilada. El bol de palomitas descansa en la mesita casi vacío.

— Cientos de veces. Y nunca me cansaré de oírlo. Te quiero mucho, reina del drama.

— ¡Eh! —se queja, en broma—. En fin, supongo que yo también te quiero…

Entre risas, al final acabamos perdiendo la concentración que teníamos puesta en la peli y nos quedamos dormidas. Con nuestros hombros muy pegados y una manta sobre nosotras, no nos volvemos a despertar hasta que los primeros rayos de sol de la mañana acarician nuestras caras. Sueño con Mateo y paseos por jardines con él, visitas a museos y conversaciones a medianoche mientras nuestras manos se rozan cuando caminamos.

Yo abro los ojos antes que Bianca. La tele se ha quedado encendida, pero el reproductor de vídeo quedó detenido en el último fotograma. Realizando los mínimos movimientos para no despertar a mi amiga, me separo de ella y me dirijo a mi habitación.

Una vez cierro la puerta, enciendo el móvil y abro la aplicación de mensajería. Me resulta extraño hasta para mí misma, pero mi primer instinto nada más despertar es el de escribir al chico que ha estado protagonizando mis sueños durante toda la noche. Con una pequeña sonrisa, tecleo para desearle los buenos días. Ya no hay vuelta atrás: me estoy enamorando hasta las trancas y mi corazón ya está involucrado en esto. Será vulnerable tanto si me esfuerzo un poco por agradar a Mateo como si me quedo parada sin hacer nada. Elijo lo primero, pues hubo una vez en la que me prometí a mí misma que viviría al máximo. Ya no tiene sentido quedarme paralizada por el miedo a las consecuencias de mis acciones.

Después de escribir, meto el móvil en el cajón de mi mesita de noche y ruedo por mi cama de izquierda a derecha, como si fuese una croqueta a la que están pasando por pan rallado. Como nadie me puede ver, me da igual revelar lo ilusionada e impaciente que estoy por una respuesta. Mi yo de quince años, con sus risitas agudas y nerviosas, me ha poseído por tiempo indefinido.

DÍA 10



25. MATEO*. «BUONGIORNO!»*

Hoy acudo a la sucursal a las siete y media de la mañana. Se me cierran los ojos del sueño porque anoche no pude pegar ojo (no podía parar de rebobinar, una y otra vez, mi excitante escena con Angela), pero hoy tengo demasiadas cosas que hacer en el trabajo.

Desde primera hora, tendré que estar completando una tarea tras otra si no quiero retrasarme aún más. Mi padre, que sigue la evolución de los preparativos desde la sede principal de Barcelona, espera de mí nada menos que la perfección y puntualidad de un reloj suizo. Al menos, el frío espantoso que hace en la calle me ayuda a espabilarme; empiezo a tiritar por la falta de abrigo y tengo que apretar la marcha para no congelarme por el camino.

Como me esperaba, mis compañeros no han aparecido todavía. Me encargo de abrir el local, de encender las luces y el aire acondicionado que ha sido recientemente instalado, y camino hasta

mi despacho. Justo cuando presiono el botón de encendido del ordenador, me llega un mensaje al móvil. Esbozo una sonrisa al escuchar la notificación, porque creo que sé de quién se trata.

«Buongiorno!», dice el mensaje. Seguidamente, una parrafada (también en italiano, y en un registro demasiado serio) en la que me desea una «fantástica jornada laboral» y «que su hermano pequeño no me moleste demasiado». Guau, recibir tanta amabilidad de ella es tan insólito que necesito leer el texto varias veces antes de asimilar su significado. Y encima quiere tomarme un poco el pelo poniendo a prueba mis dotes de italiano (¿lo que significa que de verdad le intereso?). No puedo evitar sonreír como un bobo. Con manos temblorosas por la estimulación emocional que acabo de recibir, redacto en el mismo idioma: «La saludo, cebolla mía. Le transmito mis sinceros deseos de que los brazos de Morfeo la acogiesen anoche con una inconmensurable delicadeza. Los rayos de sol que, en el preciso momento de la redacción de la presente misiva, se filtran por las rendijas de mi despacho, me recuerdan a la calidez de su sonrisa. Apenas quedan varias horas para nuestro reencuentro (si así lo desea, por supuesto), así que le ruego paciencia durante la insoportable espera. La extraña, Mateo».

Lo envío sin revisarlo. Seguro que suena tremendamente coherente, viniendo de mí. Angela quedará prendida de mis dotes prosaicas. Dejo el móvil sobre la mesa, para tenerlo más a mano en el caso de que me responda, lo cual es muy probable; ¿quién en su sano juicio no respondería a semejante poema? Reanudo mis labores de ejecutivo, hago un par de llamadas y redacto docenas de emails.

También le echo un pequeño vistazo a la página de *WikiLove*, porque me he vuelto totalmente adicto a ella. Es tan adorable y detallada que absorbe a cualquiera que entra por, al menos, quince minutos. Yo me quedo veinte, y reúno información valiosísima para mis labores del corazón. Por ejemplo, aprendo que tengo que rodear con mi brazo a la chica que me gusta cuando menos se lo espere y, muy importante, casi *diariamente*; eso las vuelve *locas*. Por supuesto, abrazar por detrás también es siempre acertado. Además, tengo que seguir haciéndome el duro, el difícil, por mucho que ella

diga que eso no le va; resulta que, en realidad, los maravillosos efectos de esa fachada tardan en aparecer, pero acaban apareciendo. Por último, tengo que mostrar un cambio de imagen radical, como el personaje de Sandy al final de la peli *Grease*. Al parecer, con este factor sorpresa lograré que Angela babee por mí. Y la idea me atrae, mucho.

Otro seguidor de la web vuelve a criticar todos estos consejos tachándolos de «bazofia que jamás debería haber salido a la luz», pero decido ignorar eso. ¡Menudo *hater*!

Cuando menos me lo espero, me llega por fin la notificación que andaba esperando: «¿De qué guindo te has caído, si se puede saber?», leo, imaginando el tono angelical de mi amada.

Lo sabía: la tengo en el bote.

— ¡Guau, jefe! ¡Qué madrugador! —oigo entonces, haciéndome sobresaltar.

Damiano ha entrado sin que me dé cuenta. Debería tomarte un café de la máquina que trajeron anteayer, para espabilarme de una vez. Mi *community manager* viene impoluto hoy; está vestido de color negro de la cabeza a los pies: con unas Converse que tienen hasta las suelas de ese color, unos pitillos y una camisa minuciosamente planchada. Tiene el pelo (negro) engominado hacia atrás, y eso me recuerda a Danny Zuko de *Grease*; ¡es justo lo que busca *WikiLove*!

— Ah, hola, Damiano —respondo, mientras me paso la mano por el pelo. Tengo que cortármelo urgentemente—. Qué pronto has venido, ¿no?

— ¡No te creas! Ya son las 8:30h, siempre suelo venir a esta hora.

— Vaya, se me ha pasado la hora volando…

— Eso es que has estado ocupado —dice él, resolutivo. Deja su mochila en una de las sillas de enfrente de mi escritorio y se sienta en la otra—. Uf, tenía las piernas cansadas de tanto andar. ¡Menuda caminata me he pegado desde mi casa!

— ¿Vives muy lejos de aquí?

— A unos 45 minutos, en un barrio residencial. No me puedo permitir un alquiler en el centro, ¡es carísimo! En fin, ¿qué has estado haciendo para que el tiempo se te pasara tan rápido?

— Lo de siempre; con el ordenador y con el teléfono. Hoy llegan más paquetes, sobre todo sillas y material de papelería. Y, bueno, también he estado escribiéndole a Angela —añado, en voz más baja. Omito la mención de *WikiLove*; nadie puede enterarse de que recurro a un factor externo para enamorar, sería bochornoso.

Damiano sonríe con complicidad.

— ¿Cómo fue vuestra cita? Se me olvidó preguntarte ayer, estaba tan concentrado en hacer posts de Instagram…

— Fue estupenda, gracias —contesto, y le guiño con el ojo. Me arrepiento al instante de hacer ese gesto, pero no hay vuelta atrás. Mi empleado reprime una carcajada—. Seleccionar *Pizza Leo* como lugar de cena fue todo un acierto. Nos hemos vuelto más cercanos, y puedo afirmar con un 98% de certeza que le caigo estupendamente bien a tu hermana. Un caballero no debe contar lo que suceda entre su dama y él, pero quédate con la idea de que ahora somos inseparables…

— Guau, ¡eso es estupendo! Sabía que tu esfuerzo vería su recompensa, jefe. Ahora tienes que perseverar, mantener tus logros. Y ¿sabes qué? Que tengo una idea estupenda para eso.

Miro fijamente a los ojos gatunos de Damiano, que tanto me recuerdan a los de su hermana. Parece que sus pupilas se estrechan y se ensanchan con más facilidad que las de un humano corriente.

— ¿Cuál? —exijo saber, desesperado. Cualquier idea es bienvenida, ya que yo he sido bendecido con cero imaginación.

— Aunque es miércoles, he quedado para salir de copas con un amigo mío. Se llama Davide, y es un tío súper guay; nos conocemos desde siempre, mi hermana lo conoce de sobra —explica, con total tranquilidad. Mi mente se queda fijada

en ese «de sobra»; ¿y si alguna vez hubo algo entre ese tal Davide y Angela?—. El caso es que estaremos allí sobre las 23:00h. Vente con ella y echaremos un buen rato.

Asiento efusivamente. Que Angela me vea en otro contexto social me podría venir bien; así verá lo bien que le caigo a su hermano. Estoy definitivamente de suerte.

— Claro, ¡encantado! Eres un máquina, Damiano; no sé qué haría sin tu ayuda. Aunque antes de ir necesitaría comprar algo de ropa. Quiero impresionarla, y creo que tú podrías darme un par de consejos. Tienes un estilazo, tío. ¿Podrías acompañarme a hacer unas compras?

— A ver, solo me he puesto lo primero de color negro que he encontrado en el vestidor, pero… OK. Eso está hecho. No tengo nada que hacer hasta las ocho de la tarde, que es más o menos cuando tendré que volver yo a mi piso para arreglarme y cenar antes de salir con vosotros.

Le doy las gracias repetidamente a Damiano y él me dice, muy confundido, que no hay de qué. Y creo que mi gratitud le empieza a asustar, porque cuando llevo cinco minutos así él sale de mi despacho corriendo sin dar explicación alguna. No me molesto por ello, porque estoy demasiado ilusionado. Se viene una tarde increíble. Escribo a Angela para proponerle el plan, pero parece que Damiano (con su gran facilidad para la comunicación online) se me ha adelantado: «Ya me he enterado por otra vía. Nos vemos, cebolla mía…».

Mi corazón se salta un par de latidos. Conque ya hemos pasado a la fase de ponernos apodos cariñosos, ¿eh?

Esta noche promete; en ella se asentará nuestro amor para siempre.

26. ANGELA. *«GREASED LIGHTNIN'!»*

Camino por el Ponte Vecchio, haciéndome paso entre cientos de viandantes. Hay un ambientazo. Los turistas toman *selfies* y fotos panorámicas sin parar y también es una completa odisea lograr no salir en ninguna. Las joyas de los mostradores de las tiendas

resplandecen ayudadas por una enorme luna llena, y la brisa fresca reúne en remolinos las hojas del suelo empedrado. Sin embargo, no puedo permitirme disfrutar de las vistas: no dejo de chocar con los hombros de otras personas que caminan en dirección contraria; parezco una pelota de *pinball*, que sufre horrores por hallar la salida.

Por suerte, mi liberación llega pronto. Mi paso es rápido y automático porque he estado en *PanicAlley* cientos de veces con Damiano y Davide, así que dejo el puente atrás a los pocos minutos. Se trata de un bar de copas que siempre está hasta arriba de gente, porque tiene una terraza estupenda y el DJ que mezcla la música es un genio; a mi hermano y a mí siempre nos saca las ganas de salir a bailar. Sobre todo, a él. Ya nos conoce, de tantas veces que nos ha visto darlo todo en la pista.

Sinceramente, no tenía ganas de moverme del piso esta noche. Hoy me apetecía quedarme en casita después de una ajetreada tarde en la pastelería. Cenar poca cosa para hacerle hueco a un enorme bol de palomitas con el que ver una serie, realizar mi rutina de cuidado facial tranquilamente y dormir mis merecidas ocho horas del tirón. Sin embargo, las ganas de volver a ver a Mateo me han acabado empujando a ponerme mi mejor modelito y salir a la calle. Sí, yo tampoco me creo que esté confesando esto, considerando que hace apenas dos días me negaba rotundamente a ser amable con él. De todas formas, también llevo mucho sin ver a Davide, quien es un tío de 10. Y Bianca también ha salido de marcha. La fiesta me llama como una traicionera sirena, y esta vez no podré escapar de su magnetismo.

Nada más empujo las pesadas puertas de vidrio, la fuerte música electrónica invade mis oídos. Las luces, de tonos rosados y parpadeantes, se mueven de un lado a otro de la sala frenéticamente. No tardo en encontrar la mesa reservada, porque los tres ya me están esperando. Son Damiano y Davide quienes me ven primero, ya que Mateo (su figura es inconfundible) está de espaldas a la puerta. Abrazo efusivamente a Davide y no me puedo aguantar las ganas de preguntarle (ahí mismo, de pie) cómo está. Tras charlar un poquito saludo también a mi hermano (quien me da

una colleja, el muy canalla), pero nosotros intercambiamos pocas palabras. Lo único que me dedica es una mirada cómplice, de esas que Mario sabe lanzar muy bien.

— Tú y yo tenemos que hablar —me susurra al oído, en una voz que delata que está tramando algo. Conozco demasiado ese tono.

— ¿Por qué, qué ha pasado? —inquiero, preocupada.

— Nada en particular, que yo sepa. O mucho.

— ¿Hablas de mamá y papá? Llevo tiempo sin hablar con ellos, ¡¿están bien?!

Damiano sacude la cabeza, impaciente. Pone una mano sobre mi hombro.

— Me refiero a ti y a Mateo, boba. En cuanto tengas un hueco, necesito que me cuentes todo. TODO. Seguro que Bianca se ha enterado de la primicia antes que yo, ¡y no es justo!

Respiro hondo. Miro al suelo para que así mentirle sea más fácil.

— N-no ha pasado nada entre nosotros —digo—. No somos nada.

— Ay, cariño. Por mucho que digas que no sois nada, a mí me da la sensación de que podríais serlo todo. Solo hace falta escucharle hablar de ti.

— ¿Te habla… de mí?

— ¡Claro! Cada vez que voy a su despacho, en el banco, aprovecha para preguntarme sobre tus gustos y pedirme consejos sobre cómo ganar tu corazón —explica, sonriente. Entonces se acerca, para hablarme al oído—. En muchas otras ocasiones, tan solo se dedica a hablar maravillas de ti.

Mi corazón se acelera.

— Y… ¿no te parece raro? —suelto—. Que se haya pillado tan rápido por mí, alguien como él. Que se esfuerce tanto conmigo, con todo el trabajo que tiene en Ziuriz. Nunca he visto algo así, Dam. ¿Qué clase de persona lo daría todo por un amor fugaz?

A mi hermano le toma unos instantes responder.

— Qué sé yo; estoy tan impresionado como tú. Yo tampoco he creído nunca en los flechazos, porque nunca los he vivido en mis propias carnes. Sin embargo, que no los haya experimentado no me vale como suficiente prueba para decir que no existan. Quizás Mateo sí que ha sentido uno; y tampoco es difícil que alguien se pueda enamorar de ti, Angie. Seguro que Bianca te lo ha repetido mil veces ya. Así que sí, esto es raro de narices, pero ¿acaso nacemos con unas instrucciones sobre cómo enamorarnos? En el amor no hay reglas.

Miro un momento más allá de Damiano, para pensar qué decir a continuación. «Unas instrucciones sobre cómo enamorarnos», repito en mi cabeza, al mismo tiempo que recuerdo algo muy relacionado con esa frase. «En el amor no hay reglas…»

Sin embargo, Mateo ocupa todo mi campo de visión. Se levanta de la silla y, cuando se gira, siento que el mundo a nuestro alrededor se ralentiza. Sí, sé que lo que acabo de decir es también un cliché de esos que tanto critico, pero no me tachéis de hipócrita; prometo que lo sentí así. De golpe, mi atención se focaliza solamente en él, y el resto me da completamente igual. El hombre que por activa y por pasiva ha proclamado que solo tiene ojos para mí está especialmente sexy esta noche, con un *look* completamente negro (o *total black*, como diría mi hermano, quien está siempre al tanto de las últimas tendencias en moda) que le da una apariencia misteriosa y masculina y resalta aún más sus facciones marcadas, además de su reloj y cadena de acero. Para rematar, su pelo cobrizo está engominado hacia atrás. No sé qué mosca le habrá picado para que haya decidido vestirse de *fuckboy* esta noche, pero no es desagradable para la vista. Qué narices: ¡está tremendo!

No se mueve como los demás han hecho, para mi decepción. Simplemente se queda cerca de su sillón, y aguarda a que Damiano, Davide y yo acudamos a la mesa tras nuestro parloteo inicial. Espero a que los otros se sienten para tomar el sillón vacío; cómo no, es el que está justo pegado al de Mateo. Rodeo la mesa, aunque todavía no me siento. Miro desafiante a los ojos de *Yasabéisquién*, que no se

ha sentado aún. Estamos tan cerca, de pie uno enfrente del otro, que puedo oler su embriagante perfume. Él, por su parte, me mira de arriba abajo con una sonrisa que no sé muy bien cómo interpretar, con ambas manos en los bolsillos de sus pantalones chinos. Me ruborizo, sintiéndome expuesta. Una parte de mí se preocupa por lo que él piense sobre mi apariencia esta noche, pero otra me tranquiliza diciéndome que me tiene que dar igual eso; soy yo la que tengo que estar contenta conmigo misma. Y lo estoy.

— Hola —digo, para remediar mi incomodidad.

— Hola.

— No esperaba que surgiese este plan —comento, y fuerzo una sonrisa que no termina de formarse bien por culpa de mis nervios—. Al contrario que mi hermano, Davide no suele estar por la labor de abrir su círculo de amigos.

— Le debo de caer realmente bien a Damiano para que haya podido convencerle, entonces. Le habrá hablado maravillas de mí —dice, en tono travieso—. Es imposible no hacerlo, como has comprobado de primera mano.

Suelto una pequeña risita, aunque no es tan gracioso.

— Creo que no estamos hablando del mismo Mateo. El Mateo que yo conozco se tropieza por todas partes y se cuela en casas ajenas…

— Pero también es tremendamente sexy y besa estupendamente…

— Creído —espeto, pero no lo digo en serio. Y él lo sabe.

— Sabelotodo…

Me quedo callada, sonriendo. Desplazo mi atención un poco más abajo de su rostro. Su camisa está más desabotonada de la cuenta, y me resulta imposible despegar la mirada de su moldeado torso. Descubro más tatuajes, lo cual me deja a cuadros; sabía que Mateo estaba tatuado, pero no *tanto*. Evalúo momentáneamente cómo me siento al respecto, y descubro que me encanta; como ningún rincón de mi propia piel está marcado de tinta y siempre me he sentido atraída por lo que es radicalmente opuesto a mí, no

puedo evitar fantasear con poder pasear mis dedos por esos sinuosos dibujos.

De pronto, Mateo aproxima su rostro al mío. Me quedo muy, muy quieta, pero mi mente sube a las cuatro revoluciones mientras trata de predecir su próximo movimiento. Eso es algo imposible de lograr, por supuesto. Me da un beso en cada mejilla, muy lentamente; sus cálidos labios se posan sobre mi piel con delicadeza, ejerciendo la presión justa para ponerme la piel de gallina. Cuando se aparta lo justo para poder mirarme a los ojos, estalla en carcajadas. Mi cara debe de ser un cuadro, pero ¿qué se esperaba al hacer algo así, y de esa forma?

— Se me había olvidado saludarte como es debido —explica, con voz seductora.

No digo nada, estoy muda. «¿Acaso lo de antes no contaba como saludo?», me pregunto, desconcertada.

— Venga ya, tortolitos —se queja entonces Davide—. ¡No hemos venido para estar de sujetavelas!

Me giro hacia ellos como un resorte, para descubrir que nos miran alternativamente con una sonrisa. Me pongo colorada. Mateo, sin embargo, no se inmuta; ¿acaso no es consciente de lo que sus aparentemente inocentes dos besos han provocado en mí?

— ¡Eso! —corea mi hermano, quien además me guiña con el ojo de forma traviesa. Se nota que está ilusionado por verme esta noche con Mateo, y que tiene ganas de ver cómo interactuamos; a pesar de ser menor que yo, la mayoría de las veces parece que él es el mayor. Siempre ha velado por mí, desde que tengo uso de razón, y normalmente soy yo quien acude a él a por consejos—. Venga, ¡pidamos algo de beber!

Asiento con la cabeza y me acomodo en mi silla. Mateo me imita, pero en el proceso acerca la suya un poco más a mí. Me esfuerzo por mantener cara de póker. Me prometo que no me giraré hacia él más allá de lo estrictamente necesario; no puede ser que hoy cualquier movimiento suyo me afecte. Solo por esta vez, creo que me pediré una copa. Necesito ralentizar mis neuronas, *subito*.

La conversación es tan fluida que no nos resulta necesario buscar temas de conversación; simplemente surgen. Charlamos de trabajo, intercambiamos puntos de vista, mi hermano cuenta anécdotas vergonzosas de cuando se fue de Erasmus a Cracovia y Davide nos comparte sus problemas amorosos para desahogarse. Él y Mateo se acaban llevando sorprendentemente bien, y en muchos momentos se quedan ellos hablando mientras mi hermano y yo nos sonreímos sin necesidad de palabras. Sé lo que está pensando: ojalá este grupo pudiera juntarse cada semana, a partir de ahora. Sin embargo, sé que eso no podrá ser, y no puedo evitar entristecerme. Cuando toca brindar con nuestra segunda ronda de copas, le doy un buen trago a la bebida con la esperanza de disipar mis preocupaciones de una vez. Si esta va a ser la primera y última noche que quedo con mis amigos acompañada de Mateo, me niego a sentir algo que no sea felicidad. Quiero que permanezca como un buen recuerdo en mi corazón, pues no sé si podría soportar ni una pizca de amargura.

Mateo me lanza miraditas de vez en cuanto. No confirmo mis sospechas mirándolo de vuelta, simplemente es algo que siento. Cuando él habla, sí que aprovecho para admirar su rostro y la seguridad con la que emite sus palabras, tan diferente a la timidez con la que se dirige a mí; y también observo la forma en la que bebe de su copa tras haber expuesto su punto de vista. Quedo hipnotizada por la visión del fino cristal entre sus labios gruesos y la manera en la que su enorme mano agarra delicadamente el recipiente. No sé muy bien por qué eso me parece sexy, pero me cuesta horrores apartar la mirada antes de que él se dé cuenta. Una de esas veces, como era de esperar, me pilla con los ojos clavados en su boca. Él abre mucho los ojos, asombrado; pero por la sonrisa boba que se le escapa, parece que no le ha parecido desagradable.

A eso de las dos de la mañana, el bar no puede estar más lleno que nunca y el ambiente no puede estar más cargado. La música que pincha el DJ se ha vuelto más acelerada, casi frenética; las luces estroboscópicas parecen apuntar a todas las esquinas en cada momento, y hace más calor que en una sauna. Toda la gente a nuestro alrededor habla en voz más alta, ríe más alto y baila desde

sus asientos. Como ya he estado aquí antes, sé que no queda mucho para que los primeros valientes salgan a la pequeña pista para darlo todo. Tampoco dudo que Damiano se convierta en uno de ellos, porque adora ser el alma de la fiesta.

Debo de haber estado muy distraída, sobreestimulada por todo lo que sucede a nuestro alrededor, porque no me doy cuenta de que Mateo alarga su mano hacia mi muslo hasta que la posa en él.

Doy un respingo. Esto sí que no me lo esperaba. Pero el contacto se siente… bien. Despierta un fuego en mí que jamás había sentido antes; es nuevo y emocionante. No me aparto y levanto la mirada. Damiano y Davide, que ahora charlan a su bola, no se han dado ni cuenta. Tampoco es que pudieran ver nada, gracias a la mesa que hay de por medio. Mateo se ha sonrojado y me mira con extremo cuidado, como si temiera haberme desagradado. De verdad, me choca cómo puede transmitirme inseguridad a la vez que me agarra la pierna con una firmeza que sugiere acciones muy, muy adultas…

Me quedo embobada mientras estudio su perfecto rostro y me maravillo por el deseo que siente por mí, sobre todo porque esta vez sé que está enamorado de mí y no solo me quiere para pasarlo bien dos días. Trago saliva con fuerza, preguntándome qué sucederá una vez salgamos de este bar y a la vez deseando que llegue ese momento.

— Voy al baño —anuncia entonces Davide, que se incorpora. Mateo aparta su mano con agilidad, como si lo que acaba de pasar tan solo hubieran sido imaginaciones mías—. ¡En cuanto vuelva tenemos que salir a la pista! ¡Admito cero quejas!

— ¡Sí, buena idea! —responde mi hermano arrastrando las palabras. Ha bebido de más, que lo conozco—. Es hora de ver qué pasos de baile esconde Mateo… —sugiere, divertido.

Este niega con la cabeza casi sin pensárselo.

— No me gusta bailar.

— Anda, ¡solo una vez! —insiste—. Hazlo por Angela, ¡venga!

— Si ella quiere, entonces sí. Claro.

Abro mucho los ojos. Pensé que no daría su brazo a torcer. Estoy a punto de decir que no, que no hace falta, pero cambio de idea a medio camino. Esto podría ser muy, muy divertido.

— La verdad es que me encantaría —digo, con esa malicia que resurge en mí de vez en cuando y que escapa a mi control.

Se encoge de hombros y se prepara para levantarse.

— Pues no se hable más. Bailaré como pueda. Pero no te esperes mucho, aviso; tengo cero unidades de coordinación en mi cuerpo.

— A mí también me pasa, así que no te preocupes. Estamos juntos en esto.

Sin embargo, todos nos quedamos en *shock* cuando llega la hora de la verdad. Mateo se mueve muy, muy bien. Mejor que ninguno. Se sabe pasos de hip-hop y todo, a saber por qué. ¿Aparte de cortejar a una chica, que deja mucho que desear, hay algo que no se le dé bien? Durante una hora entera, los cuatro nos dedicamos a hacer el tonto en un pequeño círculo mientras la elevada música reverbera en nuestros pechos. No puedo despegar mis ojos de él.

Cuando ponen una canción lenta y sensual, Damiano y Davide vuelven a sentarse para dejarnos a los dos a nuestro aire. Solo me doy cuenta de lo que han hecho cuando la canción se detiene y la magia cesa porque, mientras tanto, solo tengo ojos para el hombre que me abraza a la vez que da pasos lentos. Me maravillo por la comodidad que he descubierto en sus brazos, que me sujetan con la silenciosa promesa de que jamás me podrían dejar caer. Por un momento apoyo la cabeza en su hombro y cierro los ojos, dejándome llevar por la música y los acelerados latidos de mi corazón. Trato de olvidarme de cualquier preocupación, y se siente genial vivir el momento.

— Eres como un oso —murmuro, sin filtros—. Eres tan grande que me siento segura en tu abrazo.

Mateo suelta una carcajada grave. Debo de haber sonado híper cursi.

— Y tú como un gato —responde, para mi sorpresa.

— ¿Por qué? No soy arisca, solo necesito tiempo para abrirme a una persona. Además, el mito de que los gatos son ariscos debería extinguirse de una vez, porque la mayoría son un amor: cariñosos, protectores, les encanta jugar…

— No me refería a tu personalidad, sino a tu rostro. Simplemente me recuerdas a uno. No hay algo en específico, es un conjunto. Cuando sonríes, tus ojos se alargan como los de un felino, y tus pupilas cambian de tamaño con una rapidez inhumana. Y, bueno, también está esa manera que tienes para regañarme, que se parece tanto a un bufido…

— ¡Eh! —me quejo. Le doy un golpecito en la espalda con una de las manos que le aprietan con fuerza—. Así que ahora soy un «gato-cebolla», ¿no?

Mateo se ríe.

— Y yo un oso—cebolla, supongo.

— Estás mal de la olla. Cualquiera que nos escuche…

— Me da igual lo que piensen los demás —dice, con firmeza—. Solo me importa que te lo pases bien conmigo.

Eso hace que eleve la vista a su rostro. Mateo me mira de vuelta con una sonrisa serena, sin dejar de guiarnos a los dos al son de la música. Me cuesta horrores no observarle con deseo; nunca antes me he sentido así por un hombre, y saber que soy correspondida tan solo me excita aún más.

— Quiero besarte —confieso, aunque ese era un pensamiento que no pretendía decir en voz alta.

— Pues estás de suerte, porque yo también —responde, sin titubear.

Solo tras el último acorde nos damos cuenta de que no queda nadie en la pista, y de que habíamos estado moviendo por toda ella como si nadie más en el universo importase. Sin embargo, no sentimos vergüenza. Seguidamente, salimos corriendo del bar sin avisar a los demás, y una vez al aire libre doblamos la esquina en busca de más intimidad. Mateo me coge de la muñeca mientras me

guía, sin rumbo, por calles que ni él mismo conoce, hasta que se detiene junto a una pared en penumbra. Con ojos brillantes, jadeante y con una sonrisa traviesa, aguarda mi próximo movimiento. Yo no espero más y lo empujo suavemente hacia la pared para acorralarlo, tal y como él me hizo una vez en mi pastelería. Él se deja hacer, completamente dispuesto a participar en cualquier plan que yo me proponga. Eso me encanta. Cuando le beso el cuello por primera vez, noto que Mateo se queda sin aliento. Las ganas de cumplir mis deseos más urgentes pueden conmigo, y paso mi lengua por el lóbulo de su oreja en busca de un nuevo jadeo suyo. Me maravillo al descubrir lo bien que se siente dar placer a la otra persona.

Quince minutos más tarde, regresamos a nuestra mesa. No me doy cuenta de que Mateo tiene la boca llena de carmín rojo hasta que Damiano y Davide estallan en carcajadas nada más verle. Supongo que así nos podemos ahorrar el tener que pensar cualquier excusa barata. Mi hermano me guiña un ojo, sonriente, pero sin decir nada. Se parece tanto a Mario que llego a plantearme seriamente el organizar una cita para que se conozcan. Serían tal para cual.

El resto de la noche se puede resumir en que, a eso de las cuatro de la mañana, acompañamos al borracho de mi hermano y a su amigo a sus respectivas casas para prevenir que sufrieran ningún accidente. Luego, Mateo y yo nos despedimos en mi portal con otro largo beso de esos que te erizan la piel. Escribo un mensaje a Bianca para que, esté donde esté, sepa que ya estoy en casa; y quedo profundamente dormida nada más establezco contacto con la almohada.

Sueño con flechas que te enamoran al instante, con paseos por jardines encantados y con una pista de baile de la que Mateo y yo no volvemos a salir jamás, mientras nos besamos y acariciamos hasta olvidar nuestros propios nombres.

DÍA 11



27. ANGELA. «VALOR»

Al día siguiente, en *Gusto*, trabajo con dolor de cabeza. Como sabéis, no estoy acostumbrada a beber, así que creo que lo que sufro son los síntomas de una «mini resaca». No obstante, la vida sigue, así que decido sacarle el mejor partido posible a este soleado jueves y trato de ser productiva pese a tener un cerebro que palpita de una forma muy extraña.

Como hoy, por suerte, no hay tanto ajetreo, aprovecho para probar nuevas recetas en un rincón de nuestra larga encimera. Mezclo ingredientes que he estado estudiando a lo largo de los últimos dos meses (en busca de nuevas maneras de hacer tiramisú), y acudo a Mario en busca de consejo de vez en cuando. Eso se resume en que yo cocino, y él lo prueba todo como si fuese mi conejillo de indias. Por suerte, esta vez no coge ninguna intoxicación

alimentaria, lo cual él me agradece emocionado. Para cuando llega la hora del almuerzo, estoy bastante satisfecha con mis hallazgos, pues creo que mi nueva tarta-tiramisú con frutos rojos podría comercializarse a partir de la semana que viene. Y mis nuevos dónuts bañados en crema catalana son una pasada; me apetecía traer a Florencia algo de la repostería que tanto disfruté durante mis años en Barcelona.

Mientras me como media *focaccia* en la trastienda, encogida sobre una cesta de madera vacía puesta del revés a modo de taburete, saco el móvil para escribir a Mateo. He estado tan enfrascada en mis tareas que ni me he fijado en que no ha venido a desayunar. Asumo que habrá pasado lo mismo que ayer: la sucursal se abre dentro de nada, y Mateo estará demasiado ocupado como para distraerse con una visita. No me importa, pues yo también tengo mis obligaciones. Sin embargo, me apetece saber al menos cómo está. Saludarle es innecesario, ya que han pasado pocas horas desde que nos despedimos en mi portal a las 4:30h de la madrugada, así que le envío fotos de mis nuevas creaciones, la tarta-tiramisú y los dónuts, y aguardo su reacción.

No tardan en llegarme unos diez emojis con corazones en los ojos.

De pronto, unas manos me atacan por la espalda. Suelto un pequeño grito, y del susto se me cae el móvil al suelo. Por poco no cae también el plato que tengo en el regazo.

— ¡¿Con quién hablas?!

Es Bianca, por supuesto. Cuando me rodea para ponerse ante mí, veo que tiene una sonrisa reluciente y un peinado impecable: su pelo rubio, recogido en una coleta apretada, está tan perfectamente engominado y fijado a su cráneo que parece que se haya usado pegamento. Mi amiga pone los brazos en jarra, esperando a que responda con toda la naturalidad del mundo, sin darse cuenta de que ahora mismo podríamos estar camino de Urgencias por culpa de un ataque cardíaco.

Respiro hondo antes de hablar, porque esta vez no me apetece regañarla. Estoy demasiado «zen» para eso.

— Te voy a poner un cascabel, para oírte venir desde lejos —murmuro.

— Pero ¡si sabes que a la una empieza mi turno! —responde ella, con voz demasiado alta—. Tú eres quien pone los horarios. Aunque, bueno, admito que te he asustado aposta. ¡Tus reacciones son siempre para troncharse! Pero hoy no me has gritado, ¿te pasa algo? —se pone en cuclillas, para que nuestras miradas estén a la misma altura. Estudia mi cara de póker—. Te noto… relajada —entonces ahoga un grito, y se lleva las manos a la boca—. Tía, ¡no me digas que aprovechaste la casa libre anoche!

Me lleva unos segundos comprender lo que está insinuando.

— ¿Qué? ¡No! —exclamo, sonrojándome—. Siento que es muy pronto para eso, no…

— Pero ¿ha habido avances con Mateo, al menos? —pregunta, sin dejarme acabar—. Tiene que haber una buena explicación para que no hayas intentado sacarme los ojos con una cuchara por haberte dado un susto por enésima vez en lo que llevamos de mes.

Recojo el móvil del suelo y reviso si tiene algún rasguño. Nada. Dejo el plato, ahora lleno de migas de *focaccia*, sobre la caja que hay a mi derecha. Suspiro cuando vuelvo a mirar a la cotilla de mi mejor amiga.

— Bueno, quizás sí que nos hemos vuelto más cercanos —le explico—. Estuvo bien lo de quedar en grupo en *PanicAlley*, sé que él se lo pasó tan bien como yo. No sabía que pudiera bailar tan bien, Mateo —añado, y no puedo evitar sonreír.

— Yo sí lo intuía —murmura Bianca, traviesa.

Aprieto los puños, tratando de no perder el hilo.

— El caso es que me gusta más, ¿vale? —admito—. No he podido evitarlo. Mateo puede ser extremadamente raro cuando se lo propone, pero cada día me muestra algo de él que me… engancha. No sé cómo explicarlo. Cada día que pasa noto que algo crece en mí, muy parecido a una bola

luminosa o a un pequeño sol. Es cálido y agradable, pero tampoco sé qué hacer con él exactamente.

Bianca me acaricia la mejilla con ternura, empleando sus nudillos.

— Se llama amor, cariño —responde—. Y que conozcas a este chico desde el instituto contribuye a eso. Sientes esa «adicción» porque todos los sentimientos que tenías antes, con quince años, se han fusionado con los de ahora. Y va a ser muy difícil que salgas de ese bucle, porque Mateo te lleva volviendo loca desde que eras muy pequeña. Te aconsejo que simplemente te dejes llevar y disfrutes del poco tiempo que te queda con él, pero que tampoco tengas las expectativas demasiado altas sobre qué pasará cuando Mateo tenga que volver a España. No quiero que vuelva a romperte el corazón.

Me llevo una mano a la frente. Mi dolor de cabeza se ha duplicado en cuestión de segundos.

— Te recuerdo que fuiste tú quien me dijo que aprovechase estas dos semanas para sentir al máximo, para luego no arrepentirme de nada —me quejo—. Me pediste que no me cerrase al amor. ¿Ahora me recomiendas que sea precavida? Si llego a escuchar esto antes, ¡me hubiera quedado encerrada en mi cuarto!

— Es que nada es blanco o negro, Angie. Si te quedas en tu cuarto, nada te asegura que no te vaya a ocurrir nada; sí, puede que las probabilidades de que alguien hiera tus sentimientos sean menores, pero no vivirías plenamente. Te habrías quedado eternamente con la duda de «¿y si hubiese hecho esto, y no aquello?». Si, por otro lado, sales a la calle y te arriesgas a amar, vivirás fiel a lo que sientes, pero también existe la posibilidad de salir malparada. Como ves, nunca hay una opción segura. En ambos casos, tus emociones están involucradas y también pueden salir perjudicadas. Lo que yo ahora te recomiendo es lo que te dije ya hace unos días: que sientas y no mires atrás, que lo

des todo sin temor. *Carpe diem*, ya sabes. Sin embargo, agrego una cosa: prepárate mentamente por si la otra persona decide echarse atrás en vuestra relación, pues los días que le quedan a Mateo trabajando aquí están contados. Siente, pero también usa la razón. Busca el equilibrio, Angie.

Me quedo callada. No sé qué decir a eso. ¿Cómo prepararme para que me destrocen el corazón? ¿Cómo… ser racional en el amor?

— E-en cualquier caso —comento al rato, mirando a otro lado —, lo que te quería decir también es que no estoy feliz solamente por Mateo. Mi vida no gira alrededor de la suya, por Dios. He descubierto la fórmula perfecta para nuevos dulces, sin que Mario haya echado la pota en el proceso, y tengo muchísimas ganas de venderlos cuanto antes. Ah, y los encargos a domicilio han aumentado. Pronto tendremos que contratar a alguien más, porque el negocio va genial.

— Me muero por probarlos. Y tus padres estarían orgullosos de saber lo bien que te va. En cuanto se pueda, deberíamos organizar una fiesta para celebrar nuestro éxito laboral.

— ¿En la pastelería?

— ¡Sí! Tras el cierre, toda la noche. Una fiesta con los amigos más cercanos, que cada trabajador traiga a sus seres queridos. Música tranquila e incluso juegos de mesa. Ah, y una tarta tematizada con el logo de *Gusto*, ¡de dos pisos!

— Me parece una idea estupenda. Se lo comentaré a mi hermano, que le encanta organizar estas cosas. Y me encargaré de diseñar la tarta en mis huecos libres.

Bianca asiente con la cabeza, pues lo sabe perfectamente.

— En realidad, he entrado aquí para que sepas que ya he llegado y así dejes ir a Ennio. Tiene una carita de cansado, el pobre… Su turno acaba ya, si no me equivoco.

— Ah, sí. Dile de mi parte que se puede ir. Gracias, Bi.

— Una última cosa, y ya me callo. ¡Propón tú a Mateo el salir a dar una vuelta!

— ¿Qué? Tú estás loca, yo no…
— Échale valor, tía. Sabes que te va a decir que sí.
— No estoy segura de ello. Además, me has dicho que me deje llevar, no que asfalte yo misma el camino. Mejor me quedo esperando, a ver qué pasa…
— No, ¡tienes que tomar la iniciativa! Sé que quieres otra cita con él, así que no esperes más. Déjate llevar, sí, pero ¡no esperes a que él lo haga todo!

Suspiro.

— Bueno, me lo pensaré.
— ¡Esa es mi jefa!
— Me llamas jefa cuando más te interesa…
— ¡Qué bien lo sabes! —admite, desvergonzada.

Cuando por fin me vuelvo a quedar sola en la intimidad de la trastienda, me paso unos minutos reflexionando con la vista fija en la pared. Tengo miedo de que Mateo rechace cualquier propuesta que yo le haga, al igual que rechazó aquella quedada al cine que yo le planteé cuando íbamos a Las Hayas. Sí que me apetece tener una nueva cita con él, quizás esta noche, pero una parte de mí (asustada) cree que ya se ha cansado de mí y no quiere involucrarse más en lo poquito que hemos construido. Por otro lado, soy consciente de que se trata de un miedo irracional, una preocupación por algo que aún no ha sucedido y posiblemente no suceda. Mateo está coladito por mí, se supone.

Cuando ya me va a explotar una vena de calcular tantas probabilidades, por fin me he decidido. Enciendo el móvil para escribirle y quitarme esto del medio*. «Nada es blanco o negro, Angie»*, me ha dicho Bianca, ¿no? Pase lo que pase, al menos ya no puede recurrir a la excusa barata de que ha venido su tía lejana para pasar el fin de semana.

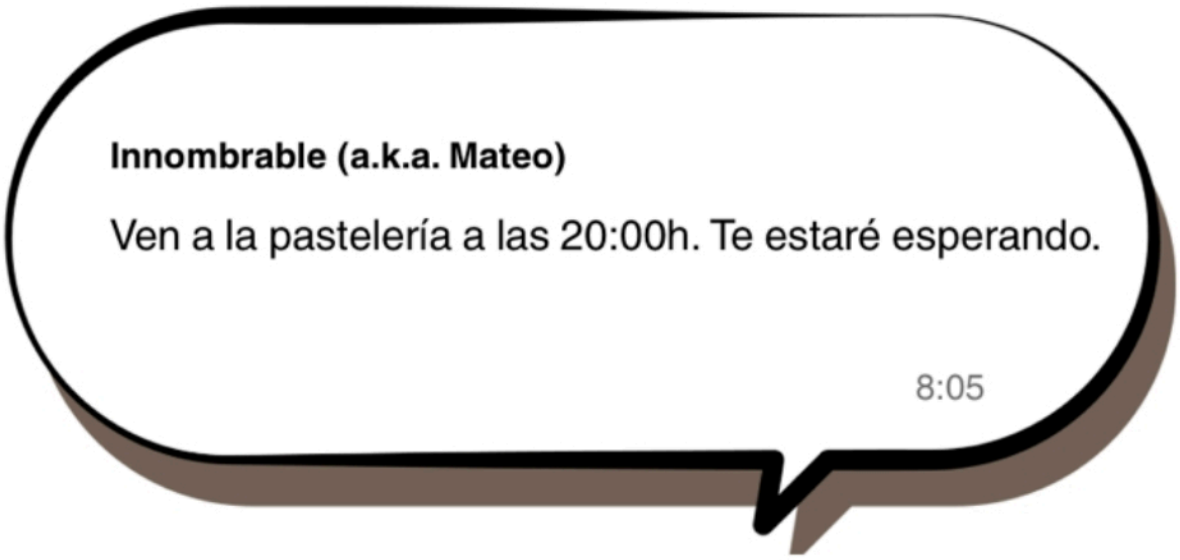
Todo va a salir bien.

28. MATEO. «UN GRAN PLAN»

Hoy no estoy de humor. No he dormido nada, y ya sabéis lo mucho que valoro el sueño. Me lo pasé de lujo anoche en aquel bar de

copas alternativo, con Angela, Damiano y Davide (con Angela sobre todo); pero ahora estoy viviendo las consecuencias de mis acciones. Me acosté tarde, y eso siempre me vuelve un cascarrabias al día siguiente. Lo mejor será dejarme llevar por la jornada sin pensar demasiado en las horas que me quedan para salir de este despacho, contestar a llamadas lo más rápido posible y, en definitiva, realizar mis tareas con el «piloto automático» activado. Disociaré un poco y hala: cuando menos me lo espere ya estaré camino de mi hotel para reencontrarme con mi almohada.

Cuando Angela me envía fotos de sus dulces nuevos, no puedo estar más orgulloso de ella. No sé cómo es capaz de crear algo tan delicioso; a mí me encanta disfrutar de la cocina degustando, porque para seguir una receta soy un negado. Le envío fotos de la sucursal terminada, mientras me paseo por cada sala y superviso a los limpiadores que están poniéndolo todo como los chorros del oro. Su respuesta logra sacarme una sonrisa. «Veo que ambos estamos teniendo éxito hoy. Eso merece una celebración como es debido». «Soy todo oídos», escribo, aunque luego me corrijo. «Todo ojos, en realidad».



Calor asciende por todo mi cuerpo, aunque no sé muy bien por qué. Bueno, claro que sí: Angela me está proponiendo una forma de vernos. Eso significa que, por fin, también admite su amor. Por si fuera poco, no puedo sacarme de la cabeza los besos que nos intercambiamos anoche, en la oscuridad de aquella calle desierta y al frío aire libre; y la ilusión con la que me miraba mientras nos movíamos al son de la música. En ese momento, sentí que todas las decisiones que había tomado a lo largo de mi vida habían tenido como meta conducirme a ese preciso instante. A pesar de haber tomado caminos diferentes, en países diferentes, el reunirme con Angela en Florencia y bailar con ella ayer había pertenecido a un «gran plan» decidido por mí desde el momento en que nací. Pasase el tiempo que pasase, hiciese lo que hiciese, estaba destinado a reunirme con la chica que robó mi corazón cuando tan solo era un chaval. Mi corazón está conectado al suyo, y la forma en la que nos miramos en la pista de baile tan solo confirmó mis sospechas.

Acepto su plan al instante. Estaría loco si no quisiera verla; eso es lo único que podría levantarme el ánimo hoy. Y quién sabe: a lo mejor se me aparece la ocasión perfecta para poner en práctica más trucos de *WikiLove*. Quiero que Angela tenga más claro que nunca que soy el chico de sus sueños, y que no pienso irme tan rápido como ella cree.

29. ANGELA. «VULNERABLE»

Tras el cierre, Mateo aparece para recogerme. Cuando suena la campanita de la entrada, a pesar de que ya he puesto el cartel de «cerrado», sé que se trata de él.

No me llama por mi nombre, buscándome porque ya sabe dónde estoy. Se apoya en la encimera más cercana a la puerta, y me mira con ternura mientras termino de grabar un vídeo con mi cámara, la cual tengo apoyada en un trípode. No le saludo, tan solo le echo una mirada rápida sin dejar de hablarles a mis subscriptores. Lejos de sentirme nerviosa, me calma tenerle a él como público; me hace sentir acompañada, y por su sonrisa percibo que se lo está pasando bien. Cuando saco del horno los *cantuccini* de fresa que he

preparado para este tutorial y se los muestro a la cámara, no puede reprimir soltar un «oohh». No se escucha en el vídeo, pero yo sí que lo oigo, y me hace sonreír. Cuando por fin me despido y apago la cámara, no puede evitar aplaudir con emoción.

— Buah, cada vez soy más fan tuyo —dice, ilusionado—. Los dulces que preparas son una pasada, ¡en serio! No me sorprende que tengas tantos seguidores.

Su expresión de completa adoración me acelera las pulsaciones. En ocasiones es tan tierno que dan ganas de achucharlo como a un oso de peluche. Me acerco a él y me pongo de puntillas para plantarle un sonoro beso sin pensármelo dos veces. En cuanto termino, me doy cuenta de que jamás podría acostumbrarme a la suavidad de sus labios. Son adictivos, y me preocupa no poder parar jamás.

— Así que hoy tenemos una cita —murmura, en cuanto aparto mi rostro del suyo. Lo he dejado sin aliento.

— Eso es lo que pretendía, sí —respondo, arrimándome más a él.

Al darme cuenta de que estamos de nuevo arrinconados contra una encimera me regresan a la memoria imágenes muy, muy indecentes. Todas involucran harina, mucha harina, y manos y piernas enredadas.

— ¿Adónde le gustaría ir, señorita? —inquiere, y me trae de vuelta a la realidad.

Céntrate, Angela.

— Propongo comernos todos los *cantuccini* de esa bandeja y salir a dar un paseo. Después ya se verá. La noche es joven, ¿no?

— Desde luego —responde, con una sonrisa cómplice. Me agarra por la cintura, y como consecuencia pierdo la poca concentración que había tratado de reunir—. El otro día, más o menos aquí, no pudimos acabar lo que empezamos. Si no recuerdo mal, tú estabas un poco más recostada, y accediste a que mis manos recorriesen lugares más…

insospechados. Si quieres, podemos emplear parte de nuestro valioso tiempo en atar ese cabo suelto.

Me ruborizo tanto por el hecho de que esté aludiendo en voz alta a lo que estaba pasando por mi propia cabeza (y que yo jamás hubiera mencionado), que mis piernas flaquean un poco. Hubiera perdido el equilibrio de no ser por el agarre de Mateo, que sigue firme en su sitio.

— N-no sé a qué te refieres.

— Claro que sí —insiste en un susurro, con voz ronca—. Si has estado pensando en ello tan solo una milésima fracción de lo que yo, claro que te acuerdas. Pero, bueno; si quieres te puedo refrescar la memoria recreando la escena.

Las yemas de sus dedos presionan un poco más mi piel, reflejando un deseo que amenaza con aturdir todos mis sentidos. Sé lo que está haciendo. Este es uno de sus jueguecitos, alguno de sus extraños planes de seducción, y espera que yo pique el anzuelo para por fin poder atesorarme en su red tanto como él lo desee. Y he de admitir que esta vez me va a resultar muy difícil resistirme.

Ya no sé dónde empieza el Mateo de verdad y dónde acaba su versión artificialmente creada por una página web de fiabilidad dudosa.

Me quedo unos instantes valorando la situación, y tratando de decidir racionalmente qué hacer a continuación. Cuando alzo la mirada a sus ojos, que me observan con una mezcla de fascinación y admiración infantil, llego rápidamente a una decisión. Esta vez, detecto que es el Mateo verdadero (el que me ama sin más, el que no pretende ser quien no es) quien está totalmente enfocado en mí y desea con todas sus fuerzas escuchar una respuesta afirmativa.

— Q-quizás podrías —digo, en un hilo de voz—. Mientras se enfrían los *cantuccini*, al menos.

Al sonreír, Mateo es incapaz de ocultar su sorpresa.

— Buena idea. No queremos quemarnos la lengua, ni que nos sienten mal.

— Ajá —respondo, en un suspiro.

Sin darme tiempo para reaccionar, Mateo besa mi cuello con delicadeza. Luego otra vez, trazando un camino descendente hasta mi clavícula. Son toquecitos tan suaves que, lejos de dejarme indiferente, me hacen sentir valiosa y adorada. Cuando me he acostumbrado a ellos, me retuerzo en busca de sus labios. Él se detiene, intuyendo de qué va mi solicitud silenciosa, y orienta su rostro hacia el mío. Su aliento mentolado se entrelaza con el mío, que espero que sea igual de agradable (*porfavorporfavorporfavor…*), y entonces imprimo mi boca sobre la suya. Nos tiramos un largo rato saboreándonos lentamente, sin prisa, pues creo que ninguno de los dos quiere que este momento acabe nunca.

Mateo posa una de sus manos en mi espalda baja mientras la otra me sujeta la nuca y, cuando se cuela por debajo de mi camiseta para acariciar mi piel en sentido ascendente, me sorprendo tanto que no puedo evitar sonreír. Nunca antes he sonreído de placer. Y creo que mi alegría es tan contagiosa que el hombre que me besa hace lo mismo, hasta que ambos acabamos besándonos al borde de la risa.

Entonces, él se mueve un poco para agarrarme por los hombros y guiarme hacia otro rincón. Sé lo que va a hacer: quiere que me tumbe sobre la mesa de amasar, como la última vez. Pero, aunque la idea me atrae muchísimo, esta vez no me apetece tanto que la que quede indefensa sea yo. Quiero ver cómo reacciona a mis besos mientras él no puede escapar de ellos. Dejo que me lleve hacia la encimera (esta vez no hay rastro de harina, menos mal) y, cuando él cree que voy a tumbarme sobre ella, trato de hacer un rápido movimiento para que se inviertan los roles. Sin embargo, no ocurre lo que yo esperaba (como siempre). Mi plan era girarme, dar dos pasos hacia la derecha para librarme de la emboscada y por último ponerme yo detrás de él; después, él se giraría y yo tendría vía libre para tirarlo sobre la encimera. Pan comido.

Pero no había contado con que los pies de Mateo son enormes, y que no tendría tanto espacio para salir sin tener que revelar mis intenciones verbalmente. Me tropiezo con ellos y vuelvo a arrojarme sobre la mesa sin querer, solo que esta vez caigo de frente y mis manos aterrizan a ambos lados de mi cuerpo con un

golpe seco. Quedo en una posición muy, muy comprometida, ofreciéndole toda mi espalda a Mateo y enseñándole todo mi trasero. Su cuerpo está tan solo a unos milímetros de mí, lo sé porque la punta de sus zapatos toca totalmente mis talones.

— Vaya, Angela —comenta él a mi pesar, en un tono que no sé si es divertido o extrañado—. No sabía que fueras tan atrevida. Si querías ir más allá, solo tenías que decírmelo.

— N-no era mi intención hacer esto, pervertido —gruño.

Me apoyo sobre mis codos para ponerme de pie de nuevo, pero una de sus manos se posa sobre mi columna y detiene mi movimiento con firmeza, pero sin brusquedad. Consigue el efecto que buscaba, porque quedo paralizada. No sé muy bien lo que va a hacer, pero siento tanta curiosidad que no me resisto lo más mínimo. Cuando dobla su torso para inclinarse y empiezo a sentir su agitada respiración sobre mi piel descubierta, me llevo una clara idea de cuáles eran sus intenciones. Mateo me besa desde las lumbares hasta mi nuca, dejando a la vista cada vez más secciones de mi cuerpo a medida que sube mi camiseta con una de sus manos, mientras que con la otra me agarra de la cintura. Tras unos minutos que a mí se me antojan breves segundos, lo que se une al paseo por mi espalda es su lengua, que traza sinuosas líneas sin un orden determinado y se recrea en cada uno de sus movimientos. En armonía con sus labios, me arranca pequeños suspiros ahogados que soy incapaz de dominar.

Al recordar que no era así como yo pretendía que nos enrollásemos, aúno toda mi fuerza de voluntad (necesito mucha) para girarme (esta vez sí) y tratar de invertir los roles de alguna manera. Mateo y yo nos estamos encarando después de este largo rato, y puedo observar que le falta el aire tanto como a mí. Está más sexy que nunca, con su camisa desabotonada, la piel llena de tatuajes que asoma debajo, el pelo revuelto y unos ojos salvajes que relucen por el descontrol. Si esta es la primera vez que mantiene un encuentro así con un espécimen humano de sexo femenino (que no lo creo), no se nota para nada. Él parece un cazador y yo la presa, aunque hoy me apetece que la presa sea él; estoy sedienta, y por

primera vez no me apetece encubrir mis sentimientos más urgentes.

Le agarro por el cuello de su camisa con ímpetu para que preste atención a mis palabras.

— Ahora es tu turno.

Sin embargo, su reacción me deja estupefacta. Me esperaba que asintiera y se dejara hacer; o que, en el peor de los casos, me replicase con una sugerencia que le apeteciese más. Lo que hace, en cambio, es dar varios pasos atrás y rechazar el beso que yo ya estaba a punto de plantarle en el cuello.

Baja la vista al suelo. Parece… ¿avergonzado?

— ¿Por qué paras? —inquiero, jadeante.

No me esperaba sonar tan decepcionada (y necesitada), pero es que me siento así. Mi cara de póker parece haberse dado unas vacaciones hoy. Quiero a Mateo cerca, no lejos, esta noche y el resto de horas que queden hasta que se tenga que volver a España.

— Tengo una idea mejor —responde, más apagado—. Más tarde seguiremos, te lo prometo, pero en un lugar más cómodo.

Me cruzo de brazos.

— ¿Dónde?

— Pronto lo sabrás —dice, en un tono de que me da a entender que no quiere hablar más del tema.

Me quedo unos instantes preguntándome si acaso hay un rincón de Florencia que yo no conozca y con el que, por lo tanto, él pueda sorprenderme; pero no comparto mi duda en voz alta. Asiento con la cabeza y me acerco a la bandeja de dulces que he dejado a unos metros.

— Bueno, como quieras. De todas formas, solo estábamos esperando a que se enfriasen los *cantuccini*. Y parece que ya están perfectos para tomar. ¿Quieres hacer los honores?

Mateo sonríe, aliviado.

— Estaría loco si me negase a probar las creaciones de la pastelera con más talento de toda Italia.

Media hora después, hemos apagado todas las luces del local y lo hemos cerrado a cal y canto. Hace bastante fresco, y el contraste con la temperatura de *Gusto* me hace estremecer. Por suerte, Mateo me rodea con el brazo para compartir algo de su calor; el ardor de mis mejillas termina por hacerme sentir como una estufa andante.

— Bueno, ¿me vas a llevar a ese sitio secreto? —inquiero, nada más echamos a andar en ninguna dirección en concreto.

Mateo aprieta los labios.

— No hay. Te mentí. Si te soy sincero, antes me puse nervioso. La cosa se estaba poniendo más… frenética —traga saliva un segundo, como si esa palabra le atragantase—, y tenía miedo de no estar a la altura de los acontecimientos.

No puedo evitar pararme en seco.

— Pero ¿qué dices? ¡Si lo estabas haciendo más que bien!

¿Él, *Mateo Ruiz*, con complejo de inferioridad? ¿Estamos locos, o qué?

— No estaba seguro de ello —dice entristecido, encogiéndose de hombros—. Tengo cero experiencia con estas cosas, Angela. Y no solo me refiero a dar besos en una cocina de sesenta metros cuadrados a las once de la noche, sino a dejarme llevar por la pasión en general. Eres la primera chica con quien he ido más allá que un simple beso en la boca, por ridículo que parezca que lo diga un tío de veintitrés años.

Respiro hondo. No puedo evitar empatizar con su relato.

— No, no —le detengo, con una pequeña sonrisa—. Te entiendo. A mí me ha pasado igual, si bien he hecho algo más que dar besos. Pero… no he llegado mucho más allá —explico. Mateo alza mucho las cejas, como si no se pudiera creer que alguien como yo tan solo sea «nivel 1» en el amor —. Que sepas que no me importa. Lo único a lo que le doy prioridad es que nos lo pasemos bien juntos, así que vayamos al ritmo que necesitemos. Sin expectativas. Sin pensar en el mundo exterior. Solo… céntrate en mí. Y yo me centraré en ti.

— Eso… me tranquiliza. Gracias.

Me encojo de hombros.

— No hay de qué.

— Aunque eso no era todo —agrega, para mi asombro.

— Ah, ¿no?

— No. Antes me detuve, porque sentía que se me iba todo un poco de las manos. Mi cuerpo y mi mente empezaron a separarse, y parecía que cada vez me quedaba más a solas con lo que el primero me exigía: que fuese más allá, que te besase como si no hubiera un mañana y dejase que hicieras conmigo lo que quisieras —alza una mano para acariciar mi mejilla derecha con el dedo índice. Me muestra una devoción que da vértigo— . Mi razón me abandonaba. Sentí que, si iba más allá, empezaría a dejarme llevar. Y me asusta mostrarme ante ti tal y como soy, sin trampa ni cartón, de una forma que ni yo mismo he experimentado.

— Yo la prefiero —respondo, clavando mis ojos en los suyos—. Conmigo puedes ser vulnerable, Mateo. Porque yo, cada vez más, lo estoy siendo contigo. De eso se trata el amor verdadero, ¿no? O al menos eso es lo que tengo aprendido tras tantos años de ver telenovelas y leer ficción romántica…

Sonríe. No solo con la boca, sino también con los ojos. Siento que me enamoro un poco más, y con más intensidad que años atrás, cuando ni siquiera barajaba la posibilidad de poder tenerlo tan cerca.

— Creo que tienes razón —dice—. Tengo que dejarme llevar. Pero me cuesta tanto no tratar de controlarlo todo…

— Hazme una promesa, pues —le interrumpo, tomándole por los hombros. Él no dice nada, por lo que interpreto que me invita a continuar—. Solo por esta noche, seguirás lo que te dicte el corazón. Tómatelo como una prueba, como un experimento científico. Vivirás cómo se siente el abandonar la mente y obedecer al cuerpo, y, cuando llegue la mañana, podrás evaluar si te ha merecido la pena «cambiar el chip».

Si no te gusta la experiencia, siempre podrás volver a ser el Mateo de siempre. Y si te gusta, habrás aprendido algo.

— ¿El qué?

— Que, con la persona adecuada, siempre merecerá la pena bajar cualquier coraza —digo, en un susurro.

Me mira a los ojos con intensidad hasta que emito la última palabra. Poco después, alza la barbilla con convencimiento. Por alguna razón inexplicable, confía ciegamente en mí.

— Acepto el reto.

— Estoy orgullosa —respondo, con una media sonrisa.

— Ahora quiero besarte, entonces —murmura, y baja sus manos por mi espalda hasta asentarlas a tan solo unos centímetros de mi trasero.

— No sé a qué espe…

Me deja con la palabra en la boca, porque toma mi cara entre sus manos y se abalanza sobre mi boca. No me esperaba recibir un beso tan agresivo, tan sediento de mí. Este es el más intenso que he recibido de él en todo este tiempo, lo que me hace preguntarme cuánto se había estado conteniendo realmente. Parece que demasiado. Lo recibo con gusto, pero soy yo esta vez la que tiene que detenerle. Me está nublando tanto los sentidos, está llegando a lo inapropiado a niveles tan desorbitados que por poco se me olvida que estamos en una avenida plagada de viandantes y vehículos en circulación. Cuando lo vuelvo a mirar, me resulta tan irresistible que suelto lo primero que se me ha pasado por la cabeza.

— Oye… ¿y si vinieras a mi piso?

Mateo abre tanto los ojos que creo que se le van a salir. Está alucinando. Yo también. Pero ya no voy a retirar lo dicho.

— Para…. Para ¿qué? —pregunta, cauteloso.

— ¿Cómo que para qué? Para jugar al Scrabble, obviamente —digo, en tono de broma.

— Cuando dijiste que nos dejáramos llevar, no me esperaba esto.

— A ver, no sé. Solo si quieres, pero… a mí no me parece mala idea. Me apetece que vengas. Como sigamos más tiempo

aquí fuera, nos va a detener la policía por exhibicionistas.

Mateo suelta una carcajada. Entonces se aparta para tomarme de la mano.

— Tienes razón. No nos vendría mal un sitio más… privado —agrega, en tono travieso—. *Andiamo!*

— *Andiamo*… —repito, embelesada.

Trago saliva para contener lo mejor que pueda un grito histérico. *Mateo Ruiz. Va a venir. A mi piso.* Debo de estar soñando, que alguien me pellizque…

30. MATEO. «SOLO SEXO»

— Supongo que ya conoces la casa, así que no tiene mucho sentido lo de hacerte un tour por ella —dice Angela, nada más abrir la puerta con un par de giros a la cerradura. Señalo un pequeño perchero, en el que no hay ahora mismo nada colgado—. Puedes dejar la chaqueta ahí, si quieres. Ven, sígueme.

Avanza con cuidado hasta el salón, como si buscase a alguien. Yo la sigo, sintiéndome incómodo ante la idea de tener que quedarme solo en casa ajena. Suelta un suspiro cuando termina de registrar todas las habitaciones.

— Uf, menos mal. Bianca no está aquí. Está de nuevo con su nueva «amiguita» del Tinder…

Me quedo mirándola con una sonrisa sorprendida. ¿Por qué se alegrará de que su amiga no esté aquí hoy? Según *WikiLove*, este sería el mejor momento para soltar alguna frase seductora y chocantemente obvia, al estilo de «Parece que nos hemos quedado solos, nena…». Sacudo la cabeza, asqueado. No, basta de *WikiLove* por hoy. Hoy solo puedo ser Mateo, ¡lo he prometido! Y lo que más le apetece a Mateo ahora mismo es abrazarla por detrás.

Angela ahoga una exclamación cuando lo hago, ahí entre los sofás. Noto cómo todo su cuerpo se tensa ante mi contacto, y por un momento temo haber hecho algo que me haga perder puntos. Sin embargo, no tarda en relajarse y apoyar sus manos en mis antebrazos, como si no quisiera que me apartara en un largo rato.

— Eres adorable —suelto, incapaz de contenerme.

— Sí, claro —gruñe ella.

— Es la verdad. Ojalá pudieras verte, con tus mejillas sonrosadas y tus deportivas tamaño bebé. Adorable —repito, con una sonrisa.

— No son tamaño bebé, son de la talla 36. Que tú tengas pie de gigante no es mi culpa. —Entonces se revuelve en mi abrazo, y yo no tengo otra que dejarla libre. Angela me toma de la mano con total naturalidad, logrando que el que se ruborice sea yo—. ¿Vienes?

Asiento con la cabeza sin saber muy bien a qué se está refiriendo. Cuando llegamos a su habitación, se me acelera el corazón automáticamente.

— Bienvenido de nuevo a mi santuario rosa —anuncia ella, con una sonrisa traviesa. Cuando se sienta a los pies de su mullida cama (rosa, efectivamente), no puedo evitar que se me pasen mil pensamientos indecentes por la cabeza; ¿me convierte eso en un pervertido? Tras dar unos golpecitos a su lado derecho, dice—: ¿Quieres sentarte?

La obedezco sin rechistar. Mis piernas están cansadas después de la caminata desde la pastelería; llevo todo el día andando. ¡Cuánto echo de menos mi coche! No sabéis cuánto disfruto al apoyarme en ese colchón; sin embargo, no puedo recrearme demasiado en el sentimiento, porque Angela roza mi muslo con su mano. Intencionadamente. Y cualquier pensamiento que no sea sobre ella se me borra de la mente al instante. Cuando llega su beso, apenas estoy preparado. Es lento y adictivo y me vuelve a provocar un fuego interno, pero no me esperaba sentir algo más: adrenalina. Saber que esta vez estamos completamente solos agrega a ese beso un efecto vertiginoso, que logra que mi corazón bombee más rápido la sangre de mis venas y me haga sentir como si me hubiera tomado cuatro cafés.

— Lo de pasar una velada de juegos de mesa era mentira, ¿verdad? —inquiero sin aliento, cuando nos apartamos para coger aire.

— Pues claro —dice, sin más. Entonces su rostro parece congelarse, y me mira con perplejidad—. ¿En serio pensabas que íbamos a hacer eso?

— Emm… sí. Suelo tomarme las cosas a lo literal.

Cuando suelta una carcajada limpia, no sé cómo interpretarla. Viviré y moriré con empanamiento crónico, lo tengo claro, pero a veces desearía ser más avispado. Me quedo observándola mientras se desternilla, diciéndome a mí mismo que al menos la he hecho reír; eso es bueno, ¿no?

— Ni que lo jures —contesta, cuando se calma un poco. Tiene lágrimas en los ojos.

— ¿Qué tenías en mente, entonces?

Mi pregunta es totalmente inocente. No hay trampa ni cartón, pues, aunque me puedo hacer una ligera idea, de verdad que no sé qué es lo que Angela tenía pensado hacer. Quiero entenderla, porque estoy muy confundido ahora mismo. No obstante, Angela abre mucho los ojos cuando me escucha, como si hubiera visto un fantasma. Adquiere todas las tonalidades posibles de rojo que la piel humana pueda adquirir, y por un momento temo que se vaya a desmayar. Abre y cierra la boca como un pez fuera del agua, incapaz de pronunciar ninguna palabra comprensible. Busco su mano para darle un apretón, preocupado.

— Oye, ¿he dicho algo malo?

— N-no, no es eso. Es que me acabo de dar cuenta de que cada uno ha entrado en esta casa por razones diferentes, y de pronto me siento muy avergonzada por haberme hecho ilusiones.

— ¿Ilusiones? —repito, embobado—. ¿Sobre qué?

— Da igual, ha sido un malentendido. Tú creías que jugaríamos al… Scrabble. Y yo creía, que cuando aceptaste venir aquí… Ay, ¡qué vergüenza! —exclama, cubriendo su cara con las manos.

Me arrimo más a su cuerpo, preocupado. Tengo que hacer algo para que vuelva a sentirse bien.

— No, ¡no te pongas así! Aceptaré cualquier cosa que digas, sin juzgarte. Estoy enamorado de ti hasta las trancas, ¿recuerdas? —digo, y consigo arrancarle una sonrisa tierna —. Te lo volveré a repetir. ¿Qué querías hacer esta noche, Angela?

Sus ojos se clavan en mí entre las rendijas de sus dedos. Por suerte, baja las manos lentamente y respira hondo, tratando de relajarse.

— Quería… Quería…

— ¿Sí?

— ¡Quería tener sexo contigo! —suelta de golpe, casi a gritos —. Acostarme contigo, hacer el amor, o, en palabras más simples, fo… —se detiene a medio camino de terminar la frase y suspira—. Creo… que ya lo vas pillando. Hala, ya lo he dicho. Ya puedes reírte.

Ahora, el que adquiere el color de un carabinero soy yo. La palabra retumba en mi cerebro, como un eco puede rebotar en las montañas. *Sexo. Sexosexosexosexo…* Pues claro que se me había pasado por la cabeza en múltiples ocasiones, sobre todo cuando le besé la espalda antes; pero jamás se me hubiera ocurrido que ella tendría ganas de probarlo *conmigo*. Esta noche. Ahora mismo. Siempre creí que estaría preparado cuando llegase el momento, pero saber que ahora tengo la oportunidad tan solo me bloqueo.

Angela pestañea rápidamente, mordiéndose el labio inferior. Está nerviosa. Quizás teme mi reacción.

— A mí también me gustaría —admito, en voz muy baja. Este tema me da mucho pudor, no sé por qué—. Eres la chica que siempre soñé, Angela; por supuesto que quiero. Simplemente no me esperaba que fuera hoy.

— Claro, claro —dice ella, asintiendo con demasiada fuerza—. Tú mismo dijiste que los besos son importantes para ti, así que supongo que las relaciones sexuales tampoco las tomas a la ligera. Ha sido una idea estúpida. Olvídala.

Niego con la cabeza mientras le aparto varios mechones oscuros del rostro.

— No, no quiero olvidar el tema. Ahora que lo has dicho, puedo admitir libremente que yo también querría acostarme contigo. Somos dos adultos que consienten eso, y no hay nada de malo en ello... Es verdad lo que dije sobre los besos, pero nos quedan pocos días juntos (al menos, en Florencia) y creo que debería vivirlos al máximo contigo.

Por fin, la chica de mis ojos vuelve a mirarme. En sus pupilas brillan interés e ilusión, aparte de algo más a lo que no sé poner nombre. Es… positivo, pero a la vez da vértigo. Si sigue mirándome así, creo que perderé la cabeza. Tengo tantas ganas de besarla que me parece que voy a explotar.

— Pienso… Pienso igual —murmura—. Es solo sexo, ¿no? Si a ti también te apetece, no hay que pensárselo demasiado. No tiene por qué significar nada.

Me ahorro decirle que *no es solo sexo*, que podrían cambiar muchas cosas tras acostarnos juntos. Para mí, por ejemplo, lo significaría todo. Al contrario de lo que piensan algunos amigos míos, siempre he tenido la idea de que, con la persona adecuada, mostrarme así de vulnerable sería bellísimo. El sexo, para mí, es un momento íntimo que te vincula con el otro para siempre, lo quieras o no. Sin embargo, no me apetece preocuparla. Asiento con la cabeza y contesto, tragándome mis palabras:

— Sí. Solo es sexo.

Seguidamente, la beso, y ella me recibe con un suave suspiro placentero. No tardamos en recostarnos sobre la cama, enredados el uno con el otro, mientras ella posa sus manos por mi pecho y trata de hacerse paso por debajo de mi camisa. Yo tampoco me quedo atrás, rozando sus pezones con mis pulgares por encima de su ropa. En cuanto oigo un pequeño gemido escapa de sus labios, mi cuerpo entra en estado de alerta. Debería gustarme que ella sea capaz de reaccionar así ante mi tacto, pero no puedo evitar preocuparme. Separo mi rostro del de ella unos centímetros.

— Estoy un poco asustado, Angela —digo, sin aliento.

— ¿Por qué? —pregunta, con una ternura que me derrite. Me encanta que cada vez más se muestre así ante mí.

— Porque nunca he hecho lo que estamos a punto de hacer. Soy… soy virgen —confieso, con los labios fruncidos, haciendo énfasis en la palabra como si fuese un crimen o algo así.

Por su expresión puedo ver que no se esperaba eso para nada. Como si yo fuese demasiado irresistible como para haber sido pasado por alto por todas las chicas hasta día de hoy. Pues sí, señor.

— Ah… vale. Yo también —contesta, como si no entendiese nada de lo que le estoy diciendo.

— No sé qué hacer exactamente para darte placer. A ver, creo que tengo una ligera idea, pero no…

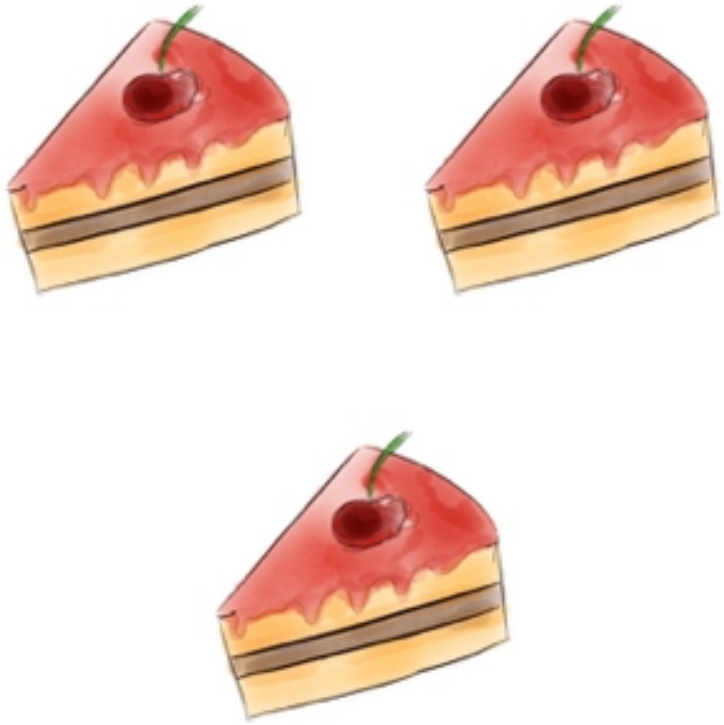
— Lo mismo digo —me detiene, alzando las manos—. Pero eso es lo bonito de las primeras veces, ¿entiendes? Siempre dan pánico al principio, porque se trata de algo desconocido. Pero, a base de explorar y fallar, uno aprende e incluso llega a disfrutar en el proceso. Probemos, sin expectativas. ¿Confías en mí, Mateo?

— Ciegamente —afirmo, sin pensármelo dos veces.

Angela me acaricia la mejilla con el dorso de su mano, esbozando una sonrisa comprensiva. Ambos tenemos las cabezas plácidamente apoyadas sobre el colchón.

— Vale, pues yo también en ti. Así que déjate llevar por tu corazón, y no te preocupes por nada más. Yo te quiero, Mateo —confiesa, dejándome perplejo. Mi corazón se salta un par de latidos y, segundos después, me doy cuenta de que acabo de escuchar las palabras que llevo deseando escuchar estas dos semanas y años atrás. Cuando menos me he esperado, ha sucedido: se ha cumplido mi sueño. Aunque en parte ha sido gracias a *WikiLove*, por supuesto; yo no habría sido capaz de lograr esto solo—. Lo tengo claro. No tengo prisa, y seguro que tú tampoco. Así que centrémonos en disfrutar, ¿de acuerdo? Es… solo sexo —repite—. Todo el mundo lo hace.

Intuyo un tono triste en las últimas frases, como si no las creyese de verdad. Pero no me da tiempo a analizar nada. Cuando Angela y yo volvemos a unirnos, no existe nada que pueda separarnos. Ni siquiera la ropa que llevamos puesta, que acaba esparcida por el suelo varios minutos después.



Cierro los ojos mientras mi respiración vuelve a ralentizarse poco a poco. Estoy en una nube. Guau. Ha ido mejor de lo que me esperaba. Me aventuraría a decir, incluso, que ha ido genial.

Abro la boca para decírselo a Angela, pero cuando giro la cabeza hacia ella me doy cuenta de que ya está dormida. Qué rapidez. Me incorporo con ayuda de mis antebrazos para tomar las sábanas que descansan revueltas a nuestros pies y taparla con ellas, para que no pase frío. Después, me tumbo orientado hacia el calor de su cuerpo y la observo mientras duerme. No lo hago demasiado rato, pues no quiero dar miedito; solo lo suficiente para llegar a la conclusión de que no hay nada más adorable en este planeta. Se la ve tan en paz... Como si no fuese consciente de que me acaba de regalar la mejor noche de mi vida. La pobre estaría tan cansada

después del largo día de trabajo en *Gusto* que ha sido incapaz de mantenerse despierta ni un ratito más.

Trago saliva con fuerza. «Te quiero», me ha dicho antes. Sin embargo, y contradictoriamente, también me dejó claro que lo que hemos intercambiado hoy es «solo sexo», cuando para mí ha sido lo más especial que he vivido con alguien jamás. Eso me confunde. ¿Por qué me lanza mensajes tan diferentes entre sí? ¿Habrá algo que se esté guardando y no me quiera contar? Quizás aún me queda mucho que trabajar, y no lo he estado viendo. Quizás necesito acudir al sabio de *WikiLove*, aunque sea por una última vez.

Angela me propuso que, solo por esta noche, fuese «solo Mateo», para ver qué pasaba cuando era yo mismo y sin filtros. Bien, pues ya casi son las 0:00h, así que ya puedo aportar mi evaluación sobre el experimento. No he logrado nada remarcable. Sí, me he acostado con la chica de la que estoy enamorado, pero yo quería que esto *significase* algo para ella. No que fuese un mero pasatiempo tan solo centrado en lo físico y para nada en lo emocional. Mi intención desde el principio ha sido que Angela *me ame* con todas sus letras, y que cualquier acercamiento carnal sirviera para acentuar ese amor verdadero que fluye por nuestras venas. Pero no; aquí estoy, mirando al techo de su habitación, rodeado de rosa y sintiendo que nada ha cambiado. Eso se debe al hecho de que hoy he prescindido de la ayuda de esa página web, segurísimo. Si no hubiese hecho tal cosa, quizás mi realidad sería muy diferente ahora mismo. Quizás Angela no estaría durmiendo, sino hablando de lo mucho que desearía tener una relación formal conmigo.

Ese «te quiero» tan solo fue por pena, ella no lo pensaba de verdad.

Me revuelvo en el colchón y alargo el brazo para apagar la luz de su mesita de noche. Inmediatamente, una oscuridad grisácea lo envuelve todo. Durante un rato me planteo quedarme a dormir aquí hasta el amanecer, pero mi mente está maquinando demasiado como para querer darme paso a la somnolencia. Por mucho que me gustaría, tengo demasiado trabajo pendiente. El reto de ser yo mismo no me ha servido, necesito volver a *WikiLove*. No me basta

con ser «solo Mateo», ya lo he comprobado. Estoy tan cerca de conseguir que ella sienta lo mismo que yo, que ya puedo saborear la victoria. Así que me levanto tratando de no hacer ruido, cojo mi ropa y me la pongo en el salón para no despertarla. Después, me voy por donde he venido.

Mañana ejecutaré mi «obra maestra», el truco que llevo días guardándome bajo la manga para utilizarlo en caso de emergencias. No me apetece nada hacerlo, que conste; pero es por el bien de ambos. Mañana lo cambiará todo y el viento soplará a mi favor de una vez por todas. La próxima vez que salga un «te quiero» de los labios de Angela, será porque no desee soltarme jamás.

DÍA 12



31. ANGELA. «ILUSIÓN»

Nada más abrir los ojos por la mañana, se me parte un poco el corazón. Mateo ya no está a mi lado, en la cama, donde creí que se había quedado dormido igual que yo.

Me invade una sensación de inseguridad horrible, y seguidamente me pregunto si lo de ayer ocurrió de verdad o si tan solo fue una ilusión. Tendrá que ser lo segundo, porque Mateo jamás me abandonaría en mitad de la noche sin dar explicaciones… ¿No? Mateo… jamás sería tan frío, él se quedaría para acariciarme la espalda y susurrarme lo mucho que me aprecia. Porque Mateo es así de tierno y considerado. Y porque él jamás desperdiciaría la oportunidad que le di al depositar mi confianza en él de nuevo, después de lo mal que me hizo sentir en Las Hayas.

De pronto, me vibra el móvil desde mi mesita de noche. Lo cojo al vuelo. Suspiro, aliviada; es un mensaje de él, enviado ahora

mismo. «Buenos días, Angie. Espero que hayas dormido bien. Tuve que volver corriendo al hotel porque me acordé de pronto de que tenía varios informes que leer antes de las ocho de la mañana. Lo siento mucho, te lo compensaré con creces. Te veo hoy en la pastelería, a la hora de siempre. Por cierto, aprovecho para recordarte que mañana es la inauguración de la sucursal. Me encantaría que pudieras venir».

Vale, todo está bien. Sabía que no me dejaría toda la noche sin darme una explicación coherente. Tan solo le surgió un imprevisto. *Siempre esperándote lo peor, Angela. ¡Qué negativa!* Sacudo la cabeza y me levanto para vestirme rápido, esforzándome por apartar cualquier idea pesimista de mi mente ansiosa. «Cuenta conmigo», le contesto rápidamente, antes de salir del piso sin saludar siquiera a Bianca al pasar por la cocina. Creo que estaba desayunando, pero no me he fijado demasiado; hoy me siento con una motivación extraordinaria para afrontar el día, tengo ganas de abrir *Gusto* cuanto antes y hornear magdalenas como si no hubiese un mañana. Hoy amo mi trabajo más que nunca, casi tanto como a Mateo. «Por cierto», le escribo cuando no me queda nada para llegar al local, «me gustaría invitarte a una cena, ¿quizás esta noche? Conozco muchos restaurantes en esta zona».

Su respuesta no es justo como me la imaginaba, pero me arranca una sonrisa igualmente.

«Oído, cocina».

32. MATEO. «TRIÁNGULO AMOROSO»

Sobre las 15:00h estoy atravesando la puerta de *Gusto*. No hay apenas clientes, ya que la mayoría de los italianos suele almorzar una hora antes; quienes se quedan en las mesas son los rezagados que aún charlan con el amigo que tienen delante, mientras se toman un café a modo de postre. Suena la diminuta campanilla sobre mí, pero nadie se gira para mirarme.

He entrado saboreando ya una aplastante victoria. Tras una revisión exhaustiva de los pasos que he de seguir para que todo vaya sobre ruedas, he salido del hotel con más seguridad en mí

mismo de la que he tenido en mis veintitrés años de vida. La hora seleccionada también ha estado calculada; no necesito más espectadores de la cuenta para la íntima escena que estoy por recrear. Sin embargo, no puedo hacer las cosas sin ton ni son; tengo que esperar al momento oportuno, ser paciente. Y como esa oportunidad puede que no vuelva a repetirse, tengo que permanecer atento a mi entorno, para pasar a la acción en cuanto suene mi (imaginario) pistoletazo de salida.

Me remango la chaqueta Loewe de lana (edición limitada) y me siento en la barra, para así tener mejor visión de lo que se cuece (nunca mejor dicho) en la cocina. Y para que quienes se encuentren allí tengan acceso directo a la imagen de mi audaz persona. Me desanima no ver a Angela nada más aparecer, pero lo más probable es que tan solo esté tomándose un descanso en cualquier otra parte. Ella jamás faltaría al trabajo, a no ser que esté enferma.

Para mi absoluta decepción, es el camarero con pinta de adolescente (¿Ennio?) quien me atiende con una sonrisa. Yo fuerzo también una expresión de alegría y le pido un *smoothie* de fresa y plátano. Me lo bebo rapidísimo, dejando entrever mi ansiedad (y mi hambre, quizás causada por lo mismo). Después me pido una *focaccia*, para entretenerme durante la espera.

Tic, tac, tic, tac. El tiempo corre. Necesito ejecutar el plan *hoy*, o si no nada funcionará.

Me aburro soberanamente durante dos horas, esperando que haya algún cambio de escena. Pero no lo hay. No hay ni rastro de la persona que realmente quería ver. Pero, milagrosamente, ella aparece a las 17:30h. Entra por la puerta de entrada con el delantal aún sin poner, por lo que intuyo que su turno debe empezar ahora. Tiene el pelo recogido en una coleta despeinada, y camina con una rapidez fruto de la agilidad de sus largas piernas. Mira al suelo mientras camina, con cara de sueño; no parece que haya dormido mucho. Y tampoco parece que esté de un humor favorable. No saluda a Ennio, que pasa por delante suya con un paño y un cubo de agua, y se dirige a la entrada de la cocina con prisas.

— Ey, Bianca —la intercedo, alargando el brazo tocar su codo con delicadeza.

Se detiene con un pie en el aire, a punto de dar el siguiente paso.

— Ey —murmura, sorprendida. No sé qué la confunde más: que la primera persona que haya visto sea yo, o que yo tenga algo que decirle. De igual modo, clava sus ojos en mí sin la menor vergüenza, y ni siquiera se esfuerza por hablarme en inglés sino en italiano—. Ahora mismo no puedo atenderte, ya has visto que acabo de llegar. Llama a mi compañero.

Capto un 70% del mensaje, pero me es suficiente. Niego con la cabeza.

— ¡No, no quiero nada! Bueno, miento; lo que quiero saber es… ¿cómo estás?

Supongo que tendré que ser amable, establecer un poco de conversación inicial, antes de llegar al grano. La joven espira profundamente hundiendo sus hombros mientras se vacía de aire.

— Pues hecha papilla. La chica con la que he estado quedando estos días me ha dejado. Si me hubiera dado alguna razón comprensible no me habría sentado tan mal, pero es que, de buenas a primeras, ¡puf! —extiende las palmas de sus manos, como si quisiera ilustrar una explosión—. Bomba de humo. Me ha hecho un ghosting en toda regla, justo cuando había empezado a confiar en ella. ¿Por qué la vida nos tiene que dar tantos palos? —se queja, echando la cabeza hacia atrás.

— Guau, pues sí que estás hecha mierd… —empiezo a decir sin pensar, a lo que Bianca reacciona arqueando una ceja—. Quiero decir, que lo siento mucho por ti. Debe de ser horrible que te hagan eso.

— Lo es. Pero ¿tú cómo vas a saberlo? —se encoge de hombros, mirándome entero con una sonrisa melancólica. Me siento expuesto—. Mírate, pareces salido de un anuncio de colonia. Jamás sabrás lo que es que alguien te evite, que

mine la poca seguridad en ti mismo que te queda, y que no te permita volver a verlo durante Dios sabe cuánto… sin explicarte por qué.

Reprimo la tentación de contestarle que sí: sé cómo se siente. Mi padre, por ejemplo, me ha hecho eso. Y Angela, la única chica que me ha llegado a gustar de verdad, se marchó también un día de España sin avisar. Siempre me he sentido solo, muy muy solo, así que, si existe alguien experto en sensación de abandono, ese soy yo. Pero no digo nada de eso, porque siempre me ha dado demasiada vergüenza ser yo mismo, porque soy un cobarde.

— Dicen que el tiempo lo cura todo, ¿no? —añado, forzando una sonrisa incómoda. Porque se me dan fatal esta clase de conversaciones. Nunca he sido el típico amigo al que uno acude cuando se siente mal y busca palabras de reafirmación—. De todo se aprende; lo que no te mata te hace más fuerte…

— Déjate de frases hechas, por favor —me interrumpe, asqueada—. Si no te importa, voy a prepararme. No quiero perder mi trabajo también. Gracias por preguntar, de todas formas.

Bianca deja de mirarme y echa a andar de nuevo. Me levanto de un salto de mi banqueta para perseguirla, pues no puedo permitir que, bajo ningún concepto, ella abandone el campo de visión de Angela. Echo a correr y le bloqueo el paso al colocarme delante suya.

— ¡Espera, no hemos acabado! —exclamo, desesperado.

— Porque tú lo digas —dice, cruzándose de brazos.

Vaya, sí que está enfadada con el mundo. Jamás me ha hablado así. Casi se parece a… Angela. Y creo que estoy irritándola más. La pobre no sabe lo que le está por venir.

Me giro un segundo para mirar el interior de la cocina. Angela lleva ahí desde hace un rato, amasando. Tan solo hemos intercambiado un «hola» gesticulando con la mano y mostrando una sonrisa pequeñita. De vez en cuando, ella me dedica miraditas, y eso

es justo lo que necesito ahora: un simple vistazo hacia donde estamos.

— Solo quiero proponerte una cosa.

Siguiendo las instrucciones de *WikiLove*, doy un paso hacia delante, de modo que nuestros pies se tocan. Es extraño, probar esto con Bianca; pero, al parecer, también necesario. Ella me recorre el rostro con la mirada, frenéticamente, extremadamente sorprendida. No tarda en fruncir el ceño.

— Desembucha —dice, de pronto cohibida—. No creo que a Angela le guste vernos tan cerca.

— ¿Nos está mirando? —inquiero con impulsividad, sin atreverme a comprobarlo por mí mismo. Esto tiene que parecer espontáneo, no premeditado.

— Pues claro. No nos quita ojo.

Alargo mis dedos para acariciar su brazo. Trago saliva en cuanto noto que Bianca ahoga una respiración. Trato de no apreciar ninguna característica sobre el tacto de su piel, ni recopilar datos sobre cómo se siente el roce. Esto me está resultando desagradable y vomitivo, pero tengo que realizar este sacrificio por ella. Será mi última muestra de amor. *No te sientas culpable, Mateo. Esto va a ser la bomba.*

— ¿Qué haces? —pregunta ella, ahora con voz débil. Está deliberando si darme un manotazo o esperar a ver cuál es mi siguiente movimiento.

— Voy a necesitar tu ayuda —le digo.

— ¿Para qué?

— Para conquistar a Angela.

— Creía que ya habías logrado eso. Y que ella también te había enamorado a ti. No entiendo qué pinto yo en todo esto.

— Lo cierto es que aún no hay nada definitivo, tristemente. Su amor se me escapa de entre los dedos, como si fuese agua en un arroyo, y no sé si seguirá fluyendo o si dentro de poco se evaporará y dejará de existir para siempre —hago una breve pausa para coger aire a la vez que alucino con mi

capacidad poética—. Necesito una confirmación de que lo que tengo con ella es más sólido de lo que pensaba. Y tú podrías ayudarme, si estás dispuesta. Tras esto, Angela y yo seremos inseparables.

Veo cómo los engranajes del cerebro de Bianca aceleran su funcionamiento. Aguardo a su respuesta final con paciencia, mientras ella delibera. Finalmente, obtengo lo que deseaba. Ha mordido el anzuelo.

— Dime cómo —murmura, aún sin fiarse de mí.

Me tomo esas palabras como mi pistoletazo de salida. Impaciente, doy el paso que faltaba para tocar su boca con la mía. Y la beso. Es rápido y sonoro, para nada sentido. Un mero trámite para lograr los resultados deseados. Cuando me aparto una milésima de segundo después, sé que todo ha cambiado. Bianca enrojece, lo que yo interpreto como rubor; sin embargo, al parecer es furia lo que tiñe su rostro de color.

No me da tiempo a esquivar la enorme bofetada que me proporciona en la mejilla. Y un par de insultos, también. Eso no me lo esperaba.

— ¡¡Te voy a matar!! —exclama, y me agarra del cuello de la camisa con fuerza. Vuelve a acercar su rostro al mío para gritarme, indignada.

Es la primera vez que temo de verdad por mi vida.

— ¡Lo siento, de verdad! —protesto—. ¡Era necesario!

— ¡¡Necesario es el puñetazo que te voy a dar!!

Pero de repente nos llega la reacción de la cocina. Nos damos cuenta de que Angela está a tan solo unos metros de nosotros, en la entrada del pasillo que conduce a su zona de trabajo, cuando ella pronuncia una única frase. Jamás hubiera imaginado que unas cuantas palabras tendrían el poder de erizarme la piel así. Sus ojos, negros como la noche, son ahora dos pozos vacíos y ya no albergan las estrellas que yo solía encontrar al admirarlos. Se clavan en mí y en Bianca alternativamente cuando su voz nos condena ambos.

— ¿Cómo has podido?

No queda demasiado claro a quién de los dos se lo dice. Nos quedamos congelados. La camarera es incapaz de soltarme, y ambos permanecemos pegaditos y con nuestras respiraciones aceleradas, lo que puede dar lugar a más malentendidos. Una parte de mí se alegra de que se agregue más leña al fuego, pero otra está empezando a sentirse muy culpable sin saber muy bien de dónde viene tal sentimiento. Este es el resultado que yo esperaba, ¿no? Que nos «descubriese» y se diera cuenta de cuánto me amaba realmente, para después arrojarse a mis brazos y pedirme perdón por decir que nuestra noche de sexo *sí que fue significativa*. Sin embargo, sólo he logrado lo primero, pero no hay ni rastro de lo que yo creí que vendría después. «¿Qué está pasando?», me pregunto, pasmado. Angela se ha quedado blanca como la leche, y sus manos tiemblan. Sus labios están contraídos en un rictus de asco. No se la ve celosa, y mucho menos enamorada.

¿Qué he hecho?

— Escucha, Angela —balbuceo—. Yo… Nosotros no…

— No, escuchadme vosotros, y al menos tened la decencia de apartaros por un momento —murmura, en un hilo de voz que amenaza con reducirse a trizas. La obedecemos como soldados llamados a filas y nos apartamos con firmeza, mirando al frente—. No sé cuánto tiempo llevabais viéndoos a mis espaldas y riéndoos sobre lo inocente que yo estaba siendo, pero me da igual. Al fin y al cabo, todo es por mi culpa. Soy una estúpida —declara, cerrando los ojos—. Soy una estúpida por haber confiado en vosotros, por haber confiado en que existen personas a las que realmente les importo. Sin embargo, soy más estúpida aún por no haber hecho caso a mi intuición. Sabía que el amor no estaba hecho para mí, pero me agarré a la poca esperanza que me quedaba porque miraba al pasado y a los sueños que tenía de niña. Y no solo me refiero a Mateo, Bianca; también me refiero al amor que yo creía que existía entre nosotras. —Aclara, con los puños cerrados. A mi lado, la aludida aprieta los labios roja hasta la coronilla. Se nota que quiere

explicarse, pero sin saber muy bien cómo. Siento haber tenido que meterla en todo esto—. Sobre todo, lo que más me duele es ver lo rápido que se ha acabado nuestra amistad. Aunque qué sé yo, ¿verdad? Quizás tú no nos veías como amigas al igual que tú, Mateo, me has estado viendo como un pasatiempo desde el instante en que coincidimos en el control de seguridad del aeropuerto. Bianca, cuando te dije hace unos días que podías estar con Mateo si te apetecía, no me esperaba que fueses a hacerlo de verdad. Te has superado, como siempre. Pero bueno, ¡supongo que debería alegrarme de haber descubierto todo esto ahora! Por fin he abierto los ojos…

Bianca abre la boca, pero tan solo logra titubear.

— E-eso no es cierto, Angela. Yo te quiero —digo yo, dando un paso hacia ella. Sin embargo, ella retrocede y, en lo que dura un pestañeo, se adentra en la oscuridad del pasillo y desaparece como si esta conversación nunca hubiera tenido lugar. Cojo aire para exclamar, sabiendo que ella podrá oírme todavía—: Te quiero, ¡¿me oyes?! ¡Esto era necesario!

Tengo que ir tras ella. Esto no puede quedarse así. Yo no buscaba causar un desastre. Cuando decía que esto sería la bomba, me refería a que los resultados serían espectacularmente favorables, no que mis actos arrasarían con todo lo que tenía construido con Angela como si nuestra relación fuese un castillo de arena llevado por un huracán. He presenciado una explosión en toda regla, y temo ser incapaz de poder recuperar las piezas esparcidas y devolverlas a su sitio.

— Espera, Mateo —habla por fin la camarera, a mi espalda. Cuando me giro, me vuelvo a llevar otra sonora bofetada en el mismo lugar de antes. Me duele tanto que no sale ni un quejido de mi garganta—. E-esta es por mi amiga, porque eres un simio con cero neuronas que no tiene ni puñetera idea de lo que es querer a alguien. Lamento muchísimo haberte defendido cuando Angela decía que no valías la pena. Debí haberle dado la razón a ella, y no a tu

masculinidad frágil. Te diría que la dejases tranquila, pero sé que no podré detenerte porque este es un país libre y (encima) por tu culpa mis opiniones han perdido ya autoridad para ella —se toma un instante para coger aire, mientras una vena le bombea en la frente—. Así que, hagas lo que hagas ahora, no olvides que jamás le llegarás ni a la suela de los zapatos. Y, si ella decide mandarte a tomar viento fresco definitivamente, te lo habrás ganado a pulso.

Echo a correr detrás de Angela, con esas palabras retumbando en mi cabeza. Esto debe de ser una pesadilla, seguro; sin embargo, las bofetadas han dolido demasiado… *No puedo* perder a Angela, ¡tendría que haber *potenciado* nuestro amor con ese beso a Bianca! Seguro que aún se pueden aclarar las cosas... ¿no? No puedo permitir que Angela se piense que yo soy así, cuando tan solo era *una actuación*. Puro teatro.

Nueva lección aprendida, puede que demasiado tarde: «para cuando aprendas algo, muchas veces será ya demasiado tarde para aplicar cualquier cambio». Paso número uno de WikiMateo: «si en algún momento llegas a creer que has tenido una buena idea, piensa otra vez».

33. ANGELA. «DESAMOR»

Salgo a la calle desde la trastienda, tambaleándome. Me apoyo contra la pared de ladrillo, con los ojos muy abiertos y la mirada puesta en ninguna parte. Mis brazos abrazan mi estómago, aunque no sé cómo han llegado ahí.

Esto no puede haber pasado de verdad. Mateo jamás me haría algo así, jamás me engañaría con otra chica mientras me está haciendo sentir tantas cosas bonitas. Y mucho menos con mi mejor amiga, compañera de piso y empleada, y casi hermana. Mateo jamás sería tan rastrero y cruel y odioso y todas las cosas que detesto en un hombre. Siempre he estado convencida de su buen corazón, a pesar de sus meteduras de pata.

«Ya me he cansado de ser el hijo perfecto. Quiero ser Mateo, y hacer lo que solo Mateo quiera. Y te quiero a ti. Así que una

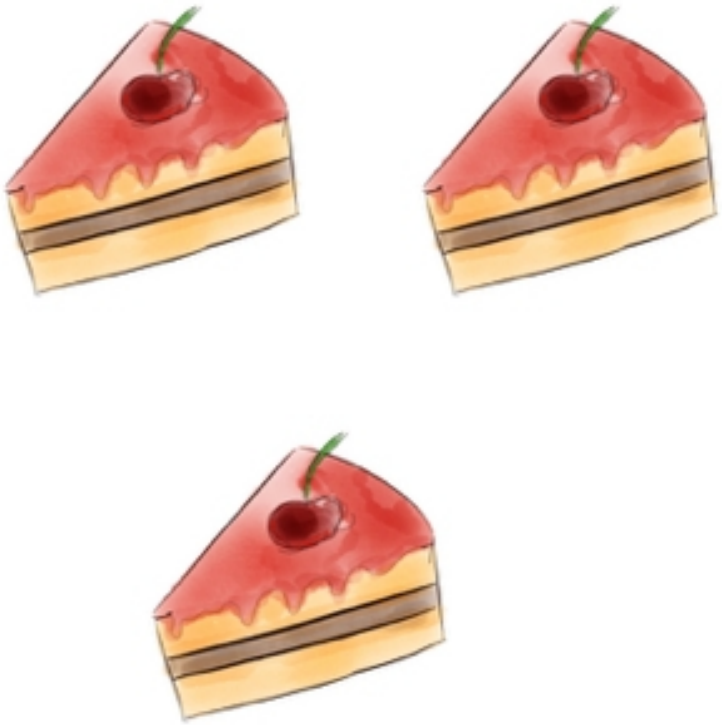
palabra tuya… y cambiaré mi mundo solo por tenerte cerca».

Y, sin embargo, los hechos son los hechos. Y he visto lo que he visto: a él, besándola a ella, en mi propio negocio. Se había asegurado de que lo viese en primera fila, había calculado cómo partir mi corazón en mil millones de pedazos.

Pero… ¿por qué? ¿Qué le he hecho yo para merecer algo así? Quizás no hice nada. Quizás simplemente me tocó sentirme humillada, al igual que a algunos les toca la lotería. Mateo no tenía ninguna razón en concreto, tan solo estaba programado para quebrarme del todo. Quizás el universo se había propuesto engañarme completamente: hacerme creer que tenía un «plan maestro» para mí (relacionado con un amor de película), cuando lo que quería era hacerme ver que tenía demasiada fe puesta en la gente. Pensaba que había aprendido de una vez a no ser ilusa pero he caído en la trampa, una trampa con forma de primer amor. Y de piernas largas, hombros anchos, torso duro como una piedra, cabello pelirrojo, labios ligeramente curvados hacia arriba, voz seductora pero a la vez amable… *Angela, para.*

He estado perteneciendo a un experimento inmenso, a un proyecto sobre el amor que me tenía a mí como centro, y no me había dado ni cuenta.

Nunca he sentido semejante vacío en mi interior. Siento mucho dolor, tanto que mis extremidades se me hacen extrañas y mis pasos se me antojan lentos y pesados. Mi cuerpo entero está adormecido, incluida mi mente. Quizás hoy he perdido la capacidad de emocionarme por nada en la vida. Y seguramente me lo merezca, por idiota, confiada y enamoradiza.



No sé cuántos minutos han pasado cuando Mateo sale de *Gusto* por la misma puerta trasera. Yo ni siquiera reacciono a su aparición. No tengo fuerzas para pedirle que se vaya, pese a su intrusión. Se queda a mi lado, pero a una distancia prudencial.

— Angela, antes que nada, quiero que sepas que Bianca no está involucrada en nada romántico conmigo —dice, jadeante.

Está agobiado, muy agobiado. No sabe qué se me ha estado pasando por la cabeza, y probablemente tema perderme. Lo que no sabe es que ya lo ha conseguido, y no va a haber posibilidad de «recuperarme».

— ¿Eso es lo primero que se te ocurre decir nada más verme? ¿Te atreves a seguir mintiéndome, después de hacerme ver cómo os manoseabais? ¿Qué hay de un «lo siento», para empezar?

— Lo siento —murmura, avergonzado.

Me encojo de hombros.

— Vale, ya puedes irte.

— Algo me dice que esto no puede quedarse así. Déjame que te explique lo que ha pasado. Creí que con este último plan te conquistaría para siempre, que reforzaría nuestro amor…

Giro la cabeza hacia él por primera vez en esta incómoda conversación.

— Espera… ¿este ha sido otro de tus truquitos?

— Quería ponerte celosa —admite, llevándose una mano a la frente. Está… ¿avergonzado? Me quedo boquiabierta; no me puedo creer que lo de antes fuera una actuación. Aunque, a decir verdad, debería haberlo supuesto—. Anoche, cuando nos acostamos, me invadió el pensamiento de que tú todavía no estabas lo suficientemente enamorada de mí. Así que, en vez de apaciguar mis propias preocupaciones, decidí buscar consejos por última vez. Según la guía, el paso número quince era de los más potentes. «Genera un triángulo amoroso. Logra que la otra persona se ponga celosa al verte en otra relación, aunque sea falsa. Eso disparará sus ganas de conquistarte» —recita, como un robot. Joder, se lo ha aprendido de memoria. Conozco muy bien ese cliché, es vomitivo—. Mi intención era mejorar las cosas con ayuda de *WikiLove*, ¡solo eso! De buenas a primeras, le di un beso a tu amiga con motivo de llamar tu atención. Así que no te enfades, por favor…

Mi corazón da un vuelco al escuchar el nombre de la web. Llevaba años sin oírlo. Había dejado su recuerdo encerrado en los confines de mi memoria, en una sección muy bochornosa y recóndita de ella. Sin embargo, sigo manteniendo mi mejor cara de póker y no dejo entrever mi reacción verdadera a lo que Mateo acaba de decir.

— ¿Q-que no me enfade, dices? —inquiero, soltando una carcajada amarga—. ¡Has morreado a mi amiga, delante de mí, creyendo seriamente que los celos mejoran las relaciones! Esto va más allá del enfado, Mateo. Cualquier persona diría que estás desequilibrado, de no saber que tan solo has estado actuando según te aconsejaba internet —

espeto, clavando mis ojos en los suyos. Puedo leer la desesperación en ellos, y ese amor que no lo abandona ni a patadas; es frustrante que siga sintiendo tanto por mí aun cuando le grito. Respiro hondo, porque creo que me voy a desmayar del disgusto y aún me quedan muchas cosas que comentar—. Te equivocabas, en eso de que no te quería lo suficiente. Sí que lo hacía. Pero una parte de mí seguía teniendo miedo, y ¿quién me va a juzgar? Te quedaban dos días para irte, era normal que no terminase de creerme este cuento de hadas. Pero bueno, ya da igual; lo que siento ahora por ti es asco, y pena. Pena porque me prometiste que serías tú mismo, solo Mateo, y rompiste esa promesa; asco porque, además de volver a recurrir a esa estúpida página web, encima sentiste que era buena idea meter a mi mejor amiga en todo esto —me llevo las manos a la cabeza al pensar en Bianca, quien ha sido tan solo una víctima de los estúpidos planes de este degenerado—. Ay, seguro que ahora es ella quien no me perdonará, por la forma en la que reaccioné antes. La acusé de mentirosa, y dije que no era una verdadera amiga… ¿Cómo pude pensar que ella había estado teniendo algo romántico contigo?

— Ella no te tiene que perdonar —me interrumpe con gravedad—. No está resentida contigo, para nada. Si acaso, se siente mal por ti. Si no me crees, me ha dado dos bofetadas en tu honor, como podrás apreciar en mi mejilla derecha. Me odia tanto como tú ahora mismo.

— Y con razón. Debería darte un puñetazo yo misma, ahora mismo. Pero no lo voy a hacer porque no te quiero tocar ni con un palo.

Mateo se queda callado unos segundos. Sabe que lo próximo que diga será crucial para la dirección que tome este encuentro. Ahora mismo tiene una oportunidad valiosísima de expresarse, y quiere asegurarse de que no sea la última.

— B-bueno, todavía me queda tiempo para enamorarte. El amor nunca es fácil, o eso dic…

Niego con la cabeza al instante. Paso de seguir escuchando las mismas tonterías sobre «enamorarme», como si él solo tuviera la receta de una «pócima generadora de amor» o las mismísimas flechas doradas de cupido. O como si yo fuese una marioneta.

— Sí, Mateo —le interrumpo—. El amor sí es fácil. Con la persona indicada, lo es. El amor no espera nada a cambio, simplemente te ama. El amor son risas, besos que te hacen perder la noción del tiempo; el amor es calma, paz, empatía, y la sensación de estar en casa. Pero tú lo ves como una montaña que hay que escalar, como si una banderilla te esperase en la cima. Mateo..., no sabes lo que es el amor. Y, justo por eso, nunca podré darte lo que buscas.

— Pero yo te quiero…

— ¡¡Para de decirme eso!! —exclamo, y consigo que algunos viandantes se den la vuelta en nuestra dirección. Mi brote de furia hace que el empresario contenga la respiración—. ¡¿Es que no has escuchado nada de lo que te he dicho?!

— Pero ¡es verdad! En el instituto lo negaba, no lo quería ver. Pero ahora ¡estoy seguro de ello! No solo me atraes, no solo me gustas, sino que te quiero con todo el significado de la palabra. Te quise antes, te quiero ahora, y te querré más allá de ese vuelo que me alejará de ti para siempre. Así que no me pidas que no lo repita, porque estoy siendo más sincero conmigo mismo que nunca.

Su pecho sube y baja al ritmo de su respiración agitada. Miro a otro lado. Todo esto me duele demasiado.

— Ya... es muy tarde para eso.

— ¿Por qué dices eso?

— ¡Te vas a ir! Y me vas a dejar sola. No quiero que me partas el corazón… de nuevo.

— ¿De... nuevo?

Me cruzo de brazos.

— Además —prosigo, ignorándole—, ya me he cansado de tus jueguecitos con la dichosa página web. Me han resultado irritantes, infantiles, y me han recordado demasiado a mi etapa quinceañera. Ya es hora de que te enteres —afirmo, apretando los

puños— de que esos «pasos para enamorar» nunca podrán surtir efecto en mí. Me los sé todos. Has estado perdiendo el tiempo.

—A…. ¿A qué te refieres? —inquiere Mateo, repentinamente asustado. Entonces parece recordar algo—. Angela, ¿por qué me dijiste en la cena que no debería confiar en todo lo que me cuente internet sobre el amor?

Tiene el ceño fruncido, y me mira como si no me reconociera. Considero que no tengo por qué resolver este enigma por él, pero le haré este último favor, por los «viejos tiempos». Respiro hondo antes de anunciar algo que jamás creí que tendría que hacer:

— Mateo, yo soy la creadora de *WikiLove*.

34. ANGELA. «ABRIENDO LOS OJOS»

— ¡¿Quéee?! —exclama Mateo, con los ojos desorbitados.

— Como lo oyes.

Sí, yo creé *WikiLove*: la mayor comunidad hispanohablante que publica sobre el amor. Soy *su madre*, si lo preferís llamar así. No sabéis cuánto lamento que ese descerebrado haya encontrado esa página en internet y que yo no la hubiera eliminado en su momento, antes de que se convirtiera en la bestia indomable que es ahora. Cuando empecé a escribir en ella tan solo lo hacía a modo de burla, como una crítica a los topicazos de la literatura y el cine que me tanto me irritaban. ¿Por qué adoraban algunas personas que el vampiro sexy se colase por la ventana de la protagonista, cuando eso es terrorífico en una situación real? ¿Por qué suspiraban otros por amor, cuando uno de los personajes declaraba posesivamente: «eres mía, princesa»? O, sin ir más lejos, ¿por qué se asumía que fuese romántico que el chico pagase por la cena en la primera cita, y no ella o los dos por igual? Jamás hubiera pensado que alguien podría tomar mis publicaciones a lo *literal*. Estaba harta de las cosas que la sociedad había normalizado, así que decidí crear una lista de «pasos» para que cualquier estúpido pudiera lograr *lo opuesto* a enamorar. Era mi forma de desahogarme con la total certeza de que nadie más se enteraría. Era mi lugar seguro.

Hasta que la web ganó fama, por supuesto. Y hasta que otras personas comenzaron a subir sus propios textos, sin comprender que todo era sarcasmo en su máximo esplendor. La cosa se me fue… de las manos. Decidí abandonarlo todo, asustada con lo que había creado. Supongo que, a día de hoy, todavía se siguen publicando «consejos» de ese estilo, muy a mi pesar, y que estos han llegado hasta Mateo.

— ¿Q-qué? —repite, llevándose las manos a la boca—. Pero…. ¿por qué no me avisaste antes?

— No estaba segura de que se tratase de mi web. Y siempre he preferido mantener eso en secreto; me resulta vergonzoso admitir que yo escribí consejos en esa página vomitivamente rosa.

— Pero… ¿entonces nunca podrían haber funcionado?

— Eran un engaño, Mateo. Eran surrealistas. Estaban destinados a fallar, al menos conmigo.

Su expresión ha pasado de la admiración (por conocer por fin a la autora de su adorada guía infalible del amor) a la decepción en cuestión de segundos.

— ¿Qué? ¿En serio?

— Sí.

— ¿Era todo…. mentira?

— Exacto. Y te lo has tragado enterito.

— Me siento gilipollas ahora mismo —susurra, pasándose la mano por el pelo.

— Deberías. La has cagado hasta el fondo. —Contesto fríamente—. No quiero hablar más. Tan sólo déjame ir. Por favor —suplico, y estoy casi segura de que algo se ha roto dentro de mí—. Ya hemos jugado a ir a contrarreloj, a pretender que ni el tiempo ni la distancia importan. Ya hemos jugado lo suficiente a ser pareja sin apenas comportarnos como una.

— No… no entiendo lo que me estás diciendo…

— Deberías. Es sencillo. Estar cerca de ti me duele, y mucho. No ejerces un daño físico, pero muchas veces el dolor más

profundo es el que es invisible a los ojos. Si tanto me «quieres», vete. Esa será la mejor manera de demostrarme que te importo.

En cuanto oye esto, parece que algo se rompe dentro de Mateo. Se queda ahí plantado, inmóvil, mirándome fijamente con unos ojos que parecen vacíos de emoción. Nunca he visto una expresión así en él, de profundo dolor y sufrimiento. Yo no le aparto la mirada, pues tengo que mostrarme decidida a pesar de que verle así me parta un poco el alma. Esto es lo mejor para los dos, estoy convencida. Cuando él rechaza el contacto visual y retrocede varios pasos más, debería sentir que he ganado el enfrentamiento, pero nada más lejos de la realidad: sé que le he perdido, probablemente para siempre.

Sin intercambiar ni una palabra más con él, me quedo en mi sitio mientras lo veo marchar. Mateo se gira y, sin despedirse, echa a andar con rapidez, tanto que temo que vaya a empezar a correr. Lo observo hasta que pierdo de vista a su cabeza pelirroja entre la maraña de personas de la vía, con la certeza de que nada volverá a ser como antes.

Por la noche, cuando llega la hora de irme a dormir, me entran muchísimas ganas de llorar. He perdido la cuenta ya de cuántas veces he conciliado el sueño así: derramando lágrimas, hipando y deseando que las cosas no fuesen siempre tan complicadas. Sin embargo, esta vez es diferente. Siento tanto dolor, una opresión tan grande en el pecho, que ni siquiera tengo fuerzas para exteriorizar mi tristeza. Creo que me he quedado hueca, que mi corazón ha empequeñecido hasta adoptar la forma de una pasa y que mis pulmones han perdido capacidad para almacenar aire. Así que aprieto los párpados con fuerza, rezando por que llegue ya la mañana y la luna se lleve consigo esta pesadilla.

De madrugada, se abre la puerta de mi habitación. Es Bianca, que entra en son de paz, con dos tazas de infusión en las manos. No sé cómo ha detectado que estoy durmiendo a trompicones, pero agradezco su compañía nada más verla. Le debo unas disculpas, por haber creído que se enrollaba con Mateo a mis espaldas. Ella ha sido

una víctima en toda regla de los enrevesados planes de ese chico, al igual que yo.

Me incorporo de golpe para sentarme con la espalda apoyada en el cabecero de la cama.

— Bianca, yo… —empiezo, mientras se acerca—. L-lo siento mucho. No sé cómo pude desconfiar tanto de ti, soy una amiga terrible y tendría todo el sentido del mundo que no quisieras volver a verme ni en pintura. Y siento mucho lo que te ha pasado, es repugnante.

— Sshhh… —me manda a callar, con serenidad. Ahora que la tengo más cerca, puedo ver en su expresión que está tranquila—. No te preocupes, ¿vale? Todo queda perdonado. Las paces ya están hechas. He venido a apoyarte; no quiero que te sientas sola en un momento tan difícil. Un chico que ha aparecido prácticamente de la nada no podrá romper nuestra amistad.

Asiento con la cabeza, sintiéndome increíblemente agradecida. No decimos nada más por un rato. Mi amiga me da una de las tazas y se acurruca conmigo. Apoyo mi cabeza en su hombro, y me quedo embelesada mientras aspiro su aroma a champú de frutas y crema hidratante. Ella me acaricia el pelo con mimo, con un cariño que me hace sentir culpable por la manera en la que la traté en la pastelería.

— Eres familia para mí, Angie. La hermana que nunca tuve. Y ninguna otra persona podrá afectar lo mucho que te quiero —murmura, con voz quebrada. Estoy a punto de decirle que siento lo mismo, estoy a punto de llorar esta vez de verdad; pero ella continúa y yo no la interrumpo—. Cuéntame si quieres cómo te sientes, o no lo hagas ahora mismo. Estaré aquí hasta que puedas dormir de verdad, aunque eso nos lleve varias noches.

Suspiro.

— Vale. Gracias, Bianca.

— Ni darlas.

Le doy un sorbo a la infusión (tiene un regusto a tomillo) y ambas nos quedamos un largo rato mirando a la oscuridad de la habitación, a ningún punto en particular. Creo que me vendría bien desahogarme, no guardármelo todo para mí como estoy acostumbrada a hacer. Le describo lo fatal que me siento, esa sensación de vacío inabarcable.

— Hace unos días dije que «a la mierda el miedo a enamorarse», que tenía que arriesgarme para ser feliz por fin con el chico al que amaba, aunque fuese por un tiempo limitado; sin embargo, ahora lo retiro. Ha sucedido algo peor que lo que me temía, pues no es que Mateo me haya abandonado por su propia voluntad, sino que yo lo he apartado de mí por culpa de esa broma pesada. Por intentar causarme celos. Me arrepiento de haber tenido esperanza, de creer que el universo lo había traído por una buena causa. Sabía que esto pasaría, en el fondo.

— Pero aun así le sigues queriendo —intuye ella al vuelo—. Eso es lo peor de todo. Es lo que te parte el corazón, ¿no?

— Sí —admito.

Le sigo queriendo a rabiar. No me lo puedo quitar de la cabeza, y tengo miedo de no volver a verlo nunca más.

— Pero crees que lo que ha pasado hoy es imperdonable.

— Ha llegado demasiado lejos, ¿no? —pregunto de vuelta, porque estoy muy confundida—. Sé que es un patoso y que tan solo buscaba «enamorarme» a su manera. Encima, había estado usando mi propia página web, por lo que no habían sido ideas propias en primer lugar… Pero, si le doy una nueva oportunidad (con lo mucho que me había costado darle una segunda), ¿en qué clase de persona me convierte eso? ¿En alguien a quien pueden herir como si nada?

— No lo sé, Angela. Esta es tu vida. Tú decides. Yo solo puedo darte consejos cuando me los pidas. Pero me acabas de insinuar que Mateo no es así de estúpido en realidad, ¿no? Estaba confundido. No es por defenderle (porque no podemos olvidar que me ha besado por su propio interés),

pero quizás hoy ha aprendido la lección. No sabemos cómo se está sintiendo ahora mismo, pero ¿y si está arrepentido? ¿Y si a partir de ahora se dejará de tonterías y tan solo será él mismo?

— Creo que ya es demasiado tarde para arrepentimientos.

— Lo sé. Pero quizás esto le ha servido para dejar de usar *WikiLove* para siempre. He visto cómo os miráis, Angie. Existe un magnetismo sobrenatural entre vosotros. Mateo se ha portado como un infantil, como un torpe y como un obsesivo; pero ambas sabemos que puede ser tierno y considerado. Que te ama con tal locura que está dispuesto a recurrir a cualquier plan vergonzoso con tal de que su amor sea correspondido por ti. Quizás debáis tener una última conversación, a ver qué te dice, ¿no crees? No tiene que ser mañana, pero en unos días puede que…

— Bianca —la interrumpo pacientemente—. Mateo vuela a Barcelona pasado mañana. O quizás debería decir «mañana», ya que hoy es un día nuevo —le echo un vistazo al reloj de la mesita de noche—. Son las 4:00h.

— Ah —balbucea ella—. Pues qué marrón.

Doy varios tragos a la infusión, quizás deseando subconscientemente el atragantarme con ella. Lo que sea con tal de parar esta agonía.

— Por ahora soy incapaz de perdonarle, Bianca —repito, con tono autoritario.

Esta vez, mi amiga no dice nada. Reanuda su tarea de acariciarme el pelo y yo me obligo a concentrarme de nuevo en su aroma a frutas, tratando de evadirme de mis problemas por unos instantes.

DÍA 13



35. MATEO. «DESARMADO»

La apertura de la nueva de sucursal de Ziuriz no se me hace tan alegre y festiva como me hubiera esperado días anteriores.

En vez de mostrarme sonriente mientras corto con una enorme tijera la cinta roja que había estado bloqueando el paso de la entrada, soy tan solo seriedad y culpa. La gente aplaude cuando las tiras caen al suelo, y sin embargo no siento nada parecido al júbilo. Tanto yo como mis trabajadores nos hemos esforzado muchísimo para llegar a este día, pero no veo nada que celebrar. Las cámaras de los medios de comunicación no dejan de apuntarme a mí, al eminente Mateo Ruiz, heredero de la mayoría de las acciones del monstruo bancario que es Ziuriz; aunque yo no me siento importante. Los fotógrafos exclaman mi nombre, me piden que los mire para tomarme cientos de fotos, pero no puedo hacer nada para

arreglar mi rostro sombrío. Mi padre, desde la comodidad de su ático en pleno centro de Barcelona, estará viendo la transmisión en directo del evento, que Damiano graba con su enorme móvil y una enorme sonrisa. Sin embargo, no veo ninguna razón por la que se pueda sentir orgulloso un día como hoy.

Soy una persona horrible.

Busco entre la masa de gente que ha acudido a la inauguración a la única persona que ocupa mis pensamientos, pero ella no está. Era de esperar. Lo que hice ayer no podría olvidarse ni pidiéndole deseos a mil estrellas fugaces. La he cagado bien esta vez, y que Angela no haya venido a apoyarme en un día tan importante para mi carrera tan solo me confirma aún más mis sospechas. En cuanto encuentro ocasión, dejo el evento en manos de mis nuevos empleados y de Damiano, que parece estar en su salsa; conversa con unos y otros con total familiaridad, en un italiano que hoy no estoy por la labor de comprender. Salgo corriendo por un callejón, casi arrancándome la corbata que me impide respirar con normalidad.

Tan solo quiero escapar. Hoy, estoy harto de cargar con tantas responsabilidades. Estoy cansado de ser «Mateo Ruiz», y tan solo desearía poder ser Mateo. Me gustaría poder dejar de trabajar tanto, tener tiempo para las cosas que realmente me importan. Me gustaría seguir siendo amado por Angela, pero supongo que eso es mucho pedir a estas alturas. Siento tanta rabia que le doy una patada a la pared. Aúllo de dolor al instante, pero un par de dedos doloridos no me impiden seguir andando en dirección opuesta a Ziuriz.

Oh, ¡lo que daría por poder retroceder en el tiempo!

Me detengo cuando llego ante las puertas automáticas de *Gusto*. No sé muy bien qué estoy haciendo, no tengo un plan concreto, pero siento que tengo que intentar hacer algo por mostrarle a Angela lo arrepentido que estoy. No volveré a usar *WikiLove*, lo tengo clarísimo. A partir de ahora, solo seré yo mismo. «Todo saldrá bien», me digo, aunque me creo a medias esas palabras. Doy un paso al frente.

Sin embargo, Bianca aparece de la nada y, con el ceño fruncido y cara de pocos amigos, me bloquea el paso al interior de la pastelería.

— Para el carro, amigo —espeta—. La entrada no está permitida a payasos.

— Solo quiero hablar un momento con ella. Quiero explicarle…

— No creo que vengas en el mejor momento. No ha pasado ni un día, tío. Déjala respirar.

— Pero ¡es que me vuelvo a casa mañana! —exclamo—. No hay tiempo.

— Haber pensado eso antes de realizar tu obra maestra de *WikiLove*. Angela está dolida y tienes que respetar eso. He recibido órdenes expresas de ella de que, si hoy te pasas por aquí, yo no te deje entrar.

— Pero…

— Lo siento, Mateo. Vuelve a intentarlo mañana, si encuentras un hueco. Pero hoy no vienes en un buen momento.

Respiro hondo. Asiento con la cabeza; qué remedio.

— Comprendo. Vale, pues te haré caso. Y siento mucho el beso de ayer. No hay excusa para perdonar lo que hice.

No me queda claro si acepta o no mis disculpas. Esta vez pone los brazos en jarra, y revela algo de preocupación en su semblante.

— Tan solo rezo porque aprendas a valorarte un poco más, tanto como para no tener que recurrir a ayuda externa cada vez que quieras gustar. Tú eres suficiente; llevabas siéndolo para Angela desde el principio. Pero estabas cegado por el miedo a ser rechazado el minuto en el que mostrases lo que se esconde tras esa ridícula fachada vestida de Armani.

Sus palabras me azotan como una bofetada. Bianca me desarma con una facilidad apabullante. Y como tiene tanta razón, me doy media vuelta y me voy por donde he venido, sin oponer resistencia.

Tengo que ordenar mi mente; quitarles el polvo a todas esas neuronas que debería haber estado empleando hace mucho tiempo y eliminar del disco duro cualquier idea que haya sido inservible

hasta ahora. Por lo que estoy comprobando, la tarea de limpieza no va a ser tan rápida como me imaginaba. *Mateo, eres un desastre.*

36. ANGELA. «REFLEXIÓN»

Bianca irrumpe en la cocina a paso ligero, como siempre. Lo que no es tan usual es la palidez de su rostro, que tan solo logra acentuarse bajo los focos blanquecinos del techo. Se detiene a mi lado, y yo me quedo muy quieta mientras me informa con discreción:

— Mateo ha pasado por aquí.

Mi cuerpo se pone rígido.

— ¿Aquí, aquí? —balbuceo. Dejo de batir las yemas que hay en un bol entre mis manos, y camino hacia la apertura de la pared que nos conecta con la sala. Hago un rápido escáner visual a las mesas; no hay ni rastro del joven que me ha partido el corazón a cachitos—. No me puedo creer que se haya atrevido, con lo reciente que es… —se me apaga la voz, porque no sé qué palabra emplear para definir lo que ha pasado entre nosotros. Para describir la facilidad con la que se ha derrumbado todo aquello que habíamos construido a base de besos y risas.

— La herida —completa mi amiga, con suavidad. Sus labios se fruncen con tristeza.

Yo me encojo de hombros y regreso a mi puesto de trabajo. Esta vez bato las yemas con tanta agresividad que sale espuma al instante; ¿seré capaz de hacerlas desaparecer, si las muevo aún con más fuerza?

— Sí, supongo que lo puedes llamar así —mascullo—. Solo que esta sería una herida incapaz de cicatrizar. Porque Mateo es un idiota y un creído y un insensible y…

Bianca me agarra el antebrazo con el que sujeto la varilla.

— Angela, para. Te vas a hacer daño. Y no pienses así, ¿quieres? Ya veo que estás pasando por la famosa fase del enfado, pero he hablado con él y he visto el arrepentimiento en sus ojos. Tengo fe en que podréis llegar a buenos términos, en el futuro. Cuando estés preparada.

Evito establecer contacto visual con ella. No estoy del todo convencida.

— Has hecho bien en mandarlo a paseo —digo—. Porque eso es lo que has hecho, ¿no?

— Sí. Lo he echado del local, tal y como me pediste si esto pasaba.

Asiento con la cabeza. No sonrío.

— Gracias.

Mi amiga no parece orgullosa de lo que acaba de hacer por mí, porque se va sin pronunciar más palabra.

Cuando abro el móvil en mi descanso de media hora, me encuentro cientos de mensajes del susodicho. No me atrevo a abrirlos. Me concentro en hornear y hornear, para distraerme, porque temo que leer lo que me haya escrito Mateo me afecte más de lo que desearía. Sé que hoy ha sido la apertura del nuevo Ziuriz, y tengo curiosidad por cómo le haya ido; pero me obligo a pensar en otras cosas. En otras circunstancias, yo habría estado al lado de Mateo cuando él cortase la cinta de inauguración.

Cuando se acerca la tarde, aparece Damiano para darme una sorpresa. Le abrazo con fuerza porque no veo a mi hermano tanto como me gustaría. Al parecer, Bianca le contó todo lo sucedido, y sintió la necesidad de venir a apoyarme porque eso es lo que hace la familia. Le invito a que se siente en una de las mesas, y al rato aparezco yo con dos batidos de fresa y me siento ante él. Tras darle un sorbo a la bebida, empiezo a contarle cómo me siento. A medio camino de la narración, sin embargo, rompo a llorar. Esta vez sí que me salen lágrimas.

Mi hermano se levanta para abrazarme, y Bianca acude corriendo tras oír los siguientes hipidos y lamentos. Acabamos abrazados los tres, yo siendo el centro de todo su cariño.

— Puedes con todo, hermanita —susurra Damiano, mientras me acaricia la cabeza.

— Eres la tía más fuerte que conozco —afirma Bianca, coreándole.

— Gracias, chicos —susurro, cerrando los ojos.

Sin embargo, aún no termino de creerles. ¿Estoy siendo fuerte al echar a Mateo de mi local, sin escuchar lo que tenga que decir? ¿Al evitarle? Dicen que es el miedo el que te convierte en valiente, pero ¿qué clase de persona soy si le doy la espalda a ese temor y hago como si no estuviera ahí?

37. MATEO. «YOUTUBER POR UN DÍA»

Termino de guardar la última prenda de ropa en mi maleta. Esta está ahora a rebosar, así que no estoy seguro de poder cerrarla mañana. Pero esa es ahora mismo la última de mis preocupaciones, sinceramente. Con la respiración agitada por el esfuerzo de recogerlo todo a velocidad récord, me siento al borde de la cama *king size* para recuperar el aliento. No sé por qué me he apresurado tanto; supongo que mi mente me rogaba encontrar alguna distracción con la que mitigar la intensidad de mis pensamientos recurrentes sobre la chica de la que me he enamorado profundamente. La chica que, con toda probabilidad, me sigue detestando en este preciso instante.

Estoy desesperado, lo reconozco. Tras una tarde entera de reflexión, me he dado cuenta de que solo tengo dos opciones para ganarme el perdón de Angela. Ambas son arriesgadas, pero no se me ocurren más alternativas por muchas vueltas que le dé al tema. La primera variable es no hacer nada, quedarme estático y aguardar a que ella realice algún intento de aproximarse a mí. El problema que esto conlleva, por supuesto, es que no suceda nada y yo no acabe teniendo esa oportunidad que tanto anhelo para volver a poner las cosas en su sitio. Me he comportado como un gilipollas, pero sé que no soy uno y también tengo claro que los próximos pasos que daré no estarán enfocados solamente en recuperar la buena opinión que Angela tenía de mí, sino también a reconstruir la baja autoestima que llevo teniendo a lo largo de mi vida. Porque, desde luego, fueron mis propias inseguridades las que me llevaron a buscar consejo en *WikiLove*, y la que me impulsó a querer «afianzar» mi reciente enamoramiento con Angela de la manera más terrible posible: causando celos. Por lo tanto, soy consciente del

esfuerzo que me conllevaría arreglar las cosas, y aun así quiero intentarlo. Aún creo que tengo capacidad de redimirme.

La segunda variable, es, por supuesto, pasar a la acción. Y eso es peligroso, por supuesto. Podría alejar a Angela no solo definitivamente, sino que encima quizás me podría ganar una orden de alejamiento por parte de la policía. He probado a hablar con ella personalmente, y también a escribirle mensajes de texto. Nada de eso ha funcionado. Tendría que idear un plan espectacular, una forma alucinante y única de demostrar lo mucho que me arrepiento de haberme comportado de una forma tan repudiable. No obstante, ahora mismo no se me ocurre nada. Creo que los nervios me están jugando una mala pasada, y por eso tengo la mente en blanco; o que, ahora que no tengo la ayuda de *WikiLove*, no hay nada que me inspire ahora. Estoy solo en esto, y eso me aterra.

— ¡Argggh! —gruño, llevándome las manos a la cabeza.

Dejo que el peso de mi cuerpo me lleve hacia atrás hasta que quedo tumbado en el colchón. Estoy demasiado confundido, cansado y preocupado. La adrenalina que ha supuesto la apertura de Ziuriz, en la que he sido el foco de atención de la prensa, queda muy atrás para mí. Ahora solo soy capaz de centrarme en dos cosas: en que mañana me voy, y en lo mucho que eso me aterra. Mañana a las cinco de la tarde tendré que coger el temible vuelo que me alejará de Florencia y de Angela para siempre, y no sé qué puedo hacer para volver a hablar con ella sin quedar como un cabeza hueca. No quiero volver a cagarla. Soy consciente de que tengo que darle espacio tal y como su mejor amiga me ha aconsejado, pero el tiempo está en mi contra también.

«¿Qué hago?», me pregunto una y otra vez hasta que creo que voy a volverme loco en esta insípida habitación de hotel. Siempre tengo la opción de posponer el vuelo y quedarme en esta ciudad unos días más, con la esperanza de que suceda algún milagro. Pero quedarme aquí esperando no me garantiza nada: Angela me ha dejado bien claro que me quiere lejos. Como he dicho antes, no quiero ser demasiado insistente. Ella también tiene derecho a tomarse el tiempo que necesite para recuperarse de lo

sucedido. Además, en tres días tengo una reunión en la sede de Ziuriz en Barcelona para informar sobre los avances en Florencia con la nueva sucursal, y no puedo faltar. Por lo tanto, el avión tendré que cogerlo mañana por mucho que me pese.

Ruedo sobre el colchón como una croqueta, a ver si logro estimular mis neuronas con el movimiento. Necesito alguna opinión externa que me dé alguna pista sobre cómo invertir el tiempo que me queda correctamente. Entonces me estiro, echando los brazos hacia atrás, y mis manos se sorprenden al tocar la lisa superficie de mi portátil, que siempre me gusta dejar bajo la almohada. Me surge una tentación repentina: ¿y si abriese *WikiLove* por última vez? Ahora ya sé que su creadora es Angela, y que me ha sido de muy poca ayuda porque he sido tan inocente como para creerme sus trucos, pero ¿y si aprovechase mis nuevos conocimientos para sacarle partido a esta web de una manera distinta? Ahora que sé para qué ha sido creada *WikiLove*, se supone que tendré la capacidad crítica de reconocer cuándo estoy siendo engañado y cuándo no. Podría tratar de buscar algo de provecho en ella, lo que sea que me pueda ayudar a decidirme sobre qué hacer en las próximas horas con respecto a Angela. Al fin y al cabo, no fue *WikiLove* quien me saboteó, sino yo mismo. No tengo nada que perder, y necesito aliviar esta sensación de vacío y desorientación.

Tecleo la dirección de la página web en Google y navego una vez más sus laberínticas mareas de sugerencias engañosas sobre cómo conquistar (es decir, repeler) a la persona de la que nos hemos colado hasta las trancas. Esta vez me dirijo a su foro de discusión, o, en otras palabras, a la sección donde los usuarios de *WikiLove* pueden intercambiar dudas y resolverlas. Hasta hoy había sido un territorio inexplorado para mí, pero estoy tan frustrado que quizás alguno de sus redactores habituales me pueda ayudar. En parte siento que me deben una respuesta sincera de una vez por todas, aunque yo sea el único responsable de mis actos. Escribo una entrada nueva sin pensarlo dos veces, y sin demasiadas esperanzas de que alguien me responda pronto (porque la última conversación fue de hace un año, iniciada por un tal *CupidoEnfermizo24*):

[Tema creado por *EnamoradoyDesesperado*]:

Hola a quienquiera que aún utilice este sitio como lugar en el que reírse un rato de las incongruencias del amor. Escribo con la intención no de reírme, sino de manifestar mi enfado. Lo que os voy a contar puede que sirva para alimentar aún más vuestra diversión, pero sinceramente me da igual: si acabáis sintiendo algo de pena por mí, me daréis algún consejo después de leerme. Como he dicho, estoy enfadado. Muy enfadado. No con vosotros, sino conmigo mismo.

Hace dos semanas me pude reencontrar con la chica de la que me había enamorado de adolescente y a quien nunca dejé de querer. Estos días que hemos pasado juntos me han hecho recordar lo mucho que la amo, y ese sentimiento se ha vuelto aún más ferviente ahora. Quise asegurarme de que ella sentía lo mismo por mí usando vuestros dichosos «pasos para enamorar», porque siempre he sido demasiado inocentón. Reconozco que nunca he sabido qué hacer para lograr que alguien me corresponda. Ahora, como os podréis imaginar, estoy metido en un lío enorme. He seguido vuestros consejos al pie de la letra y he logrado el efecto contrario que yo deseaba causar: he alejado a mi amor verdadero aún más. Por eso estoy enfadado: porque he picado en esta broma pesada que llamáis *WikiLove*, y me he dado cuenta demasiado tarde de que no debería haber recurrido a ningún truco para gustar. Y no sé qué hacer para que ella vuelva a apreciarme, aunque sea una pizca. La he cagado hasta el fondo. Encima, ¡ella es la creadora de esta web! ¿Os lo podéis creer? Pensé que este rincón virtual tenía la respuesta a todo, y ¡de verdad que no pretendía que mis actos pareciesen una broma de mal gusto!

Decidme, por favor: ¿qué puedo hacer para mostrarle mi arrepentimiento? ¿Existe alguna manera de lograr que las cosas entre nosotros sean como antes de mi monumental metedura de pata? Si se os ocurre algo, lo que sea, por favor respondedme. Lograré detectar si me estáis mintiendo, así que por favor no intentéis nada raro. Estoy desesperado. Mañana me tendré que alejar de ella para siempre si no sucede un

milagro.

[Responder a este tema]
[Publicar nuevo tema de discusión]

Respiro hondo en cuanto tecleo el punto final y presiono el botón de «enviar». Quizás esto no sirva de nada, pero al menos me he desahogado un poco: ya me noto más tranquilo. No sabía que expresar tus sentimientos en un papel podía ayudar tanto a reorganizar la mente y ver las cosas desde otra perspectiva. Me planteo seriamente el bajar un momento al supermercado para comprarme un refresco y chucherías que engullir mientras hago una maratón de películas esta noche, pero, para mi sorpresa, llega rápidamente una respuesta al foro. Mi corazón se acelera al darme cuenta de quién es su autor.

[*Bizcochito04* responde]:

Hace años que no me paso por aquí, pero me ha llegado tu llamada de auxilio y no he podido evitar sentirme conmovida. Es perfectamente comprensible que la chica a la que has intentado enamorar (de la forma más poco convencional posible) quiera tenerte lejos; al fin y al cabo, se siente traicionada. Ella creía que estaba conociendo a tu verdadero yo, y al final has resultado ser una versión influenciada por una web que, como has descubierto, busca lo contrario a enamorar. Hay que ser valiente para expresar tu amor, y tú no lo fuiste porque te escudaste en recursos que no eran originalmente tuyos.

Has pecado de calcular demasiado: piensa más con el corazón y no tanto con el cerebro. Yo creo que la clave para que ella vuelva a dirigirte la palabra no es que te quedes parado a la espera de un suceso milagroso, sino que realices un acto de amor verdadero. Seguro que ella no se quiere conformar con cualquier cosa, sobre todo ahora que le has roto el corazón. Tienes que mostrarle que estás preparado para ser tú mismo, que estás listo para quererla sin fijarte en lo que opine *WikiLove* u otra fuente sobre la «manera correcta de amar a alguien». Estoy segura de que tú y tu

compleja personalidad bastáis para ella, así que deja de forzarte a nada.

Eso sí: ¡date prisa! Seguro que ninguno de los dos desea que queden cosas sin hablar para cuando tengas que coger ese vuelo. Si yo fuera ella, desde luego, desearía que me hablases con claridad sobre lo que quieres. La mejor forma de enamorar es siendo sincero y mostrándote vulnerable. Y, por favor, en cuanto termines de leer esto, hazte la promesa de no entrar en *WikiLove* nunca más. Ella debe de detestarlo aún más a estas alturas, y sabes que a ti no te hace bien. Como he dicho, en *WikiLove* jamás ha estado la solución, sino en ti mismo.

[Este tema de discusión ha sido cerrado por el administrador de *WikiLove*]

Me levanto de la cama de un salto, y de milagro no se me cae el portátil al suelo. Estoy alucinando. «Angela, ¿eres tú?», me pregunto con lágrimas en los ojos. Llamadme debilucho, pero no he podido evitar emocionarme al pensar que todavía, a pesar de todo, le sigo importando. Estoy enamorado perdidamente de ella, joder, y debe de significar algo que *Bizcochito04* haya acudido en mi ayuda con sus acertados consejos. Según su respuesta, entonces, debo tomar la segunda opción de mi plan de acción inicial: pasar a la acción una vez más, esta vez con una idea propia, para demostrarle a Angela lo muy en serio que me tomo mi relación con ella. Ella nunca fue un pasatiempo, y se lo tengo que recordar. Necesito hacer algo memorable en las próximas veinticuatro horas, y quizás (con suerte) Angela esté más cerca de perdonarme. Me quema por dentro que en su cabeza se haya formado una idea errónea de mí. Sin embargo, ¿cómo planear mi muestra de amor verdadero?

He dicho que soy un desastre, y esa opinión sobre mí mismo no va a cambiar rápidamente. Sin embargo, quizás podría poner un poco de mi parte para acelerar el proceso de evolución a un humano respetable y con dignidad renovada. Tengo claro que haría lo que fuera con tal de que Angela quisiera hablarme de nuevo, porque si de algo estoy seguro es de que ella es la única chica que jamás podría aceptarme tal y como soy. Cuando seguía los pasos de

WikiLove, la que es *su* página web, ella sabía que no estaba siendo yo mismo y se esforzaba por dejarme claro que me quería con mis imperfecciones. Me quería sin trampa ni cartón. Ahora desearía haberle hecho caso antes, pero creo que aún puedo demostrar que estoy listo para aceptarme tal y como soy. *«La mejor forma de enamorar es siendo sincero y mostrándote vulnerable»*, me ha indicado el sabio *Bizcochito04*. También me vienen a la cabeza las palabras de Bianca de esta mañana*: «Tú eres suficiente»*. *«Piensa más con el corazón y no tanto con el cerebro»,* me acaba de aconsejar *Bizcochito04* también.

Por suerte o por desgracia, no me da demasiado tiempo a procesar el mensaje recibido y recrearme en la felicidad que he sentido con él. Como si fuera una señal celestial, la pantalla de mi móvil se ilumina. Veo el icono de la app de Youtube en una notificación emergente, y el sencillo título de un nuevo vídeo que Angela ha publicado en su canal *BocadosAngelicales*. Parece una nueva receta de galletas; Angela sale radiante en la imagen de miniatura.

De pronto, se me ocurre una idea. Creo que es la mejor que he tenido en años. Cruzo los dedos: «Por favor, que esta vez sea buena de verdad». Cojo mi teléfono con ansiedad y marco el número de Damiano. Oigo su voz al vuelo en un marcado acento italiano:

— ¿Sí?

— Damiano, soy yo. Mateo —digo, haciendo todo lo posible por mantenerme tranquilo.

— Ah, eres tú…

— No suenas demasiado feliz de escucharme —comento, extrañado.

— Le has hecho daño a mi hermanita, ¿cómo crees que voy a estar? —Espeta. Entonces se queda callado, y se oye un largo suspiro al otro lado de la línea—. No debería estar hablando contigo ahora mismo, me podría meter en un buen lío. Desde el principio me has caído bien, tío; ya lo sabes —explica lentamente, con paciencia —, pero odio ver a Angela llorar. No se merece ni un ápice de tristeza, y tú la has traicionado haciendo uso de tus jueguecitos. Por

mucho que seas mi jefe, comprendes que esté enfadado contigo, ¿verdad?

— Sí —respondo, desinflándome como un globo pinchado. Creo que mi plan va a ser más difícil de ejecutar de lo esperado—. Creo que ella es demasiado buena para mí.

Se oye un suspiro al otro lado de la línea.

— A ver, tampoco hables así. También confío en que simplemente haya sido una cagada ocasional —dice Damiano entonces, avivando mis esperanzas—. He perdido un poco de fe en ti, pero creo que podrías demostrar que eres la buena persona que todos creíamos. Dime, ¿por qué me has llamado?

Me lleno de esperanza.

— Necesito tu ayuda para volver a llamar la atención de tu hermana —confieso sin perder el tiempo—. Por favor. Quiero volver a hablarle, y creo que sé cómo hacerlo.

— ¿Y esta vez va a ser sin trucos? ¿Sin ayuda de internet?

La respuesta me aterroriza porque me siento algo inseguro, pero debo ser valiente.

— Exacto.

— Cuenta conmigo, entonces. ¿Qué necesitas?

— Quiero acceder a *Gusto* esta misma noche, sin que Angela ni Bianca se enteren. Es urgente.

— Mmmm… Eso suena a reto. ¡Me gusta! Vale, veré qué puedo hacer. Llamaré a Mario y a Ennio, a ver si se quieren compinchar con nosotros. Más vale que merezca la pena meternos en un lío, ¿eh?

Respiro hondo. Claro, claro que va a merecer la pena. Si lo que voy a hacer me va a acercar un poco más al corazón de Angela, entonces no me arrepentiré de nada. Tomaré como lema las palabras que una vez el propio Damiano pronunció: «Así que sí, esto es raro de narices, pero ¿acaso nacemos con unas instrucciones sobre cómo enamorarnos? En el amor no hay reglas». Efectivamente, debo de abandonar un poco el guion e improvisar. *Go with the flow…*

— *Grazie mille*, Damiano! Una vez me aconsejaste que confiara más en mi intuición, ¿no? Pues vamos allá.

— Vamos allá… —repite, no demasiado convencido.

Sin embargo, por el tono de su voz percibo que está sonriendo.

DÍA 14



38. ANGELA. «MENSAJERA»

— Angela, ¡¡tienes que ver esto!!

Bianca irrumpe en mi habitación sin llamar a la puerta. Hoy nos hemos tomado la tarde libre y hemos dejado a Mario y a Ennio a cargo de *Gusto* el resto del día. Son las 15:00h y yo ya estaba a punto de irme a la cama para echarme una siesta, derrotada tras una larga mañana que me ha empujado hasta mi límite físico y emocional. No he podido pegar ojo en toda la noche por culpa de tantas preocupaciones; así que, en cuanto han se han cumplido unas ocho horas de trabajo continuo en la pastelería, he decidido tomarme un descanso. Mi ordenador, con el que he estado conectada a internet hasta hace media hora, está ya apagado.

Suelto un grito ahogado, asustada. Debe de tratarse de algo importante si mi amiga ha entrado arrasando cuando ya le había dejado claro que quería estar sola. Las arrugas de su chándal y lo despeinado que está su moño rubio delatan que ella también estaba medio dormida.

— ¡¿Qué pasa?! —grazno, alarmada.

Su expresión es más radiante que todo el alumbrado que ponen en la ciudad cada Navidad.

— Estaba configurando mi despertador para mañana cuando me ha saltado una notificación de Twitter —dice—. ¡Mateo Ruiz es *trending topic*!

— ¿C-cómo?

Escuchar ese nombre me resulta tanto doloroso como esperanzador. Se aviva una llama de ilusión en mi interior, sin que yo pueda controlarlo. Estoy muy confundida. No me da tiempo a recordarme a mí misma que debería olvidarme de él (pues me ha hecho mucho daño y por lo tanto no debería sentir mariposas en el estómago cada vez que oigo sobre su existencia), porque Bianca se coloca a dos centímetros de mí exigiendo mi atención.

— ¡Mira!

Coloca la pantalla de su móvil ante mis ojos. Efectivamente, las palabras «Mateo» y «Ruiz» aparecen en el puesto número uno de la tabla de tendencias de la famosa red social. Me salta una chispa de curiosidad, pero trato de mantenerla a raya con todas mis fuerzas: *Angela, lo que él haga o no haga con su vida ya no te incumbe.* Bajo la mirada y doy un paso hacia atrás, alejándome de mi entusiasmada amiga.

— Guau —murmuro, sin saber muy bien qué responder.

— ¡¿Cómo que «guau»?! ¿No te vas a preguntar qué diantres ha hecho para acabar ahí?

Bianca me mira con desconcierto. A estas alturas debería ya saber que no me sienta bien oír nada sobre Mateo, así que ¿por qué se extraña ante mi rechazo? De pronto se me pone la piel de gallina: ¿y si ha pasado algo gordo? ¿Algo grave? ¿Y si Mateo está en peligro? Se me vienen cientos de pensamientos catastróficos a la

mente, cada cual peor que el anterior; y no sé cuánto más tiempo podré aguantar haciéndome la dura. *Tienes que resistir, Angie. Puede que Mateo te quiera, pero ya no se merece tu atención.*

Me cruzo de brazos.

— Bueno, sinceramente me da igual —respondo con sequedad —. Gracias por tus buenas intenciones, pero deberías saber de sobra que no me ayuda que me recuerdes la existencia de Mateo. Sobre todo después de que hoy apareciera en *Gusto* y yo te pidiera que le cerrases la puerta en las narices.

— Ya, ¡lo sé! Pero es que esto no puede esperar, Angie. Es la bomba, tienes que verlo. Si no, probablemente te enteres mañana por tu cuenta, porque no para de salir la noticia por todas partes… E ¡igualmente me agradecerás que te la muestre en primicia! Créeme, ¡no puedes escapar por mucho que quieras!

Arqueo una ceja. Bianca puede ser muy persuasiva cuando quiere. Sin embargo, no puedo dar mi brazo a torcer tan fácilmente. Doy un largo bostezo en el que mi amiga aguarda pacientemente sin apenas parpadear, con su móvil encendido en la mano izquierda y la otra apoyada en jarra en su cintura.

— Seguramente sea por la apertura de Ziuriz —replico—. Mateo es un empresario bastante reconocido.

Bianca exhala exasperada.

— ¡Ese no es un tema tan polémico como para que se vuelva tendencia mundialmente! —rechista—. ¡Échale un vistazo a esto!

Bianca pulsa en el título «Mateo Ruiz» y cientos de hilos de conversación se despliegan ante nosotras. Los hashtags #mateoesunpasteloso, #dulcedeclaraciondeamor y #herederoenamorado me llaman la atención al instante. Segundos después, inevitablemente, acabo leyendo la cabecera de un artículo de prensa rosa:



ABRIL 2025 EDICIÓN ESPECIAL

AMAR, AMOR

TU PERIÓDICO DEL CORAZÓN

EL HEREDERO DE ZIURIZ, ¡ENAMORADO!

MATEO RUIZ SE DECLARA EN DIRECTO

Mateo Ruiz, uno de los mayores accionistas de Ziuriz e hijo del magnate Ernesto Ruiz, declara su amor públicamente y de la manera más dulce. ¿Quién será la misteriosa mujer que le ha robado el corazón al inalcanzable empresario? Aún se está recopilando información sobre ella, pero ¡no cualquiera parece ser capaz de conquistar a Mateo! ¡Sigue leyendo para saber más!

Mis pulsaciones se aceleran sin remedio. A la mierda el marcar distancia; me ha venido la imperiosa necesidad de saber qué diantres está pasando. Mateo… ¿ha declarado su amor? ¿A quién, y cómo? En gran parte tengo miedo de que no se trate de mí, sino de otra chica, pero mi curiosidad es más fuerte que ese temor. Quiero saber la verdad.

— Hay un enlace —suelto con la respiración agitada—. ¡¡Ponlo, por favor!!

— Sabía que te iba a intrigar —dice Bianca, triunfal.

En cuanto pulsamos en el hipervínculo se nos redirige a un vídeo de YouTube. Mientras la página carga, no puedo evitar plantearme las diferentes razones por las que Mateo emplearía esta plataforma para profesar su amor. ¿Se tratará, acaso, de otra triquiñuela de *WikiLove*? No debería, pues ya ha dejado claro que no volverá a recurrir a ella. Acudió al foro anoche visiblemente arrepentido. Quizás el consejo que yo le di como *Bizcochito04* le haya inspirado para algo…

— ¡¡No puede ser!! —se ríe Bianca nada más vemos la primera imagen.

Me llevo las manos a la boca, alucinando. Mateo ha aparecido en el centro de una enorme cocina que me resulta muy familiar. Lleva un delantal de flores y en la encimera hay varios ingredientes de repostería: harina, extracto de vainilla, huevos…

— Está en nuestra pastelería — murmuro, incrédula.

Está guapísimo, como siempre, con las mangas de la camisa negra remangadas y enseñando unos antebrazos en los que sobresalen algunas venas. Tiene el rostro sonriente, pero a la vez las mejillas sonrosadas como indicativo de que está pasando vergüenza. Noto también unas enormes ojeras que le enmarcan la mirada. Aun así, procede a hablarle a la cámara:

— Para quienes no me conozcáis, soy Mateo Ruiz. No daré más detalles sobre mi vida (ni pública ni privada) porque creo que lo principal hoy no soy yo, sino el pequeño acto de amor que voy a ejecutar ante todos vosotros. Simplemente sabed que soy un hombre perdidamente enamorado de una mujer increíble, y esa es la principal razón por la que hoy he decidido grabar este vídeo —se detiene durante unos segundos para otorgarles un efecto dramático a sus palabras. Se cruza de brazos, pero eso no le da un aire autoritario sino defensivo. Está inseguro, pero quizás yo sea la única que percibe eso—. Jamás he preparado un pastel, pero creo que hoy merece la pena intentarlo delante de todos vosotros. Veréis, ayer perdí a la chica que amo. No es que se haya muerto, no me malinterpretéis. Pero se ha apartado de mí, y lo peor es que ha sido por mi culpa. Muerto por dentro me siento yo cada vez que pienso que quizá no nos volvamos a ver.

— Angela, ¿estás oyendo lo mismo que yo? Está declarando su amor por ti públicamente. ¡Públicamente! ¡Como en las *romcoms*!

— No ha dicho mi nombre en específico —mascullo, aunque sé que tiene razón. Aún estoy procesándolo todo. Angie, está

profesando su amor por ti a los cuatro vientos, me dice la conocida vocecilla de mi cabeza, que se ha puesto a fangirlear a la primera de cambio. Sacudo la cabeza: no puedo ser tan fácil de persuadir, mis sentimientos son demasiado valiosos como para permitir eso—. ¿Cómo ha logrado entrar? —inquiero, confundida. Alguien tiene que haberle ayudado, y los únicos que tienen copia extra de la llave de *Gusto* son dos personas: Bianca y mi hermano. Miro a mi amiga con cara asesina—. Bianca, como te hayas compinchado con él…

— ¡A mí no me mires! —responde al vuelo, en tono desenfadado—. Tengo coartada.

Me llevo una mano a la frente.

— Damiano… —gruño. Él siempre tan escurridizo.

No le critico más, sin embargo. Quizás tenga que agradecerle todo esto más adelante. Sabía que él tenía una debilidad por Mateo, desde que lo conoció hace dos semanas le ha parecido un hombre de 10; y esa subjetividad me ha parecido irracional en muchos momentos, pero quizás esta vez deba hacer caso a su corazonada. Mi hermano me ha visto llorar por él, así que no creo que aceptase hacer nada que me afectase negativamente. Me cruzo de brazos y sigo escuchando el insólito vídeo.

— Con este vídeo pretendo salir de mi zona de confort, para mostrarle a mi adorada chica que estoy dispuesto a hacer lo que sea con tal de que me perdone. Me he portado de una forma deplorable: he renunciado a mi propia manera de ser por miedo a no gustarle en cuanto conociera lo tímido y poco imaginativo que soy. He recurrido a webs de consejos para ligar que en realidad eran engañabobos, y he aprendido demasiado tarde la lección de que no hay que fiarse de todo lo que diga internet. Y que debería haber sido sincero desde el inicio.

» Me he quedado paralizado desde nuestra discusión, porque no sabía si intentar algo más empeoraría las cosas, pero gracias a los consejos de *Bizcochito04* he decidido dejar las cosas claras hoy,

antes de que sea demasiado tarde —entonces le guiña un ojo a la cámara, y siento que ese gesto está dedicado exclusivamente para mí. Se me aceleran las pulsaciones—. Estoy dispuesto a hacer lo que sea para mostrarle que yo no soy el gilipollas que le ha retirado la silla justo cuando ella iba a sentarse, ni el que se coló por la ventana de su habitación como un vampiro cutre, ni tampoco el que ha intentado usar a su mejor amiga para ponerla celosa. Si ella me pide que haga miles de pasteles más, lo haré. Si me encarga ir a buscar un cuerno de unicornio en el mismísimo Amazonas, intentaré completar la misión, aunque sepa que es imposible. Pero, si tras esto, ella me pide que me siga subiendo a ese vuelo que me alejará de Italia por un largo tiempo, lo tendré que aceptar también —declara, con el ceño fruncido. Se me forma un nudo en la garganta, y el agujero negro de mi corazón se acentúa más. Es evidente que no estoy preparada para perder de vista a Mateo para siempre—. Ella no me ha solicitado que cocine, pero quizás le parezca cómico este intento desesperado de llamarle la atención. Ella se dedica a la repostería, así que espero que no juzgue demasiado mis dotes culinarias, que dejan mucho que desear. Es una empresaria y YouTuber con gran talento. Me he visto todos sus vídeos, así que he tomado ideas de ellos para ejecutar la receta de hoy.

— ¡Te lo he dicho, tía, esto es para ti! — exclama Bianca, fuera de sí. Me agarra los hombros y me sacude como a una maraca, entusiasmada. Una parte de mí está igual que ella, en realidad. No sé cuánto tiempo más podré mantener una actitud estoica. Mi amiga suelta un suspiro cargado de ensoñación—. ¿Qué opinas? ¡Es tan romántico!

— La verdad es que me parece adorable —admito, en una media sonrisa. Es justo lo que la Angela de dieciséis años hubiera soñado, y más. Además, me parece bien que me haya querido mantener en el anonimato. Soy demasiado famosa en las redes sociales, no deseo causar un escándalo público. Mateo ya lo ha hecho, pero si yo también estuviera involucrada la bola sería aún mayor; seguro que habríamos llegado a salir en todos los programas del corazón de la

televisión. Me gusta que él haya considerado eso, denota que piensa en mi bienestar en todo momento.

El vídeo dura unos diez minutos, porque tiene cortes. Se han eliminado las partes innecesarias, como el tiempo de espera para que se cocine el bizcocho. Algunas secciones están también aceleradas al doble de velocidad para agregarle dinamismo a la grabación. En todo momento se ve a un Mateo sonrojado, sonriente y sereno. Se nota la mano mágica de Damiano detrás, pues su talento innato para la edición de vídeo y manejo de las redes sociales son inigualables. Finalmente, vemos cómo Mateo decora la tarta con glaseado y *fondant*. Se le nota concentrado, pone todo su empeño en la tarea. El resultado es un dulce de dos pisos, rosa completamente y con detalles de gatitos y unas figuras rectangulares que parecen videoconsolas.

— A ella le encanta todo lo que sea rosa —explica Mateo con ternura. Mira la tarta como si fuera su bebé recién nacido—, por mucho que se esfuerce por vestir de negro en su día a día. Amo todo de ella, y desde aquí le pido que deje ver más a menudo esta faceta tan adorable de su personalidad. He añadido dibujos de gatitos y videojuegos por la misma razón. Si algo he aprendido por las malas en estos días es que mostrarnos vulnerables de vez en cuando es imprescindible para establecer una mejor relación no solo con los demás, sino también con nosotros mismos. — Entonces coge una cuchara pequeña de un cajón y prueba el lateral. Es incapaz de ocultar su rictus de asco, lo que nos saca una carcajada a Bianca y a mí—. Sabe a rayos, ¡menos mal que ella no lo va a probar! De todas formas, lo importante es la intención, ¿no?

La última toma es de la tarta enfocada desde arriba. Leo en ella una única frase escrita con manga pastelera y mermelada de fresa: *«Ti prego, perdonami».* En español significa: «Por favor, perdóname». De fondo se escucha una melodía de lo más romántica (*pastelosa*, nunca mejor dicho), tocada por un violín. Es tremendamente típica para mi gusto (*La vie en rose*, de Edith Piaf),

pero no me voy a quejar. Si quería dar pena, lo está consiguiendo. Y no solo eso, también me está tocando la fibra sensible de una manera totalmente diferente: está logrando que le eche aún más de menos.

No puedo evitar que se me salten las lágrimas. Jamás han hecho algo así por mí. Puede que no parezca para tanto que Mateo haya preparado un pastel ante una cámara, pero es que ha sido en mi honor. Y sin ningún truco de *WikiLove*. Eso demuestra que se siente arrepentido de verdad, ¿no? Puede que vaya en serio con eso de que nunca más volverá a ser quien no es. Quizás luchará por lo nuestro de verdad, y tratará de cambiar porque su amor por mí es lo suficientemente fuerte. Este sigue pareciéndome un pensamiento inocente y excesivamente positivo, pero soñar es gratis; ¿y si me merece la pena darle una nueva oportunidad? Le extraño demasiado, me duele demasiado tenerle lejos. Yo tenía claro que no le perdonaría sin más; necesitaba tener la seguridad de que estaba coladito por mí, así que por eso le aconsejé por el foro de *WikiLove* que hiciese algo memorable. Que haya cumplido con eso demuestra que realmente va en serio conmigo, ¿no?

Me estremezco ante el recuerdo de sus labios y de todas esas escenas indecentes que he compartido con él. Sus visitas a mi cocina antes del cierre, nuestros encuentros pasionales en callejones y, por supuesto, cuando él subió a mi piso y compartimos una noche inolvidable. Me muerdo el labio. Recuerdo, también, lo que me dijo la noche que tuvimos nuestra primera cita: *«Claro que estaba enamorado de ti, ¿y cómo no iba a estarlo? —confiesa, con una pasión que me deja sin aliento. Agarra su vaso de cristal como si desease romperlo en mil pedazos—. Eras perfecta. Bueno, y sigues siéndolo. Eras atenta conmigo, dulce, inteligentísima, y me regalabas dulces de un sabor tan delicioso que parecían imposibles de crear. ¿Cómo no iba a sentir amor por una persona así? Fui un cobarde, y desde entonces he estado arrepintiéndome por no haber tenido las agallas suficientes de decir lo que pensaba sobre ti, en ese preciso momento. Por no haber tenido la valentía, tampoco, de quedar contigo el día que lo propusiste, y poner una excusa patética sobre una tía que venía del extranjero».*

Suspiro. Mi lado orgulloso querría ser más racional y crítico y hacerse de rogar aún más, pero mi lado sentimental y enamorado me pide que vuelva corriendo a refugiarme en los brazos de Mateo Ruiz. Como he dicho alguna vez, *quiero* a Mateo con todo mi corazón, por mucho que quiera negarlo.

Bianca me rodea con un brazo sin comentar nada esta vez. Ha notado, sin necesidad de preguntas, que estoy confundida. Entonces recuerdo el terrible contratiempo que se me viene encima. *Mateo se vuelve hoy a casa.* Se me eriza la piel, entro en pánico. Necesito algunas horas, incluso días para pensar, pero ¡no lo hay! Mateo cogerá ese dichoso vuelo hoy y poco puedo hacer para cambiarlo. A no ser, que…

Sacudo la cabeza incluso antes de que la idea tome consistencia en mi cabeza; «no, eso es demasiado cliché», piensa una parte de mí. «Típica escena de desenlace de *romcom*». El otro lado de mi subconsciente, por otro lado, se ha puesto a dar saltos: *¡Es la mejor idea que has tenido nunca! ¡Ve a por tu hombre, mujer empoderada!*

— ¿Qué te pasa? —inquiere finalmente Bianca. Y menos mal, porque estoy al borde de un síncope.

— Bianca, ¿y si le persiguiera hasta el aeropuerto? —suelto sin pensar otra vez—. ¿O intentar interceptarle en su salida del hotel, para decirle que le quiero?

— ¿Como si fueras el personaje principal de una comedia romántica, dices?

— Sí —murmuro, avergonzada—. Sé que es una idea nefasta, y odio comportamientos tan cursis, pero no se me ocurre otra cosa…

— ¡Me parece genial! —exclama ella, para mi sorpresa. Deja el móvil en la cama y se echa un poco para atrás para agarrarme por los hombros en un gesto cariñoso—. A ti siempre te han gustado esas muestras de amor, aunque ahora las rechaces. Hace tiempo te dedicabas a recopilar todos los clichés románticos en una web, ¿no? —espera a que yo asienta con la cabeza—. Bien, pues ¿y si recreas

alguno de ellos, por los viejos tiempos? Mateo lo lleva haciendo dos semanas, así que además sería increíblemente bonito que respondieses a sus gestos con un último truquito de *WikiLove*. Para darle un cierre final a todo, ¿entiendes?

Cierro los ojos mientras inspiro hondo. Esto va a ser una locura. Pero ¿acaso alguna vez han sido las cosas normales cuando se trata de Mateo?

— Vale. Vale, lo haré —digo, más para convencerme a mí misma que a Bianca—. Pero ¡tengo que irme ya, entonces! —Miro el reloj del móvil. Empiezo a temblar—. Oh, no. *Ohnoohnoohno…*

— ¡¿Qué pasa ahora?!

— ¡¡Son las 15:30h!! ¡¡¡El avión despega a las 17:00!!!

— Oh, no —repite ella, boquiabierta—. Bueno, ¡estás a tiempo! ¡¡Llámalo por teléfono, a ver por dónde va!! ¿Necesitas que te acompañe?

La miro con preocupación. Tengo la tentación de decirle que sí. Estoy motivada, pero también aterrorizada: ¿y si esto no funciona? ¿Y si Mateo cambia de idea a última hora y me contesta que lo mejor es que permanezcamos separados? Porque, desde luego, todo sería más sencillo si no tratásemos de tener una relación romántica a distancia y si cada uno siguiera con sus vidas… Pero sé que debo ser fuerte. La batalla aún no está perdida. Trataré de tener presentes las palabras que Mateo me dijo una vez: *«Yo también tenía miedo de enamorarme de ti. Pero ya no. Me da igual que lo nuestro tenga fecha de caducidad. Quiero enamorarme hasta las trancas, sin temor a que luego mi corazón se parta en mil pedazos. Quiero exprimir mi amor por ti hasta la última gota».*

«Sí, Mateo», le contesto, en mi cabeza. «Por fin he decidido que quiero exprimir mi amor por ti, por mucho que duela, por mucho que cueste. Porque me he dado cuenta de que si no lo vuelvo a intentar contigo me arrepentiré. Te amo demasiado como para no querer darte una nueva oportunidad. Me dijiste que, si yo quisiera que te quedases Florencia, solo tendría que pedírtelo, ¿no? Bien,

pues te lo exijo ahora mismo. Quédate, Mateo». Ay, ojalá aún esté a tiempo de decirle todo eso en persona.

Abro el armario y cojo la primera chaqueta que encuentro. Me la pongo a toda prisa mientras meto los pies en mis estropeadas deportivas.

— No, es algo que debo hacer sola —contesto, esforzándome por no caerme mientras me ajusto el último zapato. Luego paso por su lado y me despido en el umbral, preparada para salir corriendo—. ¡Gracias por todo, Bianca! Te mantendré informada.

Ella me responde con una sonrisa tierna.

— No he hecho nada. Venga, mucha mierda. Te quiero.

Le lanzo unos cuantos besos al aire y me voy.

Salgo del apartamento con las manos cerradas en puños y un andar decidido. El destino más lógico es su hotel. Tengo que detener a Mateo. No es que vaya a pedirle que no coja el avión, sino que quiero soltarle todo lo que pienso hasta quedarme satisfecha. Tengo que decirle que le amo, porque, si no lo hago y él se vuelve a Barcelona sin un adiós, no me lo perdonaré nunca. Mateo es una gran persona, a pesar de sus defectos, y yo lo voy a aceptar tal y como es. Siempre que no vuelva a mencionar el nombre de *WikiLove*, claro. Recuerdo de nuevo algo que me dijo Bianca antes de ayer: *«Mateo se ha portado como un infantil, como un torpe y como un obsesivo; pero ambas sabemos que puede ser tierno y considerado. Que te ama con tal locura que está dispuesto a recurrir a cualquier plan vergonzoso con tal de que su amor sea correspondido por ti».* Ahora entiendo a qué se refería.

Sin embargo, Mateo no está donde yo creía. Los estirados recepcionistas del hotel de cinco estrellas niegan con la cabeza, incluso cuando les presiono y les pido que abandonen momentáneamente su estricto código de la privacidad del huésped. Mi segunda parada es la sucursal de Ziuriz, donde mi hermano, tras haber terminado su labor de promoción digital en las semanas previas a la apertura, ya no trabaja. Y, como estaréis sospechando, tampoco hay rastro de él allí. Miro en derredor, y tampoco veo la

sombra del hombre de metro noventa y compostura musculada que tantos dolores de cabeza me ha causado. Acabo recurriendo al plan C: cojo mi móvil con desesperación. Quería pillarlo por sorpresa, pero pulso el contacto de Mateo para llamarlo. Espero durante unos segundos que se me antojan horas. Mierda, no contesta. ¿Ahora qué?

— ¡Taxi! —exclamo nada más veo uno pasar, por golpe de suerte, por mi calle. En cuanto me subo le indico con total seguridad al conductor adónde me debe llevar—. Al aeropuerto, por favor. ¡Lo más rápido que pueda!

En una ocasión, cuando tenía unos seis años, mi abuela Angela (que en paz descanse) me contó algo tremendamente revelador para mi yo de aquel entonces. Estábamos dándoles de comer migas de pan a los patos del estanque en un parque cercano de donde yo vivía por aquel entonces. Me habló del significado de mi nombre. Yo pensaba que no existía uno más allá del que se empleaba para referirse a mí, una niña que se reía con la misma frecuencia que con la que se caía de los columpios. Imaginaos mi sorpresa cuando ella me dijo que conocía su etimología, es decir, su origen. Y que, además, era muy especial.

La escuché atentamente (con la mejor atención que puede poner una niña pequeña) mientras me explicaba que «Angela» significa «mensajera de Dios» en un sentido bíblico; proviene del griego *ἄγγελος*. Ahora, de adulta, esto de las etimologías no me parece tan mágico, pero para mí en aquel entonces sí. De hecho, hasta los doce años tuve una peculiar obsesión con convertirme en cartera, pues sentía que mi nombre me llamaba a dedicarme a repartir cartas y paquetes a todo el vecindario.

Ayer me acordé de todo esto. Estaba haciendo unos pastelitos rellenos de cabello de ángel (un dulce delicioso que elaboro con pulpa de calabaza confitada) y mi cerebro estableció conexiones extrañas. Bien, pues me entró el impulso de buscar el significado etimológico del nombre de «Mateo» y descubrí que es «regalo de Dios». Eso me pareció significativo. Pensé en las palabras «mensaje» y «regalo» y no tardé en preguntarme que, si según mi

nombre yo soy una mensajera y Mateo es un regalo que debe llegar a su destino, lo más coherente sería que yo lo dejase ir. En otras palabras, lo que la «Angela prototípica» debería hacer es facilitar la llegada del «Mateo prototípico» (el regalo) a su destino (su hogar, Barcelona). Mis sentimientos no deberían interferir. Eso me entristeció aún más.

Sin embargo, hoy he cambiado de idea. He decidido traicionar al origen de mi nombre y probar algo distinto. Creo que merece la pena. Un regalo no puede llegar a nadie sin que el mensajero lo lleve a su destino, pero ¿y si se quedase con él? ¿Y si fuese rebelde y se arriesgase por una vez?

Hoy, por primera vez en la historia, una mensajera se va a quedar con el paquete y no piensa volver a soltarlo jamás.

39. MATEO. «NO EXISTEN LOS FINALES «DISNEY»»

Bajo las escaleras del hotel con un ritmo lento, cansado. Son las 15:00h. Un taxi me espera para llevarme al aeropuerto, es hora de que vuelva a casa; y no hay ni rastro de Angela. Miro a ambos lados de la calle, y no se ve ninguna figura femenina que se asimile a la suya. Mi vídeo, el cual se ha hecho viral muy a mi pesar, no ha causado el efecto que yo buscaba. Mis planes, una vez más, no han resultado ser tan geniales como yo me imaginaba*. «¿Qué te esperabas, Mateo?»,* me recrimina mi malvado subconsciente, tan perfeccionista y crítico consigo mismo. *«¿Que acudiese corriendo a tus brazos como una princesa en apuros, simplemente por haber visto un vídeo en el que haces una tarta con textura arenosa y sabor nauseabundo? ¡Por favor, espabila! Te has puesto aún más en ridículo».* Curiosamente, esa vocecilla guarda un gran parecido a la de mi padre.

Suspiro hasta quedarme sin aire en los pulmones. Supongo que no tiene sentido alargar mi marcha con la esperanza de que la chica a la que amo aparezca en el último momento. El mundo real no es ninguna película romántica. Meto mi maleta en el maletero del vehículo y entro, no sin antes echarle un último vistazo a la fachada del imponente *duomo* que se puede entrever al final de la calle.

Echaré de menos estas vistas. En otra vida desearía haber nacido aquí. Florencia me ha enamorado en todos los sentidos: es *arte* en todo su esplendor, con sus pintorescas calles, sus embriagadores museos, una naturaleza mágica y una gastronomía de la que jamás me cansaría. Y también es hogar de personas que me han llegado al alma: Angela, a quien quizá debería haber amado mejor; y sus amigos y familia, que tan cercanos han sido conmigo desde el minuto uno. Todavía sigo arrepintiéndome de haberle dado ese beso a Bianca…

Estas dos semanas se me han pasado volando. La palabra que mejor puede definir todo es «intensidad». Han sido unos días demasiado bellos, demasiado estresantes y demasiado tristes: me he enamorado de Angela hasta las trancas, he trabajado como nunca por la apertura de Ziuriz y he vivido la experiencia de tener un corazón roto. Sin embargo, si pienso más de la cuenta en lo feliz que he sido aquí se me saltan las lágrimas. Creo que, si Angela hubiese aparecido para pedirme que no coja el vuelo, no habría tenido fuerza de voluntad para negarme. Una sola petición de ella me hubiera bastado para quedarme un poco más en la ciudad que tantas cosas me ha enseñado sobre mí mismo. Pero no ha ocurrido, y la vida debe seguir incluso aunque ahora yo lo vea todo en tonalidades de gris.

Angela prefiere tenerme lejos, y lo tengo que respetar por mucho que me duela. Dicen que ese es el mayor acto de amor que se puede hacer: dejar ir, incluso cuando nosotros realmente no queremos, por el bien de esa persona a la que amamos con toda nuestra alma. Por ahora, me centraré en rellenar informes para la reunión que me espera en Barcelona en cuanto llegue. Trataré de no escuchar más a mi creciente impulso de llamar a Angela por teléfono y así sonar aún más desesperado que en el vídeo de YouTube y que en el foro de *WikiLove*. En un tono de voz para nada enérgico, le pido al taxista que se apresure.

Media hora después, llego al aeropuerto Amerigo Vespucci. Voy al control de seguridad sin mirar atrás, porque detenerme sería aferrarme a esperanzas surrealistas. Angela no va a aparecer. No existen los finales Disney, en los que se hacen las paces como por

arte de magia y hala: a ser felices y a comer perdices. Me vibra el móvil en el bolsillo varias veces, pero no le hago caso. Seguro que es mi padre, pero para hablarme como jefe y encargarme aún más cosas para mañana. No estoy de ánimos para eso, y además, se supone que hoy es mi día de descanso laboral, así que me haré de rogar. Estoy cansado de ser el títere de nadie. Recojo mis pertenencias de la cinta transportadora y, en cuanto paso por el detector de metales, busco algún sitio para comprarme un café. Me quedo sentado hasta que unas pantallas me informan de dónde está mi puerta de embarque. Poco después me he unido a la larga cola, siéndome como un alma en pena, sin prestar atención a los minutos que pasan y tratando de dejarme llevar por esta nueva monotonía.

A partir de ahora, tendré que aprender a vivir en la melancolía.

40. ANGELA. «SUEÑOS ROTOS»

Para cuando llego al aeropuerto es demasiado tarde. Son las 16:30h y Mateo ya debe de estar a punto de subirse a su avión. Si me contestase al teléfono, quizás existiría la posibilidad de hacerle entrar en razón, de pedirle que se quede unos días más en Florencia; pero es inútil. Le he dejado cientos de llamadas perdidas y notas de voz, y nada. Debe de estar molesto conmigo por no haberle respondido al vídeo en todo el día, o lo que es peor: es posible que se haya rendido en su lucha por lograr mi perdón. Como sea así, jamás me lo perdonaré: es en estos momentos a contrarreloj cuando más me doy cuenta de lo profundamente conectada que me siento a él. Sí, puede que Mateo sea raro de narices en ocasiones, pero es único y especial. Inteligente, sexy, y tierno. Es el primer chico que se ha abierto totalmente para mí de forma sentimental, que se ha propuesto mover cielo y tierra para enamorarme. Es, como ya le dije en una ocasión… una *cebolla*. Con cientos de capas superpuestas, con complejidad y un sinfín de sorpresas por revelar.

No puedo perderlo.

No puedo. *Nopuedonopuedonopuedo.*

Y, sin embargo, aquí estoy: plantada ante el control de seguridad, en medio de tanta gente que se desplaza a toda prisa. Me he quedado sin opciones: mi intento de escena cliché de final de película romántica navideña, en la que le confieso mi amor eterno al hombre que está a punto de marcharse para siempre, ha sido un fracaso. Y, como Mateo no me contesta al teléfono y tampoco puedo acceder al interior del edificio porque no tengo billete de avión, soy incapaz de pasar a ningún plan B. Tengo la certeza de que no volveré a verlo jamás, y justo por eso me entra un terror irracional.

Creo que he perdido algo irrecuperable, y no hay forma de volver atrás en el tiempo.

Me quedo en la entrada del aeropuerto como un pasmarote, media hora más. Cuando el reloj marca las 17:15h y tengo la certeza de que Mateo ya está en el aire, salgo de allí. Tengo ganas de cavar un hoyo en la tierra y meterme ahí hecha un ovillo, sin nadie que me vuelva a molestar en los próximos veinte años.

Quizás es aquí donde finaliza nuestra breve historia de amor. Todo empezó con un reencuentro en un aeropuerto, en un vuelo que nos unió más de lo que nos hubiéramos imaginado. Ahora, todo acaba con otro vuelo que esta vez se ha encargado de separarnos eternamente. Nuestros sueños aterrizaron en Florencia hace dos semanas, hace unos catorce días que han sido difíciles y emocionalmente agotadores, pero también de ensueño… y ahora han despegado para evaporarse entre las nubes como si nada. Lo que me hace sentir peor es, desde luego, el saber que Mateo y yo aún no habíamos empezado a exprimir nuestro amor cuando nos dimos cuenta de que el tiempo ya estaba desplegando sus alas. Por culpa de tanto juego (de tanto *WikiLove*) no hemos podido afrontar seriamente lo que sentíamos el uno por el otro, y ahora el breve capítulo de nuestros sentimientos encontrados ha llegado a su fin. Forzosamente.

A lo mejor es que lo nuestro estaba destinado a fallar desde el minuto cero. Puede que fuera una tontería pensar que «la mensajera» y «el regalo» tendrían la capacidad de ser felices juntos, pese a cualquier adversidad. Creo que lo mejor que puedo hacer es volver a casa y dejar a Mateo ir y desear simplemente que sea feliz

en su país de origen. Es lo más maduro, sí. Sin embargo, no sé cómo haré para eliminar la sensación de angustia lacerante que me hierve en las entrañas.

No quiero vivir con un corazón roto, sino con uno lleno de amor y alegría. Pero, desde que mi vida se ha cruzado con la de Mateo, me da la sensación de que mis sentimientos se han ligado a los suyos por un fino lazo rojo. Me pregunto cuánto más podrá estirarse ese lazo hasta que finalmente se rompa. Calculo que poco. Cuando lo haga, temo que un trocito de mí muera lentamente hasta arrugarse como una pasa.

Ojalá existiera una última posibilidad de arreglar las cosas, pero ahora mismo no la hay. Y eso me frustra.

SEGUNDA PARTE: «DE CERO»



Una semana después

41. MATEO. «ADMIRADOR SECRETO»

Tras una hora de trayecto, avisto por fin la imponente sede de Ziuriz. Un edificio completamente negro y de siete plantas, con un diseño minimalista y tan solo toques de verde en sus alrededores. Suspiro largamente.

— Un día más es un día menos —murmuro para mí mismo, en un espíritu demasiado derrotista.

Entro en el aparcamiento subterráneo y estaciono en la primera plaza libre que encuentro. Giro la llave, y oigo cómo el motor de mi Audi A7 se apaga con un suave ronroneo. Me quedo inmóvil unos segundos, sin desabrocharme el cinturón, dejando caer la cabeza en el respaldo de cuero. Después de unos segundos (¿o han sido minutos?) bajo del vehículo y lo cierro. Camino hasta el ascensor para subir a la planta que me han asignado hoy para trabajar, pero antes me detengo ante la máquina expendedora de café que hay justo al lado. Últimamente necesito más cafeína que de costumbre para mantener mis ganas de vivir. Cuando obtengo mi bebida, me la bebo de un trago; no me apetece disfrutarla lentamente. Acabo pulsando el botón 3 en el ascensor y trato de prepararme mentalmente para un nuevo día en la oficina. Otro día más sintiéndome vacío.

Ya ha pasado una semana desde el día en el que abandoné mis sueños en «la ciudad que florece». No he vuelto a recibir noticias de Angela, ni por mensaje ni en sus vídeos de YouTube. Lleva sin subir recetas al canal desde que nos vimos por última vez. Ahora me dedico a seguir con mis labores de alto cargo en Ziuriz, y a llorar un poquito cada noche hasta quedar dormido. Guardo esperanzas de que cada vez sea más fácil vivir con esta separación, pero aún creo que es demasiado pronto. Angela me enamoró de verdad, y en Florencia pasé las mejores dos semanas de mi vida. A cada día que pasa, sin embargo, lo que viví allí me parece más una ensoñación; *WikiLove*, la pastelería, la noche en los jardines de Bóboli, las cenas en restaurantes exquisitos, mis ratos de intimidad

con mi amor platónico del instituto… Eso me da miedo. No quiero olvidar. Quiero que los recuerdos permanezcan vívidos y no llegar a pensar que todo en realidad fue fruto de imaginación. Por suerte, aún guardo en la galería del móvil la foto que nos hicimos en la plaza de la catedral, con dos helados; creo que la imprimiré, para tenerla siempre presente.

Para tener siempre presente que una vez tuve la oportunidad de tener una gran relación con una gran persona, y acabé cagándola como suelo hacer.

Ay, lo que daría por volver a verla… Pero es imposible. Recordemos que mi vídeo no funcionó, y que ella permitió que cogiese el avión a Barcelona. Nuestra historia ha acabado, y cualquier posibilidad que hubiéramos tenido en Florencia murió allí. *Mateo, tienes que ser fuerte. Sal de ese ascensor de una maldita vez y finge que tienes algo de estabilidad emocional.*

Saludo a mis compañeros como de costumbre, y ellos me responden tan amigables como siempre. Bien; parece que siguen creyendo que mi corazón es de acero.

En cuanto entro en mi despacho, muy parecido al que construimos en Florencia, noto que esta vez algo es diferente. Para empezar, el aire tiene una frescura inusual. Los limpiadores pasan por aquí diariamente, pero nunca emplean tal clase de ambientador. Miro en derredor, confundido; no hay nada diferente, todo está en su sitio. Dejo mi maletín y mi abrigo en el perchero, y me aproximo a mi mesa. Cuando voy a sentarme sin mirar, algo me obliga a detenerme. Noto cómo algo suave me roza el trasero. Me incorporo de un salto, y entonces lo veo.

Sobre mi asiento hay un ramo de flores.

Margaritas, tulipanes, claveles, girasoles y muchas más que no logro identificar. Cuando enfoco más la vista, advierto que no son unas al uso: están hechas de chuche. Nubes de azúcar y gominolas de todas las formas y texturas han sido dispuestas de forma meticulosa para imitar estas bellas plantas. Es una explosión de color en medio de tanto gris. Me arranca una sonrisa inmediatamente, a pesar de mi confusión. Colgando de uno de los tallos cubiertos de azúcar hay una nota pequeña, capaz de albergar tan solo unas

pocas palabras. La abro con ansiedad, preguntándome si tengo un admirador secreto en esta empresa. Si es así, iré inmediatamente a rechazarlo o rechazarla con el mayor tacto posible, agradeciéndole el detalle, pero avisando de que mi amor se lo quedó una única mujer y no creo que sea capaz de recuperarlo pronto. «Te espero abajo - A», es lo que leo en una letra delicada y cursiva. Vaya, así que voy a tener que participar en este jueguecito con tal de encontrar al autor de esto. Supongo que no me queda otra. Debo ser educado y agradecerle el detalle, aunque no tenga el más mínimo interés en conocerlo o conocerla románticamente. Se trata de una persona enamorada y no soy tan insensible como para aplastar sus sentimientos como si fueran insignificantes. Cojo el regalo y salgo, rehuyendo las miradas inquisitivas de mis compañeros. A mis espaldas, empiezan a cuchichear. No les juzgo: hasta ahora siempre he sido para ellos «el intocable Mateo Ruiz», y que tenga un ramo de flores en la mano es un notición hasta para mí.

Cuando llego a la planta cero, me quedo boquiabierto. Mi mandíbula literalmente se desencaja cuando reconozco a la persona que me está esperando. Angela está ahí, en el rellano de la entrada de mi empresa, y parece una aparición fantasmal. Esto es surrealista. Tiene dos maletas a ambos lados de su cuerpo, lo que delata que ha venido directamente desde el aeropuerto. Su pelo, oscuro y sedoso, cae en cascada sobre su jersey rosa y enmarca su rostro angelical. Su enorme par de ojos me mira fijamente, sin pestañear, y brilla con una mezcla de ilusión y miedo. Lleva sus característicos botines negros, con los que va a todas partes, y tamborilea con ellos el suelo. Está nerviosa, pero no creo que tanto como yo. Yo me voy a deshacer aquí en medio, antes de que ambos digamos nada, por la emoción que circula en mis extremidades.

Tengo el impulso de correr a abrazarla, pero entonces recuerdo que no debo. No después de todo lo que ha pasado. Tengo que controlarme, vaya a ser que vuelva a espantarla antes de que resuelva todas las dudas que me están asaltando la mente.

— A-angela —balbuceo como un bobo—. Tú… Osea, ¿cómo…?

— Yo también me alegro de verte —murmura, con una sonrisa tímida.

— No, ¡yo más! —exclamo, y me arrepiento al instante de haber dicho eso. No quería sonar tan intenso—. Quiero decir, que…

Angela alza las manos en un gesto conciliador.

— Te entiendo, tranquilo —dice, y creo que parece divertida. No puedo estar seguro, estando a varios, metros de distancia de ella—. Veo que te he sorprendido. Me alegro de que haya sido en el buen sentido. —Entonces, se aproxima a mí con su equipaje. Se me acelera la respiración—. Siento que quedaron muchas cosas sin hablar. Nos merecemos una última conversación, Mateo.

Asiento con la cabeza.

— Opino igual. Y quiero que sepas que no sabes cuánto me alegro de volver a verte. Te has tomado la molestia de venir hasta aquí, y yo… —miro al suelo. Me avergüenzo demasiado de mí mismo—. Yo tan solo grabé un vídeo porque tenía demasiado miedo de que en persona no quisieras escuchar lo que tenía que decirte. Quería esperarte en el aeropuerto, de verdad, pero de verdad que sentía que no querías verme ni en pintura. Tenía que respetarte…

— Lo sé. Simplemente no fui lo suficientemente rápida. Te perseguí hasta el aeropuerto, pero se puso todo en mi contra. Vi el vídeo, ¡y me encantó! ¡De verdad! Me pareció de lo más dulce, y creo que…

— ¿Qué? —pregunto, ansioso.

Me acerco un pelín más hacia ella, con la respiración acelerada. «No ha odiado el vídeo», pienso. «Es más, dice que le *encantó*. Y, si ha venido hasta Barcelona para verme, ¿puede eso significar que…?»

— Creo que podría perdonarte. A su debido tiempo.

— No tenemos prisa, Angela. Por ti, esperaría lo que hiciera falta —confieso, y es la pura verdad. He estado una semana sin ella y he odiado la sensación, porque, desde que mi vida

se ha cruzado con la suya, esta se ha llenado de tantos colores que detestaría tener que prescindir de ellos—. Como ya te dije en el vídeo, me he portado como un capullo y…

Angela pone su dedo índice sobre mis labios. Siento que se me para el corazón.

— Shhh. No hace falta que te vuelvas a explicar. No solo vi tu vídeo, sino que también te respondí por el foro de *WikiLove*. Yo era *Bizcochito04* —dice. No puedo evitar abrir los ojos más de la cuenta ante la revelación. Entonces ¡era quien yo sospechaba!—. Además, he tenido una semana para pensar. Creía que te había perdido para siempre, Mateo. Pero entonces me di cuenta de que para la mayoría de problemas siempre hay una solución alternativa. Si me quedaba en Florencia, quizás sí que no volvería a verte. Pero, si por el contrario compraba un billete de avión que me trajera hasta este preciso momento… Había una posibilidad de expresar cuánto lamento que nuestras dos semanas juntos se hayan llenado de malentendidos. Así que aquí estoy. Luchando por «mi amor», al igual que tú intentaste hacer en Italia. Pero sin *WikiLove* de por medio, claro. No podía rendirme así, sin más. ¿Comprendes?

Entonces mira hacia mis manos, con las que sujeto el ramo de flores caseras que me ha regalado. Yo la imito, y se me forma un nudo en la garganta. Cuando nuestras miradas se vuelven a cruzar, me doy cuenta de que estamos muy cerca. Un paso más, y el ramo quedaría aplastado entre nuestros cuerpos. Los ojos de Angela reflejan calidez, tanta que siento que no me la merezco. Aunque, a la vez, vuelvo a tener ganas de estrecharla entre mis brazos.

— Son preciosas —digo, con la voz teñida de emoción, acerca de las flores. Después, me quedo callado unos instantes, reuniendo el coraje necesario para añadir la siguiente confesión—: Te he echado muchísimo de menos.

— Y-y yo a ti.

— Me… ¿sigues queriendo? ¿A pesar de todo?

— Sí. —Confiesa, manteniendo contacto visual—. Los obstáculos que hemos pasado no han sido suficientes para que pueda odiarte. Ni siquiera sentir indiferencia por ti. He querido pegarte un puñetazo, eso sí, pero no más. —Añade, en una sonrisa.

No puedo evitar reírme.

— Soy consciente. Tus miradas valen más que mil palabras —contesto, recordando las expresiones asesinas que me ha dedicado cada vez que yo he metido la pata.

— Pienso que deberíamos tratar de empezar de nuevo. Ya has aprendido la lección con lo de *WikiLove*, y yo que debería expresar más mis sentimientos, sin miedo. Podríamos ver adónde nos llevaría una relación juntos, sin expectativas. Bueno, tampoco tiene que ser una «relación formal» ni nada por el estilo —se corrige, quizá al ver mi cara de embelesamiento fácilmente interpretable como confusión—. Podríamos ser amigos, si te parece; a mí me sirve con que nos podamos conocer mejor. Sin prisas. Sin la presión de que te tengas que ir en dos semanas…

— Angela —la interrumpo, porque se ha puesto visiblemente nerviosa—. Yo haría lo que fuera con tal de estar contigo. Ya lo has visto. Iremos a tu ritmo, pero no te preocupes por mí. Solo piensa en lo que tú quieres.

— Yo quiero estar contigo. Lo tengo claro.

— Vale, yo también —respondo, con una sonrisa calmada—. Iremos poco a poco, como dices, y ya verás que todo saldrá bien.

— Solo hay un problema.

— ¿Cuál? —inquiero, alarmado de repente—. Dime cuál es y trataré de solucionarlo.

— Vives aquí. En Barcelona. Y yo en Italia. Trabajamos en países diferentes, y yo nunca he tenido una relación a distancia. Quizás sería muy duro, y a lo mejor no estás dispuesto a pasar por eso nada más empezar…

Sacudo la cabeza para relajarla, aunque es cierto que el tema me preocupa también. Hay gente a la que le funciona tener relaciones amorosas en las que tan solo se pueden ver cada poco tiempo, pero ¿a nosotros nos iría bien? Es imposible que lo podamos saber, y es justo esa incertidumbre la que da vértigo.

— No te preocupes por eso —digo, apretando los labios—. Ahora, céntrate en que vamos a pasar el día juntos. ¿Cuándo es tu vuelo de regreso?

— En dos días.

— Vale, pues pensemos solo en eso. Después ya se verá. Confía en mí.

— De acuerdo.

— No suenas demasiado convencida.

— Aún tengo que procesarlo todo. Es alucinante todo lo que acaba de pasar.

— Y lo que está por pasar.

— ¿Eh?

Entonces hago lo que me moría de ganas de hacer. Dejo el ramo comestible sobre una de las maletas de Angela y acorto los centímetros que nos separan. Me agacho y acerco mi boca a la suya. Rozo mis labios tentativamente contra los suyos, sin llegar a besarla para ver si ella tiene tantas ganas de eso como yo. No querría hacer eso sin consentimiento, no; no puedo meter más la pata, ahora que estamos teniendo algo similar a un final feliz. Para mi alivio, ella me corresponde rodeando mi nuca con sus brazos. Se pone de puntillas para presionar sus mullidos labios contra los míos, y con suavidad logra hacerme sentir en una nube. Su beso sabe a amor, a reconciliación y a promesa de futuro. Cuando trazo la curvatura de su cintura con la mano, la oigo suspirar.

— Cuántas ganas tenía de esto —confiesa, con su rostro pegado al mío.

— Yo más —digo, y sin pensarlo vuelvo a besarla. Es un beso rápido, sencillo. Lo suficiente para mostrarle el afecto que siento por ella—. Me haces sentir en casa, Angela.

— Bienvenido, entonces. Hazte a la idea, pues no te pienso soltar. Solo una cosa.

— ¿Qué?

— ¿Por qué no me respondías a las llamadas? —inquiere, frunciendo el ceño.

Abro mucho los ojos. *Típico de ti, Mateo....* Me llevo una mano a la frente, ruborizado.

— Ah, ¿eran tuyas? Pensaban que se trataba de mi padre, y no me apetecía hablar con él. Ya sabes, eso de tener un corazón roto por una chica que me vuelve loco me nublaba bastante el juicio… —explico, acercándola más a mí de forma coqueta.

— ¿Y no viste luego, en el registro de llamadas, que había sido yo? —continúa, sin dar su brazo a torcer.

— No, no suelo hacer eso. Lo siento —mascullo, llevándome la mano a la nuca.

— ¡Siempre tan despistado! —niega con la cabeza, fingiendo desaprobación. Es difícil tomarla en serio si pone esas muecas.

— Bueno, me quieres así —respondo, y aprovecho para la chaqueta que lleva abierta por ambos lados y aproximarla más a mí. Advierto cómo ahoga una exhalación, sorprendida. Nuestros vientres están ahora pegados, y es imposible ocultar el calor que ambos emanamos de nuestros cuerpos.

— No te lo creas tanto… —masculla, apretando los labios.

— Sé que no vas en serio con eso. Tus ojos me dicen otra cosa. Al igual que el hecho de que hayas volado desde otro país para encontrarme —digo, y aprovecho para guiñarle el ojo.

— Creído.

— Sabelotodo…

Ella niega con la cabeza de nuevo, y esta vez suelta una risilla. No se aparta de mí, sino que se aprieta más. Quizás ha sido

inconscientemente, pero eso me encanta. Me gusta que se sienta cómoda conmigo.

— Como vuelvas a hacerme daño, se acabó —me advierte con una voz más débil. Sé que esta vez no va en broma.

— Lo sé. Y lo entiendo. Te prometo que pondré todo de mi parte para que las cosas nos vayan mejor esta vez. Adiós, *WikiLove* —afirmo, convencido. Me llevo una mano a la frente imitando un saludo militar.

— Chao chao, *WikiLove* —repite, con una sonrisa en los labios.

Entonces, se pone de puntillas y me da otro beso. Ahora mismo, me siento el hombre más feliz y afortunado de la Tierra. La chica más increíble del mundo, mi amor secreto del instituto, ha venido a buscarme para tratar de arreglar nuestra relación. Ella me quiere tal y como soy, que es lo que más inseguridad me daba, y eso me llena de tranquilidad.

— Y ahora, a celebrar este reencuentro por todo lo alto.

— ¿Qué? ¿En serio?

— Claro, uno no vive un final de película todos los días. Y con Angela Bianchi, además.

Ella se ríe de una forma tan cantarina que siento que me derrito entero. Ojalá poder verla feliz a mi lado, desde ahora hasta siempre.

— Y ¿qué se te ocurre, si se puede saber? Soy todo oídos.

Entonces la aprieto más contra mí y le dedico una mirada cargada de deseo.

— Quizás podría llevarte a mi apartamento —digo, con la voz más seductora que puedo generar. Creo que funciona, porque ella se ruboriza y traga saliva con fuerza—. Pediríamos comida a domicilio, y abriríamos una botella del vino que prefieras…

— ¿Y después? —inquiere con impaciencia y los ojos brillantes. Desliza su mano por mi cadera y mete con discreción unos dedos por debajo de mi cinturón, haciéndome estremecer.

— Después, el resto de la tarde quedaría a tu elección.

— Humm, eso me gusta. ¿Podría pedir lo que yo quiera?

— Ajá. Tus deseos serían órdenes.

Mira hacia un lado y se muerde el labio, excitada. Me pregunto qué se le estará pasando por la cabeza.

— Me parece un buen plan. Pero estás trabajando, no quiero que te metas en un lío por mi culpa…

Sacudo la cabeza y la tomo de las manos.

— De «culpa», nada —digo, sonriente—. Estaría loco si no quisiera salir contigo por esa puerta ahora mismo. No tenía tanto que hacer hoy, de verdad. Espera aquí cinco minutos, que voy rápido a por mis cosas.

Le doy un rápido beso en la frente y me doy la vuelta, derecho hacia el ascensor. Voy corriendo, quizás por miedo a habérmelo imaginado todo. Temo que, si tardo demasiado, Angela desaparezca y vuelva a dejarme solo.

Pero no es así. Regreso, y ella no se ha movido de su sitio. Me sonríe con sus ojos gatunos nada más me ve de nuevo, y extiende una mano hacia mí.

— ¿Vamos? —pregunta, con delicadeza.

— ¿Te he dicho alguna vez lo mona que eres?

— Desgraciadamente sí —dice, en un suspiro—. Pero creo que ese no es un buen adjetivo para describirme. Seré muchas cosas positivas, pero eso no.

— Te equivocas. Eres súper dulce cuando abres tu corazón a quien lo merece. Y te quiero mucho. Muchísimo.

— Eso también me lo has dicho bastante…

— Pues acostúmbrate, porque jamás me cansaré de repetirlo —le digo, pasando un brazo por sus hombros. Ambos echamos a andar, y el aire fresco de la capital nos envuelve invitándonos a apretujarnos buscando calor. Tardo varios segundos en darme cuenta de un detalle importante—. Ay, ¿qué estoy haciendo? Si ¡tengo el coche en el garaje!

Me paro en seco, haciéndola trastabillar.

— ¿Te he dicho alguna vez lo despistado que eres? —me pregunta con retintín.

— ¡Hasta la saciedad! —respondo mientras la desafío con la mirada.
— Pero así nos queremos —concluye entonces, algo más seria. No es una queja, sino una reflexión que parece llenarla de tranquilidad.
— Exacto. Los seres humanos no nos enamoramos de la perfección, sino del conjunto de imperfecciones que nos hacen únicos. Eres mi «cebolla preferida», Angela Bianchi.
— Y tú la mía, pasteloso.
— Un pasteloso y una pastelera, quién lo hubiera dicho…
— Cállate, antes de que empiece a vomitar purpurina.

42. ANGELA. «TAN SÓLO UNA CAMA»

Su apartamento me deja boquiabierta. Sabía que ganaba bastante dinero trabajando en Ziuriz, pero jamás se me hubiese pasado por la cabeza que pudiese permitirse algo así. Está en pleno centro de la ciudad, la cual llevaba años sin visitar y echaba de menos. Se trata de una vivienda amplia, en la cuarta planta de un edificio que hace esquina y ofrece vistas a una larga avenida repleta de tiendas. Está impecablemente decorado, tanto que me pregunto si la elección de las tonalidades de blanco y beis han sido seleccionadas realmente por Mateo o por un diseñador de interiores. El salón se muestra ante mí nada más su dueño abre la puerta, y de pronto me entra una sensación extraña: estoy paralizada por culpa de tanto esplendor.

— ¿Te ocurre algo, Angie?

Me giro hacia él con los ojos muy abiertos. Él me observa divertido. Es entonces cuando me doy cuenta de que quizá mi expresión no es tan indescifrable como en ocasiones pasadas. Ya me da igual mostrarle lo que realmente pienso, ya no tengo miedo de expresar mis sentimientos. Le dedico una sonrisa y le digo:

— No me puedo creer que vivas aquí. Todo es precioso.
— Gracias, yo a veces tampoco me lo creo. —Responde con una carcajada—. Pues ten presente que siempre será bienvenida aquí; cada vez que vengas a Barcelona, esta es tu casa.

— Vaya, te lo agradezco —digo, sin saber muy bien cómo reaccionar. Me vuelve a invadir la tristeza por culpa del maldito pensamiento de que nuestras vidas pertenecen a dos países distintos. Trato de recomponerme, porque le he hecho a Mateo la promesa de que no me preocuparé de lo que pueda pasar tras mis dos días de estancia en Barcelona —. Muy amable por tu parte.

— No es cuestión de amabilidad. Es que te quiero con locura, mi cebollita.

Sacudo la cabeza, alucinando de nuevo ante sus muestras verbales de afecto. Nunca he estado demasiado acostumbrada a eso, pero he de confesar que me gusta. Incluso si a cualquier espectador le pudiera parecer extraña la relación que establecemos entre la palabra «cebolla» y el amor romántico.

— ¿Dejo aquí las maletas? —pregunto, colocándolas a un lado de la espaciosa entrada.

— Donde quieras. Quiero que te sientas cómoda los dos días que vas a pasar aquí.

Arqueando una ceja, me cruzo de brazos.

— Ah, ¿así que está decidido? ¿Me quedaré aquí a dormir?

Él se corrige, incómodo. De pronto me sabe mal tomarle tanto el pelo.

— Bueno, quizás lo he asumido demasiado rápido. Error mío. Si quieres puedes quedarte, claro.

Nos intercambiamos una larga mirada, cargada de incertidumbre. La tensión se puede cortar con un cuchillo. Estamos tanteando nuestro comportamiento, ahora que estamos completamente solos.

— Sí, me parece bien —digo, tratando de no darle demasiada importancia al asunto. Joder, no es como si él no hubiese dormido ya en mi piso—. Iré a asearme, si no te importa.

— El baño más cercano está en mi habitación. Ven, que te lo enseño. Así también guardas lo que necesites en mi armario.

Pero allí, como me temía, solo hay una cama. Una. De matrimonio, enorme, y apuesto lo que sea a que es muy blandita. No sé qué me esperaba, sabiendo que vive solo, pero no quería aceptar mis temores hasta verlos con mis propios ojos.

— ¿Cuál es el hotel más cercano? —pregunto, súbitamente nerviosa.

— ¿Qué?

— Aquí no puedo pasar la noche, es tu casa y no hay espacio para mí.

— La cama es grande. No digas tonterías. Ya hemos quedado en que te vas a quedar.

Resoplo. Alucino con la sencillez con la que Mateo afronta las cosas a veces, y lo enrevesado que es para otras.

— Me voy al sofá, entonces.

— No te recomendaría eso.

— ¿Qué, estás intentando recrear el famoso cliché de *WikiLove* de «only one bed» y piensas que voy a morder el anzuelo?

— No sé de qué hablas. Esa web es agua pasada para mí. No mencionemos más su nombre, por favor —implora, con ojos de cachorrito—; cada vez que lo escucho me entran náuseas y vergüenza sobre mi persona. Lo del sofá lo digo en serio: es una porquería.

Me quedo con la mirada clavada en él unos segundos más, para comprobar si dice la verdad. No parece que esté mintiendo. Me vuelvo rápidamente al salón para echarle un vistazo. Efectivamente, tan solo hay un sofá de dos plazas súper estrecho y duro, en el que tan sólo cogería dolor de cervicales por tener que encogerme tanto. ¿Cómo puede tener tanto dinero y no invertir apropiadamente en un elemento tan importante para una casa?

— Casi nunca tengo tiempo de tumbarme a ver la tele, así que compré ese sofá simplemente como adorno —explica—. Cada vez que llego a casa después de trabajar, tan solo me apetece preparar algo de cena e irme a dormir.

— Entonces, ¿no tengo elección? —inquiero, con los brazos en jarra—. ¿Tengo que dormir contigo?

— ¿Tan desagradable sería para ti?

— S-sí. —Respondo, pero obviamente es mentira. Me apetece tanto volver a besarle enterito que creo que voy a estallar.

— No te creo. ¿Por qué habrías venido desde Florencia, si no?

— No para meterme en tu cama, eso seguro.

— Mentirosa. Seguro que también echabas de menos la manera en la que te toc…

— Cochino —lo interrumpo, espantada—. Acabamos de hacer las paces, no creo que debamos acostarnos esta noche. Hay que darle tiempo a esto…

— Pero dicen que el sexo de reconciliación es el mejor, ¿no? —insiste, y yo pongo los ojos en blanco. Mateo no puede ser más impredecible. Entonces cambia su actitud y me toma de las manos con cariño, lo cual me choca aún más—. Estaba de broma. Escucha, no haremos nada que tú no quieras. Dormiré en el suelo si así vas a sentirte más a gusto.

Me planteo esa opción seriamente durante unos segundos, pero acabo negando con la cabeza. Me daría demasiado apuro verlo pasar la noche a la intemperie mientras yo me refugio en su blandito colchón de calidad premium.

— No hace falta. Ya somos mayorcitos como para saber controlarnos, digo yo.

— Sí, estoy de acuerdo —responde, sin apartar la vista de mis labios.

Pero, como me temía, nuestras palabras no son nada ciertas. Quedo con Mateo en que en una hora saldremos a dar una vuelta y almorzaremos en un restaurante al que él suele ir, que al parecer tiene una estrella Michelin y todo. Por lo tanto, decido ponerme ropa más elegante y aplicarme algo de maquillaje. Cuando entro en el baño, sin embargo, Mateo no tarda en aparecer. Primero se apoya en el marco de la puerta y me dedica una larga mirada de arriba abajo que no me pasa desapercibida; lo puedo ver perfectamente en el reflejo del espejo mientras me pongo colorete. Me pregunta sobre qué rincones de Barcelona querría revisitar con él, pero ninguno de

los dos es capaz de mantener una conversación coherente sin que acabemos comiéndonos con la mirada.

Acabo rindiéndome a mi deseo, y él también. Me doy la vuelta para encararle, y él se planta frente a mí de un paso. Quedo acorralada entre su cuerpo y el lavabo. Cuando besa el hueco entre mi oreja y mi cuello, no puedo evitar suspirar aliviada. Anhelaba su cálido contacto. Sus fuertes manos me agarran la cintura y, sin que me lo espere, me da la vuelta de tal forma que ambos nos quedamos mirando nuestro reflejo en el espejo. Es una imagen excitante y reveladora.

Mateo me devora con los ojos al mismo tiempo que repasa la silueta de mi cuerpo con las yemas de sus dedos. Echo el cuello hacia atrás, apoyando mi nuca en su torso. Pocos segundos después, estos han llegado a las costuras de mi sujetador. Instintivamente me aprieto más contra él y la erección que difícilmente puede esconder.

— Dios, Angela —murmura, poniéndome la piel de gallina—. Me vuelves loco.

Entonces me levanta del suelo. No lo recordaba con tanta fuerza; eso acelera aún más mi galopante corazón.

— ¿Qué haces?

— Te voy a llevar a esa cama que tan poco te gusta —responde con la respiración agitada.

— No me opongo a tu decisión —digo a duras penas, por culpa de la excitación—. Me has echado de menos, ¿eh?

Mateo baja la cabeza para mirarme. Así, mientras me acuna con sus esculpidos brazos, no puede ser más sexy. El pelo cobrizo le cae en ondas por la frente perlada de sudor y sus ojos resplandecen como hierro candente.

— Ahora te mostraré cuánto.

El tono de su voz promete. Y efectivamente, cuando me echa sobre el colchón con menos delicadeza de la que me esperaba, sé que lo que va a ocurrir aquí no se parecerá nada a aquella ocasión en Florencia. No va a ser tan suave. Ni siquiera tan «romántico». Pero me apetece que sea diferente. Quiero ver ese lado

descontrolado de Mateo, lo deseo tanto que mis piernas se acoplan a las suyas intuitivamente cuando se inclina sobre mí para besarme entera. Nuestras ganas más viscerales nos pueden, y nos desvestimos con una rapidez de récord.

Mateo me besa el vientre con sus gruesos labios, en un sentido descendente. Cuando agarra mis braguitas de estampado de gatitos (*mierda, debería haber previsto esta situación para ponerme algo más seductor*) y me las quita lentamente, sin dejar de besar allá donde queda descubierta algo de piel, no puedo evitar arquear la espalda por la estimulación.

Nos besamos, nos mordemos y nos lamemos, confesando sin palabras cuánto nos extrañábamos. Cada uno toca en los rincones acertados para que el otro hierva de placer. Y si nos equivocamos en algo, da igual; es todo tan frenético que parece una carrera de resistencia, un reto deportivo en el que ambos queremos llegar a la meta. Mateo se aparta unos instantes que se me hacen eternos para abrir el cajón de su mesita de noche con mucha prisa; por un momento me pregunto qué estará haciendo, pero entonces saca la mano: ha cogido un preservativo. Me ruborizo irremediablemente.

Cuando llega la penetración, ambos jadeamos con fuerza. Mateo no deja de mirarme todo el tiempo, como si yo fuese el ser más preciado que ha tenido ante sí en toda su vida. Eso me hace sentir especial y querida. Con la fuerza de mis caderas, mi afamada cabezonería y el efecto sorpresa, acabo invirtiendo la posición para colocarme a horcajadas sobre él. Se siente muy bien verlo desde arriba y observar la adoración que reluce en sus pupilas.

— Eres preciosa, Angela. —Me dice de pronto, en un gruñido cargado de significado.

Sus palabras me emocionan tanto que no puedo evitar soltar las dos palabras que llevan varios días atascadas en mi garganta. Esas dos palabras que lo cambian todo. Alargo mis brazos hacia su rostro y, con delicadeza, enmarco sus mejillas con mis manos.

— Te amo, Mateo Ruiz. Antes detestaba la idea de escucharlo de tus labios porque temía que no fuese cierto, pero ya no. Te lo dije de forma más suave, con un «te quiero», cuando

nos acostamos en mi piso por primera vez, pero te lo repito de forma más intensa ahora. Y a partir de hoy tampoco tendré miedo de decirlo cuando me apetezca.

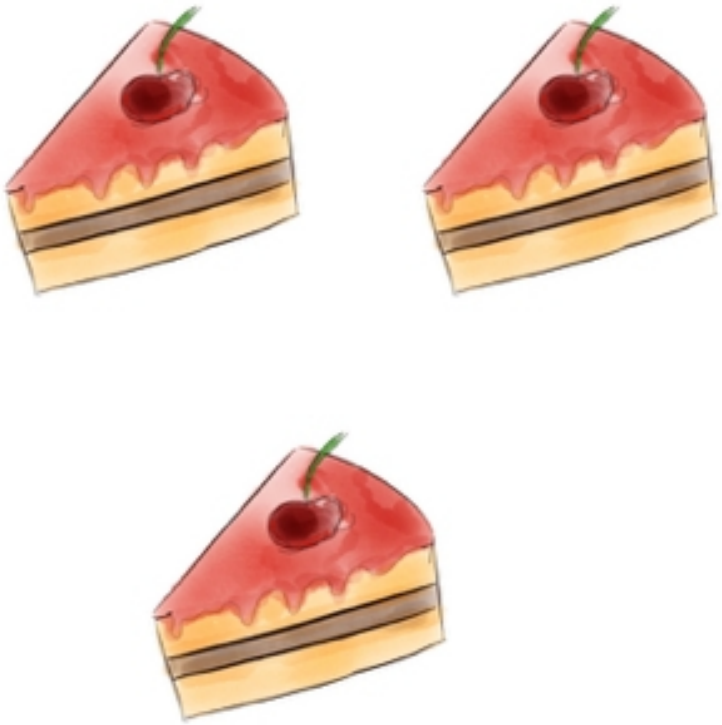
El efecto que esa confesión surte en él es claramente visible en su expresión. Primero alza mucho las cejas, y después muestra una amplia sonrisa que me resulta contagiosa.

— Ya sabes lo que te voy a decir, pero lo haré de todas formas —responde, con voz temblorosa por la emoción. Inspira hondo para continuar—: yo también te amo, Angela Bianchi. Te lo puedo decir en español, y te lo puedo decir en italiano: el peso de esas palabras seguirá siendo el mismo. Gracias por ser el detonante que me ha impulsado a abrir mi corazón y a querer lanzarme a la piscina del amor, sin saber cómo de dolorosa podría ser la caída. Gracias por ser tú, esa chica que me enamoró en el instituto de forma tan dulce, y que un día volvió a cruzar caminos conmigo en un aeropuerto. Eres increíble: dulce como tus pasteles, atenta, inteligente, y bellísima. Prometo cuidarte y quererte, todo el tiempo que tú me permitas. Porque yo no pienso irme a ninguna parte.

Asiento con la cabeza, con lágrimas en los ojos. Me guardo decirle que la posibilidad de que haya un «nosotros», de que haya una relación duradera y uno de esos «fueron felices y comieron perdices» de los cuentos de hadas, no depende de mí. Depende de las diferentes realidades que cada uno ha construido, una en Barcelona como alto ejecutivo y otra en Florencia, como dueña de una pastelería. Tristemente no se puede tener todo en la vida, en algún punto del camino se deben tomar decisiones. Y sacrificios deben tomarse. Pensar que podríamos ser felices con el amor del otro sin tener que renunciar a algo de nuestras actuales rutinas es una utopía. Pero ahora no vamos a tener esa conversación. Ahora nos toca vivir en la burbuja de alegría y pasión desenfrenadas que nos hemos ganado tras catorce días de malentendidos; lo demás puede esperar.

Acallamos nuestras preocupaciones con besos, mecidos por el movimiento de nuestros cuerpos en sintonía.

Al final no salimos a almorzar.



Por la noche me entra la imperiosa necesidad de abrir *WikiLove* una vez más. Es plena madrugada ya, Mateo duerme a mi lado plácidamente y yo me he despertado de mi sueño de golpe. Me incorporo en la cama. No lo despierto a él a pesar de mis movimientos, y de que uno de sus brazos está posado sobre mi vientre. Supongo que tendrá un sueño muy profundo. Con el mayor sigilo que puedo lograr, pongo los pies en el suelo y me alejo lentamente de la habitación. Así, con un pijama blanquecino y el cabello suelto y enredado, parezco un espectro que se pasea por la casa sin rumbo fijo. Como Mateo abra los ojos y me encuentre así, en plena oscuridad, le daré un susto de muerte.

He tenido el impulso de regresar a mi creación, a pesar de las horas. Tengo una sensación agobiante en el pecho, como si me quedase aún algo por resolver en lo que respecta a esa engañosa página web. Me arrepiento de haberle dado forma años atrás, sin

pensar que algunas personas podrían creerse al pie de la letra sus consejos. Y también me arrepiento de no haber hecho antes lo que estoy a punto de hacer. «¿Dónde habrá un ordenador?», me pregunto para mis adentros, mirando de izquierda a derecha sin la más remota idea de lo que acabaré encontrando.

Hoy, en este preciso instante, voy a romper mis vínculos con *WikiLove*. Dejaré a mi hijo huérfano, sí, y también en manos de Internet para que este haga lo que quiera con él; pero es por un buen motivo. No puedo seguir conectada a una web que lo único que hace es causar malentendidos y confusiones, aunque mi intención en sus inicios fuese tan solo la de reírme de las situaciones absurdas que cuentan algunas novelas románticas. *WikiLove* debe desaparecer, porque causa más daño que bien. No puedo seguir haciendo creer a personas inocentes y enamoradizas, aunque sea indirectamente, que la clave para enamorar está en seguir unos pasos, unos consejos que no les representan.

Cuando por fin encuentro el ordenador de sobremesa de Mateo, situado en su salón, lo enciendo sin pensarlo dos veces. Enciendo una lamparita para ver mejor. Inicio sesión en el perfil de invitado, y abro Google para escribir una dirección que me sé ya de memoria. Cuando ya estoy dentro de la página, tan rosa como siempre, meto la clave de mi dichoso perfil: *Bizcochito04*. Supongo que fue bonito mientras duró. Ahora soy una mujer diferente; la Angela de dieciséis estaba aún en proceso de crecimiento y estaba llena de frustración, y jamás hubiera pensado que el mismísmo Mateo Ruiz le haría cambiar su manera de percibir las relaciones amorosas. Jamás hubiera pensado que el amor sí estaba hecho para ella.

Respiro hondo. Después, cumplo con mi deber: elimino todas las entradas de *WikiLove* que ha habido en los últimos años. Adiós, clichés. Adiós, «pasos para enamorar». No os voy a mentir: me ha dolido un poco en el alma enviar tantos años de escritura a la basura. Pero era necesario hacerlo para seguir adelante. Ya sabéis lo que se dice: «borrón y cuenta nueva».

Para finalizar, creo una última entrada. Se trata del primer consejo verdadero que jamás habré dado en esta web, el cual soy

consciente de que es muy difícil poner en práctica. Estas dos últimas semanas me han demostrado más que nunca su efectividad. Pongo un único título, sin contenido adicional:

SÉ TÚ MISMO

Después, elimino mi cuenta definitivamente. Y cierro el buscador.

Me quedo unos instantes mirando a la nada, en plena penumbra. Me cruzo de brazos, satisfecha. La presión de mi pecho ha desaparecido, y mi mente está ya libre de remordimientos. He obrado bien.

Sonriente, regreso tranquilamente a la habitación y me meto en la cama de nuevo, como si nada hubiese sucedido. Mateo me abraza y yo cierro los ojos, sintiéndome en paz.



EPÍLOGO

Un año y medio después

MATEO. «ECHAR A VOLAR»

Mi experiencia como director de la sucursal de Ziuriz en Florencia está siendo más positiva de lo que me hubiera imaginado.

Son las 16:50h, y por fin ha terminado mi jornada laboral. Mis días de trabajo suelen ser intensos, protagonizados por una agenda llena de tareas de supervisión y gestiones de toda índole. Sin embargo, y pese al estrés, sigo viéndole el lado positivo a mi profesión, y no dejo de sentirme afortunado por dedicarme a esto en el lugar que me devolvió tanto la esperanza por el amor verdadero como la confianza en mí mismo.

— Hasta mañana, que paséis buena tarde – les deseo antes de salir por la puerta a mis empleados, quienes van a seguir en sus puestos una media hora más.

Lo digo en italiano, por supuesto. En este año y medio que llevo ya aquí (guau, qué rápido pasa el tiempo) he podido perfeccionar el idioma hasta tal punto que ya no tengo que requerir ni al inglés ni al español para comunicarme en el día a día. Es impresionante lo que uno puede lograr a base de esfuerzo y constancia.

Eso mismo necesité, también, para dejar mi alto cargo en Barcelona y acabar trabajando aquí, lejos de mi padre y conectado con lo que yo quiero hacer con mi vida. Y es que tanto Angela como yo tuvimos que tomar decisiones difíciles con respecto a los cambios que íbamos a tomar cada uno si queríamos que lo nuestro tuviera posibilidades. Cuando a ella le llegó la hora de irse de Barcelona, nos sentamos en el salón de mi apartamento a hablar seriamente sobre lo que haríamos a continuación, cuando ella estuviese regentando su cafetería Florencia. Coincidíamos en que una relación a distancia nos parecía demasiado dura, al menos durante tiempo indefinido; un par de meses lo soportaríamos, pero, no siendo todavía una pareja asentada, ¿cómo toleraríamos un año o más separados? Queríamos tenernos cerca, pero ¿cómo lograrlo? Cada uno trabajaba en países distintos.

Estuvimos unos meses hablándonos a través de Skype, mensajes de texto y llamadas en cualquier tipo de contexto, pero al final salí de mi oficina y decidí tomar una decisión por el bien de los dos. Y me alegro todos los días de mi vida desde entonces de haberla tomado, porque me ha llevado a donde estoy y no deja de recordarme que siempre he sido capaz de encontrar mi propia voz y ser seguro de mi potencial como persona.

El caso es que, en un arrebato de pasión durante mi descanso para la comida en Ziuriz, auné todas las fuerzas que me quedaban en reserva y me dirigí al despacho de mi padre. Carraspeé, me puse recto y llamé la puerta con fuerza. Cuando oí un desinteresado «adelante» como respuesta, entré tratando de estar lo más calmado posible. Cuando lo vi, sentado en un enorme sillón de cuero que posiblemente valdría un pastizal, me inundó una sensación de tristeza. Y es que tenía un semblante completamente serio. A pesar de trabajar en la misma empresa, no nos veíamos tan a menudo; quizás una o dos veces a la semana, pues yo solía ir constantemente de un lado a otro mientras que él permanecía en la sede. Sin embargo, no noté ni un resquicio de alegría en él cuando entré en ese despacho. Me miraba como a uno más de sus empleados, sin más, y no como a su hijo. Debería haberme esperado esa reacción (pues al fin y al cabo su frialdad hacia mi persona ha estado siempre presente), pero ese día me afectó más de la cuenta. Me percaté, otra vez, de que yo nunca sería suficiente para él. De que, a pesar de que cuando estuve en Florencia trabajando recibí un mensaje de «estoy orgulloso de ti», él jamás lo mostraría en persona.

Y eso me dio aún más energía para comunicarle mi súbita decisión.

Porque sabía que tenía que abrir mis alas y echar a volar. Lo único que hacía ese entorno (la sede de Ziuriz en Barcelona y los tentáculos con los que mi padre ejercía influencia allí) era hacerme sentir diminuto a pesar de ser un adulto capaz y valioso. Mi autoestima estaba por los suelos por culpa de estar siempre persiguiendo unos estándares demasiado altos con el deseo de (algún día) recibir aprobación externa. Mi padre tan solo pensaba como un jefe, y si estaba equivocado jamás me lo contaría; así que ¿por qué no dejar de pensar también como su hijo y más como Mateo Ruiz, el exitoso empresario y conferenciante más famoso en el mundo de las finanzas?

La radiante sonrisa de Angela, que se me vino a la mente con la exactitud de una fotografía, fue lo que me dio el último empujón para expresar claramente mis necesidades. Y es que gracias a ella recordé que hay personas que me aprecian y mucho, no por lo que soy sino por cómo soy. Sin exigencias.

— Quería hablar contigo —dije, alto y claro—. De un tema importante.

Al principio me miró de arriba abajo sin decir nada. Supongo que supo leer en mi actitud que iba en serio, porque se acomodó aún más en su asiento y se cruzó de brazos.

— Tú dirás. —Respondió, en un tono gélido. No me sorprende que a mis compañeros les entren sudores fríos cada vez que se les

convoca a su despacho.

No pasé desapercibido el hecho de que tragó saliva con fuerza. Era la primera vez que me veía con una expresión desafiante en el rostro. En otra situación hubiese enfocado la vista al suelo y hubiese empezado a balbucear, por mucho que con el resto del mundo fuese generalmente extrovertido y con extraordinarias dotes para la comunicación.

— Quiero abandonar mi puesto de Barcelona —declaro, sin elaborar mucho más la idea.

Esa fue la primera vez que dejé sin palabras a Ernesto Ruiz. Detecté que por unos segundos abría mucho los ojos. Aunque trató de permanecer quieto y guardar la compostura, sus palabras delataron su nerviosismo:

— ¿Q-qué? ¿Se te ha ido la cabeza? – graznó, en un tono tenso y sorprendido.

— Me gustaría quedarme en la sucursal de Florencia —repetí, con la mejor calma que pude reunir—. Necesitarán un nuevo director, ¿no es así?

— S-sí, pero ya está asignado.

— ¿Desde cuándo?

— Desde hace dos días, más o menos.

— Seguro que podrías arreglarlo con unas llamadas.

Entonces se revolvió en el sillón. Se inclinó hacia delante para coger una pluma a la que pasear entre sus dedos. Yo lo único que podía hacer era mirar el ventanal a sus espaldas, que ofrecía una enorme panorámica del distrito financiero de la ciudad. Me centré en la idea de que este mal trago acabaría pronto, que pronto estaría en Florencia con Angela.

— Vamos a ver, ¿a qué viene todo esto? – espetó—. ¿Por qué diantres querrías un puesto inferior al que ya tienes, y en un país alejado de tu familia y amigos? Primero me enseñan un vídeo de YouTube en el que sales preparando tartas, creando polémica sobre nuestro nombre, y ¡ahora esta estupidez!

— Sinceramente, me he enamorado —confieso, apretando los puños. Mi padre me mira espantado, como si no me reconociera. Y es que, en realidad, no sabe quién soy—. De una chica increíble, que me llena de ilusión y me impulsa a ser la mejor versión de mí mismo de una forma sana y sin prejuicios. Se llama Angela, y cuando esté preparado te hablaré de ella. Incluso te la presentaré si así lo quieres. Nos une una preciosa historia que es demasiado larga de contar. Aun así, ella no es el único motivo: me siento unido

inevitablemente a Italia y allí he descubierto lo que realmente quiero y quién puedo ser. Mi destino es ser libre, papá.

Ni siquiera mi última palabra, «papá», le ablandó.

— Por favor, no seas desagradecido. He trabajado mucho para procurarte tu puesto actual. Sé sensato y no dejes que un amor pasajero destruya tu carrera laboral.

— No me importa abandonarlo. Es mi decisión. Soy consciente de que este amor merece la pena; es más, es lo único sobre lo que he estado seguro en toda mi vida. Soy ya un adulto que ha hecho cosas innumerables por Ziuriz, así que, si no me vas a hacer este favor como padre, házmelo entonces como un jefe que valora a sus más fieles trabajadores.

— Pero, Mateo… Hijo…

Ahora sí que le convenía emplear términos del campo léxico de la «familia». Qué astuto. Negué con la cabeza, impasible.

— No. No voy a ceder. Si me conocieras mejor, notarías que voy en serio. Quiero ser director de la sucursal de Florencia, y no vas a hacerme cambiar de opinión.

— No puedes estar hablándome con tanto descaro – dijo, apretando los dientes y agarrotando los dedos de sus manos en torno a los brazos de su asiento de cuero.

— Sí que puedo. De hecho, lo estoy haciendo. Ya era hora de que eligiese mi futuro. Escríbeme por correo cuando estén hechos los trámites, si eres tan amable. Si no, pasaré a mi plan B, y ese sí que no te va a gustar. Tú mismo.

— Y ¿cuál es, si se puede saber? – masculla.

— Eliminaré completamente mis vínculos con Ziuriz y me iré a otro banco que valore más tanto mi criterio como mis capacidades. Estoy seguro de que me cogerían en menos de 24 horas.

Sin decir nada más, me fui quedándome con la última palabra. Qué bien me sentó eso. No tardé ni dos minutos en llamar a Angela para contarle lo que había hecho; me dijo, entre risas y emoción, que se me había ido la cabeza. Pero en el buen sentido. Luego añadió rápidamente (muy apurada) que no quería condicionar mi juicio; que, si realmente no me apetecía cambiar de ubicación de trabajo y me gustaba la que había estado teniendo, que lo aceptaría. Sin embargo, la detuve con una carcajada y le aseguré que yo hacía aquello con gusto. En menos de un día, ya tenía el nuevo contrato en mi bandeja de entrada, para firmar y enviar al departamento de recursos humanos. Y, unas semanas después, ya estaba

haciendo las maletas para emprender de nuevo mi viaje (esta vez de no retorno) a Florencia, de donde estoy saliendo hoy de trabajar, con mi gran amor a unas pocas calles de mí y sintiéndome completamente realizado. A la pobre se le saltaron las lágrimas de la emoción en cuanto me vio en la entrada de su cafetería, con una mochila a la espalda y la mano alzada en un tímido gesto de saludo. Parecía una aparición espectral, y Angela tardó en creerse que de verdad hubiese vuelto para quedarme; la sonrisa que se le formó en la cara fue tan enternecedora que aún la recuerdo como si fuera ayer.

En cuanto a lo mío con ella, hoy ya es nuestro aniversario. 20 de septiembre de 2026. Hay que ver cómo pasa el tiempo. A lo mejor por eso estoy especialmente de buen humor. Le pedí que fuese oficialmente mi novia tres meses después de aquella vez que fue a buscarme a Barcelona, con un ramo de flores de chuchería y el deseo de que arreglásemos las cosas. Volví a reservar mesa en *Pizza Leo* (bueno, en realidad alquilé la sala entera), pero esta vez no la hice caer al suelo al ayudarla a acomodarse en su silla. Desde que decidí darle la espalda a *WikiLove* y Angela eliminase su rastro de internet definitivamente, he estado siendo yo mismo de principio a fin, y las cosas están saliendo mejor en consecuencia. Ser simplemente «Mateo» me ha estado volviendo más fuerte y atractivo de lo que yo, un año y medio atrás, me hubiese imaginado. Tuvimos una cena encantadora, llena de risas y miradas profundas, y simplemente tuve la sensación de que quizás, solo quizás, Angela accedería a formalizar nuestra relación. Por suerte, no dudó en decirme que sí, y plantarme un enorme beso en los labios. Ese día sentí que el corazón no me cabía en el pecho.

Hoy, ya se ha cumplido un año desde que yo pedí salir a la chica que me enamoró en el instituto y con la me reencontré en el control de seguridad de un aeropuerto una década después; con la que coincidí en asientos en un avión rumbo a Florencia, con la que conocí a personas maravillosas que hoy en día puedo ya considerar amigos, y (lo más importante) con la que aprendí a soltar la pesada mochila invisible que llevaba acarreando sobre mis hombros, cargada de inseguridad sobre mi carrera profesional, la sensación de sentirme atrapado por la rutina y la creencia de que nadie se podría enamorar de mí sin prejuicios o expectativas, y a base de conversaciones largas, de escuchar, y de verme en todos los sentidos de la palabra. Por si fuera poco, la semana que viene nos vamos a ir a vivir juntos, por fin. Cuando regresé a esta ciudad para quedarme definitivamente, hace un año y medio, estuvimos barajando varias posibilidades de estancia para mí; pero, tras mucho pensarlo,

acabamos decidiendo que Angela me ayudaría a encontrar un piso de alquiler provisional, y ella seguiría compartiendo techo con Bianca, por el momento. Era lo más sensato, ya que aún no éramos nada oficial. Así, pudimos disfrutar de un inicio de noviazgo tranquilo, sin la presión de tener que compartir techo y gastos, para así conocernos del todo (y con calma) y afianzar aún más nuestra relación.

Sin embargo, hace ya un par de meses desde que nos sentimos preparados para dar este paso, y tras una búsqueda exhaustiva hemos acabado dando con la vivienda ideal. Está en la periferia del centro, pero se trata de una zona tranquila y no está tampoco demasiado lejos de donde trabajamos. Habíamos llegado ya a comprender mejor el comportamiento del otro, y toleramos más las manías que han ido saliendo a la superficie. También sabemos qué hacer cuando uno se siente mal (el estrés por el trabajo es normalmente lo que nos afecta más) y cómo aportar mejores sensaciones para reducir el nivel de malestar. He descubierto que, a Angela, por ejemplo, lo que mejor le sienta en un día de bajón es un bol de palomitas, envolverse en una mantita (rosa, preferiblemente) y jugar al *Animal Crossing* tumbada en el sofá. En general, nuestra afinidad se ha fortalecido, y nuestras vidas se han acoplado de una forma fantástica. Siento que he madurado a pasos agigantados desde que me instalé en Florencia, y creo que Angela ha notado lo mismo.

Todavía inmerso en mis pensamientos, sigo caminando por la acera empedrada, flanqueado por los característicos edificios color crema y de ventanas con postigos verdes, abiertos de par en par. Me abro paso entre la muchedumbre y el ajetreo del ir y venir del tráfico. Si algo he aprendido es que, en esta ciudad, da igual la hora y especialmente en una zona céntrica como esta, siempre hay vida. A lo lejos, suenan las campanadas de San Lorenzo, la iglesia cercana. Doblo una última esquina, y veo por fin el atractivo escaparate de *Gusto*, el negocio al que tanto mimo y dedicación le dedica Angela. Hay un par de globos color café a ambos lados de la entrada, con el logo de la pastelería-cafetería: una galleta con trocitos de chocolate a la que se le ha dado un mordisco. Empujo la puerta con una sonrisa en los labios, decidido a reencontrarme con mi novia en este día tan especial. Hay que ver: todavía se me hace extraño referirme a Angela así: como «mi novia». No puedo evitar sentir un cosquilleo agradable en el estómago cada vez que lo hago.

El aroma a bollería y café recién molido me invade las fosas nasales al instante.

Miro a ambos lados del local: las mesas están todas llenas salvo dos, y Bianca va de un lado para otro anotando comandas y limpiando superficies con una bayeta. La saludo con la mano cuando por casualidad establecemos contacto visual; ella me responde con una deslumbrante sonrisa. Otra de las cosas que ha mejorado este año y medio es mi relación con ella, tanto que ya (pese a la metedura de pata que cometí al involucrarla en uno de los trucos de *WikiLove*) me considera uno más de sus amigos. Me acerco a Ennio, que está en la caja sacando cambio, dispuesto a preguntarle sobre Angela; parece que ha salido de la cocina, porque no la veo amasando junto a Mario. Sin embargo, acaba siendo innecesario: ella aparece a los pocos segundos, saliendo del pasillo que conecta la sala con la zona de preparado de pasteles. Está guapísima, aun con su moño despeinado cubierto con una redecilla, el delantal manchado de pegotes de masa seca y la frente perlada de sudor.

Se para de golpe al reconocerme. Noto cómo se le iluminan las facciones de repente: pasa de tener el ceño fruncido a relajar el rostro.

— Ahí estás —murmuro, sintiéndome en una ensoñación.

Tras tantas horas dedicándome a los números y a dialogar con toda clase de empleados y clientes, el mero hecho de ver a Angela me hace sentir en casa. Con ella, todos los problemas se esfuman; bajo su hechizo, consigo olvidarme de cualquier obstáculo externo y evadirme de la realidad. Y es que bajo el duro cascarón que suele mostrar Angela Bianchi a todo aquel que no se ha ganado su confianza, se esconde un hogar calentito y amable de color rosa, lleno de gatitos y fuentes de *cannoli* de todos los sabores imaginables. Cada día me aseguro de recordarle lo afortunado que me siento de tener acceso a cada una de las capas que componen su persona.

Soy consciente de que, a pesar de lo feliz que me siento hoy, la vida no siempre tiene finales de ensueño. Como ya dije una vez, no me trago los desenlaces de las pelis Disney en los que los personajes serán felices y comerán perdices. Soy consciente de que en un futuro (espero que muy, muy lejano) nos vendrán más momentos difíciles. Y discusiones que no se resolverán de forma tan fácil como dejando de seguir los consejos de una web que parodia los clichés de las novelas y películas románticas. Sin embargo, por ahora dejaré nuestra historia aquí, en este instante de paz. Y, si más adelante vienen dificultades, confío en que no me atemorizaré por ellas.

Porque sé que Angela y yo lucharemos por lo nuestro hasta el final.

Porque sé que esta relación merece la pena y que, aunque no sea fácil, pelear por lo que quieres es el motivo más respetable que existe.

Porque, aunque ya no vaya a contar con el apoyo de *WikiLove* como escudo, he aprendido que yo soy suficiente para enfrentarme a cualquier reto que se nos plantee.

Ya no estoy solo, sino que estoy con Angela en un equipo que se va fortaleciendo día tras día con risas, conversaciones atentas y mucho, mucho amor.

No le da tiempo a quitarse los guantes embadurnados de harina: me acerco hacia ella decidido y rodeo su pequeña cintura con un brazo, dispuesto a darle un ligero beso a modo de saludo. Sus ojos gatunos me invitan a ello, divertida, y no dudo en inclinarme hacia sus mullidos labios.

Se vienen días radiantes en «la ciudad que florece».

ANGELA. «LA GUÍA INFALIBLE DEL AMOR»

Recibo el cariñoso beso de Mateo con los brazos abiertos. Me encanta que venga a verme y tomarse algo después de trabajar: se ha convertido en una especie de rutina para nosotros.

— Pensaba que tardarías más en venir —le digo cuando nos separamos, tras echarle un vistazo al reloj de pared que hay sobre la puerta de entrada. Entonces, me fijo en que he manchado su abrigo oscuro de harina.

Mateo mira también su ropa, imitándome. Su cara de horror es casi cómica.

— Oh, oh — murmura.

— ¡Perdón! Me he dejado llevar…

— ¡No, no te preocupes! —dice, y empieza a sonreír—. La culpa ha sido mía, por salir corriendo hacia ti.

— Tú y tu impulsividad… —le reprendo, sintiendo de pronto la tentación de presionar mi boca con la suya una vez más.

— ¡Puaj! ¿Tenéis que ser tan pegajosos siempre? —nos interrumpe de pronto Bianca, que pasa a nuestro lado con andares rápidos—. ¡A este paso me voy a morir de envidia! ¡Y los clientes también!

— No digas eso, mujer —le responde Mateo, divertido—, que ya te queda menos para reunirte también con Fabio. Seguro que te va a recibir igual en unas horitas.

— No me lo recuerdes, que me pongo nerviosa… —advierte, ruborizándose.

En este año, mi amiga ha conocido también a un chico estupendo que poco a poco está devolviéndole las ganas de confiar en una pareja y entregar su amor sin reparo. Trabaja también como camarero en una confitería de la ciudad y, aunque no comparte demasiados intereses con ella, la complicidad palpable entre ellos parece ir más allá de lo terrenal. Creo que llevan un par de meses ya, y yo no puedo sentirme más orgullosa del esfuerzo que ella está haciendo y la relación sana que está construyendo son Fabio.

— Además, hoy es un día especial —añado, volviendo a entrelazar miradas con el verde de sus ojos—. No solo vamos a pasar nuestra primera noche en nuestro nuevo piso, sino que además…

— … es nuestro aniversario —continúa Mateo por mí, los mechones de su pelo cobrizo rozando su frente.

De pronto, Bianca se da la vuelta para volver a acercarse a acercar a nosotros. Su rostro se acaba de teñir de pura emoción.

— ¿En serio? ¡Felicidades, chicos! —exclama—. Me alegro un montón. Y encima con la aprobación reciente de los suegros, ¡qué fuerte!

— Pues sí, la verdad. Todo parece ir sobre ruedas, ¿eh? — digo—. Primero planeamos irnos a vivir juntos, después pudimos conocer a los padres del otro, y ahora nuestro aniversario. ¿Qué más se puede pedir?

Así es: hace dos semanas vinieron tanto los padres de Mateo como los míos a Florencia. Pensaba que algo así jamás ocurriría…, al menos en cuanto a los de él. Cada uno fue llegando por separado, pero unidos en la meta de ver a sus respectivos hijos después de tanto tiempo y comprobar por sus propios ojos que nos estaba yendo bien. Que, a nuestros veintitrés años, no nos faltaba de nada gracias a nuestro propio esfuerzo, la suerte de estar rodeados por amigos que (junto a Damiano) son familia, y un amor que ha podido traspasar fronteras. El padre de Mateo, Ernesto, puso la excusa de que tan solo venía para revisar el estado de su sucursal, pero estoy segura de que no quería admitir que en realidad se moría de ganas de ver a su hijo feliz en la nueva vida que se había labrado. Cuando nos conoció tanto a mí como a mi pastelería, quedó impresionado. Luego probó una selección de mis dulces y dejó definitivamente de pensar que, por mi culpa, su hijo había perdido un poderoso futuro en Barcelona. Además, la madre de Mateo (una mujer de rasgos amables y reflejos pelirrojos en el pelo que tan solo intercambió las palabras justas y necesarias con Ernesto) me pareció de lo más cariñosa y amable. Era evidente que tenía ganas de conocerme.

Ese fue, en general, un día inolvidable para ambos. Mateo no tardó en confesarme lo afortunado que se sentía haber conocido a mis padres, aunque mi relación con ellos no sea ideal.

— Y no olvides que tanto *Gusto* como tu canal de YouTube ganan fama cada día — me recuerda Mateo, orgulloso.

— Cierto —admito.

— A propósito: ¿sabes que te voy a dar la mejor sorpresa de aniversario del mundo?

— Ah, ¿sí? —inquiero, para seguirle el rollo. Me desanudo el delantal, porque total: ya mismo iba a abandonar la cocina. Hoy les toca a los demás hacerse cargo del cierre; esta noche la he reservado para mí y para Mateo.

— Sí. ¿Quieres que te dé una pista?

Niego con la cabeza. Mi novio puede tener muchas virtudes, pero una de ellas no es guardar secretos.

— La verdad es que no. Siento aguarte la fiesta, pero si me dices algo, la sorpresa deja de tener gracia.

— Uy, tienes razón. Olvídalo entonces. No he dicho nada. No vas a recibir un regalo por nuestro primer aniversario ni nada por el estilo… — recula, fingiendo desinterés.

— Claro, claro… Como si no te conociera ya…

Quizás parezca que han pasado siglos desde que Mateo empleó las tácticas de *WikiLove* para tratar de acercarse a mí, pero igualmente no ha dejado de ser detallista. Aunque sea a su manera.

— Sospechoso... Ahora voy a tener que preparar algo yo también — digo, llevándome las manos a la cabeza. Por mucho que siempre haya sido una enamoradiza, se me da fatal planear regalos y comportarme de forma romántica. Tampoco es que tenga mucha práctica, ya que esta es mi primera relación formal—. Y, conociéndote, va a tener que ser espectacular. Quiero estar a la altura.

— No te preocupes. Ya tengo lo que quiero.

— ¿El qué?

— A ti, boba.

— Argh, ¡voy a vomitar purpurina! ¡Ayuda! —exclama Bianca fingiendo un lastimero quejido. Ha vuelto a escuchar nuestra conversación al pasar de largo hacia la barra.

Estallo en carcajadas.

— Vale, ya paro. Discúlpenme —bromea Mateo.

— Bueno… En realidad, me gusta que de vez en cuanto me digas cosas tan bonitas. Eres muy mono, ¿sabes?

— Y sexy, no lo olvides.

— Mmmm, no sé yo… Quizás necesito que me lo recuerdes.

— Cuando desee, cebollita mía —susurra, dando un pequeño paso hacia mí. Acaba de volver a reducir el espacio que nos distanciaba.

Apoyo una mano en su pecho para detenerle, por mucho que me cueste. Carraspeo.

— Por mucho que me encantaría seguir esta conversación, cariño mío —le digo pacientemente—, estamos de acuerdo en que queremos celebrar este día, y no precisamente aquí. Ahora mismo estoy dado una imagen demasiado informal a los clientes.

— Puede que tengas razón, sí…

— Espera a que me cambie de ropa y coja mis cosas, y salimos. Pídele algo de picar a Bianca mientras, si quieres. ¡No tardo nada!

Quince minutos después, yo ya me he despedido de mis compañeros por hoy y Mateo y yo estamos ya bordeando el río en dirección a la sorpresa de aniversario que él me tiene guardada. Soy incapaz de mantener la compostura: me muero de ganas de saber de qué se trata… Aprieto su mano con fuerza, nerviosa. Solo pensar que dentro de una semana vamos a estar compartiendo también el mismo techo hace que sienta aún más mariposas en el estómago. Buah, aún no termino de procesar que ambos estemos aquí, a punto de celebrar un año de relación. Y es que está siendo una experiencia maravillosa. En general, mi vida ha acabado tomando un rumbo inesperado y por el que jamás dejaré de estar agradecida: mi relación con Mateo va viento en popa, algo por lo que yo no habría apostado ni un céntimo un año y medio atrás; mi canal de YouTube se hace aún más viral cada día y mi repostería está teniendo más alcance que nunca; sigo rodeada de personas que me quieren con locura, por las que yo lo daría todo y las cuales congeniaron con Mateo desde el principio (pese a algunos malentendidos que dificultaron el proceso); y el negocio de mis sueños, *Gusto*, sigue teniendo éxito y ganando fama en la ciudad, que es más de lo que a la Angela de quince años obsesionada con hacer tartas jamás se le hubiera pasado por la cabeza.

Es cierto que no puedo saber cómo será este mismo día, dentro de un año. Ni siquiera cómo amaneceremos Mateo y yo la semana que viene. Es imposible prometer que seguiré siendo tan feliz como lo soy ahora, eternamente. Pero si algo he aprendido tras toda la maraña de acontecimientos que se desarrollaron a raíz de mi creación de *WikiLove*

(sobre la que yo una vez llegué a desentenderme pensando que no llegarían a manos inexpertas y demasiado inocentes) es que la verdadera «guía infalible del amor» no es la que aparece tras una rápida búsqueda en internet, ni la que podemos interpretar en nuestra novela o película romántica favorita, ni mucho menos: es la que escribimos y reescribimos nosotros mismos cada día, a base de ensayo y error. Quizás *WikiLove* nos llegase a unir de una forma retorcida y abstracta, pero el mejor regalo que nos pudo haber dado fue la enseñanza de que, si dejamos de lado influencias externas y escuchamos a nuestro interior, somos igualmente capaces de crear vínculos estrechos y de lo más sólidos. Es justo por eso por lo que tengo tanta seguridad y optimismo por el futuro, tanto el mío como el de Mateo: pues no hay mejor realidad que la que tratamos de labrar nosotros mismos, sin atajos baratos y sacados del mundo virtual. Y eso es lo que seguimos haciendo, instante tras instante.

Por ahora, estoy justo donde quiero estar. Y eso es suficiente.

AGRADECIMIENTOS

La creación de esta novela no hubiera sido posible sin las personas maravillosas que me rodean. Se trata de mi primera comedia romántica y me ha resultado divertidísimo escribirla, pero estoy segura de que el resultado no hubiera sido igual de no ser por el gran apoyo y amor que recibo desde fuera.

En primer lugar, gracias a mi familia, uno de mis principales pilares. Como digo en la dedicatoria, gracias por ese viaje a Florencia que quedaría incrustado en mi memoria y sería el lienzo que daría vida a *WikiLove*, pero gracias también por estar siempre ahí y fomentarme la lectura y las artes en general desde pequeña.

En segundo lugar, gracias a mis amigos, por supuesto; soy una afortunada por contar con personas tan especiales como vosotros y no cualquiera es capaz de escucharme hablar sin parar de mis nuevas locuras literarias. Sois vitamina pura.

A mis lectores beta, en concreto Miriam (@miriamrozas03), porque vosotros me animáis a superarme en la escritura y vuestras (pacientes) críticas constructivas son la guinda del pastel de mis novelas.

Gracias a Juan Fernández, por realizar las ilustraciones de portada más bonitas que existen y lograr que mis personajes cobren vida.

También tengo que darles las gracias a Mateo y Angela, protagonistas de esta novela, por haberme acompañado durante dos años de mi vida y recordarme, cada vez que pienso en vosotros (que no son pocas), que gran parte de esta vida consiste en tropezar, caerse mil veces (y mil más), y aprender de nuestros propios errores orgullosos de saber que luego resurgiremos más fuertes de nuestras propias cenizas.

Gracias al amor, que (repitiendo lo que dije en los agradecimientos de *Versos de un corazón creciente*) mueve mareas.

Me gustaría aprovechar, también para darme las gracias por primera vez a mí misma. Pienso que a veces es importante y nos olvidamos de hacerlo. Gracias por perseverar, por no rendirme y por creer en mí. Yo también me acompaño durante el camino.

Por último, jamás me cansaré de darte las gracias a ti, lector, por dedicar un trocito de tu tiempo a leer *WikiLove* y dejarte llevar por las calles de Florencia.

¡Nos vemos en la próxima aventura!

Atentamente,

Marina López

Noviembre de 2025

SOBRE LA AUTORA



Marina López García (Málaga, 2003) es filóloga inglesa y escritora de novela juvenil fantástica y romántica, novela contemporánea y poesía. En 2025 se tituló del Máster en Estudios Ingleses y Comunicación Multilingüe e Intercultural (UMA) y actualmente cursa un Máster en Profesorado de Secundaria (UMA). Compagina sus estudios con difundir su amor por las letras en redes sociales y colabora con editoriales reseñando novedades literarias. Entre sus títulos publicados se encuentran la Bilogía Gélidos (*Cadenas de hielo,* 2019; *Lluvia de flechas,* 2022), *Bailarina de cuerda* (2023) y *Versos de un corazón creciente* (Ediciones del Genal, 2025).

WikiLove, la guía infalible del amor es su última novela y su primer acercamiento a la comedia romántica. En ella podréis viajar a Florencia, donde hallaréis un amor a contrarreloj que os robará el corazón y una parodia de los clichés románticos que tanto conocemos todos.

¡Síguela en redes sociales!

@marinalopgar

¡Escanea este QR para
ver todos sus libros!